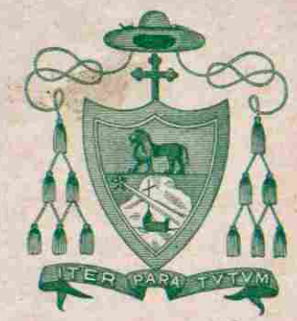
GIL BLAS
DE
SANTILLANA

2

PQ1997
.G6
S5
v.2
1843

010672



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080018842

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE GIL BLAS

DE

SANTILLANA.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria 46919

Núm. Clas. N
Núm. Autor. L6724h
Núm. Adq. 10672
Procedenc. -6-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

HISTORIA

DE

GIL BLAS

DE SANTILLANA.

HERMOSA EDICION MEXICANA

ADORNADA CON MAS DE CIEN ESTAMPAS,

Y PUBLICADA

Por Mafse y Decaen,

IMPRESORES LITÓGRAFOS Y EDITORES,

CALLEJON DE SANTA CLARA N.° 8.

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉXICO.

Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes num. 2.

M.DCCC.XLIII.

10672
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
PQ1997
.G6
S5
v.2
1843
CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

AÑO 1843 TOMO 2

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA

Imprenta Lit. callejon de S. Clara N.° 8

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA.

LIBRO SEPTIMO.

CAPÍTULO I.

De los amores de Gil Blas y la Señora Lorenza Séfora.

UÍ, pues, á Chelva á llevar al buen Simon los tres mil ducados que le habiamos robado. Confieso francamente que en el camino me dieron tentaciones de quedarme con ellos, para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomía, lo que podia hacer sin riesgo, bastando para viajar cinco ó seis dias, y volverme como si hubiera cumplido con el encargo. Don Alfonso y su padre me tenian en muy buen concepto para sospechar de mi fidelidad; todo me favorecia: sin embargo resistí á la tentacion, y la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien, son en este punto menos escrupulosos; y si no, díganlo aquellos depositarios que, sin peligro de perder su fama, pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion, que no esperaba el mercader, volví á la quinta de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y Don Fernando habian marchado á Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada dia mas enamorada de

010672

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su esposo, y á Don César contentísimo de tener consigo á ambos. Dediquéme á ganar la voluntad de este amoroso padre, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo lo gobernaba, recibia el dinero de los arrendadores, corria con el gasto, y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedia á los que me disgustaban, ni ecsigia de los demas una ciega subordinacion. Si acudian á Don César ó á su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de estorbarlo hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos, avivaba mi celo en servirlos, sin atender á otra cosa que á sus intereses. Administré con manos muy limpias, y fuí un mayordomo de los pocos que hay.

Cuando estaba mas contento con mi suerte, envidioso el Amor de lo bien que me trataba la Fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para eso encendió en el corazon de la Señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada habia cumplido los cincuenta; pero la frescura de su tez, su rostro agradable, y dos hermosos ojos que sabia manejar con destreza, podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado de un poco mas color, porque estaba muy descolorida; pero esto lo atribuí á la austeridad del celibato.

Usó mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas, aparentaba no conocer sus designios: y así me tuvo por novato en el amor, y no le desagradó mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruido de lo que estaba; y así en nuestra primera conversacion se me declaró en términos formales, á fin de que no lo dudase. Se manejó como muger práctica; hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion cuanto quiso, se tapó la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: mostréme muy afecto á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad: hice el apasionado, y aun afecté quererla con tal ardor, que se vió precisada á reñirme; pero esto fué con tanta blandura, que cuando me encargaba procurase contenerme, no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud, concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conversacion, persuadida ella de que su aparente resistencia la haria pasar en mi concepto por un modelo de recato, y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado en que me hallaba, cuando un lacayo de Don César vino á aguar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traía alguna noticia, me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me comunicaria en confianza; pero con la condicion de guardar secreto, por ser cosa de la dama Lorenza Séfora, cuyo enojo temia. Fué tanta la curiosidad en que me puso, que le ofrecí el mayor sigilo: procuré no manifestar que en ello tenia el mas leve interes, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel de que me hablaba con tanta reserva.—Es, me dijo, que la señora Lorenza introduce de oculto en su cuarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado; y el bellaco se está bien sosegado con ella. Doy de barato, prosiguió con tono socarron, que esta accion sea muy inocente; pero vd. convendrá en que un mozo que entra misteriosamente en el cuarto de una soltera da motivo para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi inquietud, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me atravesaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, diciendo dos mil desatinos, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza y me proponia abandonarla sin dignarme oir sus descargos; y ya creyendo era punto mio escarmentar al cirujano, pensaba desafiarle. Prevaleció esta última determinacion. Escondíme al anochecer, y en efecto le ví entrar en el cuarto de mi dueña de un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi ira, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de casa, y me aposté junto al camino por donde el galan debia marcharse. Le esperaba á pié firme, y cada momento avivaba otro tanto el deseo que tenia de llegar con él á las manos. En fin, dejóse ver mi enemigo, salíle al encuentro con aire de maton; pero yo no sé como diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe de Homero, parado en medio del camino, y tan turbado como Páris cuando se presentó á combatir con Menelao. Púseme á mirar á mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese la negra honrilla ú otra causa, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavía mayor, á pesar de mi miedo, que me aguijoneaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona, é irme derecho al cirujano.

Sorprendióle mi accion.—¿Qué es esto, señor Gil Blas? esclamó: ¿qué significan esas demostraciones de caballero andante? ¿Vd. sin duda tie-

ne ganas de chancearse?—No, señor barbero, le respondí; no, es cosa muy seria: quiero saber si es vd. tan valiente como galan. No crea vd. le hayan de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa.—¡Por San Cosme, repusó el cirujano dando una gran carcajada de risa, que es un buen chasco! ¡Las apariencias, vive diez, son harto engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo ser mas audaz.—A otro perro con ese hueso, le repliqué; á otro con esa, amigo mio; yo no soy hombre á quien satisface la simple negativa.—Ya veo, prosiguió, que me será preciso hablar claro para evitar la desgracia que nos puede suceder á vos ó á mí. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion deben ser muy callados. Si la dama Lorenza me admite con cautela en su aposento, es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarle un cáncer inveterado que tiene en la espalda. Vea vd. el fundamento de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese de aquí en adalente sobre este particular; pero si no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que riñamos, dígalo, y manos á la obra, pues no soy hombre que huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me horrorizó, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me anunciaba.—Basta, le dije envainando mi espada; yo no soy tan bárbaro que no ceda á la razon. Por lo que vd. me ha dicho veo que no es mi enemigo; abracémonos. Mis palabras le dieron á entender que yo no era tan temible como le parecí al principio: envainó con risa la espada, me abrazó, y nos separámos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarle á solas; y mi cuidado y estudio en huir de ella le hicieron conocer mi interior. Admirada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas, me dijo:—Señor mayordomo, dígame vd., si gusta, el por qué evita hasta mis miradas, y por qué, en lugar de buscar como otras veces, proporcion de hablarme, se estraña tanto de mí. Es verdad que yo dí los primeros pasos; pero vd. me correspondió. Acuérdese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entonces era vd. todo fuego, y ahora no es mas que un hielo. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre sincero; y á la verdad me quedé muy perplejo. No tengo presente lo que le respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Séfora parecia un cordero por su semblante afable y modesto; pero cuando se encolerizaba era un tigre. —Creia, me dijo, echándome una mirada llena de despecho y rábia, creía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

honrar mucho á un hombrecillo como él, manifestándole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian gran vanidad de haber merecido. Me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso á poca costa, pero su lengua furiosa me dijo mil apodos á cual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflecsionar que, despreciando el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres no perdonan jamas. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era tan vivo que no pude sufrirlas, y perdí la paciencia.—Señora, le dije, á nadie despreciemos: si esos caballeros de quienes vd. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado adelante. Apenas hube disparado esta saeta cuando la enfurecida dueña me pegó la mas grande bofetada que jamas ha dado muger cólerica. Para no recibir otra, y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Dí mil gracias al cielo de verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer, pues la dama se habia vengado, y me parecia que por su propia estimacion debia callar este lance. En efecto, pasaron quince dias sin saber nada de ella, y principiaba á olvidarla cuando supe que estaba mala: confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que no pudiendo esta desgraciada amante vencer un amor tan mal pagado, se habria rendido á su dolor. Me consideraba yo la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ¡Pero cuánto me engañaba! su ternura convertida en odio, no pensaba mas que en perderme.

Estando una mañana con Don Alfonso, noté que se hallaba triste y pensativo: preguntéle con respeto qué tenia.—Tengo pesadumbre, me dijo, de ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta. Tú te admiras, añadió, observando mi suspension; pues cree que es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este aborrecimiento, con los cuales no puede condescender sin ser desagradecida é injusta; pero al fin es muger, y ama con estremo á Séfora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y creeria ser causa de su muerte si no le diese gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque pereciesen todas las dueñas de España, pues te miro no como á criado sino como á hermano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dije:—Señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila: pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto. —No, no, esclamó el generoso hijo de Don César. Déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas.—Pero, señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que, si revelaba su flaqueza, heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y solo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administracion.

CAPÍTULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

TENIA un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya legítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo antes tenia, se confia mucho en el propio mérito, y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto en recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él, quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje, fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada fué el señor Don Fernando de Leiva, yerno como Don Alfonso, del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada.—¿Qué es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¿qué es lo que aquí te trae?—Señor, le dije, si vd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dije:—Señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila: pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto. —No, no, esclamó el generoso hijo de Don César. Déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas.—Pero, señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que, si revelaba su flaqueza, heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y solo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administracion.

CAPÍTULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

TENIA un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya legítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo antes tenia, se confia mucho en el propio mérito, y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto en recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él, quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje, fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada fué el señor Don Fernando de Leiva, yerno como Don Alfonso, del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada.—¿Qué es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¿qué es lo que aquí te trae?—Señor, le dije, si vd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejar la casa del señor Don César y su hijo. En seguida le conté cuanto me habia pasado con Séfora, sin callarle nada: causóle gran risa el lance, y ya sosegado me dijo seriamente:—Amigo, voy á tomar por mi cuenta este negocio: escribiré á mi cuñada....—No, no señor, interrumpí; suplico á vd. no haga tal cosa: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si vd. gusta, puede emplear de otro modo el favor que le debo: ruego á vd. que, si alguno de sus amigos necesita un secretario ó mayordomo, me presente y recomiende, que doy á vd. palabra de no desairar su informe.—Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido á visitar á una tia mia ya anciana que está enferma, y todavía pasarán tres semanas antes que me vuelva á mi quinta de Lorqui, en donde ha quedado Julia. En aquella casa vivo, prosiguió señalándome una suntuosa que estaba á cien pasos de nosotros: venme á ver pasados algunos dias, que quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente la primera vez que nos vimos me dijo:—El señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un grande escritor, necesita de un hombre instruido y de buena letra para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone homilías, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso, te he recomendado, y me ha prometido admitirte: ve y preséntate de mi parte: por el modo con que te reciba conocerás el buen informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como podia desear; y así habiéndome compuesto lo mejor que pude, fuí una mañana á presentarme á este prelado. Si yo hubiera de imitar á los autores de novelas, haria aquí una descripcion pomposa del Palacio Arzobispal de Granada, me estenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estatuas y pinturas, y no dejaria de contar al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seglares, la mayor parte familiares de su ilustrísima, limosneros, gentiles-hombres, escuderos, ó ayudas de cámara. Los vestidos de los seglares eran costosos, tanto que mas parecian de señores que de criados: se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de importancia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme interiormente de ellos. ¡Par diez! me decia entre mí, estas gentes tienen la fortuna de no sentir el yugo de la servidumbre; porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personage grave y grueso que estaba á la puerta de la cámara del Arzobispo para abrirla y cerrarla cuando era necesario, y le pregunté con mucha cortesía si podria hablar á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su ilustrísima.—Espérese vd., me dijo secamente, que su ilustrísima va salir á oir misa, y al paso le oirá á vd. No respondí palabra; arméme de paciencia, é hice por trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron contestarme, sino que se entretuvieron en ecsaminarme de piés á cabeza: y despues mirándose unos á otros, se sonrieron con orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me quedé del todo corrido al verme tratado así por unos criados. Todavía no habia vuelto de mi confusion cuando se abrió la puerta del estudio, y salió el Arzobispo. Inmediatamente guardaron todos un profundo silencio, dejaron sus modales insolentes, y mostraron un semblante respetuoso delante de su amo. Tendria el prelado unos sesenta y nueve años, y casi se semejaba á mi tio Gil Perez el canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, y ademas muy patiestevado, y tan calvo, que solo tenia un mechon de pelo hacia el cogote; por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le cubria las orejas. Con todo, noté en él un aire de caballero, sin duda porque yo sabia que lo era. La gente comun miramos á los grandes con una cierta preocupacion que por lo regular les presta un aspecto de señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el Arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura qué era lo que se me ofrecia.—Le dije era el recomendado del Señor Don Fernando de Leiva.—¡Ah! esclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo; quédate desde luego en casa. Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera, cuando vinieron á saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion; me rodean, me agasajan, y muestran la mayor alegría de verme comensal del Arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de su señoría ilustrísima; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver su señoría ilustrísima, y me hizo entrar en su estudio para hablarme á solas. Yo pensé bien que su intencion era tantear mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió haciéndome algunas preguntas sobre las humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia bastante los autores griegos y latinos. Ecsaminóme despues de dialéctica, y cabalmente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien cimentado en ella, y me dijo con cierta admiracion:—Se conoce que has tenido buena educacion. Véamos ahora tu letra. Saqué de la faltriquera una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muestra que habia llevado espresamente para este caso, la que no desagradó á mi prelado.—Me alegro de que tengas tan buena forma, esclamó, y todavía mas de que tengas tan buen entendimiento. Daré las gracias á mi sobrino Don Fernando porque me ha proporcionado un jóven tan de provecho. A la verdad que me ha hecho un buen presente.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros granadinos que iban á comer con su ilustrísima. Dejélos, y me retiré á donde estaban los familiares, quienes me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis acciones, yo no ecsaminé menos las suyas. ¡Qué modestia guardaban los eclesiásticos! todos me parecieron unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el palacio arzobispal: no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoñería, como si fuera imposible que ésta se hallase en casa de los príncipes de la iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un antiguo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, quien tenia cuidado de servirme buenos bocados. Viendo su atencion, procuré yo tenerla con él, y mi política le agradó mucho.—Señor caballero, me dijo en voz baja luego que acabamos de comer, quisiera hablar con vd. á solas; y diciendo esto me llevó á un sitio de Palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este razonamiento:—Hijo mio, desde el instante que te ví te cobré inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos virtuosos con los falsos. Para conocer este terreno necesitabas infinito tiempo, y voy á escusarte un estudio tan largo y desagradable, pintándote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por su ilustrísima. Es un prelado muy piadoso, ocupado continuamente en edificar al pueblo y en encaminarle á la virtud con admirables sermones morales, que él mismo compone. Veinte años hace que dejó la corte para dedicarse enteramente á conducir su rebaño: es un sábio y un grande orador que tiene puesto su conato en predicar, y el pueblo le oye con mucho gusto. Tal vez tendrá en esto su poco de vanidad; pero ademas de que no toca á los hombres el penetrar los corazones, no pareceria bien que me pusiese yo á escudriñar los defectos de una persona cuyo pan como. Si me fuera permitido reprender alguna cosa en mi amo, vituperaria su severidad; porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, cuando debiera mirarlas con piedad. Sobre todo persigue sin misericordia á los que, fiados en su inocencia, piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien otro defecto que es comun

á muchas personas grandes: aunque ama á sus criados, atiende poco á sus servicios; los dejará envejecer en su casa sin pensar en proporcionarles algun acomodo. Si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; pues por lo que hace á su ilustrísima, jamas se acordaria de hacerles el menor bien.

Esto me dijo de su amo el ayuda de cámara, y siguió dándome razon del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que aparentaban: es verdad que no me dijo eran gentes infames; pero sí bastante malos sacerdotes. No obstante, esceptuó á algunos, cuya virtud me alabó mucho. Con esta leccion aprendí el modo de portarme con estos señores, y aquella misma noche en la cena me revestí como ellos de un esterior compuesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, cuando nada cuesta el serlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

Llega Gil Blas á ser el privado del Arzobispo de Granada, y el conducto de sus gracias.

IENTRAS la siesta, habia yo sacado de la posada mi maleta y caballo, y vuelto despues á cenar á Palacio, en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar su ilustrísima muy de mañana para darme á copiar una homilía encargándome mucho lo hiciera con toda la esactitud posible; ejecutélo así sin omitir acento, punto, ni coma, de lo que manifestó el prelado un grande placer mezclado de sorpresa. Luego que recorrió todas las hojas de mi copia, esclamó admirado:—¡Eterno Dios! ¿Puede darse una cosa mas correcta? Eres muy buen copiante por ser perfecto gramático. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado, al escribir, alguna cosa que te haya chocado? ¿Algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? Es muy fácil se me haya escapado algo de esto en el calor de la composicion.—¡Oh, Señor! respondí modestamente, no tengo tanta instruccion que pueda meterme á crítico, y aun cuando la tuviera, estoy cierto de que las obras de su ilustrísima no caerian bajo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de grangear su amistad con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto, que Don Fernando que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo relatado con vehemencia una tarde en su estudio delante de mí una homilia que habia de predicar en la Catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido, sino que me obligó á decirle los pasages que mas habian llamado mi atencion, y tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de su ilustrísima por un conocedor delicado de las verdaderas bellezas de una obra.—Eso es, esclamó, lo que se llama tener gusto y finura. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de asno. En fin, quedó tan contento de mí, que me dijo con mucha espresion:—Gil Blas, no tengas ya cuidado,

que tu fortuna corre de mi cuenta, y te proporcionaré una que te sea agradable. Yo te estimo, y en prueba de ello quiero que seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los piés de su ilustrísima, penetrado de reconocimiento. Abracé gustosamente sus piernas torcidas, y creíme ya un hombre que estaba en camino de llegar á ser rico.—Sí, hijo mio, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso habia interrumpido mi accion; quiero hacerte depositario de mis mas ocultos pensamientos: escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque mueven á los pecadores, les hacen volver en sí, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro, atemorizado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con mano pródiga: á un lascivo huir de sus torpezas; á los ambiciosos retirarse á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un amante seductor. Estas conversiones, que son frecuentes, deberian por sí solas escitarme al trabajo; pero, te confieso mi flaqueza, todavía me mueve otro premio, premio de que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; este es el aprecio que hace el público de las obras bien acabadas. La gloria de pasar por un orador consumado tiene para mí muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años, y sí conservar toda mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el prelado, ecsijo una cosa de tu celo: cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fio de mí mismo, porque el amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento inparcial, y así elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego abrazaré tu dictámen.—Señor, le dije, su ilustrísima está todavía muy distante de ese tiempo, á Dios gracias: ademas de que un ingenio como el de su ilustrísima se conservará mas bien que los de otro temple, ó para hablar con propiedad, su ilustrísima será siempre el mismo. Yo miro á su ilustrísima como á un segundo cardenal Jimenez, cuyo superior talento parecia recibir nuevas fuerzas de los años, en lugar de debilitarse con ellos.—Déjate de alabanzas, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo declinar de un momento á otro: en la edad en que me hallo, ya se empiezan á sentir los achaques, y los males del cuerpo alteran el entendimiento. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme luego que adviertas que mi cabeza se debilita: no temas hablarme con franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

otra parte va en ello tu interes; pues si por desgracia tuya supiese se decia en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad: esto sacarias de tu necio silencio.

Aquí acabó la ecshortacion de mi amo para oir mi respuesta, que se redujo á prometerle cuanto deseaba. Desde aquel punto nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentiles-hombres yescuderos al confidente de su ilustrísima; no se afrentaban de humillarse por tenerme contento; sus bajezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia les guiaba el interes y nunca me engañaron sus lisonjas, no dejé por eso de servirles. Mis buenos oficios movieron á su ilustrísima á proporcionarles empleos. Á uno le hizo dar una compañía, y le puso en estado de lucir en el ejército: á otro envió á México con un gran destino; y no olvidando á mi amigo Melchor logré para él una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas estension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro mayordomo me presentó un licenciado llamado Luis García, hombre todavía mozo y de buena presencia, y me dijo: —Señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mayores amigos: ha sido capellan de unas monjas: pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con su ilustrísima, que le ha suspendido, y no quiere escuchar ninguna solicitud á favor suyo; nos hemos valido de lo principal de Granada; pero nuestro amo es inflecsible.

Señores, les dije, este negocio se ha gobernado mal, y hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie: por hacerle bien al señor licenciado, le han hecho mucho daño. Yo conozco á su ilustrísima, y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir á él mismo que, á cuantas mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo, y tanto mas severo es para con él.—Malo es eso, dijo el mayordomo, y mi amigo se veria muy apurado si no tuviera tan buena letra; pero por fortuna escribe primorosamente, y con esta habilidad se ingenia para mantenerse. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El licenciado me manifestó una muestra que traía prevenida, la cual me admiró, pues me parecia una de las que dan los maestros de escuela. Mientras

miraba tan bella forma de letra, me ocurrió una idea, y pedí á García me dejase el papel, diciéndole que acaso le seira útil: que no podia decirle mas por entónces; pero que al otro dia hablariamos largamente. El licenciado, á quien el mayordomo habia, segun presumo, celebrado mi ingenio, se retiró tan satisfecho como si ya le hubiesen restituido á sus funciones.

A la verdad yo deseaba servirle, y desde aquel dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el Arzobispo le enseñé la letra de García, que le gustó infinito; y aprovechándome entónces de la ocasion, le dije:—Señor, una vez que su ilustrísima no quiere imprimir sus homilias, á lo menos desearia yo que se escribiesen de esta letra.

El prelado me respondió:—Aunque me agrada la tuya, te confieso que no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano.—No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de vuesa ilustrísima: el que tiene esta habilidad es un licenciado conocido mio; y se alegrará tanto mas de servir á su ilustrísima, cuanto que por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

—¿Cómo se llama ese licenciado? me preguntó.—Luis García, le dije, y está lleno de amargura por haber caido en la desgracia de su ilustrísima.—Ese García, interrumpió, si no me engaño, ha sido capellan de un convento de monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas.—Señor, dije, no pretendo justificarle; pero sé que tiene enemigos, y asegura que sus acusadores han tirado mas á hacerle daño que á decir la verdad.—Bien puede ser, replicó el Arzobispo, porque en el mundo hay ánimos muy perversos; pero aun suponiendo que su conducta no haya sido siempre irreprensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo, á gran pecado gran misericordia. Tráeme ese licenciado, á quien desde luego levanto las censuras.

He aquí como los hombres mas rígidos templan su severidad cuando media el interes propio. El Arzobispo concedió sin dificultad á la vana complacencia de ver sus obras bien escritas, lo que habia negado á los mas poderosos empeños. Al instante dí esta noticia al mayordomo, quien sin pérdida de tiempo la participó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme las gracias correspondientes al favor conseguido. Le presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera reprension, le dió algunas homilias para que las pusiera en limpio. García lo desempeñó tan perfectamente, que su ilustrísima le restableció en su ministerio, y aun le dió el curato de Gabia, lugar grande inmediato á Granada; lo que prueba muy bien que los beneficios no siempre se confieren á la virtud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV.

Dale un accidente de apoplegía al Arzobispo. Del lance crítico en que se halla Gil Blas, y del modo con que salió de él.

IENTRAS yo me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, Don Fernando de Leiva se disponia para dejar á Granada. Visité á este señor ántes de su partida, para darle de nuevo gracias por el escelente acomodo que me habia proporcionado. Viéndome tan gustoso, me dijo:—Mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan satisfecho de mi tio el Arzobispo.—Estoy contentísimo, le respondí, con este gran prelado, y debo estarlo, porque ademas de ser un señor muy amable, nunca podré agradecer bastante los favores que le merezco; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion del señor Don César y de su hijo.—No creo que ellos la hayan sentido menos, dijo Don Fernando; pero puede ser que no os háyais separado para siempre, y que la fortuna vuelva á reuniros algun dia. Estas palabras me enternecieron de modo que no pude menos de suspirar: entónces conocí que mi amor á Don Alfonso era tanto que hubiera dejado con gusto al Arzobispo y cuanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva, siempre que se hubiera quitado el obstáculo que me habia alejado de ella. Don Fernando advirtió mi ternura, y le agradó tanto, que me abrazó diciendo que toda su familia se interesaria siempre en mi bienestar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y cuando me veia yo mas favorecido, tuvimos un gran susto en palacio. Acometióle al Arzobispo una apoplegía, pero se acudió con tan prontos y eficaces remedios, que sanó á muy pocos dias, aunque quedó algo tocado de la cabeza. Al primer sermon que compuso bien lo eché de ver; pero no hallando bastante perceptible la diferencia que habia entre éste y los antecedentes, para inferir que el orador empezaba á decaer, aguardé á que predicase otro para decidir. Hízolo, y no fué menester esperar mas: el buen prelado unas veces se rozaba y repetia, otras se remontaba hasta las nubes, ó se abatia hasta el suelo: en fin, su oracion fué difusa, una arenga de catedrático cansado, ó un sermon de mision sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó, sino que casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo ecsaminasen, se decian al oido:—Este sermon huele á apoplegía. Vamos, señor censor y árbitro de las homilias, me dije entonces á mí mismo, prepárese vd. para hacer su oficio. Ya ve vd. que su ilustrísima declina: vd. está en obligacion de advertírselo, no solo como depositario de sus confianzas, sino tambien por temor de que alguno de sus enemigos se os anticipe: si llegara este caso, sabe vd. muy bien sus consecuencias; seria vd. borrado de su testamento, en el cual sin duda le tiene señalado una manda mejor que la biblioteca del licenciado Cedillo.

A estas reflecsiones seguian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable que yo juzgaba no recibiria con gusto un autor encaprichado por sus obras. Luego desechando esta idea, miraba como imposible que desaprobase mi libertad, habiéndomelo inculcado con tanto empeño. Añádase á esto que yo pensaba decírselo con maña, y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiéndome que arriesgaba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

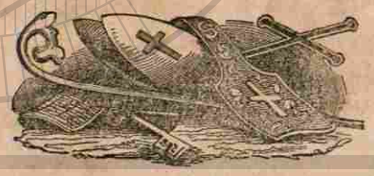
Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Por fortuna el orador mismo me sacó de este cuidado, y preguntándome qué se decia de él en el público, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilias siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes.—¿Cómo es eso, amigo? respondió sobresaltado, ¿habrá encontrado algun Aristarco[1]?—No, Señor ilustrísimo, le dije, no son obras las de su ilustrísima que haya quien se atreva á censurarlas: antes todos las celebran; pero como su ilustrísima me tiene mandado le hable con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermon no me parece tener la solidez de los precedentes. ¿Piensa su ilustrísima de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dijo:—¿Señor Gil Blas, con que esta composicion no es del gusto de vd.?—No digo eso, Señor ilustrísimo, interrumpí todo turbado; es escelente, aunque un poco inferior á las otras obras de su ilustrísima. —Ya entiendo, replicó, te parece que voy bajando: ¿no ese so? Acorta de razones; tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme.—Jamas, le

1 Célebre crítico del tiempo de Ptolomeo Filadelfo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contesté, hubiera yo hablado á su ilustrísima con tanta claridad, si espresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto no hago mas que obedecer á su ilustrísima, le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento.—No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que os reprenda tal cosa: en eso seria yo muy injusto. No me desagrada elque me digas tu dictámen, sino que me desagrada tu dictámen mismo; yo me engañé estremadamente en haberme sometido á tu limitada capacidad.

Aunque estaba tan turbado, procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar á un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no escuchar sino alabanzas.—No hablemos mas del asunto, hijo mio, me dijo: tú eres todavia muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: has de saber que en mi vida he compuesto mejor homilía que la que tiene la desgracia de no merecer tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavia de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes; quiero otros mas capaces de decidir que tú.—Anda, prosiguió empujándome para que saliera de su estudio, y díle á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Á Dios, Señor Gil Blas, me alegraré logre vd. todo género de prosperidades con algo mas de gusto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el licenciado García, y como le manifestó éste su agradecimiento.

SALÍ del estudio maldiciendo el capricho, ó por mejor decir, la flaqueza del Arzobispo, y todavía mas irritado contra él que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por algun tiempo si iria á tomar mis cien ducados; pero despues de haberlo reflecsionado bien, no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me privaria del derecho de poner en ridículo á mi buen prelado, lo que me proponia hacer siempre que se hablase en mi presencia de sus homilías.

Fuí, pues, á pedir al tesorero cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que acababa de pasar entre mi amo y yo. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me queria tanto, que no pudo dejar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido su rostro manifestaba sentimiento. No obstante el respeto que debia al Arzobispo, no pudo menos de vituperar su conducta; pero como en mi enojo juré que el prelado me las habia de pagar, y que á su costa habia yo de divertir á toda la ciudad, el prudente Melchor me dijo:—Créeme, amado Gil Blas, pásate tu pena y calla; los hombres plebeyos deben respetar siempre á las personas distinguidas, por mas motivo que tengan para quejarse de ellas. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna: pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerlos.

Agradecí al antiguo ayuda de cámara su buen consejo, y le prometí aprovecharme de él. Despues de esto me dijo:—Si vas á Madrid procura ver á José Navarro mi sobrino, que es gefe de la repostería del Señor Don Baltasar de Zúñiga, y me atrevo á decirte que es un mozo digno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de tu amistad. Es franco, vivo, servicial, y amigo de hacer bien sin interes; yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dejaria de verle luego que llegase á Madrid, á donde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los piés. Tal vez hubiera marchado al instante á Toledo si hubiese conservado mi caballo; pero le habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no le necesitaria. Resolví tomar un cuarto amueblado, formando mi plan de permanecer todavía un mes en Granada, y de irme en seguida á casa del conde de Polan.

Como se acercaba la hora de comer, pregunté á mi huéspeda si habria por allí cerca alguna hostería, y me respondió que á dos pasos de su casa habia una escelente, en donde daban bien de comer, y á la cual concurrian muchas gentes de forma. Hice me la enseñasen, y fuí inmediatamente á ella. Entré en una gran sala bastante parecida á un refectorio: habia sentadas á una mesa larga, cubierta con unos manteles sucios, unas diez ó doce personas, que estaban en conversacion al mismo tiempo que iban despachando su pitanza. Trajéronme la mia, que en otra ocasion sin duda me habria hecho sentir la mesa que acababa de perder; pero como estaba entonces tan picado contra el Arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á la abundancia de su palacio. Vituperaba la variedad y multitud de manjares que se sirven en semejantes mesas, y discurriendo como pudiera hacerlo siendo médico en Valladolid, decia:—Desgraciados los que se hallan frecuentemente en mesas tan nocivas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago: por poco que se coma ¿no se come siempre bastante? Mi mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado.

Cuando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza, entró en la sala el licenciado Luis García, aquel capellan de monjas que logró el curato de Gabia del modo que dejo referido. Al instante que me vió, vino á saludarme precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y me ví precisado á aguantar un nuevo y muy largo cumplimiento con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo:—¡Oh! vive Dios, mi amado bienhechor, que pues he tenido la fortuna de encontraros, no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero como no vale nada el vino de esta posada, si vd. gusta en acabando de comer irémos á cierta parte en donde he de regalar á vd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un esquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo: suplico á vd. que no me niegue este gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver á vd.

á lo menos por algunos dias en mi curato de Gabia! allí obsequiaria á vd. como á un Mecenas generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Miéntras me hablaba le trajeron su racion. Empezó á comer; pero sin cesar de decirme de cuando en cuando alguna lisonja. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el mayordomo, le manifesté sin misterio mi salida de la casa arzobispal, y le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. A vista de tanto como acababa de decirme, ¿quién no hubiera creido oirle, lleno de un sentimiento producido por la gratitud, declamar contra el Arzobispo? Pues no lo hizo así; antes al contrario, bajó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabras, y despues levantándose de la mesa aceleradamente, me saludó con frialdad, y se fué. Este ingrato, viendo que ya no podia yo serle útil, ni aun quiso tomarse la molestia de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándole con todo el desprecio que merecia, le dije bien alto para que me oyese:—¡Hola, hola! prudente capellan de monjas, vaya vd. á refrescar ese esquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI.

Va Gil Blas á ver representar á los cómicos de Granada: de la admiracion que le causó el ver á una actriz, y de lo que le pasó con ella.

TODAVÍA no habia salido García de la sala cuando entraron dos caballeros muy bien portados, que vinieron á sentarse junto á mí. Principiaron á hablar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entonces. De su conversacion inferí que aquella pieza era muy aplaudida; y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre habia estado en el palacio, en donde estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilías.

Luego que fué hora, me marché al teatro, en donde hallé un gran concurso. Oí al rededor de mí diferentes conversaciones sobre la pieza antes que se empezase, y observé que todos se metian á dar su voto sobre ella, declarándose unos en pro, otros en contra. Decian á mi derecha:—¿Se ha visto jamas una obra mejor escrita? Y á mi izquierda esclamaban:—¡Qué estilo tan miserable! En verdad se debe convenir en que si abundan los malos autores, abundan mas los peores críticos. Cuando pienso en los disgustos que los poetas dramáticos tienen que sufrir, me admiro de que haya algunos tan atrevidos que hagan frente á la ignorancia del vulgo, y á la censura peligrosa de los sábios superficiales que corrompen algunas veces el juicio del público.

En fin, el gracioso se presentó para dar principio á la escena: por todas partes sonó un palmoteo general, lo que me dió á conocer que era uno de aquellos actores consentidos, á quienes el vulgo todo se lo disimula. Efectivamente, este cómico no decia palabra ni hacia gesto que no le atrajesen aplausos; y como se le manifestaba demasiado el gusto con que se le veía, por eso abusaba de él; pues noté que algunas veces se propasaba tanto sobre la escena, que era necesaria toda la aceptacion con que se le oía para que no perdiese su reputacion. Si en lugar de aplaudirle le hubiesen silbado, frecuentemente se le hubiera hecho justicia.

Palmotearon tambien del mismo modo á otros comediantes, pero particularmente á una actriz que hacia el papel de graciosa. Miréla con cuidado, y me faltan términos para espresar la sorpresa con que reconocí en ella á Laura, á mi querida Laura, á quien suponia todavia en Madrid al lado de Arsenia. No podia dudar que fuese ella, porque su estatura, sus facciones y su metal de voz, todo me aseguraba que yo no me equivocaba. Sin embargo, como si desconfiara de mis ojos y de mis oidos, pregunté su nombre á un caballero que estaba á mi lado.—¿Pues de qué tierra viene vd.? me dijo: sin duda vd. acaba de llegar cuando no conoce á la hermosa Estela.

La semejanza era demasiado perfecta para que pudiese equivocarme, y desde luego comprendí bien que Laura al mudar de estado habia tambien mudado de nombre; y deseoso de saber noticias de ella, porque el público jamas ignora las de los cómicos, me informé del mismo sugeto, si esta Estela tenia algun cortejo de importancia. Respondióme que un gran señor portugues, llamado el marques de Marialba, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho á no haber temido cansarle con mis preguntas. Pensé mas en la noticia que este caballero acababa de darme que en la comedia; y si al salir alguno me hubiese preguntado el asunto de ella, no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela, y me determiné á visitarla en su casa al otro dia. No dejaba de inquietarme el cómo me recibiria. Tenia fundamento para pensar que no le diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba, y aun de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme, por vengarse de un hombre del cual tenia ciertamente motivos de estar sentida; pero nada de esto me desanimó. Despues de una cena ligera (pues en mi posada no se hacian de otra clase) me retiré á mi cuarto con mucha impaciencia de hallarme ya en el dia siguiente.

Dormí poco, y me levanté al amanecer: mas pareciéndome que la dama de un gran señor no se dejaria ver tan de mañana, ántes de ir á su casa gasté tres ó cuatro horas en componerme, afeitarme, peinarme y perfumarme, porque queria presentarme á ella en tal aparato, que no se avergonzase de verme. Salí á cosa de las diez, pregunté en la casa de comedias dónde vivia, y pasé á la suya. Vivia en un cuarto principal de una

casa grande. Abrióme la puerta una criada, á quien le dije pasase recado de que un jóven deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó:—¿Quien es ese jóven? ¿Qué me quiere? Que entre.

Discurrí haber llegado en mala ocasion, pues estaria su portugues con ella al tocador, y que para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el marques de Marialba, que pasaba con ella casi todas las mañanas. Por tanto esperaba yo un mal recibimiento, cuando aquella actriz original viéndome entrar, se arrojó á mí con los brazos abiertos, esclamando como fuera de sí:—¡Ay hermano mio! ¿eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces, y volviéndose despues hácia el portugues, le dijo:—Señor, perdonad si en vuestra presencia cedo á los impulsos de la sangre. Despues de tres años de ausencia no puedo volver á ver á un hermano á quien amo tiernamente, sin darle pruebas de mi afecto.—Dime pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiéndose á mí, dime algo de nuestra familia: ¿cómo ha quedado?

Estas palabras me turbaron por el pronto; pero inmediatamente penetré la intencion de Laura, y apoyando su artificio, le respondí con un tono propio de la escena que ambos íbamos á representar:—Nuestros padres están buenos, gracias á Dios, querida hermana.—Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió; pero no me condenes sin oirme. Bien sabes que hace tres años mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan Don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado de su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre, y de mucho valimiento. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó huyendo á Cataluña[1] con todo cuanto encontró en casa de dinero y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó á Italia, se alistó bajo las banderas de los venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los turcos. En este tiempo fué confiscada una posesion que era el único bien que poseíamos, y vine á quedar reducida á unas asistencias escasísimas. ¿Y qué partido podia tomar en situacion tan crítica? Una viuda jóven y de honor se halla en mucho compromiso: yo carecia de medios para restituirme á Asturias, ¿y qué haria allí? El solo consuelo que hubiera recibido de mi familia hubiera sido compadecerse de mi desgracia. Por otra parte, yo habia recibido muy buena educacion para resolverme á abrazar una vida licenciosa. ¿Pues qué arbitrio

1 Como la Cataluña estuvo por aquel tiempo en rebelion, servia de acogida á los prófugos del resto de la peninsula.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

me quedaba? El de hacerme cómica para conservar mi reputacion.

Al oir á Laura finalizar así su novela, fué tal el impulso de risa que me dió, que apenas pude reprimirme; pero al fin lo conseguí, y le dije con mucha gravedad:—Hermana mia, apruebo tu proceder, y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marques de Marialba, que no habia perdido una palabra de nuestra conversacion, tomó al pié de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la viuda de Don Antonio. Tambien se mezcló en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada, ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria; pero me pareció no habia necesidad de ello; y le dije lo cierto, contándole punto por punto como habia entrado en casa del Arzobispo y como habia salido; lo que divirtió infinito al señor portugues. Es verdad que, á pesar de lo que habia prometido á Melchor, me divertí un poco á costa del Arzobispo. Lo mas gracioso fué que, imaginando Laura que esta era una nueva novela como la suya, daba unas carcajadas que hubiera escusado á haber sabido que era la realidad.

Despues de haber acabado mi relacion, que concluí hablando del cuarto que habia tomado alquilado, avisaron para comer. Quise al momento retirarme para ir á comer á mi hostería, pero Laura me detuvo. ¿En qué piensas, hermano mio? me dijo; has de quedarte á comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada. Mi intencion es que vivas y comas en mi casa, y así haz traer tu equipage hoy mismo que aquí hay una cama para tí.

El señor portugues, á quien tal vez no agradaba esta hospitalidad, dijo á Laura:—No, Estela, no tienes aquí comodidad para recibir á nadie. Tu hermano, añadió, me parece un buen mozo, y con la recomendacion de ser cosa tan tuya, me intereso por él. Quiero tomarle á mi servicio: será á quien mas quiera de mis secretarios, y le haré depositario de mis confianzas. Que no deje de ir desde esta noche á dormir á casa; yo mandaré le pongan un cuarto. Le señalo cuatrocientos ducados de sueldo, y si en adelante tengo motivo, como lo espero, para estar contento de él, le pondré en estado de consolarse de haber sido demasiado sincero con su Arzobispo.

A las gracias que dí por esto al marques, añadió Laura otras mas espresivas.—No hablemos mas de ello, interrumpió el marques; es negocio concluido. Al acabar estas palabras, se despidió de su princesa de teatro, y se marchó. Laura me hizo pasar al momento á un cuarto retirado, en donde viéndose sola conmigo, dijo:—Hubiera reventado si hubiese contenido mas tiempo la risa, y dejándose caer en un sillon y apretándose los hijares, empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo mismo; y cuando nos hubimos cansado me dijo:—Confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia; pero yo no esperaba tuviese tan buen fin: mi ánimo solamente era proporcionarte la mesa y cuarto en casa, y para ofrecértelo con decoro fingí que eras mi hermano: me alegro que la casualidad te haya facilitado tan buen acomodo. El marques de Marialba es un caballero muy generoso, que hará por tí aun mas de lo que ha prometido. Otra que yo, continuó ella, acaso no hubiera recibido con tan buen semblante á un hombre que deja sus amigos sin despedirse de ellos; pero yo soy de aquellas chicas de buena pasta, que vuelven á ver siempre con agrado al picarillo á quien amaron.

Confesé de buena fé mi desatencion, y le pedí me la perdonase; despues de lo cual me llevó á un comedor muy aseado. Nos sentamos á la mesa, y como teniamos de testigos una doncella y un lacayo, nos tratamos de hermanos. Luego que acabamos de comer, volvimos al mismo cuarto en donde habiamos estado en conversacion, y allí mi incomparable Laura, entregándose á su alegría natural, me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde nuestra última vista. Hícele de ello una fiel narracion, y cuando hube satisfecho su curiosidad, ella contentó la mia relatándome su historia en estos términos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

Historia de Laura.

VOY á contarte lo mas compendiosamente que pueda, por qué casualidad abracé la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dejaste, sucedieron grandes acontecimientos. Mi ama Arsenia, mas de cansada que de disgustada del mundo, abjuró el teatro, y me llevó consigo á una hermosa hacienda que acababa de comprar cerca de Zamora con monedas estrangeras. Bien presto hicimos conocimientos en esta ciudad, á la que íbamos con frecuencia, y en donde nos deteniamos uno ó dos dias.

En uno de estos viajecillos, Don Felix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y por no ocultarte nada, yo contribuí algo para hacérsela hallar. Este caballero no tenia veinte años, era hermoso como un sol, su persona muy bien formada, y encantaba mas todavía con sus modales amables y generosos que con su cara. Me ofreció con tan buena voluntad y tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de admitirlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; pero ¡qué mal hacen las mozuelas ordinarias en prendarse de los hijos de familia cuyos padres tienen autoridad! El corregidor, que era el mas severo de los de su clase, advertido de nuestro trato, procuró evitar con presteza sus resultas. Me hizo prender por una cuadrilla de esbirros que, á pesar de mis gritos, me llevaron al hospicio de la Caridad.

Allí, sin mas forma de proceso, la superiora me hizo despojar de mi anillo y vestidos, y poner un largo saco de sarga ceniciento, ceñido por la cintura con una ancha correa negra de cuero, de la que pendia un ro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sario de cuentas gordas que me llegaba hasta los talones. Despues me llevaron á una sala en donde encontré un fraile viejo de no sé qué órden, que principió á ecshortarme á la penitencia, del mismo modo poco mas ó menos que la señora Leonarda te ecshortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dijo debia estar muy agradecida á las personas que me mandaban encerrar allí, pues que me hacian un gran beneficio sacándome de los lazos del demonio, en los cuales estaba infelizmente enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; muy lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este favor, les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin hallar consuelo; pero á los nueve, porque yo contaba hasta los minutos, mi suerte pareció querer mudar de aspecto. Al atravesar un patio pequeño encontré al mayordomo de la casa, que todo lo mandaba, y hasta la superiora le obedecia. No daba las cuentas de su administracion sino al corregidor, de quien únicamente dependia, y que tenia una entera confianza en él. Llamábase Don Pedro Zendono, natural de Salcedo en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, descarnado, y de una catadura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Parecia que ni aun miraba á las hermanas. Cara tan hipócrita no la habrás visto aunque hayas estado en el palacio arzobispal.

Encontré, pues, continuó ella, al Señor Zendono, que me detuvo, diciéndome:—Consuélate, hija mia, estoy compadecido de tus desgracias. Nada mas dijo, y continuó su camino, dejando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un testo tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien, me imaginaba fácilmente que se habia tomado el trabajo de ecsaminar la causa de mi encierro, y que no hallándome bastante culpable para merecer que se me tratara tan indignamente, queria empeñarse en mi favor con el corregidor. Pero conocia mal al vizcaino; sus intenciones eran otras. Habia proyectado en su mente hacer un viaje, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dijo, es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto poner fin á ellos. No ignoro que esto es querer perderme; pero ya no soy mio, ni puedo vivir mas que para tí. La situacion en que te veo me atraviesa el alma, y así intento sacarte mañana de tu encierro, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo al placer de ser tu libertador. Poco me faltó para morir de gozo al oir á Zendono; el cual juzgando por mis estremos que lo que yo mas deseaba era escaparme, tuvo al dia siguiente la osadía de robarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dijo á la superiora que tenia órden para llevarme á presencia del corregidor, que se hallaba en una casa de recreo á dos leguas de la ciudad, y me hizo con todo descaro subir con él en una silla de posta, tirada de dos buenas mulas que habia comprado para el caso. No llevábamos con nosotros

mas que un criado que conducia la silla, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Comenzamos á caminar, no como yo creia hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en menos tiempo del que necesitaba el corregidor de Zamora para saber nuestra fuga y despachar en nuestro seguimiento sus galgos. Antes de entrar en Braganza, el vizcaino me hizo poner un vestido de hombre que llevaba prevenido, y contándome ya por suya, me dijo en la hostería donde nos alojamos:—Bella Laura, no tomes á mal que te haya traido á Portugal. El corregidor de Zamora nos hará buscar en nuestra patria como á dos criminales á quienes la España no debe dar ningun asilo; pero añadió él, podemos ponernos á cubierto de su resentimiento en este reino estraño, aunque en el dia esté sujeto al dominio español: á lo menos estarémos aquí mas seguros que en nuestro pais. Déjate, pues persuadir, ángel mio; sigue á un hombre que te adora: vamos á vivir á Coimbra; allí pasarémos sin temor nuestros dias en medio de unos pacíficos placeres.

Una propuesta tan eficaz me hizo ver que trataba con un caballero á quien no gustaba servir de conductor á las princesas por la gloria de la caballería. Comprendí que contaba mucho con mi agradecimiento, y aun mas con mi miseria. Sin embargo, aunque estos dos motivos me hablaban en su favor, me negué resueltamente á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos razones poderosas para mostrarme tan reservada, pues no era de mi gusto ni lo creia rico. Pero cuando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado caudal para mucho tiempo, no lo oculto, comencé á escucharle. Me deslumbró el oro y la pedrería que me enseñó, y entonces esperimenté que el interes sabe hacer trasformaciones tan bien como el amor. Mi vizcaino fué poco á poco haciéndose otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco se me representó de una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa, y hasta su aspecto hipócrita me mereció un nombre favorable. Entonces acepté sin repugnancia su mano, á presencia del cielo, á quien tomó por testigo de nuestra union. Despues de esto ya no tuvo que esperimentar ninguna contradiccion por mi parte, y siguiendo nuestro camino, muy presto Coimbra recibió dentro de sus muros á un nuevo matrimonio.

Mi marido me compró muy buenos vestidos de muger, y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de Don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de dónde venian todas las piedras preciosas que yo habia visto, y para persuadirme de que no me habia casado

con un rígido observador del séptimo artículo del Decálogo; pero considerándome como la causa primera de sus juegos de manos, se los perdonaba. Una muger disculpa hasta las malas acciones que hace cometer su hermosura; y á no ser esto, ¡qué mal hombre me hubiera parecido!

Dos ó tres meses pasé con él bastante gustosa, porque me hacia mil cariños, y parecia amarme tiernamente. Sin embargo, las pruebas de amistad que me daba no eran mas que falsas apariencias. El bribon me engañaba, y me preparaba el trato que toda soltera seducida por un hombre infame debe esperar de él. Un dia á mi vuelta de misa no encontré en la casa mas que las paredes. Los muebles y hasta mis ropas habian desaparecido. Zendono y su fiel criado habian tomado tan bien sus medidas, que en menos de una hora se habia ejecutado completamente el despojo de mi casa; de modo que con el solo vestido que llevaba puesto, y la sortija de Don Felix que por fortuna tenia en el dedo, me ví como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Pero te aseguro que no me entretuve á hacer elegías sobre mi infortunio, antes bien dí gracias al cielo por haberme librado de un perverso que no podia menos de caer tarde ó temprano en manos de la justicia. Miré el tiempo que habiamos pasado juntos como un tiempo perdido que yo no tardaria en reparar. Si hubiera querido permanecer en Portugal y entrar al servicio de alguna señora ilustre, las habria tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó ya fuese arrastrada por la fuerza de mi estrella, que me preparaba allí mejor suerte, solo pensé en volver á ver á España. Vendí el diamante á un joyero, que me dió su importe en monedas de oro, y salí con una señora española, ya anciana, que iba á Sevilla en una silla volante.

Esta señora, llamada Dorotea, venia de ver á una parienta suya que vivia en Coimbra, y se volvia á Sevilla en donde tenia su casa. Congeniamos ambas de tal modo, que desde la primera jornada trabamos amistad, la que se estrechó tanto en el camino, que cuando llegamos á Sevilla no me permitió alojar sino en su casa. No tuve motivo para arrepentirme de haber hecho semejante conocimiento, pues no he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la viveza de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear á sus rejas bastantes guitarras, y por eso sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dejaron.

Entre otras escelentes prendas, tenia la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Cuando le conté mis infortunios, tomó con tanto ardor mi causa, que llenó de maldiciones á Zendono.—¡Ah perros! dijo en un tono que parecia haber encontrado en su viaje algun mayordomo; ¡miserables! en el mundo hay bribones que como éste, se deleitan

en engañar á las mugeres. Lo que me consuela, querida hija mia, es que segun tu relacion, no estás ligada con el pérfido vizcaino. Si tu casamiento con él es bastante bueno para servirte de disculpa, en recompensa es bastante malo para permitirte contraer otro mejor cuando halles ocasion para ello.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la iglesia, ó á visitar á alguna amiga, que es el medio seguro de encontrar prontamente alguna aventura. Me atraje las miradas de muchos caballeros, entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona; pero los unos no tenian con que soportar los gastos de un menage, y los restantes todavia eran unos babosos, lo que bastaba para quitarme la gana de escucharlos, sabiendo por mi esperiencia las consecuencias de ello. Un dia nos ocurrió ir á ver representar los cómicos de Sevilla, que habian anunciado en los carteles la representacion de la comedia famosa: *El embajador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las actrices que se presentaron en el teatro, ví á una de mis antiguas amigas, á Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, y con quien cenaste alguna vez en casa de Arsenia. Sabia yo muy bien que Fenicia hacia mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Era tal la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá tenian tambien la culpa los que la representaban, que no lo hacian ni tan bien ni tan mal que me divirtieran; porque te confieso que, como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno escelente. En fin, llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgeo de un tierno pajarito, que al parecer se habia dejado coger con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió de él cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me dió todas las muestras de amistad imaginables. Por mi parte la abracé con el mayor agrado. Mútuamente nos manifestamos el placer que teniamos en volvernos á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio meternos en una larga conversacion, dejamos para el dia inmediato el hablar en su casa mas estensamente.

El gusto de hablar es una de las pasiones mas vivas de las mugeres, y particularmente la mia. No pude pegar los ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de verme con Fenicia, y hacerle preguntas sobre preguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojado con toda la compañía en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me hizo subir á un corredor, á lo largo del cual habia diez ó doce cuartos pequeños, separados solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la cual abrió Fenicia, cuya lengua rabiaba tanto como la mia por hablar. Apenas nos tomamos el tiempo de sentarnos, y nos pusimos en disposicion de parlar sin cesar. Teniamos que preguntarnos sobre tantas cosas, que se atropellaban las preguntas y respuestas de un modo estraordinario.

Despues de haber contado mútuamente nuestras aventuras, é instruidas del actual estado de nuestros asuntos, me preguntó Fenicia qué partido queria tomar; porque al fin, me dijo, es preciso hacer alguna cosa, no estando bien visto en una persona de tu edad el ser inútil á la sociedad. Respondíle que habia resuelto, hasta encontrar mejor fortuna, colocarme con alguna señorita distinguida.—Quítate allá, esclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, amiga mia, que aun no te hayas cansado de servir? ¿No te has fastidiado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oir que te regañan, y en una palabra, de ser esclava? ¿Por qué no abrazas como yo, la vida cómica? Ninguna cosa es mas conveniente para las personas de talento que carecen de posibles y de lucida cuna. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas mas incómodas de la vida civil. Nuestras rentas nos las paga en moneda contante el público, que es el poseedor de sus fondos; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero del mismo modo que le ganamos.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavia me salen los colores al rostro siempre que me acuerdo de que cuando servia á Florimunda no oía sino á los criados de la compañía del Príncipe, y que ningun hombre de suposicion me miraba á la cara. ¿De qué nacia esto? De que yo no hacia allí papel: por buena que sea una pintura, no se celebra si no se espone á la vista pública. Pero despues que me puse en chapines, esto es, que parecí en las tablas, ¡qué mudanza! Traigo al retortero á los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. Una cómica tiene cierto atractivo en su oficio: si es discreta, quiero decir, que no favorece mas que á un solo amante, esto le hace un honor distinguido; se celebra su moderacion, y cuando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Y aun á una viuda se le mira con desprecio si contrae terceras nupcias, porque no parece sino que esto hiere la delicadeza de los hombres; al paso que una dama parece hacerse mas apreciable á medida que aumenta el número de sus favoreci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos, pues todavia despues de haber tenido cien cortejos es un manjar apetitoso.

—¿Á quién cuentas eso? interrumpí yo al llegar aquí: ¿piensas tú que ignoro esas ventajas? Las he considerado muchas veces; y hablándote sin ningun disimulo, te digo que lisonjean sobrado á una muchacha de mi genio. Conozco en mí mucha inclinacion á la vida cómica; pero esto no basta, pues se requiere talento, y yo no tengo ninguno: algunas veces me he puesto á recitar relaciones de comedia delante de Arsenia, y no ha quedado satisfecha de mí, lo que me ha hecho no gustar del arte.—No es estraño que le hayas disgustado, replicó Fenicia: ¿ignoras que esas grandes actrices son por lo comun envidiosas? Á pesar de su vanidad temen se les presenten personas que las desluzcan. En fin, yo sobre este asunto no me atendria solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Dígote sin lisonja que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion despejada y muy graciosa, un metal de voz suave, buen pecho, y sobre todo un buen palmito de cara. ¡Ah, picaruela, á cuántos encantarás si te haces comedianta!

Á esto añadió otras espresiones seductoras, y me hizo declamar algunos versos para convencerme á mí misma de la escelente disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido, fueron mayores sus elogios, hasta decirme que me aventajaba á todas las actrices de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dejar de acusar á Arsenia de envidia y de mala fé. Me fué preciso convenir en que mi persona valia mucho. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos cómicos que entraron en aquella sazon, los que se quedaron pasmados, y cuando volvieron de su admiracion fué para colmarme de alabanzas. Hablando seriamente, te aseguro que aunque los tres hubieran ido á porfia sobre quién me habia de elogiar mas, no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que padecer con tantos elogios. Principié á creer que valia algo, y heme aquí resuelta á abrazar la profesion cómica.

—No hablemos mas, querida mia, dije á Fenicia, está hecho: quiero seguir tu consejo, y entrar en la compañía si no hay inconveniente. Á esto mi amiga, arrebatada toda de gozo, me abrazó, y sus dos compañeros no manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Quedamos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y repetiria delante de toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia adquirí una opinion ventajosa, todavia fué mas favorable la de los comediantes despues que recité en su presencia solo unos veinte versos; y así me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entonces puse mi atencion solo en el modo con que habia de salir la primera vez á las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tablas. Para que fuese con mas lucimiento, gasté todo el dinero que me quedaba de la sortija; y si no me presenté con ostentacion, á lo menos hallé el arte de suplir la falta de magnificencia con un gusto delicado. Presentéme en fin por la primera vez en la escena: ¡qué palmadas! ¡qué aplausos! no faltaré, amigo mio, á la modestia si te digo que arrebaté la atencion de los espectadores. Era preciso haber presenciado la celebridad que adquirí en Sevilla para creerla. Fuí el objeto de todas las conversaciones de la ciudad, la que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atrajo al público, que ya empezaba á desampararla. Me presenté de un modo que hechizó á todos, lo que fué publicar que me vendia al que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecerme sus obsequios y facultades. Por mi gusto hubiera escogido al mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos mirar al interes y á la ambicion cuando se trata de tomar una amistad. Esta es regla del teatro: por cuya razon mereció la preferencia D. Ambrosio de Nisaña, hombre ya viejo y de muy rara figura; pero rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucía. Es verdad que le costó caro. Tomó para mí una hermosa casa, la adornó magníficamente, me buscó un buen cocinero, dos lacayos, una doncella, y me señaló para el gasto mil ducados mensuales. Añade á esto, ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia nunca llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! ni aun yo podia comprenderla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso ingenuamente que los aplausos del público, las espresiones lisongeras que oía por todas partes y la pasion de Don Ambrosio, me infundieron una vanidad que llegó hasta la estravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el aire de señora; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, cuanto las habia prodigado antes; de suerte que me puse en el pié de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á casa: yo por mi parte procuraba juntar las cómicas mas divertidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho; pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse, serian muy amables. Don Ambrosio me dejó por una maja granadina que acababa de llegar á Sevilla, con muchas gracias y el talento suficiente para hacerlas valer. Mi afliccion no duró mas que veinte y cuatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años, llamado

Don Luis de Alcacer, tan bello mozo que pocos podian comparársele. Con razon me preguntarás, por qué elegí á un señor tan jóven, sabiendo que el trato con esta clase de amantes es peligroso; y yo te diré que Don Luis ni tenia padre ni madre, y que ya disponia de su hacienda; ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las mugeres de nuestra profesion son personas de título; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestros atractivos. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos desplumado.

Nos apasionamos tan estremadamente uno de otro, Alcacer y yo, que dudo haya habido jamas amor como el nuestro. Nos amábamos con tanto ardor que no parecia sino que estábamos hechizados: los que sabian nuestra pasion nos creian los amantes mas dichosos del mundo, y tal vez éramos los mas infelices. Don Luis era amable por su rostro; pero tan zeloso, que me atormentaba á cada instante con injustos recelos. Por mas que yo procurase no mirar á hombre alguno para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi cuidado. Si estaba en la escena, le parecia que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y me llenaba de reconvenciones. En una palabra, nuestras mas tiernas conversaciones estaban siempre mezcladas de quejas. No pudimos aguantar mas; á ambos nos faltó la paciencia, y nos separamos amigablemente. ¿Creerás tú que el último dia de nuestra amistad fué el mas gustoso que habiamos tenido hasta entonces? Igualmente fatigados los dos de los males que habiamos padecido, nos despedimos con la mayor alegría, semejantes á dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entonces he procurado precaverme del amor, y no quiero mas amistad que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotros suspirar como las demas mugeres, ni debemos abrigar en nuestro pecho una pasion cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entre tanto mi fama iba tomando mas vuelo, publicando por todas partes que yo era una actriz inimitable. Tanta nombradía movió á los comediantes de Granada á que me escribiesen, convidándome con una plaza en su compañía; y para hacerme ver que la propuesta no era despreciable, me enviaron una razon del importe de sus últimas entradas y de sus caudales, por lo cual pareciéndome un partido ventajoso lo acepté, aunque en lo íntimo de mi corazon sentia dejar á Fenicia y á Dorotea, á quienes amaba tanto cuanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera la dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con éste salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria favorecer sino á quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servia, y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon de su empleo, de una buena mesa, y de arrastrar coche, hacia el papel de señor, cuando ví la primera vez al marques de Marialba. Este señor portugues, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué á la comedia, y aquel dia no representé yo. Miró con mucha atencion á las actrices que se presentaron, halló una que le gustó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para convenirse cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugues no pensó mas que en mí, y, á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPÍTULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

EN el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotis[1]. Mi hermana no dejó de presentar su hermano á esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marques, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al cuarto que tenia alquilado, pagué á mi huéspeda, dí á un mozo mi maleta, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. Encontré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo:—Pues sea vd. muy bien venido, caballero. El marques de Marialba, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á vd. un cuarto; si vd. gusta yo se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introdujo en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dijo mi conductor; pero en recompensa prometo á vd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté á qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente

1 Era la deidad de los placeres voluptuosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con éste salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria favorecer sino á quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servia, y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon de su empleo, de una buena mesa, y de arrastrar coche, hacia el papel de señor, cuando ví la primera vez al marques de Marialba. Este señor portugues, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué á la comedia, y aquel dia no representé yo. Miró con mucha atencion á las actrices que se presentaron, halló una que le gustó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para convenirse cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugues no pensó mas que en mí, y, á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPÍTULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

EN el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotis[1]. Mi hermana no dejó de presentar su hermano á esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marques, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al cuarto que tenia alquilado, pagué á mi huéspeda, dí á un mozo mi maleta, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. Encontré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo:—Pues sea vd. muy bien venido, caballero. El marques de Marialba, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á vd. un cuarto; si vd. gusta yo se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introdujo en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dijo mi conductor; pero en recompensa prometo á vd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté á qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente

1 Era la deidad de los placeres voluptuosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuera, y que daba á cada criado un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversacion dejé al mayordomo, y fuí á buscar á Laura, entretenido agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dije era hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto las centinelas hacerme paso á porfía, como si yo fuera uno de los principales personages de Granada. Todos los dependientes del teatro que encontré en el tránsito me hicieron profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector, es el recibimiento que con una seriedad cómica me hicieron en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y pronta á principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, se agolparon hácia mí. Los hombres me confundieron á abrazos, y las mugeres en seguida, aplicando sus rostros pintados al mio, lo llenaron de arrebol y blanquete. Ninguno queria ser el último á cumplimentarme, y todos se pusieron á hablarme á un tiempo. No bastaba yo á responderles; pero mi hermana vino á mi socorro, y como tenia ejercitada la lengua, cumplió con todos por mí.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices: fué preciso aguantar los del tramoyista, violinistas, apuntador, despabilador y sota-despabilador; en fin, de todos los dependientes del teatro, que al rumor de mi llegada vinieron corriendo á ecsaminar mi persona: no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que jamas habian visto hermanos.

Entretanto empezó la comedia: algunos caballeros que estaban en el vestuario se retiraron á tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no representaban. Entre estos habia uno á quien llamaron y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente al sugeto á quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví que era Melchor Zapata, aquel pobre cómico de la legua que, como dije en el libro segundo de mi historia, estaba mojando mendrugos de pan en una fuente.

Al instante le llamé aparte y le dije:—Si no me engaño, vd. es el Señor Melchor con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente entre Valladolid y Segovia. Iba yo con un mancebo de barbero, juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de vd., y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazonó con mil conversaciones agradables. Zapata se quedó como pensativo algunos instantes, y despues me respondió:—Vd. me habla de una cosa de que sin

dificultad hago memoria. Entonces venia de Madrid, en donde habia salido para prueba en aquel teatro, y me volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios andaban de mala data.—Y yo por esas señas, le dije, vengo en conocimiento de que vd. llevaba un jubon forrado de carteles de comedias. Tampoco he olvidado que vd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy honesta.—¡Oh! por esa parte ya no me quejo, dijo Zapata con precipitacion: ¡Vive diez que la buena muger se ha enmendado en esto, y así mi jubon va mejor forrado!

Al ir á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza, tuvo precision de dejarme para salir á la escena. Con el deseo de conocer á su muger, me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase, lo que hizo diciendo:—Véala vd., esa es Narcisa, la mas linda de nuestras damas despues de la hermana de vd. Juzgué que esta actriz debia ser aquella á quien se habia aficionado el marques de Marialba antes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia acompañé á Laura á su casa, en donde ví muchos cocineros que estaban disponiendo una gran cena.—Aquí puedes cenar, me dijo ella. Nada menos que eso, le respondí; el marques querrá quizá estar solo contigo.—No, respondió ella, ahora vendrá con dos amigos suyos, y uno de nuestros compañeros, y si tú quieres, serás la sesta persona. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. —Es verdad, le dije; pero todavia no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este cargo honorífico, debo antes emplearme en alguna comision de confianza. Diciendo esto, dejé á Laura, y fuí á mi hostería, donde hice ánimo de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO IX.

Del hombre estraordinario con quien Gil Blas cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.

ADVERTÍ que en un rincon de la sala estaba cenando solo un fraile viejo vestido de paño pardo, y por curiosidad me senté en frente de él; saludéle con mucha urbanidad, y él no se mostró menos cortes que yo. Trajéronme mi pitanza, que principié á despachar con buenas ganas, y mientras comia sin decir una palabra, miraba frecuentemente á este raro personage, y siempre le hallé puestos los ojos en mí. Cansado de su afan en mirarme, le hablé en estos términos:—Padre, ¿nos habrémos visto tal vez en otra parte fuera de aquí? Vd. me está observando como á un hombre que no le es enteramente desconocido.

Respondióme con mucha gravedad:—Si os miro con esta atencion, solo es para admirar la singular variedad de aventuras que están grabadas en las rayas de vuestro rostro.—A lo que veo, le dije con un aire burlon, vuestra reverencia sabe la metoposcopia.—Bien podria lisongearme de poseerla, dijo el fraile, y de haber pronosticado cosas que el tiempo no ha desmentido; no sé menos la quiromancia, y me atrevo á decir que mis oráculos son infalibles cuando he comparado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque aquel viejo tenia todo el aspecto de hombre sábio, me pareció tan loco que no pude dejar de reirme en su cara; pero en lugar de ofenderse de mi descortesía, se sonrió de ella, y despues de haber paseado su vista por la sala, y asegurádose de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera:—No me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia se tienen por frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos los sabios, que, despechados de no haberlas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

podido aquirir, las abandonan y desacreditan. Por lo que hace á mí no me ha acobardado la oscuridad en que están envueltas, ni tampoco las dificultades que se succeden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos, y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no presumo, prosiguió, habiendo tomado nuevo aliento, que hablo con un jóven que conceptúe de sueños mis pensamientos. Una leve prueba de mi habilidad os dispondrá á juzgar mas favorablemente de mí, que todo cuanto pudiera deciros. Dicho esto, sacó del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado, y prosiguió diciendo:—Vea vd. aquí un elícsir que he compuesto esta mañana del zumo de ciertas plantas destiladas por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en descubrir las propiedades de los simples y de los minerales. Vd. va á esperimentar su virtud. El vino que estamos bebiendo es muy malo; pues va á ser esquisito. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elícsir en mi botella, que volvieron mi vino mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginacion, el juicio se estravia. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido de que era menester ser poco menos que diablo para haberlo hallado, esclamé lleno de admiracion:—¡Oh, padre mio! suplico á vd. me perdone si antes le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á vd. justicia; no necesito ver mas para estar convencido de que, si quisiera, podria hacer en un instante un tejo de oro de una barra de hierro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esa admirable ciencia!—El cielo os libre de tenerla jamas, interrumpió el viejo dando un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme, tenme mas bien lástima de haber tomado tanto trabajo para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis afanes. Con este temor paso una vida errante, disfrazado unas veces de clérigo ó de fraile, otras de caballero ó paisano. ¿Y te parece que será ventajoso el saber hacer oro á ese precio? Y ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que no las disfrutan con quietud?

—Ese discurso me parece muy sensato, dije entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego; vd. me hace mirar con desprecio la piedra filosofal. Yo os estimaria que me vaticináseis lo que me ha de acontecer.—De muy buena gana, hijo mio, me respondió; ya he observado vuestra fisonomía: mostrad vuestra mano. Presentésela con una confianza que no me hará honor en el ánimo de algunos lectores, que en mi lugar acaso habrian hecho otro tanto. La ecsaminó muy atentamente, y al momento esclamó:—¡Ah! ¡y qué de tránsitos de la afliccion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10672

á la alegría y de la alegría á la afliccion! ¡Qué série azarosa de desgracias y de prosperidades! Mas ya habeis esperimentado una gran parte de estas alternativas de la fortuna; y no os restan mas desgracias que probar: un señor os dará un buen destino, que no estará sujeto á mutaciones.

Despues de haberme afirmado que podia estar seguro de su pronóstico, se despidió de mí, saliendo de la hostería, donde quedé muy pensativo de lo que acababa de oir.

No dudaba yo que fuese el marques de Marialba el tal señor, y por consiguiente nada me parecia mas posible que el cumplimiento del vaticinio. Pero cuando yo no hubiese visto la menor apariencia de ello, no me hubiera impedido eso el dar al fraile entero crédito: tanta era la autoridad que por su elícsir habia cobrado en mi ánimo.

Por mi parte, para acelerar la felicidad que me habia predicho, determiné servir al marques con mas afecto que lo habia hecho á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada con una alegria imponderable cual nunca sacó una muger de casa de las decidoras de la buena ventura.

CAPÍTULO X.

De la comision que el marques de Marialba dió á Gil Blas, y como la desempeñó este fiel secretario.

TODAVIA no habia vuelto el marques de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré á los ayudas de cámara que jugaban á los naipes esperando su venida. Me introduje con ellos, y nos entretuvimos alegremente hasta las dos de la madrugada en que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dijo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita:—Gil Blas, ¿por qué no te has acostado? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme.—Puede ser, dijo, te encargue por la mañana un asunto, y entonces te daré mis órdenes. Ve á descansar, y sabe que te dispenso de esperarme, pues me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dejó de agradarme, pues me escusaba la sujecion que algunas veces hubiera llevado con disgusto, dejé al marques en su cuarto, y me retiré á mi guardilla. Me acosté; pero no pudiendo dormir, seguí el consejo de Pitágoras, de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia, para aplaudir nuestras buenas acciones ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de remorderme haber apoyado la mentira de Laura. Por mas que yo me decia para disculparme de que no habia podido decentemente desmentir á una muchacha que no habia tenido otra mira que la de mi bien, y que en algun modo me habia visto en la precision de ser cómplice de su engaño; poco satisfecho de esta escusa, yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el embuste, y que era demasiado descaro el querer vivir con un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin, despues de un severo ecsámen convine en que si no era un bribon me faltaba poco.

Pasando de aquí á las consecuencias, reflecsioné que aventuraba mucho en engañar á un hombre de distincion, quien por mis pecados acaso tardaria poco en descubrir el enredo: una reflecsion tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu; pero bien presto desvanecieron mi temor las ideas del contento y del interes. Por otra parte la profecía del hombre del elícsir hubiera bastado para tranquilizarme; y así me entregué á imágenes muy risueñas. Me puse á hacer cuentas de aritmética y á calcular para conmigo mismo la suma á que ascenderian mis salarios al cabo de diez años de servicio. A esto añadí las gratificaciones que recibiria de mi amo; y midiéndolas por su carácter liberal, ó mas bien segun mis deseos, tenia una intemperancia de imaginacion, si puede hablarse de este modo, que no ponia límites á mi fortuna. Tanta felicidad me concilió poco á poco el sueño, y me quedé dormido haciendo castillos en el aire.

Por la mañana me levanté cosa de las nueve para ir á recibir las órdenes de mi amo; pero al abrir mi puerta para salir, me admiré de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo:—Gil Blas, al despedirme anoche de tu hermana, le ofrecí pasar á su casa esta mañana; pero un negocio de importancia no me permite cumplirlo. Ve y dile de mi parte cuánto siento este contratiempo, y asegúrale que aun cenaré esta noche con ella. No es esto lo mas, añadió, entregándome una bolsa con una cajita de zapa guarnecida de piedras; llévale mi retrato, y toma para tí esa bolsa, en donde van cincuenta doblones, que te doy en prueba de la amistad que ya te he cobrado. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa de mí tan poco merecida. Fuí corriendo al momento á casa de Laura, diciendo en medio del esceso de alegría que me enagenaba:—¡Bueno, bueno! la prediccion se verifica visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una buena moza que admite galanteos! Es lástima que no haya en esto tanta honra como provecho y utilidad.

Laura, contra la costumbre de las personas de su profesion, solia madrugar. Halléla al tocador, en donde, esperando á su portugues, añadia á su hermosura natural todos los atractivos ausiliares que el arte podia prestarle.—Amable Estela, le dije al entrar, iman de los estrangeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con un encargo que me dá esta prerogativa, el cual vengo á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de verte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte de esto, cenará esta noche contigo; y te envia su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

Entregúele la caja, que con el vivo resplandor de los brillantes de

que estaba guarnecida alegró infinito su vista. Abrióla, y habiéndola cerrado despues de haber considerado la pintura por mero cumplimiento, volvió á mirar las piedras: celebró su hermosura y me dijo con sonrisa:—Ve aquí unas cópias que las damas de teatro estiman mucho mas que los originales. Díjele en seguida que el generoso portugues al darme el retrato me habia regalado cincuenta doblones.—Me alegro infinito, me dijo ella. Este señor principia por donde aun raras veces acaban otros.—A tí es, mi querida, respondí yo, á quien debo este regalo, que el marques me hizo á causa de fraternidad.—Yo quisiera, dijo ella, te hiciera otros como ese todos los dias: no puedo ponderarte cuanto te amo. Desde el instante en que te ví, te amé tan estrechamente, que el tiempo no ha podido romper esta union. Cuando te eché de menos en Madrid, no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como á un hombre que volvia á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado el uno para el otro: tú serás mi marido; pero antes es preciso enriquecernos. La prudencia ecsige que comencemos por aquí. Todavia quiero tener tres ó cuatro cortejos para ponerte en una situacion aventajada.

Díle cortesmente las gracias por el trabajo que queria tomarse por mí, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el medio dia. Entonces me retiré para ir á dar cuenta á mi amo del modo con que habia sido recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque cuando llegué á la posada, me dijeron que el marques acababa de salir; y estaba decretado que no volveria á verle mas, como puede leerse en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI.

De la noticia que supo Gil Blas, y que fué un golpe mortal para él.

Fuíme á mi posada, en donde encontré dos sugetos, con quienes comí, y con cuya gustosa conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia que nos separamos, ellos para ir á sus quehaceres, y yo para tomar el camino del teatro. Advierto de paso, que yo tenia motivo para estar de buen humor, porque la alegria habia reinado en la conversacion que acababa de tener con estos caballeros, mostrándoseme ademas propicia la fortuna; pero con todo sentia una tristeza que no estaba en mi mano desechar. A vista de esto, no se diga que no se presienten las desgracias que nos amenazan.

Al entrar en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata, y me dijo en voz baja que le siguiera. Me llevó á un sitio escusado, y me dijo lo siguiente:—Señor mio, miro como un deber dar á vd. un aviso muy importante. Vd. no ignora que el marques de Marialba se enamoró primero de Narcisa mi esposa; y aun habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, cuando la artificiosa Estela halló medio de desconcertar la partida y de atraer á su casa á este señor portugues. Bien conoce vd. que una cómica no pierde tan buena presa sin despecho. Mi muger está muy resentida de esto: nada es capaz de omitir para vengarse, y por desgracia de vd. se le presenta para ello una ocasion favorable. Ayer, si vd. hace memoria, todos nuestros dependientes acudieron á verle. El sota-despabilador dijo á algunas personas de la compañía que conocia á vd. y que de ningun modo era hermano de Estela.

Esta noticia, añadió Melchor, ha llegado á oidos de Narcisa, que no ha dejado de preguntársela al que la ha dado, y éste se la ha repetido. Dice conoció á vd. de criado de Arsenia, cuando Estela bajo el nombre de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Laura le servia en Madrid. Mi esposa, contentísima con este descubrimiento, se lo participará al marques de Marialba, que ha de venir esta tarde á la comedia. Camine vd. en esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo como amigo, y por nuestro antiguo conocimiento, que se ponga en salvo. Narcisa, que no busca mas que una víctima, me ha permitido se lo advierta á vd. para que evite con una pronta fuga cualquier accidente funesto.

Me hubiera sido inútil saber mas; dí gracias por este aviso al histrion, que conoció muy bien por mi sobresalto que yo no estaba en el caso de desmentir al sota-despabilador. Como realmente no tenia intencion de llevar hasta este punto la desvergüenza, ni aun fuí á despedirme de Laura, temiendo no quisiese obligarme á que siguiera el enredo. Bien sabia yo que ella era buena comediannta para salir con facilidad de este berengenal; pero yo veia mas que un castigo infalible que me amenazaba, y no estaba tan enamorado que quisiese burlarme de él. Determiné, pues, poner tierra por medio, cargando con mis dioses penates, es decir con mi ropa; y en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí del coliseo, y en un momento hice sacar y trasladar mi maleta á la posada de un arriero que al dia siguiente á las tres de la mañana debia salir para Toledo. Hubiera deseado estar yo con el conde de Polan, cuya casa me parecia el único asilo que habia seguro para mí; pero no hallándome aun en ella, no podia pensar sin inquietud en el tiempo que me restaba que pasar en una ciudad en donde temia me buscasen aquella misma noche.

No dejé de ir á cenar á mi hostería, á pesar de estar tan zozobroso como un deudor que sabe andan en seguimiento suyo los alguaciles; pero no creo que la cena hizo en mi estómago un escelente quilo. Miserable juguete del miedo, miraba con cuidado á todas las personas que entraban en la sala; y temblaba como un azogado, siempre que por mi desgracia eran algunas de mala catadura, cosa que no es rara en tales parages. Despues de haber cenado en medio de continuos sobresaltos, me levanté de la mesa, y me volví á la posada del ordinario, en donde me eché sobre paja fresca hasta la hora de marchar.

Puedo asegurar que durante este tiempo ejercité bien mi paciencia: mil tristes pensamientos vinieron á asaltarme: si algun instante me quedaba traspuesto, soñaba que veia furioso al marques, lastimando á golpes el hermoso rostro de Laura, y haciendo pedazos cuanto habia en su casa; ó ya que le oia mandar á sus criados que me matasen á palos. Despertaba despavorido, y siendo tan gustoso despertar despues de haber soñado cosas funestas, para mí era esto mas cruel que el mismo sueño.

Por fortuna me sacó de esta angustia el arriero, viniendo á avisarme que estaban prontas las mulas. Inmediatamente me levanté, y gracias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al cielo me puse en camino, curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada, iba mi espíritu recobrando su serenidad. Empecé á trabar conversacion con el arriero, el cual me contó algunas historias divertidas que me hicieron reir, y fuí perdiendo insensiblemente mi temor. Dormí con sosiego en Ubeda, donde hicimos noche á la primera jornada, y á la cuarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la casa del conde de Polan, y persuadido de que no consentiria me alojase en otra, fuí allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspeda, pues no encontré en ella mas que al portero, quien me dijo que su amo habia salido el dia antes para la quinta de Leiva, de donde le habian escrito que Serafina estaba enferma de peligro.

Yo no habia contado con la ausencia del conde, que disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, y fué causa de que tomase otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid, me resolví á ir allá, discurriendo que en la corte podria hacer fortuna, pues, segun habia oido decir, no era necesario en ella tener un talento superior para adelantar. Al dia siguiente me aproveché de un caballo de retorno que me llevó á esta capital de la España, á donde la buena suerte me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entonces me habia hecho representar.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada de caballeros, en donde adquiere conocimiento con el capitan Chinchilla: qué clase de hombre era este oficial, y qué negocio le habia llevado á Madrid.

ASÍ que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada de caballeros, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo, que desde lo último de Castilla la Nueva habia venido á la corte á pretender una pension que creia tener bien merecida: llamábase Don Anibal de Chinchilla. No sin espanto le ví la primera vez: era un hombre de sesenta años: de una estatura gigantesca, y sumamente flaco. Tenia unos bigotes poblados que subian, retorciéndose por los dos lados, hasta las sienes; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna, llevaba tapado un ojo con un gran parche de tafetan verde, y casi todo su rostro estaba lleno de cicatrices. En lo demas, era como otro cualquiera: no carecia de entendimiento, y aun menos de gravedad. En cuanto á sus costumbres era muy rígido, y se preciaba sobre todo de ser delicado en punto de honor.

A las dos ó tres conversaciones que tuvimos, me honró con su confianza, y supe todos sus asuntos. Me contó en qué ocasiones se habia dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los Paises Bajos. Admiré, en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapase ninguna fanfarronada ni palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra, no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobre todo sentia á par de su alma haber disipado una considerable hacienda en sus campañas, de suerte que no le habian que-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para aliñar sus bigotes, pagar su alojamiento y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió encogiéndose de hombros, todos los dias, á Dios gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso de ellos. Si vd. lo presenciara, no diria sino que apostábamos el ministro y yo sobre cuál habia de cansarse antes, si yo en darlos ó él en recibirlos. Tambien tengo la honra de presentárselos al mismo rey; pero tan lindo es Pedro como su amo, y entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparos.

—No pierda vd. las esperanzas, dije al capitan; vd. sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará vd. hoy en vísperas de ver premiados con usura todos sus penosos servicios.—No debo lisonjearme con esa esperanza, respondió Don Anibal: aun no hace tres dias que hablé á uno de los secretarios del ministro; y si he de dar crédito á sus palabras, es preciso prestar paciencia.—¿Y qué le dijo á vd., señor oficial? le respondí: tal vez el estado en que vd. se halla no le parece digno de recompensa.—Vd. lo verá, respondió Chinchilla: este secretario me ha dicho claramente:—Señor hidalgo, no ponderе vd. tanto su celo y su fidelidad; porque en haberse espuesto á los peligros por su patria, no ha hecho vd. mas que cumplir con su obligacion. La gloria que resulta de las acciones heróicas es suficiente paga, y debe bastar principalmente á un español. Desengáñese vd. si mira como deuda la gratificacion que solicita; en caso de que se os conceda esta gracia la deberéis únicamente á la bondad del rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al estado. Infiera vd. de ahí, siguió el capitan, lo que podré esperar, y que al cabo habré de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre honrado cuando se le ve padecer: le ecshorté á que se mantuviera firme· me ofrecí á ponerle de balde en limpio sus memoriales; y llegué hasta ofrecerle mi bolsillo, suplicándole que tomase lo que quisiera de él. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones no necesitan de muchos ruegos; antes bien se mostró muy pundonoroso y me dió las gracias. Despues de esto me dijo que, por no cansar á nadie, se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad, que el menor alimento bastaba para su subsistencia, lo que era muy cierto. No se mantenia de otra cosa que de cebollas y ajos; y así estaba en los huesos. Para que nadie viese sus malas comidas, se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante, á fuerza de súplicas conseguí que cenásemos y comiésemos juntos. Y engañando su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me trajesen mucha mas comida y bebida de la que yo necesitaba; instéle á comer y beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á

mis instancias, y tomando insensiblemente mas confianza, él mismo me ayudaba á dejar limpio mi plato y desocupada mi botella.

Luego que hubo bebido cuatro ó cinco tragos, y recuperado su estómago con un buen alimento, me dijo en tono alegre:—En verdad, Señor Gil Blas, que sois muy seductor, pues haceis de mí lo que quereis. Teneis un modo tan atractivo que desvanece hasta el temor de abusar de vuestra generosidad. Me pareció que mi capitan habia ya perdido tanto la cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido dinero, no lo hubiera rehusado. No quise hacer la prueba, y me contenté con hacerle mi comensal, y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilías habia aprendido á variar de frases, y aun llegado á ser medio autor. El viejo oficial por su parte se preciaba de poner bien un papel; de modo que, trabajando los dos á competencia, componiamos trozos de elocuencia dignos de los mas célebres catedráticos de Salamanca; pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era, como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los méritos de Don Anibal, la corte ningun aprecio hacia de ellos, lo que no escitaba á este inválido á elogiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal humor á su estrella, y daba al diablo á Nápoles, Lombardía y los Paises-Bajos[1].

Para mayor mortificacion suya aconteció que, habiendo cierto dia recitado en presencia del rey un soneto sobre el nacimiento de una infanta, un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Creo que el mutilado capitan se habria vuelto loco si no hubiera yo cuidado de consolarle. Viéndole fuera de sí, le dije:—¿Qué es lo que vd. tiene? Nada de esto debia vd. estrañar. ¿No están de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hay testa coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y, hablando aquí entre nosotros, las pensiones dadas á los poetas trasmiten á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, cuando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? ¿Cuántas pensiones concedió de que no tenemos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá como nosotros, que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dijese á Don Anibal, no pudo digerir el fruto del soneto que se le habia sentado en el estómago, y así resolvió abandonarlo todo,

1 Todos estos paises estuvieron sometidos á la España con mas ó menos amplitud mientras ocupó este trono la dinastía austriaca; y en ellos se sostuvieron guerras casi continuas y de mas gloria que provecho.

no obstante que quiso antes envidar el resto, presentando un memorial al duque de Lerma. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer ministro. Allí encontramos á un joven, quien despues de haber saludado al capitan, le dijo con cariño:—Mi amado y antiguo amo, ¿es posible que yo vea á vd. aquí? ¿Qué negocio le trae á casa de S. E.? Si necesita de alguna persona de valimiento, no deje vd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades.—Perico, dijo el oficial, pues qué, ¿tienes algun empleo bueno en la casa? Á lo menos, respondió el jóven, es bastante para servir á un hidalgo como vd.—Siendo así, prosiguió sonriéndose el capitan, recurro á tu proteccion.—Desde luego se la concedo á vd., repitió Perico. Dígame vd. su asunto, y prometo sacar raja del primer ministro.

No bien habiamos enterado de él á este jóven tan lleno de buen deseo, cuando preguntó donde vivia Don Anibal. Nos dió palabra de que el dia siguiente se veria con nosotros, y se despidió sin decirnos lo que queria hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Lerma. La agudeza del tal Perico escitó mi curiosidad, y quise saber quien era.—Es, me dijo el capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que, habiéndome visto en la indigencia, me dejó, por buscar mejor acomodo. No se lo tomé á mal, porque, como se suele decir, por mejoría mi casa dejaria. Es un lagarto que no carece de talento, é intrigante como todos los diablos; pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del celo que acaba de manifestarme.—Puede ser, le dije, que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales dependientes del duque, podrá servir á vd. de mucho; pues no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cabala; que estos tienen en su servidumbre favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

A la mañana siguiente vino Perico á nuestra posada, y nos dijo:—Señores, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chinchilla, fué porque no estábamos en parage propio para esplicarlos, fuera de que queria tentar el vado antes de franquearme con ustedes. Sepan, pues, que yo soy el lacayo de confianza del señor Don Rodrigo Calderon, primer secretario del duque de Lerma. Mi amo, que es muy enamorado, va casi todas las noches á cenar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin, discreta, y que canta con primor, y por esto le llaman la señora Sirena. Como todas las mañanas le llevo un billete amoroso, vengo ahora de verla, y le he propuesto que haga pasar al señor Don Anibal por tio suyo, y que con este engaño empeñe á su galan á protegerle. Ha venido gustosa en ello, porque ademas del tal cual provecho que juzga le puede resultar, le es de mucha satisfaccion el que le tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto, y mostró repugnancia á hacerse cómplice de una falsedad, y todavía mas á permitir que una aventurera le deshonrase diciendo ser parienta suya; lo que sentia no solamente por sí, sino porque creía que esta ignominia retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perico, pareciéndole inoportuna.—¿Se burla vd.? esclamó: vea vd. aquí lo que son los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira vd., prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios: en la corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que quiera, que no hay que perderla.

Sostuve el parecer de Perico, y ambos arengamos tanto al capitan, que á pesar suyo le hicimos se fingiese tio de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos entre los tres un nuevo memorial para el ministro, que despues de revisto, aumentado y corregido, lo puse en limpio, y Perico se lo llevó á la aragonesa, la que aquella misma tarde se lo recomendó al señor Calderon, hablándole con tal empeño, que este secretario, creyéndola verdaderamente sobrina del capitan, ofreció apoyarlo. El efecto de esta trama lo vimos á pocos dias. Perico volvió con aire victorioso á nuestra posada.—Buenas nuevas tenemos, dijo á Chinchilla: el rey hará una distribucion de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será vd. olvidado; y así se me ha encargado os lo asegure; pero al mismo tiempo se me ha prevenido pregunte á vd. qué hace ánimo de regalar á Sirena. Por lo que respecta á mí, digo que nada quiero, porque prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi amo antiguo; pero no es lo mismo nuestra ninfa de Albarracin: es algo interesada cuando se trata de servir al prójimo; tiene esa pequeña falta; y siendo capaz de tomar dinero de su mismo padre, vea vd. si rehusará el de un tio postizo.

—Diga cuanto quiere, dijo Don Anibal: si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar, se la prometo, y me parece que es bastante dádiva, aun cuando se tratara de todas las rentas de su magestad católica.—Yo por mí me fiaria de la palabra de vd., replicó el mensagero de Don Rodrigo, pues sé que no faltará á ella; pero se trata con una niña naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella apetecerá mucho mas que vd. le dé una vez por todas las dos terceras partes con anticipacion y en dinero contante.—¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque? interrumpió asperamente el oficial; ella debe creerme algun contador mayor: sin duda que tú no la has enterado de mi situacion.—

Perdone vd. repuso Perico; sabe muy bien que vd. está mas miserable que Job: no puede ignorarlo despues de lo que le tengo dicho; pero pierda vd. cuidado, que yo tengo arbitrio para todo. Conozco á un pícaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento: vd. le hará ante escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vd. deducido el interes. En órden á la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán ustedes disputa.

El capitan aseguró que siempre que lograse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el dia siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto, se verificó que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió cuantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos, y se volvió á su pais con algunos doblones que le habian quedado.

CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A donde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes allí me parecian desnudos de aquel resplandor en que otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneándome por aquellas galerías, haciendo como otros muchos, un papel bastante ridículo, ví á Fabricio, á quien habia dejado en Valladolid sirviendo á un administrador de hospital. Lo que me admiró en estremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia y el marques de Santa-Cruz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oirle; ademas de esto él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia á mí mismo: ¿Será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede que sea algun jóven cortesano que se le parezca. No tardé mucho en salir de la duda; idos los señores, me acerqué á Fabricio, que conociéndome inmediatamente me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar con él por medio del gentío para salir de las galerías, me dijo abrazándome:—Mi amado Gil Blas, mucho me alegro verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la corte? ¿En qué estado tienes tus asuntos? Dáme cuenta de todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid.—Muchas cosas me preguntas á un tiempo, le respondí; y el lugar donde estamos no es á propósito para contar aventuras.—Tienes razon, me dijo, mejor estarémos en mi casa; vénte conmigo, que no está lejos de aquí. Estoy independiente, alojado en buen parage y con muy buenos muebles, vivo contento y soy feliz, pues que creo serlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
010672

Perdone vd. repuso Perico; sabe muy bien que vd. está mas miserable que Job: no puede ignorarlo despues de lo que le tengo dicho; pero pierda vd. cuidado, que yo tengo arbitrio para todo. Conozco á un pícaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento: vd. le hará ante escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vd. deducido el interes. En órden á la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán ustedes disputa.

El capitan aseguró que siempre que lograse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el dia siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto, se verificó que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió cuantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos, y se volvió á su pais con algunos doblones que le habian quedado.

CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A donde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes allí me parecian desnudos de aquel resplandor en que otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneándome por aquellas galerías, haciendo como otros muchos, un papel bastante ridículo, ví á Fabricio, á quien habia dejado en Valladolid sirviendo á un administrador de hospital. Lo que me admiró en estremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia y el marques de Santa-Cruz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oirle; ademas de esto él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia á mí mismo: ¿Será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede que sea algun jóven cortesano que se le parezca. No tardé mucho en salir de la duda; idos los señores, me acerqué á Fabricio, que conociéndome inmediatamente me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar con él por medio del gentío para salir de las galerías, me dijo abrazándome:—Mi amado Gil Blas, mucho me alegro verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la corte? ¿En qué estado tienes tus asuntos? Dáme cuenta de todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid.—Muchas cosas me preguntas á un tiempo, le respondí; y el lugar donde estamos no es á propósito para contar aventuras.—Tienes razon, me dijo, mejor estarémos en mi casa; vénte conmigo, que no está lejos de aquí. Estoy independiente, alojado en buen parage y con muy buenos muebles, vivo contento y soy feliz, pues que creo serlo.

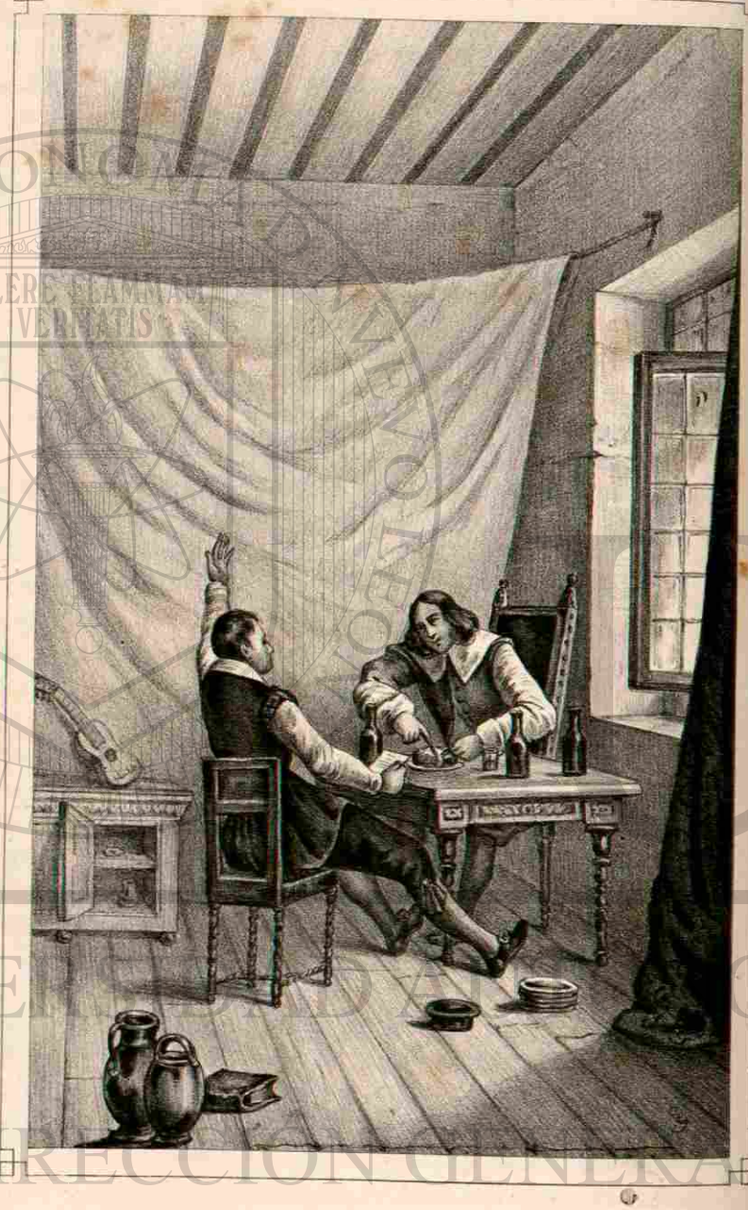
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
010672

Acepté el partido, y acompañé á Fabricio, quien me detuvo al llegar á una casa de bella fachada, en la que me dijo vivia. Atravesamos un patio que tenia por un lado una gran escalera que conducia á unos aposentos soberbios, y por el otro una subida tan oscura como estrecha, por donde fuimos á la vivienda que me habia ponderado, la cual se reducia á una sala, de la que mi ingenioso amigo habia hecho cuatro separadas con tablas de pino, sirviendo la primera de antesala á la segunda, en donde dormia, la tercera de despacho, y la última de cocina. La sala y antesala estaban adornadas de mapas y papeles de conclusiones de filosofía; y los trastos que correspondian á la colgadura, consistian en una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de sarga amarilla guarnecidas con una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con piés dorados cubierta de un cordoban que parecia haber sido encarnado y ribeteado con una franja de oro falso que se habia vuelto negro con el tiempo, y un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. En su despacho tenia por escritorio una mesita; y su biblioteca se componia de algunos libros y muchos legajos de papeles que tenia en tablas puestas unas sobre otras á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia á lo demas, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dado tiempo de mirar bien su habitacion, me dijo:—¿Qué juicio formas de mi equipage y de mi vivienda? ¿No te ha encantado verla? A fé mia que sí, le respondí sonriéndome: debes hacer bien tu negocio en Madrid para estar tan bien provisto. Sin duda tienes algun buen empleo.—El cielo me guarde de eso, me replicó: el partido que he tomado es superior á todos los empleos. Un sugeto de distincion, de quien es esta casa, me ha dejado una sala, de la que he hecho cuatro piezas que he alhajado como ves: á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada.—Háblame con mas claridad, le dije, porque avivas mi deseo de saber lo que haces.—Pues bien, me dijo, voy á complacerte: me he metido á ser autor, me he dedicado á la literatura, escribo en verso y prosa, y hago á pluma y á pelo.

—¡Tú favorito de Apolo! esclamé riéndome. Eso es lo que jamas hubiera adivinado; menos me sorprenderia verte dedicado á otra cualquiera. Y ¿qué atractivo has podido hallar en la profesion de poeta? porque me parece que á semejantes gentes las desprecian en la vida civil, y que no son las mas ricas.—¡Oh! quítate allá, replicó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desecho de los libreros y de los cómicos. ¿Será de estrañar que no se estimen semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo en otro concepto; y yo puedo decir sin vanidad que soy de este número.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



No lo dudo, le dije, tú eres un mozo de gran talento, y así tus composiciones no pueden ser malas; pero lo único que deseo saber y me parece digno de mi curiosidad es, cómo te ha dado la manía de escribir.

—Tu admiracion es fundada, dijo Nuñez. Estaba tan contento con mi suerte en casa del Señor Manuel Ordoñez, que no deseaba otra; pero haciéndose mi ingenio superior poco á poco como el de Plauto á la servidumbre, compuse una comedia que hice representar á unos cómicos que estaban en Valladolid. Aunque no valia un pito, fué muy aplaudida, de lo que inferí que el público era una vaca mansa de leche, que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflecsion, y la locura de componer nuevas piezas, me hicieron dejar el hospital. El amor á la poesía me quitó el de las riquezas; y para adquirir buen gusto, determiné venir á Madrid, como á centro de los ingenios. Me despedí del administrador, que, como me amaba tanto, sintió bastante mi resolucion, y me dijo:—Fabricio, ¿por qué quieres dejarme? ¡Acaso te habré dado, sin pensarlo, algun motivo de disgusto?—No señor, le respondí, vd. es el mejor de todos los amos, y estoy muy agradecido á sus favores; pero bien sabe que cada uno debe seguir su estrella. Me contemplo nacido para eternizar mi nombre con obras de ingenio.—¡Qué locura! me replicó aquel buen amo; ya estás connaturalizado con el hospital, y eres la cantera de donde se sacan los mayordomos, y aun los administradores. Si quieres dejar lo sólido para pasar el tiempo en fruslerías, el mal es para tí, hijo mio.

Viendo el administrador cual inútilmente combatia mi designio, me pagó mi salario, y en reconocimiento de mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados, de modo que con esto, y lo que habia podido juntar en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me ví en estado de presentarme decentemente en Madrid, lo que no dejé de hacer; aunque los escritores de nuestra nacion no cuidan mucho del aseo. Inmediatamente hice conocimiento con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra, y los demas célebres autores; pero con preferencia á estos dos grandes hombres; elegí para preceptor mio á un jóven bachiller cordobes, al incomparable Don Luis de Góngora, el ingenio mas brillante que jamas produjo España, el cual no quiere que sus obras se impriman mientras viva, y se contenta con leérselas á sus amigos. Lo que hay de particular, es que la naturaleza le ha dotado del raro talento de manejar con acierto todo género de poesías: sobresale principalmente en las composiciones satíricas, que son su fuerte. No es como Lucilio[1], un torrente turbio, que arrastra consigo mucho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

1 Poeta satírico que nació en Suesa el año 147, y murió en Nápoles el 103 antes de la era cristiana. Es considerado como inventor de la sátira entre los latinos, y á quien imitaron despues Horacio, Persio y Juvenal. Horacio le compara á un rio que en su curso arrastra arenas preciosas envueltas en lodo.

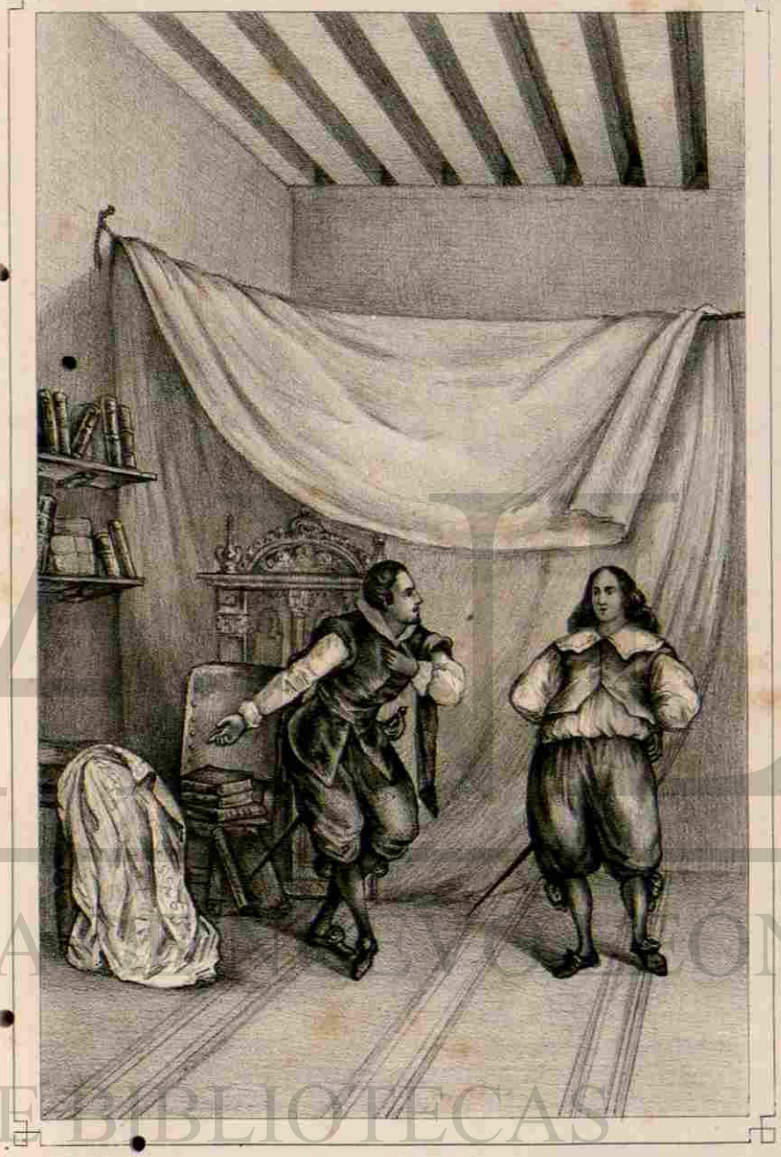
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Tan buena pintura me haces de ese bachiller, le dije á Fabricio, que no dudo que una persona de tanto mérito tenga muchos envidiosos: —Todos los autores, respondió él, tanto buenos como malos, le muerden; uno dice que le gusta el estilo hinchado, los conceptillos, las metáforas y las trasposiciones.—Sus versos, dice otro, se parecen en lo oscuro á los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes salios, y que nadie entendia. Tambien hay quien le censure de que tan presto hace sonetos ó romances, y tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente se hubiera propuesto deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se embotan dando contra una musa apreciada de grandes y pequeños.

Tal es el maestro con quien hice mi aprendizage, y me atrevo á decir sin vanidad que le imito; habiéndome bebido de tal modo su espíritu, que ya compongo trozos sublimes que no los juzgaria indignos de sí. A ejemplo suyo voy á vender mi mercancía á la casa de los grandes, en las cuales soy muy bien recibido, y en donde hallo gentes que no son muy descontentadizas. Es verdad que mi modo de recitar es halagüeño, lo que no daña á mis composiciones. En fin, muchos señores me estiman, y sobre todo vivo con el duque de Medinasidonia, como Horacio vivia con Mecenas. He aquí, prosiguió, de qué modo me he trasformado en autor; nada mas tengo que contarte: á tí te toca ahora contar tus victorias.

Entonces tomé la palabra; y suprimiendo todo aquello que me pareció no ser del caso, le hice la relacion que me pedia; despues de la cual se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino esquisito, y nos sentamos á la mesa con aquella alegría propia de dos amigos que vuelven á encontrarse despues de una larga separacion.—Ya ves, me dijo, mi vida libre é independiente. Si quisiera seguir el ejemplo de mis compañeros, iria á comer todos los dias en casa de las personas distinguidas; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Arístipo; pues tan contento estoy con el trato de gentes como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Nos supo tan bien el vino, que fué menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones, y al instante buscó entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis; pero á pesar del sainete de la lectura, me pareció tan oscuro que nada pude comprender. Conociólo, y me dijo:—Este soneto no te ha parecido muy claro; ¿no es así? Le confesé que hubiera querido algo mas de claridad. Echóse á reir de mí, y prosiguió: Lo mejor que tiene este soneto, amigo mio, es el no ser inteligible. Los sonetos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las odas y las demas obras que piden sublimidad, no quieren estilo sencillo y natural; antes bien en la oscuridad consiste todo su mérito. Con que el poeta crea entenderlo es bastante.—Tú te burlas de mí, interrumpí yo: todas las poesías, sean de la naturaleza que fueren, piden juicio y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas claridad que tú, te confieso que decae mucho en mi opinion: es un poeta que, cuando mas no puede engañar sino á su siglo. Véamos ahora tu prosa.

Enseñóme un prólogo que me dijo pensaba poner al frente de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo, y me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dije, que tus versos. El soneto es una algaravía; en el prólogo hay espresiones demasiado estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es estravagante, y muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores.—¡Pobre ignorante! esclamó Fabricio: ¿no sabes tú que todo escritor en prosa que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas espresiones equívocas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis novadores animosos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hemos de conseguir, á pesar de Lope de Vega, de Solis, de Cervantes, y de todos los demas ingenios que critican nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte gran número de sugetos distinguidos, y hasta teólogos contamos en nuestro partido.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos mas apreciables que aquellos escritores sencillos que se esplican en el lenguaje del comun de los hombres. No sé por qué merecen el aprecio de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Aténas y en Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dijo á Alcibiades que el pueblo era un maestro escelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa: aquí tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se esplican de un modo diferente que el pueblo. En fin, desengáñate, que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gallardía de nuestra diccion á la bajeza de la suya. Ellos dirian por ejemplo llanamente: *los intermedios hermosean una comedia.* Y nosotros con mas gracia decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia.* Observa bien este *hacer hermosura:* ¿percibes tú toda la brillantez, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendo interrumpido á mi novador con una carcajada, le dije:—Véte al diablo, Fabricio, con tu lenguaje culto: tú eres un estrafalario.—
—Y tú, con tu estilo natural, repuso él, eres un gran bestia. Ve, prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada: *Dile á*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. A Dios, Señor Gil Blas, me alegraré logre vd. todo género de prosperidades con algo mas de gusto. Repetí mis carcajadas al oir esta pulla; y Fabricio, sin perder nada de su buen humor, me perdonó el desacato con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al Prado; pero al pasar por delante de una tienda de vinos generosos nos dió gana de entrar.

A esta casa concurrian regularmente gentes de forma. Ví en dos salas diferentes á algunos caballeros que se divertian de varios modos. En la una jugaban á los naipes y al ajedrez, y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para oir que el asunto de la contienda era un punto de metafísica; porque era tal el calor y vehemencia con que hablaban, que no parecian sino dos energúmenos. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro, se hubieran visto salir demonios de sus narices.—¡Válgame Dios! dije á mi compañero: que fogosidad, qué pulmones! no parece sino qne aquellos disputadores habian nacido para pregoneros. La mayor parte de los hombres yerran su vocacion.—Así es la verdad, respondió. Estas gentes descienden al parecer de Novio, aquel banquero romano, cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus altercaciones, se que atolondran los oidos infructuosamente. Dejamos á estos metafísicos gritadores, y con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habian causado. Nos fuimos á un rincon de otra sala, y habiendo bebido algunas copas de vino generoso, principiamos á ecsaminar á los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos. dijo:—Por vida mia que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en gran rato, pero á bien que llega tropa de refresco: estos tres que entran van á tomar parte en la disputa. Pero ¿ves esos dos sugetos originales que salen? pues la personilla morena, seca, y cuyos cabellos lacios y largos le caen en partes iguales por detras y delante, se llama Don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que la echa del elegante. El otro dia fuimos un amigo y yo á comer con él, y le sorprendimos en una ocupacion muy singular: se divertia en su estudio tirando y haciendo traer por un gran lebrel los legajos de un pleito que está defendiendo, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama Don Querubin Tonto; es canónigo de la iglesia de Toledo, y el hombre mas negado del mundo. No obstante, al ver su aire placentero, la viveza de sus ojos, su risa fingida y maliciosa, le tendrán por sabio y de gran perspicacia. Cuando

se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda, pone la mayor atencion, como si penetrara su asunto; pero maldita la cosa que entiende. Este fué uno de los convidados en casa del togado, en donde se dijeron mil chistes y agudezas, sin que á mi Don Querubin se le oyese el metal de la voz; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

—¿Conoces, dije á Nuñez, á aquellos dos desgreñados que están de codos sobre una mesa en el rincon, hablando tan bajo y de cerca, que parece que se besan?—No, me respondió, no los he visto en mi vida; pero segun todas las apariencias serán políticos de café que murmuran del gobierno.—¿Ves á ese caballerete galan que silbando se pasea por la sala, sosteniéndose ya sobre un pié, y ya sobre el otro? Pues es Don Agustin Moreto, poeta mozo que muestra gran talento, pero á quien los aduladores y los ignorantes le han llenado los cascos de vanidad. Aquel á quien se acerca es uno de sus compañeros, que compone versos prosaicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la musa.

Todavia hay mas autores, prosiguió, señalándome dos hombres que entraban con espada: no parece sino que se han citado para venir á pasar revista delante de tí. Ve allí á Don Bernardo Deslenguado y á Don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un sugeto de mala índole, un autor que parece ha nacido bajo el signo de Saturno, un mortal maléfico, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á Don Sebastian, es un mozo de buena fe, autor muy concienzudo. Poco hace que dió al teatro una comedia que ha gustado en estremo, y por no abusar mas tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar esplicándome las diferentes figuras del cuadro variable que teniamos á la vista, cuando vino á interrumpirle un gentil-hombre del duque de Medinasidonia, diciéndole:—Señor Don Fabricio, vengo en busca de vd., para decirle que el duque mi señor quisiera hablarle, y espera á vd. en en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran Señor no hay priesa que baste, me dejó al momento por ir á ver lo que queria su Mecenas, y yo quedé muy admirado de haber oido tratarle de *don* y de mirarle así convertido en noble, á pesar de ser su padre maese Crisóstomo el barbero.

CAPÍTULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia.

EL gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa.—Buenos dias, le dije al entrar, Señor Don Fabricio, flor y nata de la nobleza asturiana. Al oirme se echó á reir.—¿Conque has notado, me dijo, que me han tratado de *don*?—Sí, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga, que ayer cuando me contaste tu trasformacion, te olvidaste de lo mejor.—Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he tomado este dictado de honor, no es tanto por satisfacer mi vanidad, como por acomodarme á la de los otros. Tú conoces á los españoles; maldito el caso que hacen de un hombre honrado si tiene la desgracia de ser pobre ó plebeyo, y aun te diré que veo tantas gentes, y Dios sabe qué clase de gentes, que hacen les llamen Don Francisco, Don Gabriel, Don Pedro, ó don como tú quieras llamarle, que es preciso confesar que la nobleza es una cosa comun, y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse á ella.

Pero mudemos de conversacion, añadió: anoche durante la cena en casa del duque de Medinasidonia, en donde entre otros convidados se hallaba el conde Galiano, título de Sicilia, se tocó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré de hallar ocasion de divertir á la concurrencia sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilías. Puedes imaginar cuanto reirian y qué apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no te ha venido mal, porque se han compadecido de tí, y despues de haberme hecho el conde Galiano muchas preguntas acerca de tu persona, á las cuales puedes creer respondí como debia, me encargó que te presente á él, y para este fin iba ahora mismo á buscarte. Segun parece quiere nombrarte por uno de sus secretarios;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

y te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este señor te hallarás perfectamente; es rico, y hace en Madrid un gasto de embajador. Dicen ha venido á la corte á tratar con el duque de Lerma sobre ciertas haciendas de la corona que este ministro piensa enagenar en Sicilia. En fin, el conde, aunque Siciliano, parece generoso, lleno de rectitud y de ingenuidad. No puedes hacer mejor cosa que acomodarte con este señor, porque probablemente es el que debe hacerte rico segun lo que te pronosticaron en Granada.

Habia resuelto, dije á Nuñez, pasearme y divertirme algun tiempo antes de ponerme á servir; pero me hablas del conde siciliano de un modo que me hace mudar de intenciones: ya quisiera estar con él.—Pronto estarás, me dijo, ó yo me engaño mucho. Entonces salimos ambos para ir á ver al conde, que ocupaba la casa de Don Sancho de Avila su amigo, quien estaba entonces en una hacienda de campo.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas primorosas, y en la antesala muchos escuderos, gentiles-hombres, y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, los rostros eran tan estravagantes, que se me figuraron una manada de monos vestidos á la española. Puede afirmarse que hay caras de hombres y mugeres á las que el arte no puede dar hermosura.

Habiendo Don Fabricio hecho pasar recado, fue admitido inmediatamente en la sala, á donde le seguí. Estaba el conde en bata, sentado en un sofá, y tomando chocolate. Le saludamos con demostraciones del mas profundo respeto, y él nos correspondió inclinando la cabeza, y con un aspecto tan afable, que le cobré grande inclinacion. ¡Efecto admirable y ordinario que causa comunmente en nosotros la favorable acogida de los grandes! Preciso es que nos reciban muy mal para que nos desagraden.

Despues que tomó el chocolate, se divirtió algun tiempo en juguetear con un gran mono al que llamaba Cupido. Ignoro por qué pusieron el nombre de este dios á aquel animal, á no ser que fuese por causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no le parecia; pero tal cual era, su amo tenia puesto todo su cariño en él; y estaba tan prendado de sus gracias, que no le soltaba de sus brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos hechizaban, lo que complació mucho al siciliano, quien suspendió el gusto que tenia en aquel pasatiempo para decirme:—En mano de vd. estará, amigo mio, ser uno de mis secretarios; si le conviene el partido, le daré doscientos doblones al año; basta que Don Fabricio sea quien presente á vd. y responda de su conducta.—Sí, Señor, esclamó Nuñez, soy mas arrogante que Platon, que no se atrevió á salir por fiador de un amigo suyo que enviaba á Dionisio el tirano; pero no temo merecer reconvenciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Agradecí con una reverencia al poeta de Asturias su fina arrogancia, y despues dirigiéndome al amo le aseguré de mi celo y fidelidad. Apenas vió aquel señor que yo aceptaba su propuesta, hizo llamar á su mayordomo, á quien habló en secreto, y en seguida me dijo:—Gil Blas, luego te diré en lo que pienso emplearte; entretanto ve con mi mayordomo, que ya le he dado órden de lo que ha de hacer de tí. Obedecí, dejando á Fabricio con el conde y Cupido.

El mayordomo, que era un Mesines de los mas diestros, me llevó á su cuarto llenándome de cumplimientos. Hizo llamar al sastre de la casa, y le mandó hacer prontamente un vestido de igual magnificencia que los de los criados mayores. El sastre me tomó la medida y se retiró.—En cuanto á vuestra habitacion, dijo el Mesines, os he destinado una que os gustará. Ahora bien, prosiguió, ¿os habeis desayunado?—Respondíle que no.—¡Qué pobre mozo sois! me dijo; ¿por qué no hablais? estais en una casa en donde no hay mas que decir lo que se quiere para tenerlo: venid conmigo, que voy á llevaros á un parage en donde á Dios gracias nada falta.

Dicho esto me hizo bajar á la despensa, en la que hallamos el repostero que era un Napolitano que valia tanto como un Mesines, de modo que pudiera decirse de ambos que eran á cual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis amigos suyos atracándose de jamon, lenguas de vaca, y otras carnes saladas que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro, y ayudamos á apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la reposteria, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien obsequiaba á tres ó cuatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban de empanadas de perdices y conejos. Hasta los marmitones se regalaban con lo que podian pescar. Yo pensé estar en el puerto de Arrebatacapas, y en una casa entregada al pillage; pero cuanto estaba viendo era nada en comparacion de lo que no veia.

CAPÍTULO XV.

De los empleos que el conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.

HABIENDO salido á hacer llevar el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al conde en la mesa con muchos señores y el poeta Nuñez, que con aire desembarazado se hacia servir como uno de tantos, y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no decia palabra que no cayese en gracia á los circunstantes. ¡Viva el talento! El que lo tiene puede hacer cuantos papeles quiera.

Por lo que á mí toca, comí con los criados mayores, que fueron servidos con corta diferencia como el amo. Acabada la comida, me retiré á mi cuarto, en donde reflecsionando sobre mi condicion, me dije á mí mismo:—Ahora bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un conde siciliano, cuyo carácter no conoces. Si se ha de juzgar por las apariencias, estarás en su casa como el pez en el agua; pero de nada se puede estar seguro; y la malignidad de tu estrella te ha hecho ver muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Ademas de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretarios y mayordomo: ¿en qué querrá que tú le sirvas? Siempre querrá que lleves el caducéo, quiero decir, que seas su confidente secreto: pues sea enhorabuena. No se podria entrar bajo mejor pié en casa de un señor para andar mucho en poco tiempo. Sirviendo empleos mas honrosos se camina lentamente, y aun con eso no siempre se consigue el fin.

En medio de estas bellas reflecsiones, vino un lacayo á decirme que todos los caballeros que habian comido en casa se habian marchado, y que su señoría me llamaba. Fuí volando á su aposento, en donde le encontré echado en un sofá para dormir la siesta, y con su mono al lado. —Acércate, Gil Blas, me dijo, toma una silla y escúchame. Obedecíle, y me habló en estos términos: Me ha dicho Don Fabricio que entre otras buenas calidades, tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á recibirte para mi servicio. Necesito un criado que me tenga afecto, cuide de mis intereses, y ponga todo su conato en conservar mis bienes. Es verdad que soy rico; pero mis gastos esceden todos los años á mis rentas. ¿Y por qué? porque me roban, porque me saquean, y vivo en mi casa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en como un monte lleno de ladrones. Sospecho que mi mayordomo y mi repostero caminan de acuerdo; y si no me engaño, ve aquí mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo bribones por qué no los despido; ¿pero en dónde hallaré otros que sean formados de mejor barro? Es preciso contentarme con hacer que vigile sobre ellos una persona encargada de inspeccionar su conducta. A tí, Gil Blas, he elegido para el desempeño de esta comision. Si la evacúas bien, ten por cierto que no servirás á un ingrato. Cuidaré de emplearte muy ventajosamente en Sicilia.

Despues de haberme hablado de esta manera, me despidió, y aquella misma noche delante de todos los criados fuí proclamado por superintendente de la casa. Por el pronto no fué muy sensible esta novedad al Mesines y al Napolitano, porque yo les parecia un picarillo fácil de ganar, y contaban con que, partiendo conmigo la torta, tendrian libertad para continuar su rumbo; pero al dia siguiente se hallaron muy chasqueados cuando les manifesté que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones: visité el depósito de los vinos, registré lo que habia en la repostería, quiero decir la vajilla y mantelería, y despues les ecshorté á mirar por el caudal del amo, á usar de economía en el gasto, y acabé mi ecshortacion con asegurarles que daria cuenta á su señoría de cuanto malo viese hacer en su casa.

No me contenté con esto, sino que quise tener un espía para averiguar si habia alguna inteligencia entre ellos, y á este fin me valí de un marmiton, que, engolosinado con mis promesas, dijo que no podia haber escogido á otro mas á propósito que á él para saber lo que pasaba en casa: que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte: que todos los dias enviaban fuera la mitad de las provisiones que se compraban para el gasto de la casa: que el napolitano mantenia á una dama que vivia en frente del colegio de Santo Tomas: y el Mesines á otra en la puerta del Sol: que estos dos caballeros hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda especie de provisiones: que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad; y que en agradecimiento de los servicios que hacia á los otros dos, disponia como ellos de los vinos del depósito. Finalmente, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacia en casa del señor conde. Si vd. no me cree, añadió el marmiton, tómese el trabajo de estar mañana por la mañana á eso de las siete cerca del colegio de Santo Tomas, me verá cargado con un esporton que le hará ver que no miento.—Segun eso, le dije, eres el mandadero de esos galanes proveedores?—Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta noticia me pareció digna de averiguarse. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de Santo Tomas á la hora señalada, No tuve que aguardar mucho á mi espía, pues bien pronto le ví llegar con un gran esporton lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas y las apunté en mi libro de memoria, que fuí á mostrar al amo, despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su encargo.

El señor siciliano, que era de un carácter muy vivo, quiso en el primer impulso despedir al Napolitano y al Mesines; pero despues de haberlo pensado, se contentó con despedir al último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente quedó suprimido poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me pesó. Hablando con propiedad, esto no era mas que un empleo honorífico de espía, un destino que nada tenia de sólido; siendo así que llegando á ser señor mayordomo tenia á mi disposicion la caja del dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado de mas suposicion en casa de un señor: y son tantos los gages anecsos á la mayordomía, que podria enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del Napolitano no dejó por eso sus malas mañas; y advirtiendo que yo tenia un celo riguroso, y que así no dejaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraba, no las estraviaba; pero el tunante continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de lo sobrante de la mesa que de derecho le pertenecia, halló medio de enviar la carne cocida á su queridita, ya que no podia cruda. Aquel diablo nada perdia, y el conde nada habia adelantado con tener en su casa al fénix de los mayordomos. La escesiva abundancia que ví reinar en las comidas me hizo adivinar este nuevo ardid, é inmediatamente puse en ello remedio, despojándolas de todo lo supérfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia, que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que continuaba siempre la misma profusion, y sin embargo no dejé de disminuir con esta economía considerablemente el gasto, que era lo que el amo deseaba: queria ahorrar sin parecer menos espléndido; de suerte que su avaricia se sujetaba á su ostentacion.

No pararon aquí mis providencias, porque tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que habia tambien trampa por este lado. Efectivamente, si, por ejemplo, habia doce á la mesa de su señoría se bebian cincuenta y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de causarme admiracion. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie se recelaba de él. Me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dijo que el desperdicio de que yo me quejaba, procedia de una nueva liga que se habia formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que servian el vino á la mesa: que estos se llevaban las botellas medias llenas, y las distribuian despues entre los confederados. Reñí á los lacayos, y les amenacé con echarlos á la calle si volvian á reincidir, y esto bastó para que se enmendasen. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su beneficio; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciéndole ayudante de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las casas principales.

El Napolitano rabiaba de ver que siempre andaba tras de él; lo que sentia mas vivamente era el tener que aguantar mis reparos siempre que me daba las cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar, me tomé la molestia de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que le esperaba con esta prevencion; y como él no dejaba de querer remachar el clavo, yo le rechazaba vigorosamente, bien persuadido de que me maldeciria cien veces al dia: pero la causa de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen. No sé cómo podia resistir á mis pesquisas, ni cómo continuaba sirviendo al señor siciliano: sin duda que él á pesar de todo esto hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veía algunas veces, mis inauditas proezas económicas; pero le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla.—Quiera Dios, me dijo un dia, que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinteres; pero, hablando aquí para los dos, creo que saldrias mas bien librado si no te estrellases tanto con el repostero.—¿Pues qué, le respondí, este ladron ha de tener la osadía de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que cuatro? ¿Y quieres tú que yo pase esta partida?—¿Y porqué nó? replicó serenamente; que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas en forma. A fé mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que no te sabes gobernar. Tú á la verdad echas á perder las cosas, y tienes traza de servir mucho tiempo, pues no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Has de saber que la fortuna es semejante á aquellas damiselas vivas y veleidosas á quienes no pueden sujetar los galanes tímidos. Reíme de las espresiones de Nuñez, que por su parte hizo otro tanto, y quiso persuadirme que aquello habia sido solo una chanza: se avergonzaba de haberme dado inútilmente un mal consejo .Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y celoso, atreviéndome á asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del conde Galiano, y de la pena que causó á este señor. Cómo Gil Blas cayó enfermo; y cuáles fueron las resultas de su enfermedad.

EL sosiego que reinaba en la casa le turbó estrañamente un suceso que al lector le parecerá una bagatela; pero que no obstante llegó á ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que he hablado, aquel animal tan querido del amo, al saltar un dia de una ventana á otra, tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pata. Apenas supo el conde esta desgracia cuando empezó á dar gritos como una muger; y en el esceso de su sentimiento echó la culpa á sus criados sin escepcion, y faltó poco para que los echara á todos á la calle. No obstante, limitó su indignacion á maldecir nuestro descuido, y darnos mil epítetos con palabras descomedidas. Inmediatamente hizo llamar á los cirujanos mas hábiles de Madrid en fracturas y dislocaciones de huesos. Reconocieron la pata del herido, repusieron el hueso en su lugar, y la vendaron; pero por mas que asegurasen no ser cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo no retuviese á uno de ellos para que permaneciera al lado del animal hasta su perfecta curacion.

Haria mal si pasara en silencio las penas é inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Se creerá que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente cuando le curaban, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verle. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre levantados, para acudir pronto á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no hubo en la casa un instante de reposo hasta que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maldita bestia, curada de su caida, volvió á sus saltos y volteretas ordinarias. A vista de esto, bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio, cuando dice que Calígula amaba tanto á su caballo, que le puso una casa ricamente alhajada con criados para servirle, y que tambien queria hacerle cónsul. Mi amo no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto le hubiera nombrado corregidor.

Por desgracia mia yo me distinguí mas que todos los criados en complacer al amo, y trabajé tanto en cuidar de su Cupido, que caí enfermo. Me dió una fuerte calentura, que se agravó de modo que perdí el sentido. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve á la muerte; y solamente sé que mi mocedad luchó tanto con la calentura, y tal vez contra los remedios que me dieron, que al fin recobré el conocimiento. El primer uso que hice de él fué observar que estaba en un cuarto diferente del mio; quise saber por qué, y se lo pregunté á una vieja que me asistia, pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido espresamente. Cuando estamos buenos, ordinariamente nos burlamos de estos doctores; pero en estando malos nos sometemos con docilidad á sus preceptos.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta, tomé la determinacion de callar; y estaba pensando en esto, á tiempo que entraron dos como elegantes muy desembarazados, con vestidos de terciopelo, y ricas camisolas guarnecidas de encages. Me imaginé que eran algunos señores, amigos de mi amo, que por atencion á él me venian á ver, y en esta inteligencia hice un esfuerzo para incorporarme, y por política me quitó el gorro; pero mi asistenta me volvió á tender á la larga, diciéndome, que aquellos señores eran el médico y el boticario que me asistian.

El doctor se acercó á mí, me tomó el pulso, miróme atentamente el rostro, y habiendo observado todas las señales de una prócsima curacion, se revistió de un aspecto victorioso, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que solo faltaba tomase una purga para acabar su obra; y que en vista de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte, dictó al boticario una receta, mirándose al mismo tiempo á un espejo, atusándose el pelo, y haciendo tales gestos que no pude dejar de reirme á pesar del estado en que me hallaba. Hízome una cortesía y se marchó, pensando mas en su cara que en las drogas que habia recetado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué á mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que ya se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no se daria buena maña, ó sea para hacer valer mas el género, quiso operar por sí mismo; pero á pesar de su destreza, apenas me habia disparado la carga, cuando, sin saber como, la rechacé sobre el

manipulante, poniéndole el vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una toalla, se limpió sin decir palabra, y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas, á quien sin duda tuvo precision de enviar su vestido.

Á la mañana siguiente volvió vestido mas llanamente, aunque nada tenia que aventurar ya, y me trajo la purga que el doctor habia recetado el dia antes. Yo me sentia por momentos mejor; pero fuera de eso habia cobrado tanta aversion desde el dia anterior á los médicos y boticarios, que maldecia hasta las universidades en donde á estos señores se les dá la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion, declaré enfadado que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario, á quien maldita de Dios la cosa se le daba de que yo diera el destino que quisiera á su medicina, con tal que se la pagase, la dejó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el cual habia formado tal aprension, que habria creido beber veneno si lo hubiera tomado. Á esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dije con entereza á la que me cuidaba, que lo que positivamente queria era me diese noticias de mi amo. La vieja que temia escitar en mí una alteracion peligrosa si me respondia, ó por el contrario, que si dejaba de satisfacerme irritaria mi mal, se detuvo un poco; pero la insté con tal empeño, que al fin me respondió:—Caballero, vd. no tiene mas amo que á vd. mismo. El conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increible lo que oía; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, tuvo la bondad de hacerme trasladar con lo poco que tenia á una posada, en donde me dejó abandonado sin mas ni mas á la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo tuvo órden de la corte para restituirse á Sicilia, y se marchó tan aceleradamente, que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de distincion suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta fué la que me lo contó todo, y me dijo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no muriese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvario. ¡Á Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡Á Dios mis mas dulces esperanzas! "Cuando os suceda alguna gran desgracia, dice un papa, ecsaminaos bien, y encontraréis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa." Con perdon de este Santo Padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi fatalidad en aquella ocasion.

Cuando ví desvanecidas las lisongeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, lo primero que me ocupó el pensamiento fué mi maleta,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que hice traer á mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré:—¡Ay mi amada maleta, esclamé, único consuelo mio! A lo que veo has estado á merced de manos agenas.—No, no, Señor Gil Blas, me dijo entonces la vieja, crea vd. que nada le han robado. He guardado su maleta lo mismo que mi honra.

Encontré el vestido que llevaba cuando entré á servir al conde; pero busqué en vano lo que me mandó hacer el Mesines. Mi amo no habia tenido por conveniente dejármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo restante de mi ajuar estaba allí, y tambien una bolsa grande de cuero en donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque á la primera, no hallando mas que cincuenta doblones, no creí quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que dejé en ella antes de mi enfermedad.—¿Qué es esto? buena muger, dije á mi asistenta. Mi caudal se ha disminuido mucho.—Nadie ha llegado á él, respondió la vieja, y he gastado lo menos que me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho, es necesario estar siempre dando dinero. Vea vd., añadió la buena económica sacando de la faltriquera un legajo de papeles, vea vd. una cuenta del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la cuenta, que bien tendria sus quince ó veinte hojas. ¡Dios misericordioso! ¡qué de aves se habian comprado mientras yo estuve sin sentido! Solamente en caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Las otras partidas eran correspondientes á esta. No es decible lo que habia gastado en carbon, en luz, en agua, en escobas, &c. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas á treinta doblones, y por consiguiente debian quedar todavía doscientos treinta. Díjeselo; pero la vieja con un aire de sencillez empezó á poner por testigos á todos los santos, de que en la bolsa no habia mas que ochenta doblones cuando el mayordomo del conde le habia entregado mi maleta.—¿Qué dice vd.? buena muger, le interrumpí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á vd. mi ropa?—El fué realmente, me respondió: por mas señas que al dármela me dijo:—Tome vd., buena muger, cuando el señor Gil Blas esté frito en aceite, no deje vd. de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacerle las honras.

—¡Ah, maldito Napolitano! esclamé entonces, ya no necesito saber en donde para el dinero que me falta. Tú lo has llevado para desquitarte de lo que te he impedido hurtases. Despues de esta invectiva dí gracias al cielo de que el bribon no hubiese cargado con todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para imputarle el hurto, no dejé de discurrir que acaso podia haberlo hecho mi asistenta. Mis sospechas tan presto recaian sobre el uno como sobre el otro; mas para mí siempre era lo mismo. Nada dije á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre las partidas de su

larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo á pagarle, y despedirla de allí á tres dias.

Me imagino que al salir de mi casa fué á avisar al boticario de que yo la habia despedido y me hallaba ya restablecido y fuerte para poder tomar las de Villadiego sin pagarle, porque le ví venir de allí á poco que apenas podia echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia suministrado cuando estaba yo sin sentido, puestos con unos nombres que no entendí, aunque habia sido médico. Esta se podia llamar propiamente cuenta de boticario, y así cuando llegó el caso de la paga altercamos bastante, pretendiendo yo que rebajase la mitad, y él porfiando que no bajaria un maravedí; pero haciéndose cargo al fin el boticario de que las habia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á bien contentarse con lo que le ofrecia, es decir, con tres partes mas de lo que valian sus medicinas, por no esponerse á perderlo todo. Con mucho sentimiento mio le aflojé el dinero, con lo que se retiró bien vengado de la desazoncilla que le causé el dia de la lavativa.

El médico llegó casi al punto, porque estos animales van siempre uno tras otro. Le satisfice el importe de sus visitas, que habian sido frecuentes, y se marchó contento. Mas para acreditarme que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menor las mortales consecuencias que habia precavido en mi enfermedad, lo cual hizo en términos muy elegantes y con un aspecto agradable; pero nada comprendí de cuanto dijo. Luego que salí de él, me juzgué ya libre de todos los familiares de las parcas; pero me engañaba, porque vino tambien un cirujano, á quien en mi vida habia visto. Saludóme muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de hallarme fuera del peligro en que me habia visto, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos copiosas sangrias que me habia hecho, y á unas ventosas que habia tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavía: me fué preciso asimismo pagar al cirujano. Con tantas evacuaciones se quedó tan flaco mi bolsillo, que se podia decir era un cuerpo aniquilado; y que ni aun le quedaba el húmedo radical.

Al verme otra vez abismado en tan miserable situacion empecé á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado de suerte á las comodidades de la vida, que no podia ya como en otro tiempo considerar la indigencia del modo que un filósofo cínico. A la verdad no debia entristecerme, teniendo repetidas esperiencias de que la fortuna apenas me derribaba cuando me volvia á levantar: antes hubiera debido mirar mi infeliz estado como una ocasion de inmediata prosperidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO I.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de Don Valerio de Luna.

COMO en todo este tiempo no habia oido hablar de Nuñez, discurrí habria ido á divertirse á algun lugar. Luego que pude andar, fuí á su casa, y supe que en efecto hacia tres semanas estaba en Andalucía con el duque de Medinasidonia.

Al despertarme una mañana me ocurrió á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ir á ver á su sobrino si algun dia volvia á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa aquel mismo dia, me informé de la casa de Don Baltasar de Zúñiga, y pasé á ella. Pregunté por el Señor José Navarro, que no tardó en presentarse: habiéndole saludado y díchole quién era, me recibió atenta mente, pero con frialdad; suerte de que no podia conciliar aquel recibimiento indiferente con el retrato que me habian hecho de este repostero. Iba á retirarme con ánimo de no volver á hacerle otra visita, cuando mostrándome de repente un semblante apacible y risueño, me dijo con mucha espresion:—¡Ah, Señor Gil Blas de Santillana! suplico á vd. me perdone el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no haya manifestado el buen afecto con que estoy dispuesto á favor de vd.: se me habia olvidado su nombre, y ya no pensaba en el caballero que me recomendaban en una carta que recibí de Granada hace mas de cuatro meses.

Permitidme que os abrace, añadió, estrechándome lleno de gozo; mi tio Melchor, á quien estimo y venero como á mi propio padre, me encarga encarecidamente que, si por acaso tengo la honra de ver á vd., le trate como si fuera vd. su hijo, y emplee, en caso necesario, mi valimiento y el de mis amigos en obsequio de vd. Me hace un elogio del buen corazon y talento de vd. en tales términos, que aun cuando no me moviera á ello su recomendacion, me empeñaria en servirle. Míreme vd., pues, le suplico, como á un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado toda la inclinacion que le profesa: franqueo á vd. mi amistad; no me niegue la suya.

Respondí con el agradecimiento debido á la cortesía de José; y en el mismo instante contragimos una estrecha amistad, siendo ambos francos y sinceros. No dudé descubrirle el triste estado de mis asuntos, y apenas lo oyó cuando me dijo:—Me encargo del cuidado de acomodar á vd., y entre tanto no deje vd. de venir á comer conmigo todos los dias, que tendrá mejor comida que en la posada donde está.

La oferta halagaba demasiado á un convaleciente escaso de dinero y enseñado á los buenos bocados, para que yo la desechase: aceptéla, pues, y me repuse tanto en aquella casa, que á los quince dias tenia ya una cara de monge bernardo. Parecióme que el sobrino de Melchor hacia en aquella casa su agosto; ¿pero cómo no lo haria, teniendo á un mismo tiempo tres empleos, pues era gefe de la reposteria, de la cueva y de la despensa? Ademas, y sin perjuicio de nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo estaban muy bien avenidos.

Ya estaba yo perfectamente restablecido, cuando viéndome un dia mi amigo José llegar á casa de Zúñiga para comer, segun mi costumbre, me salió á recibir, y me dijo con alegria:—Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno: sepa vd. que el duque de Lerma, primer ministro de la corona de España, para entregarse enteramente al despacho de los negocios del estado, confia el cuidado de los suyos á dos personas: para recaudar sus rentas ha escogido á Don Diego de Monteser, y ha encargado la cuenta del gasto de su casa á Don Rodrigo Calderon. Estos dos confidentes ejercen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender uno de otro. Don Diego tiene regularmente á sus órdenes dos administradores que hacen las cobranzas; y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos, fuí á pedir su plaza para vd. El Señor de Monteser, que me conoce, y de quien me precio ser estimado, me la ha concedido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de vd., y hoy despues de comer irémos á su casa.

Así lo hicimos: fuí recibido con mucho agrado, y colocado en el em-

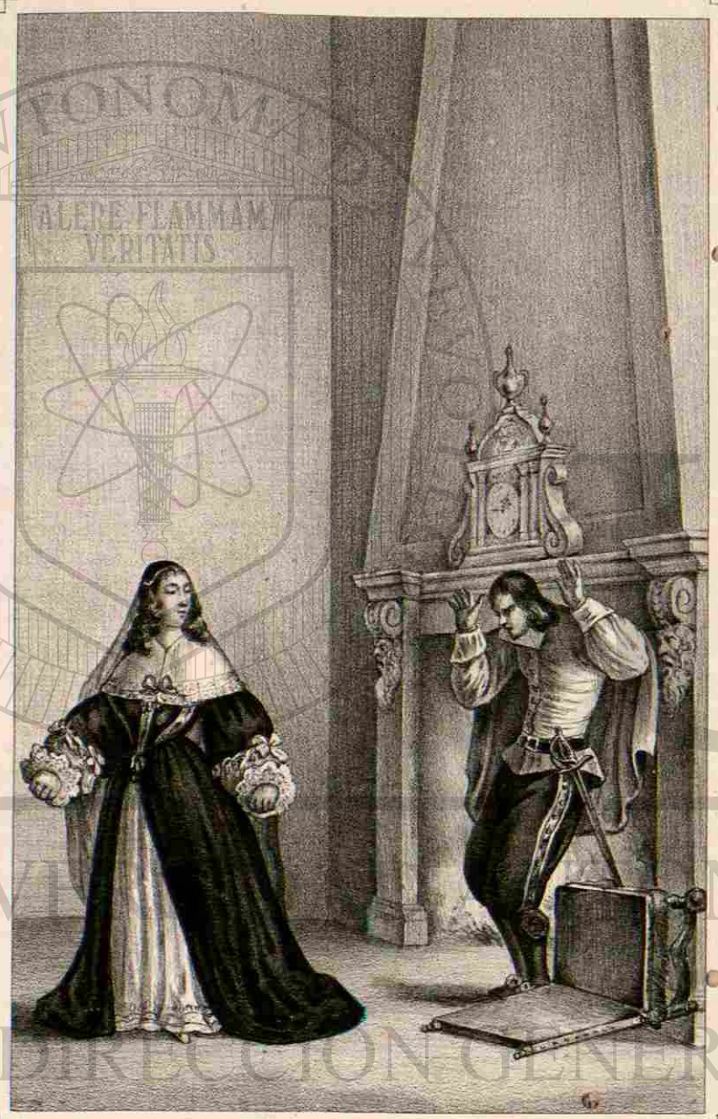
pleo del administrador que habia sido despedido, el cual consistia en visitar nuestras granjas, repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, mi incumbencia era cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á Don Diego, quien, á pesar de todo el bien que le habia dicho mi amigo de mí, las ecsaminaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria, porque aunque mi rectitud habia sido tan mal pagada en casa de mi último amo, estaba resuelto á conservarla siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Lerma, y reducido á cenizas mas de la mitad, y con esta noticia inmediatamente pasé á ella á reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio, formé una estensa relacion de ellas, que Monteser manifestó al duque de Lerma. El ministro, á pesar del sentimiento que tenia de saber tan mala nueva, admiró la relacion, y no pudo menos de preguntar quién era su autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan á favor mio, que pasados seis meses se acordó S. E. de esto con motivo de una historia que voy á contar, y sin la cual puede ser que jamas hubiera yo logrado empleo en la corte. Esta historia es la siguiente:

En la calle de las Infantas vivia entonces una señora anciana, llamada Inesilla de Cantarilla, cuyo nacimiento no se sabia á punto fijo: unos decian era hija de un guitarrero, y otros de un comendador de la órden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona admirable, pues la naturaleza le habia concedido el singular privilegio de hechizar á los hombres durante el curso de su vida, que subsistia aun despues de quince lustros cumplidos. Habia sido el ídolo de los señores de la corte antigua, y se veia adorada de los de la nueva: el tiempo, que no respeta la hermosura, trabajaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, sí; pero no le quitaba el poder de agradar. Un semblante noble, un entendimiento embelesador, y muchas gracias naturales, le hacian escitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, caballero de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Lerma, visitaba á Inesilla, y quedó enamorado de ella: declaróle su pasion, y siguió la liebre con todo el ardor que el amor y la juventud son capaces de inspirar. La señora, que tenia sus motivos para no querer condescender con sus deseos, no sabia qué hacerse para contenerlos. No obstante, creyó un dia haber encontrado arbitrio para ello, haciendo pasar al jóven á su gabinete, donde, enseñándole un relox que estaba sobre una mesa, le dijo:—Ved la hora que es: hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fe que me caerian bien los amores en esta edad. Volved, hijo mio, en vos mismo, y aho-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



gad unos sentimientos que no convienen ni á vos ni á mí. A esta reconvencion juiciosa, el caballero, á quien no hacia fuerza la razon, respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban:—Cruel Ines, ¿por qué recurris á esos frívolos artificios? ¿Pensais que pueden haceros otra á mis ojos? No os lisonjeis con una esperanza tan engañosa; ya seais tal cual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros.—Pues bien, replicó ella: una vez que con tanta porfia quereis continuar con vuestra pretension, hallareis de aquí en adelante cerrada mi puerta; y así os prohibo y os mando que jamas os presenteis á mi vista.

Acaso se creerá que, en virtud de esto, turbado y confuso Don Valerio de lo que acababa de oir, se retiró cortesmente; pero sucedió todo lo contrario, pues se hizo mas importuno. El amor hace en los enamorados el mismo efecto que el vino en los borrachos. El caballero suplicó, suspiró, y pasando repentinamente de los ruegos á la violencia, intentó lograr por fuerza lo que no podia obtener de otro modo; pero la señora, rechazándole con valor, le dijo irritada:—Detente, temerario, voy á refrenar tu loco amor: sabe que eres hijo mio.

Atónito Don Valerio de oir semejantes palabras, suspendió su atrevimiento; pero discurriendo que Inesilla decia aquello para librarse de su solicitud, le respondió:—Vos inventais esa fábula para huir de mis deseos.—No, no, interrumpió ella: te revelo un secreto que siempre te hubiera ocultado, si no me hubieras reducido á la necesidad de declarártelo. Veinte y seis años hace que amaba á Don Pedro de Luna, tu padre, que era entonces gobernador de Segovia; tú fuiste el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas prendas lo estimularon á dejarte caudal. Yo por mi parte no te he desamparado: luego que te ví ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modales corteses que son tan necesarios en una persona fina, y que solo las mugeres pueden enseñar á los caballeros mozos: y aun he hecho mas, he empleado todo mi valimiento para colocarte en casa del primer ministro: en fin, me he interesado por tí como debia hacerlo por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tus sentimientos, y mirarme solo como á una madre, no te echaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente como hasta aquí: pero si no eres capaz de hacer este esfuerzo, que la razon y la naturaleza ecsigen de tí, huye al momento y líbrame del horror de verte.

Mientras Inesilla hablaba de esta suerte, guardaba D. Valerio un triste silencio: nadie hubiera dicho sino que llamaba en su ausilio á la vir-

tud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque, viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al Tébano le cegó el dolor de haber consumado el crímen, y el castellano al contrario, se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al cielo perdon de haberse quitado la vida á sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para sustituir á este jóven.

CAPÍTULO II.

Presentan á Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.

ONTESER me participó esta agradable noticia, diciéndome:—Amigo Gil Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seais sucesor de Don Valerio. Hareis fortuna si seguis dos consejos que voy á daros: el primero es, que os mostreis tan adicto á S. E., que no dude que le profesais el mayor afecto; y el segundo, que hagais la corte á Don Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito, me atrevo á aseguraros con certidumbre que subireis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus saludables consejos, y le dije:—Hágame vd. el favor de esplicarme el carácter de Don Rodrigo, porque he oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sírvase vd., pues, decirme lo que piensa del señor Calderon.—Asunto es delicado, me respondió el apoderado con una sonrisa maligna: á cualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podria decir sino bien: pero con vos quiero ser franco, porque ademas de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de Don Rodrigo, pues os he avisado que debiais guardarle miramientos: de otro modo no haria mas que serviros á medias.

Ya sabeis, pues, prosiguió, que era un simple criado de S. E., cuando todavía no era este mas que Don Francisco de Sandoval, y que por grados ha llegado á ser su primer secretario. No se ha visto nunca hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque, viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al Tébano le cegó el dolor de haber consumado el crímen, y el castellano al contrario, se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al cielo perdon de haberse quitado la vida á sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para sustituir á este jóven.

CAPÍTULO II.

Presentan á Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.

ONTESER me participó esta agradable noticia, diciéndome:—Amigo Gil Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seais sucesor de Don Valerio. Hareis fortuna si seguis dos consejos que voy á daros: el primero es, que os mostreis tan adicto á S. E., que no dude que le profesais el mayor afecto; y el segundo, que hagais la corte á Don Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito, me atrevo á aseguraros con certidumbre que subireis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus saludables consejos, y le dije:—Hágame vd. el favor de esplicarme el carácter de Don Rodrigo, porque he oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sírvase vd., pues, decirme lo que piensa del señor Calderon.—Asunto es delicado, me respondió el apoderado con una sonrisa maligna: á cualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podria decir sino bien: pero con vos quiero ser franco, porque ademas de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de Don Rodrigo, pues os he avisado que debiais guardarle miramientos: de otro modo no haria mas que serviros á medias.

Ya sabeis, pues, prosiguió, que era un simple criado de S. E., cuando todavía no era este mas que Don Francisco de Sandoval, y que por grados ha llegado á ser su primer secretario. No se ha visto nunca hom-

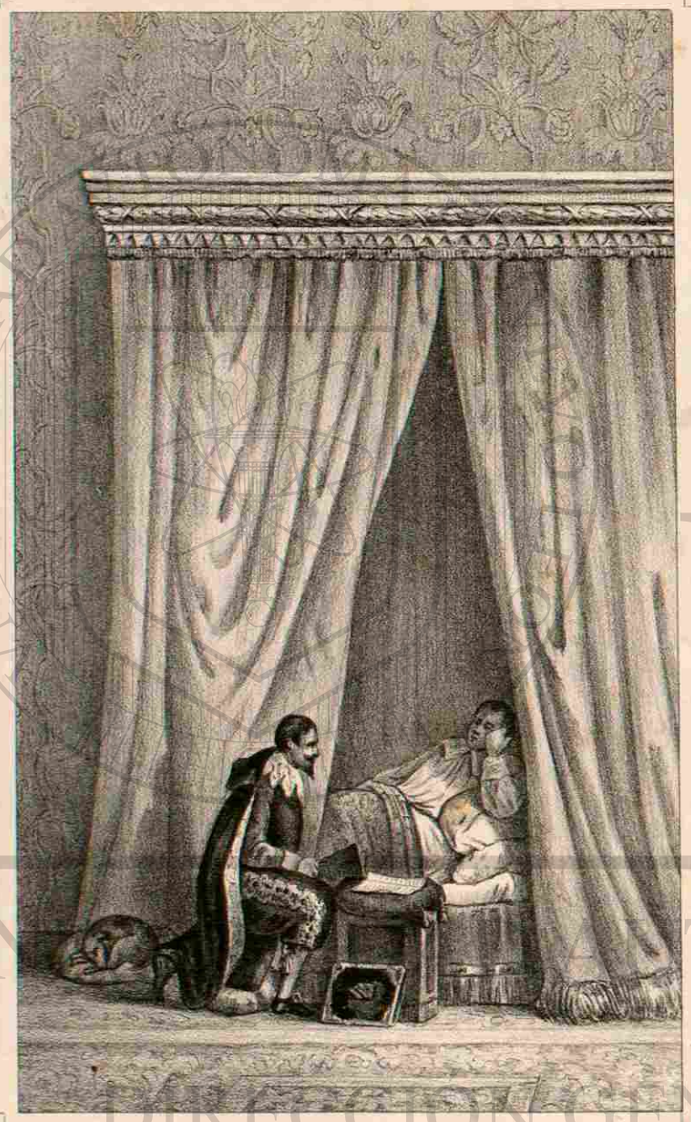
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre mas vano. Jamas corresponde á las cortesías que se le hacen, á no precisarle á ello razones muy poderosas. En una palabra, él se considera como un compañero del duque de Lerma, y en realidad podria decirse que participa de la autoridad del primer ministro, pues que le hace conferir los gobiernos y los empleos á quien se le antoja. El público frecuentemente murmura de ello; mas él no hace caso: con tal que saque lo que llamamos para guantes, le importa muy poco la censura pública. Por lo que acabo de decir, conoceréis, añadió Don Diego, cómo debeis portaros con un hombre tan altanero.—¡Oh! bien está, déjeme vd. á mí: muy mal han de andar las cosas para que no me estime: cuando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestro para no conseguirlo.—Siendo así, repuso Monteser, voy á presentaros ahora mismo al duque de Lerma.

Al instante pasamos á casa del ministro, á quien encontramos dando audiencia en una gran sala, en donde habia mas gente que en palacio. Allí ví comendadores y caballeros de Santiago y de Calatrava que solicitaban gobiernos y vireinatos; obispos que, siendo sus diócesis contrarias á su salud, querian ser arzobispos, nada mas que por mudar de aires; y tambien muy buenos religiosos domínicos y franciscanos que pedian con toda humildad mitras: ví tambien oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el duque no satisfacia los deseos de todos, recibia á lo menos con agrado sus memoriales, y advertí que respondia muy cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara á todos los pretendientes. Entónces Don Diego le dijo:—Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Miróme el duque, y me dijo con mucha afabilidad, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su despacho para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mi talento por mi conversacion. Quiso saber quien yo era y la historia de mi vida, diciéndome se la contase fielmente. ¡Qué relacion tan larga la que se me pedia! Mentir á un primer ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantos pasages que podian ajar mi vanidad, que no sabia cómo resolverme á hacer una confesion general. ¿Cómo salir de este apuro? Adopté el partido de disimular la verdad en aquellos puntos en que me hubiera avergonzado de decirla desnuda; pero, á pesar de todo mi artificio, no dejó de percibirla.—Señor de Santillana, me dijo sonriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo, vd. ha sido un sí es no es travieso.—Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado sea sincero, y le he obedecido.—Yo te lo agradezco, replicó: veo, hijo mio, que te has

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



librado de los peligros á poca costa; estraño que el mal ejemplo no te haya perdido enteramente. ¡Cuántos hombres de bien se pervertirian si la fortuna los pusiera á semejantes pruebas!

Amigo Santillana, continuó el ministro, no te acuerdes mas de lo pasado: piensa solamente en que ahora sirves al rey, y que te has de emplear en adelante en su servicio. Sígueme, que voy á decirte en qué te has de ocupar. Dicho esto, el duque me llevó á un cuartito inmediato á su despacho, donde tenia sobre varios estantes unos veinte libros de registro en fólio muy gruesos.—Aquí, me dijo, has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los reinos y principados de la monarquía española. Cada libro contiene, por órden alfabético, un resúmen de la historia de todos los hidalgos del reino, en la que se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al estado, como tambien los lances de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, de sus costumbres, y en una palabra de todas sus buenas ó malas calidades: de modo que, cuando piden algunas gracias al gobierno, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo sugetos asalariados en todas partes que procuran averiguarlo é instruirme enviándome sus informes; pero como estos son difusos, y están llenos de modismos provinciales, es necesario estractarlos y pulirlos, porque el rey quiere algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él.

En seguida sacó de una gran cartera llena de papeles un informe que me entregó, y me dejó en mi cuarto para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el papel, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien de encono, no obstante de ser su autor un fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, denigraba sin piedad á una honrada familia catalana, y sabe Dios si decia la verdad. Juzgué leer un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia; no obstante, aunque recien introducido en la corte, pasé por alto el mal ó bien obrar del religioso; y dejando á su cargo toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar en bellas frases castellanas á dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto cuatro ó cinco páginas, cuando, deseoso el duque de saber qué tal me portaba, volvió y me dijo:—Santillana, enséñame lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo pasó la vista por mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó.—Aunque estaba tan inclinado á tu favor, me dijo, te confieso que has escedido á lo que esperaba de tí. No solamente escribes con toda la pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piedad y precision que yo quiero, sino que ademas encuentro tu estilo fluido y festivo. Bien me acreditas el acierto que he tenido en escoger tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El ministro no hubiera limitado á esto mi elogio si á este tiempo no hubiera venido á interrumpirle su sobrino el conde de Lémos. S. E. le dió muchos abrazos, y le recibió de un modo que me hizo entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para tratar en secreto de un negocio de familia de que luego hablaré, y del que estaba el duque entónces mas ocupado que de los del rey.

Mientras estaban encerrados oí dar las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dejaban á esta hora el bufete para ir á comer á donde querian, dejé en aquel estado mi ensayo, y salí para ir, no á casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y despedido, sino á la mas famosa hostería del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. *Piensa que ahora sirves al rey.* Estas palabras que el duque me habia dicho, se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas semillas de ambicion que fermentaban por momentos en mi ánimo.

CAPÍTULO III.

Sabe Gil Blas que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á guardar

Al entrar tuve gran cuidado de hacer saber al hosterero que era yo un secretario del primer ministro, y como tal no sabia qué mandarle que me trajese de comer. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dije me diese lo que le pareciera. Me regaló muy bien, y me hizo servir como á persona de distincion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar tiré sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la cuarta parte, saliendo de la hostería con gravedad y tiesura, en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A veinte pasos habia una gran posada de caballeros en donde de ordinario se hospedaban señores estrangeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Despues de esto volví á mi tarea, y empleé toda la siesta en continuar lo comenzado por la mañana. En una pieza inmediata á la mia estaban otros dos secretarios; pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para grangear mejor su amistad los llevé á casa de mi hosterero, en donde les hice servir los mejores platos que ofrecia la estacion, y los vinos mas delicados y estimados en España.

Sentámonos á la mesa, y empezamos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque, sin hacer agravio á mis convidados, conocí desde luego que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban en su secretaría. Eran hábiles á la verdad en hacer hermosa letra redonda y bastardilla; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En recompensa sabian con primor lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan embriagados con el honor de estar en casa del primer ministro, que no se quejasen de su estado.—Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos pagan el sueldo; y lo peor es que está por arreglar, y no sabemos bajo qué pié estamos. —Por lo que hace á mí, decia el otro, quisiera haber recibido veinte zurriagazos en lugar de sueldo, con tal que me dejasen la libertad de tomar otro destino; porque despues de las cosas secretas que he escrito, no me atreveria á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. Bien puede ser que fuese á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

—¿Pues cómo hacen vds. para mantenerse? les dije: sin duda tendrán hacienda. Me respondieron que muy poca; pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada, que les fiaba, y daba de comer á cada uno por cien doblones al año. Toda esta conversacion, de la cual no perdí palabra, bajó al punto mis humos altaneros. Me figuré que seguramente no se tendria conmigo mas atencion que con los otros: que por consiguiente no debia estar tan satisfecho de mi empleo: que era menos sólido de lo que yo habia creido, y que en fin debia economizar mucho el bolsillo. Estas reflecsiones me sanaron de la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á aquellos secretarios, y á desear se acabase la comida; y cuando llegó el caso de pagar la cuenta, tuve una disputa con el hosterero sobre su importe.

Separámonos á media noche, porque no les insté á que bebieran mas. Ellos se marcharon á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbia habitacion, lleno de rabia de haberla alquilado, y prometiendo de veras dejarla al fin del mes. Á pesar de que me acosté en una buena cama, mi desazon me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en discurrir los medios de no servir de balde al rey, y me atuve sobre este particular á los consejos de Monteser. Me levanté con ánimo de ir á cumplimentar á Don Rodrigo Calderon, hallándome entonces en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan altivo, y de cuyo favor bien conocia yo que necesitaba; y con efecto pasé á casa de este secretario.

Su vivienda tenia comunicacion con la del duque de Lerma, y era igual á ella en magnificencia: no hubiera sido fácil distinguir por los muebles al amo del criado. Dije le entrasen recado de que estaba allí el sucesor de Don Valerio; pero esto no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala.—Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga vd. paciencia si gusta. Á vd. le harán morder el ajo antes que vd. se lo haga morder á otros.

Al fin abrieron la puerta del cuarto: entré, y me acerqué á Don Rodrigo, que acababa de escribir un billete amoroso á su Sirena encantadora,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y se lo estaba entregando en aquel momento á Perico. No me habia presentado al arzobispo de Granada, al conde Galiano, ni aun al primer ministro, con tanto respeto como ante el Señor Calderon; le saludé bajando la cabeza hasta el suelo, y le pedi su proteccion en términos de que no puedo acordarme sin rubor, tan llenos estaban de sumision. En el ánimo de otro menos vano que él no me hubiera hecho ningun favor mi bajeza; pero á él le agradaron mucho mis rastreros rendimientos, y me respondió con bastante cortesía que no malograria ninguna ocasion en que pudiera servirme.

Sobre esto le dí gracias con grandes demostraciones de celo por la inclinacion favorable que me manifestaba, y le aseguré de mi eterno reconocimiento: despues, temiendo incomodarle, salí suplicándole me perdonase si habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que dí ese paso tan indecoroso, me retiré á mi despacho, y concluí la obra que se me habia encargado. El duque no dejó de entrar por la mañana, y quedando no menos complacido del fin de mi trabajo que del principio, me dijo:—Esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico en el registro de Cataluña, y concluido, toma de la bolsa otro informe, que pondrás en órden del mismo modo. Tuve una conversacion bastante larga con S. E., cuyo modo afable y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia entre él y Calderon! Eran dos personas que contrastaban singularmente.

Aquel dia me fuí á una hostería en donde se comia á precio fijo, y resolví ir allí de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mi respeto y sumision. Tenia yo dinero para tres meses á lo mas, y me prescribí este término para trabajar á costa de quien hubiese lugar, proponiéndome, siendo las locuras mas cortas las mejores, abandonar, pasado este término, la corte y su oropel si no me señalaban sueldo. Dispuesto así mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al Señor Calderon; pero hizo tan poco caso de todo lo que yo practicaba para conseguirlo, que perdí las esperanzas. Mudé de conducta con respecto á él, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que yo tenia con el duque.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV.

Gil Blas consigue el favor del duque de Lerma, que le confia un secreto de importancia.

AUNQUE S. E. me veía todos los dias por un instante, sin embargo pude grangearle insensiblemente la voluntad en tales términos, que un dia, despues de comer, me dijo:—Escucha, Gil Blas; sabe que me agrada tu ingenio, y que te estimo. Eres un mozo celoso, fiel, muy inteligente y callado; y así me parece que no erraré si te hago dueño de mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus piés; y despues de haberle besado respetuosamente la mano, que me alargó para levantarme, le respondí:—¡Es posible que se digne V. E. honrarme con un favor tan grande! ¡Cuántos enemigos secretos me van á suscitar vuestras bondades! Pero solo temo el rencor de una persona, que es Don Rodrigo Calderon.—Nada tienes que temer de él, respondió el duque: yo le conozco; desde su niñez me ha querido, y puedo decir que sus sentimientos son tan conformes con los mios, que quiere todo lo que me gusta, así como aborrece todo cuanto me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversion, debes al contrario contar con su amistad. Por aquí conocí lo astuto que era el Señor Don Rodrigo, que habia conquistado el ánimo de S. E., y que yo debia procurar estar muy bien con él.

—Para principiar, prosiguió el duque, á ponerte en pesesion de mi confianza, voy á descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él á fin de que procures desempeñar los encargos que pienso darte en adelante. Hace mucho tiempo que veo mi autoridad generalmente respetada, que mis órdenes se obedecen ciegamente, y que dispongo á mi arbitrio de los cargos, empleos, gobiernos, vireinatos, beneficios, y aun me atrevo á decir, que reino en España. Mi fortuna no puede llegar á mas; pero quisiera preservarla de las borrascas que empiezan á

amenazarla; y á este efecto desearia me sucediese en el ministerio el conde de Lémos, mi sobrino.

Habiendo advertido el ministro que este último punto me habia sorprendido en estremo, me dijo:—Veo bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy estraño que prefiera mi sobrino á mi propio hijo el duque de Uceda; pero has de saber que este es de cortísimos alcances para ocupar mi puesto, y que ademas soy su enemigo. No puedo llevar el que haya hallado el secreto de agradar al rey, y que éste quiera hacerle su privado. El favor de un soberano se parece á la posesion de una muger á quien se adora; es ésta una felicidad tan envidiable que nadie quiere que un rival tenga parte en ella por mas que le unan á él los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, lo íntimo de mi corazon. Ya he intentado desconceptuar en el ánimo del rey al duque de Uceda, y no habiendo podido conseguirlo, he levantado otra batería; quiero que el conde de Lémos por su parte se grangee la estimacion del príncipe de España. Siendo gentil-hombre de cámara con destino á su cuarto, tiene ocasion de hablarle á cada paso, y ademas de que tiene talento, yo sé un medio de hacerle lograr esta empresa. Con esta estratagema, contraponiendo mi hijo á mi sobrino, suscitaré entre estos primos una competencia que les obligará á ambos á buscar mi apoyo, y esta necesidad que tendrán de mí, hará me estén uno y otro sumisos: ve aquí cuál es mi proyecto, añadió, y tu mediacion no me será inútil en él. Te enviaré á hablar secretamente al conde de Lémos, y me contarás de su parte lo que tenga que participarme.

Despues de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, cesó mi inquietud. En fin, decia yo, héme aquí colocado en una situacion que me promete montes de oro; porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la monarquía española no se halle bien presto colmado de riquezas. Poseido de tan dulce esperanza veía con indiferencia apurarse mi pobre bolsillo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

En el que se verá á Gil Blas lleno de gozo, de honra, y de miseria.

BIEN presto se echó de ver el favor que yo merecia al ministro y él mismo lo daba á entender públicamente, entregándome la bolsa de los papeles que acostumbraba ántes llevar S. E. mismo cuando iba á despachar. Esta novedad, que dió motivo para que me tuviesen en el concepto de un valido, escitó la envidia de muchos, y me atrajo bastantes cumplimientos de corte. Los dos oficiales, mis inmediatos, no fueron los últimos á felicitarme sobre mi prócsima elevacion, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por correspendencia, cuanto con la mira de tenerme obligado á su favor para en adelante. Me veia obsequiado por todas partes, y hasta el orgulloso Calderon mudó de modales conmigo. Ya me llamaba *señor de Santillana*, cuando hasta entonces me habia tratado siempre de *vos*, sin haber empleado jamas el tratamiento de *vd.*; se me mostraba muy propicio, especialmente cuando pensaba que nuestro favorecedor podia notarlo; pero aseguro que no trataba con ningun tonto. Yo correspondia á sus atenciones con tanta mas urbanidad cuanto mas le aborrecia. No se hubiera portado mejor un cortesano consumado.

Tambien acompañaba al duque mi señor cuando iba á palacio, que por lo regular era tres veces al dia. Por la mañana entraba en el cuarto de S. M. cuando ya estaba despierto; se ponia de rodillas junto á la cabecera de su cama; hablábale de lo que habia S. M. de hacer en el dia, y le dictaba las cosas que habia de decir, con lo que se retiraba. Despues de comer volvia, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le divertia contándole todos los lances graciosos que ocurrian en Madrid, los cuales era siempre el primero que los sabia, porque tenia personas pagadas á este efecto; y en fin, iba por la noche la tercera vez á ver al rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia por ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras estaba con S. M., yo me quedaba en la antecámara, en donde habia personas distinguidas dedicadas á solicitar la proteccion de la corte, que anhelaban mi conversacion, y se vanagloriaban de que yo me dignara concedérsela. En vista de esto, ¿cómo podria yo no creerme hombre de importancia? Muchos hay en la corte que con menos fundamento se tienen por tales.

Un dia tuve mayor motivo para envanecerme. El rey, á quien el duque habia hablado con grande elogio de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver una muestra de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, llevóme á presencia del monarca, y me mandó leyese el primer estracto que habia formado. Si la presencia del soberano me turbó al pronto, la del ministro me animó inmediatamente, y leí mi obra que S. M. oyó con agrado; y tuvo la bondad de asegurar que estaba satisfecho de mí, y aun la de encargar á su ministro cuidase de mis ascensos: todo lo cual en nada disminuyó el orgullo de que yo ya estaba poseido, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el conde de Lémos, acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Fuí un dia á buscar á este señor de parte de su tio al cuarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, en la que el duque le aseguraba podia hablarme con confianza, como que estaba enterado del asunto que tenian entre manos, y escogido para mensagero de ambos. El conde así que leyó la esquela, me condujo á un cuarto donde nos encerramos solos, y allí aquel caballero jóven me habló en estos términos:—Supuesto que vd. ha logrado la confianza del duque de Lerma, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á vd. depositario de la mia. Sabrá vd., pues, que las cosas van á pedir de boca: el príncipe de España me distingue entre todos los señores de su servidumbre, que estudian el modo de agradarle. Esta mañana he tenido una conferencia con S. A., en la que me ha parecido estar disgustado de verse, por la mezquindad del rey, sin facultades para seguir los impulsos de su generoso corazon, y aun de hacer un gasto correspondiente á un príncipe. Yo le he manifestado cuanto lo sentia; y aprovechándome de la ocasion he ofrecido llevarle mañana cuando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré sin tardanza: mi oferta le ha complacido mucho, y estoy cierto de captar su benevolencia si le cumplo la palabra. Id, añadió, noticiad á mi tio estos pormenores, y volved esta tarde á decirme su sentir acerca de ello.

Luego que concluyó, me despedí de él, y pasé á dar parte al duque de Lerma, quien, oido mi recado, envió á pedir á Calderon mil doblones, de que me hice cargo aquella tarde, y fuí á llevárselos al conde, diciendo entre mí:—Bueno, bueno; ahora veo claramente cual es el medio infalible de que se vale el ministro para salir con su intento: pardiez que tiene razon; y segun todas las señales, estas prodigalidades no le arruina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rán: fácilmente adivino de qué cofre saca estos hermosos doblones; pero bien considerado, ¿no es razon que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Lémos me dijo en voz baja:—Á Dios, nuestro amado confidente: el príncipe de España es un poco inclinado á las damas, y será necesario que tú y yo tratemos de este punto en la primera ocasion, porque preveo que muy presto necesitaré de tu ministerio. Me retiré reflecsionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. Cómo diablos es esto, decia yo, ¿si estaré prócsimo á ser el mercurio del heredero de la monarquía? Yo no ecsaminaba si esto era bueno ó malo, porque la calidad del galan ofuscaba mi conciencia. ¡Qué gloria para mí ser agente de los placeres de un gran príncipe! ¡Oh! poco á poco, Señor Gil Blas, se me dirá, no se trataba en cuanto á vos mas que de haceros un agente subalterno: convengo en ello; pero en sustancia estos dos empleos son de tanto honor uno como otro: solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantando mas de dia en dia en la gracia del primer ministro, y con tan lisongeras esperanzas, ¡qué feliz no habria yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya hacia mas de dos meses que habia dejado mi aposento magnífico, y ocupaba un cuarto pequeño en una de las posadas de caballeros mas económicas. Aunque esto me causaba sentimiento, lo llevaba con paciencia, porque salia de madrugada y no volvia hasta la noche á la hora de acostarme. Todo el dia estaba en mi teatro, es decir, en casa del duque, en donde hacia el papel de señor; pero cuando me retiraba á mi cuartito desaparecia el señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de que hacerle. Ademas de que yo era demasiado orgulloso para descubrir á alguno mis necesidades; á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á recurrir, por haber hecho poco caso de él desde que me habia introducido en la corte. Me ví precisado á vender mis vestidos uno á uno sin quedarme mas que con aquellos que precisamente necesitaba, y ya no iba á la hostería por no tener con que pagar mi manutencion. Mas ¿qué hacia yo para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas nos traian á la oficina para desayunarnos un panecillo y un traguito de vino; esto era cuanto nos hacia dar el ministro. Yo no comia mas en todo el dia, y comunmente me acostaba sin cenar.

Tal era la suerte de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo, no pudiendo resistir á mi miseria, me determiné por último á descubrírsela con maña al duque de Lerma si encontraba ocasion. Por fortuna se presentó ésta en el Escorial, á donde el rey y el príncipe de España fueron algunos dias despues.

CAPÍTULO VI.

Qué modo tuvo Gil Blas de dar á conocer su pobreza al duque de Lerma, y cómo se portó con él este ministro.

CUANDO el rey estaba en el Escorial, mantenia á toda la comitiva, de modo que allí no sentia yo el peso de la miseria. Dormia en una recámara cerca del cuarto del duque. Una mañana habiéndose levantado el ministro segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con recado de escribir, y me dijo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos debajo de unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy graves, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas, porque á S. E. no le disgustaban.

Ya hacia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugeria mi humor jocoso, cuando vinieron á plantarse dos urracas sobre los árboles que nos cubrian con su sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atencion.—Estas aves, dijo el duque, parece que riñen, y me alegraria saber el asunto de su pendencia.—Señor, le dije, la curiosidad de V. E. me trae á la memoria una fábula indiana que leí en Pilpai ó en otro autor fabulista. El ministro me preguntó qué fábula era esta, y se la conté en estos términos:

—En cierto tiempo reinaba en Persia un buen monarca, que, no teniendo suficiente capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, dejaba este cuidado á su gran visir. Este ministro llamado Atalmuc tenia un gran talento. Sostenia sin fatiga el peso de aquella vasta monarquía, manteniéndola en una paz profunda, y poseía tambien el arte de hacer amable y respetable la autoridad real, en términos que los vasallos ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llaban un padre afectuoso en un visir fiel á su monarca. Atalmuc tenia entre sus secretarios un joven cachemiriano llamado Zangir, á quien estimaba mas que á los otros, y con cuya conversacion se complacia, llevándole consigo á la caza, y descubriéndole hasta sus mas íntimos secretos. Un dia que andaban cazando ambos por un bosque, viendo el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario:—Me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua.—Señor, le respondió el cachemiriano, vuestros deseos se pueden satisfacer.—¿Y cómo? dijo Atalmuc.—Habeis de saber, señor, respondió Zangir, que un dervich cabalista me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

Consintió en ello el visir, y acercándose el cachemiriano á los cuervos, y haciendo como que los escuchaba atentamente, volvió despues á su amo, y le dijo:—Señor, ¿podriais creerlo? nosotros somos el asunto de su conversacion.—Eso no es posible, esclamó el ministro persiano. ¿Pues qué dicen de nosotros?—Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho:—Ve aquí al mismo gran visir, á esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que se desvela sin cesar por su conservacion. Para descansar de sus penosas tareas, viene á cazar á este bosque con su fiel Zangir. ¡Qué dichoso es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores!—Poco á poco, interrumpió el otro cuervo, poco á poco: no ponderes tanto la felicidad de ese cachemiriano. Es cierto que Atalmuc conversa con él familiarmente, que le honra con su confianza; y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo importante; pero entre tanto Zangir se morirá de hambre. Este pobre infeliz está viviendo en un miserable cuarto de una posada, en donde carece de lo mas necesario; en una palabra, pasa una vida miserable, sin que ninguno de la corte lo eche de ver. El gran visir no cuida de saber si tiene ó no con que vivir, y contentándose con tenerle afecto, le deja entregado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para ver cómo se esplicaba el duque de Lerma, quien me preguntó sonriéndose, qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si aquel gran visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario.—No, señor, le respondí algo turbado de su pregunta: la fábula dice al contrario, que le colmó de beneficios.—Fué fortuna, repitió el duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarian á bien se les diesen semejantes lecciones. Pero, añadió cortando la conversacion y levantándose, creo que el rey no tardará mucho en despertar. Mi obligacion me llama á su lado. Dicho esto, se encaminó muy de prisa hácia palacio sin hablarme mas, y á lo que me pareció, muy disgustado de mi fábula indiana.

Seguíle hasta la puerta del cuarto de S. M., y despues fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete, en donde trabajaban nuestros dos secretarios copiantes, que tambien habian ido á la jornada.—¿Qué tiene vd., Señor de Santillana, dijeron al verme? Vd. está muy demudado. Á vd. le ha sucedido algun lance pesaroso.

Yo estaba demasiado impresionado del mal efecto de mi apólogo para ocultarles la causa de mi afliccion; y así les conté las cosas que habia dicho al duque, y se manifestaron sensibles á la gran pesadumbre de que les parecí poseido.—Tiene vd. razon para estar desazonado, me dijo uno de ellos: S. E. toma algunas veces las cosas al reves.—Esa es mucha verdad, dijo el otro; quiera Dios que sea vd. mejor tratado que lo fué un secretario del cardenal Espinosa, que, cansado de no haber recibido nada de quince meses que le tenia empleado su eminencia, se tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para mantenerse.—Razon es, le dijo el ministro, que se os pague. Tomad, prosiguió, dándole una libranza de mil ducados, id á la tesorería real á recibir este dinero; pero acordaos al mismo tiempo que quedo agradecido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado de ser despedido, si despues de recibidos los mil ducados le hubiesen dejado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del cardenal le prendió un alguacil, y le condujo á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Este hecho histórico aumentó mi temor, de modo que me contemplé perdido, y no hallando consuelo, empecé á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. ¡Ay de mí! decia, ¡para qué me habré yo aventurado á relatar aquella desgraciada fábula, que ha desagradado al ministro! Acaso iria ya á sacarme de mi apuro, y quizá estaba yo en vísperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que asombran. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debia haber mirado que hay grandes que no gustan se les advierta nada, y que hasta las mas leves cosas que tienen obligacion de dar, quieren sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar con mi dieta, sin manifestar nada al duque, y aun dejarme morir de hambre para echarle á él toda la culpa.

Aunque hubiera conservado alguna esperanza, mi amo, á quien ví por la siesta, me la habria desvanecido enteramente. S. E. se mostró contra su costumbre muy sério conmigo, y no me habló palabra, lo que en el resto del dia me causó una inquietud mortal, sin que en la noche estuviese mas tranquilo. La desazon de ver desaparecer

mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los presos de estado, solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fué el dia de crísis. El duque me hizo llamar aquella mañana: entré en su cuarto mas azorado que un reo que va á ser juzgado.—Santillana, me dijo alargándome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza.... Esta palabra libranza me estremeció, y dije entre mí:—¡Oh cielos! ¡aquí tenemos al cardenal Espinosa! el carruage está prevenido para Segovia. El sobresalto que se apoderó de mí en aquel momento fué tal, que interrumpí al ministro, y arrojándome á sus piés, le dije, anegado en llanto:—Señor, suplico á V. E. muy humildemente perdone mi atrevimiento. La necesidad me obligó á dar á entender á V. E. mi miseria.

El duque no pudo dejar de reirse al ver mi turbacion.—Consuélate, Gil Blas, me respondió, y óyeme: Aunque el descubrirme tus necesidades sea echarme en cara el no haberlas precavido, no te lo tomo á mal, amigo mio; antes bien me atribuyo el mal á mí mismo por no haberte preguntado de qué te mantenias. Mas para comenzar á enmendar este descuido, te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los cuales te entregarán á la vista en la tesorería real. No es esto solo: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

En el impulso de gozo que me causaron estas palabras besé los piés al ministro, quien, habiéndome mandado levantar, siguió hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fué posible pasar con tanta rapidez de la pena á la alegría. Quedé tan turbado como un delincuente que oye gritar perdon en el instante que creia recibir el golpe mortal. Mi amo atribuyó mi agitacion á solo el temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuvo en ello menos parte; y me confesó que habia aparentado tibieza para ver si yo sentia mucho su mudanza; que mi sentimiento le habia hecho conocer la inclinacion que le tenia, por lo que él tambien me apreciaba mas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

De lo bien que empleó sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que medió, y del provecho que sacó de él.

EL rey, como si hubiera querido librarme de mi impaciencia, se volvió el dia siguiente á Madrid: fuí volando á la tesorería real, en donde cobré inmediatamente el importe de mi libramiento. Es de admirar que no se le trastorne el juicio á un mendigo que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo mudé así que varié de suerte, y no escuché mas que á mi ambicion y á mi vanidad. Dejé mi miserable posada de caballeros para los secretarios que aun no habian aprendido el lenguaje de los pájaros, y por la segunda vez alquilé mi hermosa vivienda, que por fortuna estaba desocupada. Envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los elegantes: me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader, de donde sacó seis varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Seis varas de paño para un vestido á la española! ¡Á dónde vamos á parar! .... Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres afamados siempre necesitan mas que los otros. Compré ademas ropa blanca que me hacia gran falta, medias de seda, y un sombrero de castor con galon de oro.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto mi huésped, me buscase uno de su satifaccion. Los mas de los estrangeros que alojaban en su casa solian, luego que llegaban á Madrid, recibir criados españoles; lo que atraía á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una fisonomía tan apacible y tan devota que no le quise; me parecia ver en él á Ambrosio de Lamela.—Yo no quiero, dije á Foreto, criados que tengan un aspecto tan virtuoso, porque estoy escarmentado de ellos. Apenas despaché á éste, cuando llegó otro que me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parecia muy despierto, mas arriscado que un page cortesano, y ademas un sí es no es taimado. Este me agradó. Hícele algunas preguntas, á las que correspondió con despejo; conocí que era travieso, y como de molde para mis asuntos. Le recibí y no me pesó de mi eleccion; antes advertí bien presto que habia hecho un buen hallazgo. Como el duque me habia permitido le hablase á favor de las personas á quienes deseara servir, y yo estaba en ánimo de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza; es decir, de un hombre astuto que tuviese maña, y pudiera escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer ministro. Cabalmente esta era la habilidad de Escipion, que así se llamaba mi lacayo, que habia servido á Doña Ana de Guevara, ama de leche del príncipe de España, en cuya casa la habia ejercitado, siendo esta señora una de aquellas que mirándose con algun valimiento en la corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Escipion que me era posible obtener gracias del rey, salió á campaña, y el mismo dia me dijo:—Señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo, caballero granadino, llamado Don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de vd. para con el duque de Lerma en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: me he visto con él, y queria dirigirse á Don Rodrigo, cuyo poder le han ponderado; pero se lo he quitado de la cabeza, haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en vez de que vd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria vd. el empeño de balde si su situacion le permitiese seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le he hablado de modo que mañana por la mañana le tendrá vd. aquí de madrugada.—¡¡Cómo, pues, le dije, Señor Escipion, vd. ha andado ya mucho camino! Conozco que no es vd. novicio en materia de manejos, y estraño que no esté vd. mas rico.—Esto es lo que no debe sorprender á vd., me respondió; yo no atesoro, y quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino á verme Don Rogerio de Rada, á quien recibí con una cortesía mezclada de gravedad.—Señor mio, le dije, antes de tomar cartas por vd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar de él al primer ministro.—Hágame vd., pues, si gusta, una fiel relacion, y crea que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado.—Con mucho gusto, respondió el granadino, voy á contar á vd. mi historia sinceramente, y fué de esta suerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.

DON Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivia dichoso en la ciudad de Antequera con Doña Estefanía, su esposa, la que ademas de su genio afable y estremada hermosura, poseia una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, él la correspondia con estremo. Pero era muy celoso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger, no dejaba de vivir inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, menos de D. Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía, siendo á la verdad este el único hombre de quien debia recelar.

Efectivamente, Don Huberto, sin atender al parentesco que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo atrevimiento de declararle su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió con suavidad á su pariente lo grave de su maldad en querer seducirla y deshonrar á su marido, y le dijo muy seriamente que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el cual, imaginando que era necesario arriesgarlo todo con una muger de este carácter, principió á usar con ella de modales poco atentos; y un dia tuvo la avilantez de estrecharla á que satisfaciese sus deseos. Ella le rechazó con severidad, y le amenazó con que haria que Don Anastasio castigase su arrojo. Espantado de la amenaza, el galan ofreció no hablarle mas de amor, y en fé de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era de mala índole, no pudo ver tan mal pagado su cariño sin concebir un vil deseo de venganza. Conocia á Don Anastasio por hombre celoso y capaz de creer todo cuanto él quisiera infundirle: este conocimiento le bastó para idear el mas horrible designio que pueda caber en el corazon mas malvado. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dijo con semblante muy melancólico:—Mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os importa mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

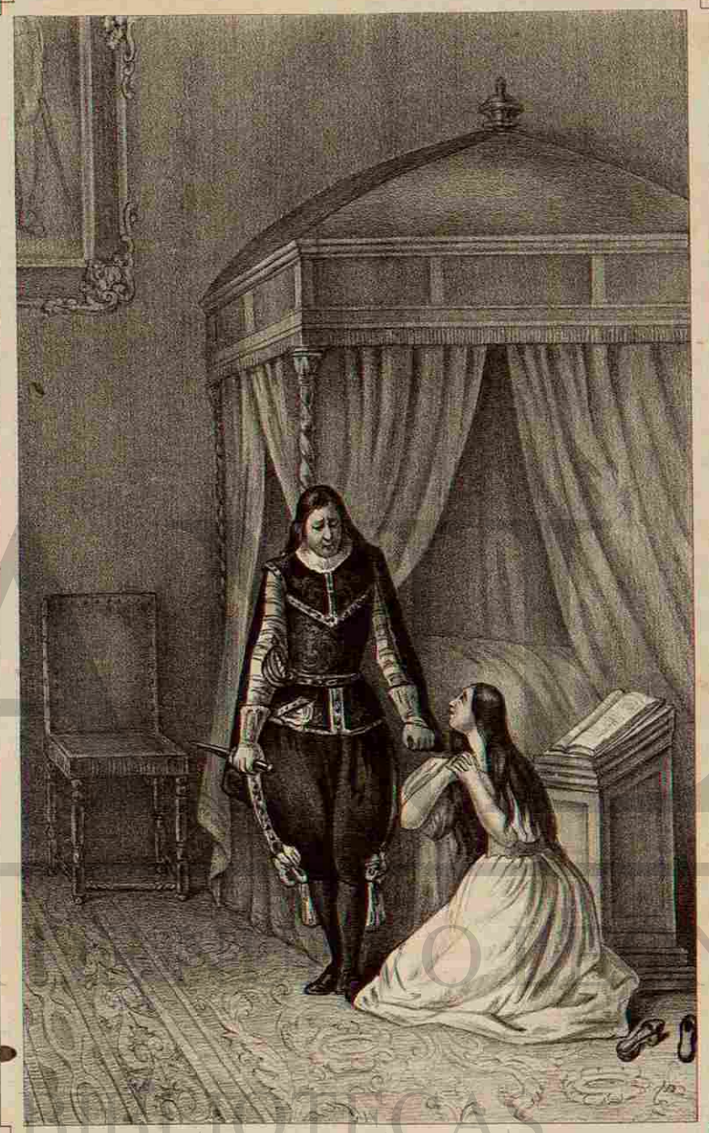
vuestro honor que vuestro reposo: vuestro pundonor y el mio en punto de ofensas no me permiten ocultaros lo que pasa en vuestra casa. Preparaos á oir una noticia que os causará tanta afliccion como asombro, porque voy á heriros en la parte mas sensible.

—Ya os entiendo: interrumpió Don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel.—Yo no la reconozco por prima, repuso Hordales con aspecto irritado: la desconozco; es indigna de teneros por marido.—Eso es demasiado hacerme padecer, esclamó Don Anastasio; hablad: ¿qué ha hecho Estefanía?—Os ha vendido, prosiguió Don Huberto. Teneis un rival á quien recibe de oculto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha escondido de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: y de ello estoy seguro. El interes que debo tomar en este asunto os afianza la verdad de mi narracion. Cuando me declaro contra Estefanía es perciso que esté bien convencido de su infidelidad.

—Es inútil, continuó, habiendo observado que sus palabras causaban el efecto que esperaba, es ocioso deciros mas. Advierto estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza: yo no me opondré á ella. No os pareis á considerar cuál es la víctima que vais á sacrificar: mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais inmolar á vuestro honor.

De este modo escitaba el traidor á un esposo demasiado crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la afrenta de que se cubria si dejaba la ofensa sin castigo, que llegó á encender en cólera á Don Anastasio, el cual, perdido el juicio, pareciendo que las furias le agitaban, vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa. La encuentra que iba á meterse en la cama; al pronto se contiene esperando qne los criados se retiren. Entonces, sin contenerle el temor de la ira del cielo, ni el deshonor que podria resultar á una honrada familia, ni aun el amor natural que debia tener á la criatura de seis meses de que su muger estaba embarazada, se acercó á su víctima, y lleno de furor le dijo:—Es preciso que mueras, malvada, y solo te queda un instante de vida que mi bondad te deja, para que pidas perdon al cielo del ultraje que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido el honor.

Dicho esto sacó un puñal: su accion y espresiones sobresaltaron á Estefanía, la que echándose á sus piés le dijo con las manos cruzadas, y fuera de sí:—¿Qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal estremo? ¿Por qué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel, mirad que os engañais.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, no, repuso el irritado celoso, estoy muy cierto de vuestra traicion. Las personas que me lo han dicho son de todo crédito. Don Huberto. . . .—¡Ah, señor! interrumpió ella con precipitacion: no debeis fiaros de Don Huberto, que no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud, no debeis creerle.—Callad, infame, replicó Don Anastasio: vos misma acreditais mis sospechas con querer poner mal conmigo á Hordales, no penseis desvanecerlas; si me lo quereis hacer sospechoso es porque está enterado de vuestra mala conducta. Quisierais destruir su testimonio; pero semejante artificio es inútil, y aumenta en mí el deseo que tengo de castigaros.—Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguis sus movimientos, cometeréis una accion de que no podréis consolaros cuando reconozcais la injusticia. Por amor de Dios aplacad vuestro enojo; á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entonces hareis mas justicia á una muger que no es culpable.

A otro que á Don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavía se hubiera enternecido mas con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido, lejos de ablandarse, le dijo segunda vez que se encomendara á Dios, y alzó el brazo para herirla.—Detente, bárbaro, gritó: si el amor que me has tenido se ha estinguido enteramente; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no alcanzan á hacerte desistir de tu escecrable intento, respeta siquiera á tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que aun no ha visto la luz. Tú no puedes ser verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca te perdono mi muerte; pero no dudes que la suya pedirá justicia de un atentado tan horrible.

Por muy determinado que estuviese Don Anastasio á no hacer caso de las disculpas de Estefanía, las imágenes espantosas que ofrecieron á su espíritu estas últimas palabras no dejaron de suspenderle; y así, como si hubiese temido que esta emocion paralizase su resentimiento, se aprovechó apresuradamente del furor que le quedaba, y atravesó con el puñal el costado derecho de su muger, que cayendo al punto en tierra, él la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entre tanto aquella desgraciada esposa quedó tan turbada del golpe que habia recibido, que permaneció algunos instantes tendida en tierra sin dar señales de vida; pero recobrando al cabo sus espíritus, empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó á los demas criados y á los vecinos cercanos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, quienes, habiendo registrado la herida, no la tuvieron por peligro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa, sin que errasen en su concepto. Curaron en poquísimo tiempo á Estefanía, quien dió felizmente á luz un hijo, tres meses despues de aquel cruel suceso, y yo, Señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre; y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como arrojo de un marido celoso. Es verdad que mi padre estaba reputado por hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia trastornado el ánimo de Don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo ménos vengado, cesó de visitarla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que tuve; solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á hacerme enseñar el arte de la esgrima, y que me ejercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba mi madre con impaciencia que yo tuviese edad para medir mi espada con la de Don Huberto, para enterarme entonces del motivo que tenia para quejarse de él: y viéndome en fin ya de diez y ocho años, me lo descubrió, derramando abundantes lágrimas, y penetrada de un amargo dolor. ¡Qué impresion no hace en un hijo dotado de valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, le conduje á un sitio retirado, en donde despues de un largo combate, le dí tres estocadas y cayó en tierra.

Sintiéndose Don Huberto mortalmente herido, fijó en mí sus últimas miradas, y me dijo que recibia la muerte de mi mano, como justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Confesóme que, por vengarse del rigor con que le habia despreciado, tomó la resolucion de perderla; y luego espiró pidiendo perdon de su culpa al cielo, á Don Anastasio, á Estefanía y á mí. No juzgué acertado volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado dejé á la fama. Pasé la sierra, y llegué á la ciudad de Málaga, donde me embarqué con un corsario que salia del puerto, quien, conceptuando que no me faltaba valor, consintió gustoso en que me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanías de las islas de Alboran encontramos un corsario de Melilla, que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion española ricamente cargada, que habia apresado en las aguas de Cartagena. Acometimos intrépidamente al africano, y nos apoderamos de sus dos bajeles, en los cuales iban ochenta cristianos que conducia esclavos á Berbería: y aprovechando un viento que se levantó, y nos era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos en breve tiempo á Punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos á quienes habiamos libertado de qué pa-

rages eran, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buen aspecto, que podia tener cincuenta años cumplidos. Respondióme suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué; y tambien advertí que se turbaba.—Díjele: Yo soy paisano vuestro, ¿podremos saber vuestra familia?—¡Ah! me dijo, no me insteis á que satisfaga vuestra curiosidad si no quereis renovar mi dolor. Diez y ocho años hace que falto de Antequera, en donde no se pueden acordar de mí sin horror. Vd. habrá quizá oido muchas veces hablar de mí. Me llamo Don Anastasio de Rada.—¡Válgame Dios! esclamé, ¿debo creer lo que oigo? ¿Conque vd. es Don Anastasio? ¿Es, pues, mi padre el que veo?—¡Qué decis, jóven! esclamó mirándome atónito. ¿Será posible seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre cuando la sacrifiqué á mi furor?—Sí, padre mio, le dije, yo soy á quien la virtuosa Estefanía parió tres meses despues de la funesta noche en que la dejásteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que acabase estas palabras para abrazarme estrechamente, y en un cuarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos entregado á los tiernos afectos que semejante encuentro debia inspirar, alzó mi padre los ojos al cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía; pero pasado un momento, como si temiese dárselas sin motivo, se dirigió á mí, y me preguntó de qué manera se habia averiguado la inocencia de su muger.—Señor, le respondí, nadie ha dudado jamas de ella sino vos. La conducta de vuestra esposa ha sido siempre irreprensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que Don Huberto fué quien os engañó: y entonces le conté toda la perfidia de este pariente, cómo me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

A mi padre no le causó tanto placer el haber recobrado la libertad, como el oir las nuevas que le anunciaba. Colmado de alegria volvió á abrazarme tiernamente, y no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo.—Vamos, hijo mio, me dijo, tomemos presto el camino de Antequera. No tendré sosiego hasta echarme á los piés de una esposa á quien tan indignamente he tratado; porque despues de conocida mi injusticia, siento crueles remordimientos que despedazan mi corazon. Deseando yo reunir estas dos personas para mí tan amables, no quise se alargase tan dulce momento. Dejé al corsario, y como mi padre no queria esponerse á los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que [illegible] de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que escuché con aquella atencion ansiosa que prestó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el principe de Itaca[1] á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pié del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre; y todavia la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse le habia sido restituido. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento, que enternecida mi madre, en lugar de mirarle como á un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió en estremo mi fuga, y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la corte, á donde vengo, señor, á solicitar el perdon, que espero obtener, puesto que V. S. quiere hablar á mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de Don Anastasio dió fin aquí á su narracion, y yo con mucha gravedad le dije:—Basta, Señor Don Rogerio; el caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias, que por un oido me hubieran entrado y por otro salido, á no haberme asegurado se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al duque, quien, habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo:—Don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae á la corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias: sosegaos. Vuestra accion es disculpable; y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estareis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él acelerará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Su carta de perdon se le espidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telémaco á reunirse con su Ulises y su Penélope; en vez de que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavia un Don Rodrigo Calderon para despreciarlo.

1 Télemaco, cuando volvió su padre Ulises de las espediciones por la Grecia.

CAPÍTULO IX.

Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna, y de como tomó el aire de persona de importancia.

EL asunto que acabo de referir me engolosinó, y diez doblones que dí á Escipion por su corretage le animaron á hacer nuevas investigaciones. Ya dejo celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podia dar el renombre de Escipion el grande. El segundo penitente que me llevó, fué un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpreso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me trajo á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente. Un navío portugues habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que, habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: Animo, señor de Santillana: cálzese vd. las botas; pues está en camino de adelantar su fortuna. ¡Oh! no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipion: escuchémosle.—Señor, me dice, permítame vd. le presente á este famoso empírico, quien solicita un privilegio para vender

el principe de Itaca[1] á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pié del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre; y todavia la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse le habia sido restituido. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento, que enternecida mi madre, en lugar de mirarle como á un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió en estremo mi fuga, y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la corte, á donde vengo, señor, á solicitar el perdon, que espero obtener, puesto que V. S. quiere hablar á mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de Don Anastasio dió fin aquí á su narracion, y yo con mucha gravedad le dije:—Basta, Señor Don Rogerio; el caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias, que por un oido me hubieran entrado y por otro salido, á no haberme asegurado se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al duque, quien, habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo:—Don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae á la corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias: sosegaos. Vuestra accion es disculpable; y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estareis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él acelerará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Su carta de perdon se le espidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telémaco á reunirse con su Ulises y su Penélope; en vez de que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavia un Don Rodrigo Calderon para despreciarlo.

1 Télemaco, cuando volvió su padre Ulises de las espediciones por la Grecia.

CAPÍTULO IX.

Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna, y de como tomó el aire de persona de importancia.

EL asunto que acabo de referir me engolosinó, y diez doblones que dí á Escipion por su corretage le animaron á hacer nuevas investigaciones. Ya dejo celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podia dar el renombre de Escipion el grande. El segundo penitente que me llevó, fué un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpreso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me trajo á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente. Un navío portugues habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que, habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: Animo, señor de Santillana: cálzese vd. las botas; pues está en camino de adelantar su fortuna. ¡Oh! no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipion: escuchémosle.—Señor, me dice, permítame vd. le presente á este famoso empírico, quien solicita un privilegio para vender

sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquía de España, con esclusion de cualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatan, tomando el aspecto de un protector:—Id, amigo mio, vuestra solicitud corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué un privilegio que le permitia engañar al pueblo esclusivamente en todos los reinos de España.

Yo conocí la verdad de aquel refran que dice, que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que advertia que la codicia iba creciendo en mí á medida que iba adquiriendo riquezas, habia logrado de S. E. con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar, que no me detuve en pedirle la quinta. Esta fué el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava que me ofreció mil doblones. El ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa.

—¡Vive diez, amigo Gil Blas, me dijo, como apretais! Deseais vivamente hacer bien al prójimo. Mirad: cuando no se trate mas que de bagatelas, no repararé en ello; pero cuando me pidais gobiernos ú otras cosas de importancia, os quedareis enhorabuena con la mitad del provecho, y á mí me dareis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni cuántos arbitrios necesito para mantener la dignidad de mi empleo, porque, á pesar del desinteres que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera abandonar mis intereses propios. Sírvaos esto de gobierno.

Con esta advertencia me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me escitó á que prosiguiese con mayor empeño, y me sentí aun mas sediento de riquezas que ántes. Hubiera yo entónces con gusto hecho fijar un cartel que dijese, que todos aquellos que quisieran conseguir gracias en la corte, no tenian mas que acudir á mí: yo iba por un lado, y Escipion por otro, buscando ocasiones de servir por dinero. Mi caballero de Calatrava alcanzó el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un caballero de Santiago. No contento con nombrar gobernadores, concedí hábitos de las órdenes militares, trasformé algunos buenos plebeyos en malos hidalgos, con famosos títulos de nobleza: quise tambien que la clerecía participase de mis favores, y así conferí beneficios cortos, canongías, y algunas dignidades eclesiásticas. En órden á los obispados y arzobispados era el colador de ellos el Señor Don Rodrigo Calderon, quien ademas nombraba para las togas, encomiendas y vireinatos; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños, porque los

sugetos á quienes nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que haciamos un tráfico tan honorífico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas honrados. Sabiamos muy bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto á costa nuestra: pero nosotros pareciamos á los avaros, que se consuelan de las murmuraciones del pueblo recontando su dinero.

Isócrates llama con razon á la intemperancia y á la locura, *compañeras inseparables de los ricos.* Cuando me ví dueño de treinta mil ducados, y en disposicion de ganar quizá diez tantos mas, juzgué me tocaba hacer un papel digno de un confidente del primer ministro: alquilé una casa entera, que hice adornar lujosamente; compré el coche de un escribano que lo habia echado por ostentacion, y que se deshizo de él por consejo de su panadero. Recibí un cochero, tres lacayos; y como es regular promover á los criados antiguos, ascendí á Escipion al triple honor de mi ayuda de cámara, mi secretario y mayordomo mio: pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el ministro tuviese á bien que mis criados llevasen su librea. Con esto perdí lo que me restaba de juicio: no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, cuando, á fuerza de haber bebido agua de cominos, se pusieron tan pálidos como su maestro, imaginándose tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Lerma. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, y quizá por uno de sus hijos bastardos; cosa que me lisonjeaba estremadamente.

Añádase á esto que quise como S. E., tener mesa de estado, y á este efecto encargué á Escipion me buscase un cocinero, y me trajo uno que podia casi compararse con el del Romano Nomentano, de golosa memoria. Abastecí mi cueva de vinos esquisitos; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias, principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas del ministro, los cuales se apropiaban con vanidad el dictado de secretarios de estado. Les tenia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Escipion por su parte, porque tal amo tal criado, tambien daba mesa en el tinelo, en donde á costa mia regalaba á sus conocidos. Pero ademas de que yo queria á este mozo; como él contribuía á hacerme ganar dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo; fuera de que yo miraba estas disposiciones como un jóven que no reflecsiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ello. Habia asimismo otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y empleos no cesaban de traer agua al molino, con lo que mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habria ya vuelto de Andalucía quise tener el gusto de sorprenderle, y á este fin envié un papel anónimo, en el que le decia que un señor siciliano, amigo suyo, le esperaba á cenar, señalándole dia, hora y lugar á donde debia acudir: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se quedó sumamente admirado cuando supo que yo era el señor estrangero que le habia convidado.—Sí, le dije, amigo mio yo soy el dueño de esta casa. Tengo coche, buena mesa, y sobre todo un gran caudal.—¡Es posible, esclamó con viveza, que te encuentre nadando en la opulencia! ¡Cuánto me alegro de haberte colocado con el conde Galiano! Bien te decia yo, que aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que seguiste el sabio consejo que te dí de aflojar algo la rienda al repostero; sea enhorabuena: con esa prudente conducta engordan tanto los mayordomos de las casas grandes.

Dejé á Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado á casa del conde Galiano: y despues, para moderar la alegria que manifestaba de haberme agenciado tan buen puesto, le dije sin omitir circunstancia, las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado lo que le habia servido; pero percibiendo que mi poeta mientras yo le referia estos pormenores cantaba interiormente la palinodia, le dije:—Yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando aquí entre los dos, mas motivo tengo de darme el parabien que de lamentarme. Si el conde no se hubiera portado mal conmigo, le habria seguido á Sicilia, en donde todavia le estaria sirviendo, esperanzado de un acomodo incierto. En una palabra, no seria confidente del duque de Lerma.

Estas últimas palabras dejaron tan atónito á Nuñez, que por el pronto no pudo desplegar los labios; pero luego rompiendo de pronto el silencio me dijo:—¿Es verdad lo que oigo? ¡Qué lograis de la confianza del primer ministro!—La divido, le respondí, con Don Rodrigo Calderon, y segun las apariencias llegaré mas lejos.—En verdad, Señor de Santillana, replicó, que me causais admiracion. Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos. ¡Qué talentos se unen en vos! Ó mas bien, para servirme de una espresion á nuestro modo, poseis un talento universal; es decir, que para todo sois adecuado. Finalmente, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S.—¡Oh, qué diablos! interrumpí yo, Señor Nuñez, nada de señor, ni señoría. Dejaos de esos tratamientos, y vivamos siempre con familiaridad.—Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido, no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero, añadió, te confieso mi flaqueza; al oir tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento, no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por cuatro ó cinco covachuelistas que llegaron:—Señores, les dije, mostrándoles á Nuñez, ustedes cenarán con el Señor Don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa[1], y que escribe en prosa como nadie escribe. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía, que dejaron cortado al poeta: apenas se dignaron mirarle: por mas que dijo cosas muy agudas para atraerse su atencion, no le escucharon; lo que le picó tanto que, tomando una licencia poética, se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no advirtieron su retirada, y se sentaron á la mesa sin preguntar siquiera qué se habia hecho.

Al siguiente dia por la mañana cuando yo me acababa de vestir y me disponia á salir de casa, el poeta de las Asturias entró en mi gabinete.—Perdóname, amigo mio, me dijo, si he ofendido á tus covachuelistas; pero hablando con franqueza, me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Son para mí muy fastidiosos unos hombres tan presumidos y almidonados. No alcanzo como tú, que tienes un entendimiento tan delicado, puedes acomodarte á convidados tan estúpidos. Yo quiero desde hoy traerte otros mas listos.—Tendré, le dije, mucha satisfaccion en eso, y para ello me fio de tu gusto.—Con razon, me respondió; yo te prometo talentos superiores, y de los mas entretenidos. Voy de aquí á una casa de vinos generosos á donde van á reunirse dentro de poco; los apalabraré para que no se comprometan con otro, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Dicho esto, me dejó; y por la noche á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó uno tras otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos grandes ingenios sobrepujaban á los de Grecia y de Italia, y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí á aquellos señores muy atentamente, y aun afecté llenarlos de atenciones, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Aunque no hubiera encargado á Escipion que la cena fuese abundante, como él sabia la clase de gentes á que debia obsequiar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa con mucha alegría. Mis poetas principiaron á hablar de sí propios, y á alabarse. Uno citaba con vanidad los grandes y las señoras á quienes agradaba su musa: otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrian con la misma presuncion. Mientras comian, me fastidiaron con trozos de versos y de prosa: cada uno de ellos recitaba por turno algun pa-

(1) Los versos oscuros que cantaban los sacerdotes Salios en sus procesiones habian sido compuestos por Numa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sage de sus escritos: uno lee un soneto; el otro declama una escena trágica; otro lee la crítica de una comedia; y el cuarto, leyendo á su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario; y se arma una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Todo esto era tolerable; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa, y andan á cachetes. Fabricio, Escipion, mi cochero, mis lacayos y yo, en qué nos vimos para ponerlos en paz. Cuando se vieron separados, salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningun perdon de su impolítica.

Nuñez, sobre cuya palabra habia yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance.—Y bien, le dije, amigo, ¿me elogiareis todavía á vuestros convidados? A fé mia que me habeis traido unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas; no me hables mas de autores.—Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, pues acabas de ver á los mas juiciosos.

CAPÍTULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la corte: del encargo que le dió el conde de Lémos, y de la intriga en que este señor y él se metieron.

LUEGO que se llegó á saber que era yo privado del duque de Lerma, empecé á tener corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras á moverme con súplicas para conseguirles *grátis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En órden á las segundas, me desembarazaba prontamente con escusas, ó las entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal, y de consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad, voy á contar cómo traté en una ocasion á José Navarro.

Este José Navarro, al que tanto tenia que agradecer, y quien, para decirlo de una vez, era la causa primordial de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de gran mérito; pero que necesitaba empleo para subsistir.—No dudo, añadió José, que, siendo vd. tan bueno, y amigo de hacer un favor, tendrá gusto en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os proporciono ocasion de ejercer vuestra condicion caritativa. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba muy propicio á servirle.—Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vd. mi vivo agradecimiento á cuanto vd. ha hecho por mí: me basta que vd. se interese por cualquiera, y no necesita otra recomendacion para decidirme á servirle. Su amigo de vd.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sage de sus escritos: uno lee un soneto; el otro declama una escena trágica; otro lee la crítica de una comedia; y el cuarto, leyendo á su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario; y se arma una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Todo esto era tolerable; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa, y andan á cachetes. Fabricio, Escipion, mi cochero, mis lacayos y yo, en qué nos vimos para ponerlos en paz. Cuando se vieron separados, salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningun perdon de su impolítica.

Nuñez, sobre cuya palabra habia yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance.—Y bien, le dije, amigo, ¿me elogiareis todavía á vuestros convidados? A fé mia que me habeis traido unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas; no me hables mas de autores.—Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, pues acabas de ver á los mas juiciosos.

CAPÍTULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la corte: del encargo que le dió el conde de Lémos, y de la intriga en que este señor y él se metieron.

LUEGO que se llegó á saber que era yo privado del duque de Lerma, empecé á tener corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras á moverme con súplicas para conseguirles *grátis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En órden á las segundas, me desembarazaba prontamente con escusas, ó las entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal, y de consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad, voy á contar cómo traté en una ocasion á José Navarro.

Este José Navarro, al que tanto tenia que agradecer, y quien, para decirlo de una vez, era la causa primordial de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de gran mérito; pero que necesitaba empleo para subsistir.—No dudo, añadió José, que, siendo vd. tan bueno, y amigo de hacer un favor, tendrá gusto en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os proporciono ocasion de ejercer vuestra condicion caritativa. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba muy propicio á servirle.—Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vd. mi vivo agradecimiento á cuanto vd. ha hecho por mí: me basta que vd. se interese por cualquiera, y no necesita otra recomendacion para decidirme á servirle. Su amigo de vd.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tendrá el empleo que desea: cuente vd. con ello. Este es asunto mio y no de vd.

Con estas espresiones José se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, su recomendado se quedó sin empleo, porque lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi gaveta. Preferí tomar este dinero á los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero, á quien con un modo pesaroso dije cuando nos volvimos á ver:—¡Ah! mi amado Navarro, vd. me habló tarde. Calderon se me anticipó á dar el empleo que vd. sabe. Siento en estremo no dar á vd. mejor noticia.

José me creyó de buena fé, y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á parecer por mi casa. En vez de sentir algunos remordimientos de haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debia, quedé muy contento. Ademas de que ya me pesaban los favores que me habia hecho, no me parecia conveniente tratar con reposteros en la categoría en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Lémos, de quien hace tiempo no he hablado, y al que visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavía le llevé otros mil por órden del duque su tio, del dinero que yo tenia de S. E. En este dia fué cuando el conde quiso tener una larga conversacion conmigo, en la cual me manifestó que al fin habia logrado su intento, y que enteramente gozaba del favor del príncipe de España de quien era el único confidente, y en seguida me dió un encargo muy honroso, para el cual ya me tenia destinado. —Amigo Santillana, me dijo, vamos, manos á la obra. No dejeis de hacer cuanto podais para descubrir alguna beldad, digna de divertir á este príncipe galan. Entendimiento teneis: nada mas os digo. Id, corred, investigad, y cuando háyais descubierto una cosa buena, decídmelo. Ofrecí al conde no omitir diligencia, para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejercicio no debe de ser muy difícil, pues hay tantas gentes que se ocupan en él.

Yo no estaba muy acostumbrado á este género de averiguaciones; pero no dudaba que Escipion seria tambien admirable para el caso. Luego que volví á casa le llamé y le dije á solas:—Hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. En medio de tanto como sabes me favorece la fortuna, conozco que me falta alguna cosa. Fácilmente adivino lo que es, interrumpió sin dejarme acabar lo que queria decirle; vd. necesita una ninfa agradable, que le distraiga un poco y le divierta: y en efecto, es de maravillar que vd. en la flor de sus dias no la tenga, cuando viejos barbones no pueden estar sin ella.—Admiro tu perspicacia, le dije sonriéndome. Sí, amigo mio, necesito una dama; pero la quiero venida

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de tu mano; mas advierte que soy muy delicado en este negocio: quiero una persona linda, y que no tenga malas costumbres.—Lo que vd. desea, interrumpió Escipion sonriéndose, es algo raro; no obstante estamos, á Dios gracias, en un pueblo en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que vd. pretende.

Efectivamente, á los tres dias me dijo:—He descubierto un tesoro, una señorita joven llamada Catalina, de buena familia, y de indecible hermosura. Vive á la sombra de una tia suya en una casita en donde subsisten ambas muy decentemente con sus haberes, que no son considerables. La criada que las sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que, aunque no dan entrada á nadie, no seria dificil la hallase un galan rico y espléndido, con tal que para no escandalizar entrase en su casa solo de noche y con todo sigilo. En esta inteligencia, le he pintado á vd. como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado á la criada se lo proponga á las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á darme la respuesta. —Bravo va el negocio, le respondí; pero temo te engañe la criada.—No, no, replicó, no me dejo yo engañar tan fácilmente: he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he inferido que la señora Catalina es tal como vd. la puede desear, es decir una Dánae, de quien vd. puede ser el Júpiter enviando una lluvia de doblones.

Sin embargo de la confianza que tenia de esta clase de hallazgos, no dejé de aceptar éste, y como la criada al dia siguiente avisase á Escipion que podia presentarme aquella misma noche en casa de sus amas, entre once y doce me entré en ella con mucho sigilo. La criada me recibió á oscuras, me cogió de la mano, y me llevó á una sala decente, en donde encontré á las dos señoras airosamente vestidas, y sentadas en almohadones de raso. Luego que me vieron se levantaron, y me saludaron con tanta finura que me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, aunque todavia de buen parecer, no atrajo mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, que me pareció una diosa; y aunque ecsaminada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia con todo tantas gracias que, añadidas á un rostro atractivo y voluptuoso, ofuscaban y hacian imperceptibles sus defectos.

Su vista me turbó los sentidos: olvidé que iba como emisario, hablé en mi propio y privado nombre y me manifesté apasionado. La señorita cuyo entendimiento yo juzgaba tres veces mayor de lo que realmente era, tan bien me habia parecido, acabó de enamorarme con sus respuestas. Ya principiaba yo á estar fuera de mí, cuando para moderar la tia mis impulsos tomó la palabra y me dijo:—Señor de Santillana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voy á hablar á V. S. francamente. Por el mucho bien que me han dicho de V. S. le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el gran favor que le hago en ello; pero no crea V. S. por eso que ha adelantado algo: hasta ahora he criado á mi sobrina con recato, y vos sois, por decirlo así, el primer caballero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré el mayor gusto en que ella logre este honor: ved si á este precio os conviene, pues á otro no la conseguireis.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el Amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo, y volviendo de repente á ser fiel agente del conde de Lémos, mudé de tono, y respondí á la señora Mencía:—Señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. Aunque hago un papel distinguido en la corte, no basta este para merecer á la sin igual Catalina; le tengo reservado un partido mas brillante: la destino para el príncipe de España.—Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, sin que fuera necesario acompañar el desprecio con la burla.—No me burlo, señora, esclamé: hablo sériamente; tengo órden de buscar una persona de mérito á quien pueda honrar con sus visitas secretas el príncipe de España, y en casa de vd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien conocí no le habia desagradado. Sin embargo, creyendo que debia hacer la reservada, me replicó en estos términos:—Aun cuando tomara al pié de la letra lo que V. S. me dice, ha de saber que no soy de carácter que haga vanidad del infame honor de ver á mi sobrina ser dama de un príncipe; mi decoro se ofende con la idea....—¡Qué bendita es vd., le interrumpí, con su virtud! Vd. piensa como una simple aldeana, y se chancea si mira estas cosas con tanto escrupulo: eso es quitarles lo que tienen de bueno: es necesario mirarlas con mejores ojos. Considerad á los piés de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un héroe que inmortalice el nombre de su madre con el suyo.

Fingió la tia no saber á qué resolverse, aunque estaba determinada á aceptar mi propuesta; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, aparentó la mayor indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la Señora Mencía, viéndome ya cansado, y en disposicion de levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustamos una capitulacion que contenia los artículos siguientes:—*Primero:* Que si por los informes que diese yo al príncipe de las gracias de Catalina, gustaba de ella, y determinaba hacerle una visita nocturna, seria de mi cargo advertir de ella á las señoras, como igualmente de la noche que eligiese para este efecto. *Segundo:* Que el príncipe habia de entrar en casa de dichas señoras como un galan cualquiera, y acompañado solo de mí y de su principal confidente.

Celebrado este convenio, me hicieron mil agasajos tia y sobrina: empezaron á tratarme familiarmente, con lo que me aventuré á algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y cuando nos separamos, me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se traba amistad entre los corredores de amor, digámoslo así, y las mugeres que los necesitan: al verme salir de allí tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo habia sido mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Lémos tuvo suma alegria cuando le dije que habia hecho un descubrimiento cual podia apetecerlo. Le hablé de Catalina en tales términos, que le entraron deseos de verla. Le conduje la noche siguiente, y me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Dijo á las señoras que no dudaba que el príncipe quedase muy complacido de ver á la señorita que yo le habia elegido, y que ésta por su parte no quedaria descontenta de tal amante, por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin, les ofreció que le conduciria dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche en que habiamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó enterase el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al dia siguiente fuí á dar puntual cuenta de cuanto habia pasado, al duque de Lerma, callando la parte que habia tenido Escipion en el negocio para pasar yo por autor del descubrimiento de Catalina; porque de todo hace uno mérito para con los grandes.

Y así fué que se me dieron gracias de ello.—Señor Gil Blas, me dijo el ministro con aire burlon, me alegro que vd. una á sus demas talentos el de descubrir las hermosuras halagüeñas, y no estrañará que, cuando yo necesite alguna, acuda á vd.—Señor, le respondí en el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si proporcionase esta clase de placeres á V. E., porque hace tanto tiempo que el Señor Don Rodrigo está en posesion de ese empleo, que se le haria una injusticia en despojarle de él. El duque se sonrió de mi respuesta, y mudando de conversacion me preguntó si su sobrino pedia dinero para esta empresa.—Perdonad, le dije, él suplica á V. E. le envie mil doblones.—Está bien, respondió el ministro, no tienes mas que llevárselos; dile que no los escasee, y que aplauda todos los gastos que el príncipe quiera hacer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI.

De la visita secreta y de los regalos que el príncipe hizo á Catalina.

EN aquel mismo punto llevé los mil doblones al conde de Lémos.—No podiais venir mas á tiempo, me dijo este señor. He hablado al príncipe, quien ha caido en el lazo, y desea con impaciencia ver á Catalina, por lo que se ha resuelto que esta noche salga secretamente de Palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas. Dícelo así á las señoras, y dáles el dinero que me traes: es necesario manifestarles que el que va á verlas no es un amante comun, fuera de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar conmigo, prosiguió, hállate esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche, porque me parece del caso servirnos de él, nos espere á media noche cerca de Palacio.

Me fuí inmediatamente á casa de las señoras, en la que no ví á Catalina, por estar, segun se me dijo, acostada, y solo hablé con la señora Mencía.—Perdone vd., señora, le dije, si vengo de dia á su casa, porque no puedo hacer otra cosa: me es preciso avisar á vd. que el príncipe vendrá aquí esta noche; y reciba vd., añadí entregándole el talego en donde llevaba el dinero, reciba vd. una ofrenda que envia al templo de Citerea para que le sean propicias sus deidades. Ya ve vd. que no les he proporcionado una mala coveniencia.—Doy á vd. las gracias, me respondió; pero dígame, Señor de Santillana, si al príncipe le gusta la música.—Con estremo, le contesté: ninguna cosa le divierte tanto como una buena voz acompañada de un laud tocado con destreza.—Mucho mejor, esclamó ella enagenada de alegría; lo que vd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina tiene la garganta de un ruiseñor, tañe maravillosamente el laud, y tambien baila con perfeccion.—¡Vive diez, esclamé, esas son muchas habilidades, tia mia! No necesita tantas una señorita para hacer fortuna: una sola de esas gracias le basta.

Dispuestas así las cosas, esperé la hora en que el príncipe solia acostarse. Llegada ésta, dí mis órdenes al cochero, y me reuní al conde de Lémos, quien me dijo que el príncipe, para quedarse solo antes de tiempo, iba á fingir una ligera indisposicion, y aun acostarse, á fin de hacer creer mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se levantaria, y por una puerta falsa tomaria una escalera escusada que iba á dar á los patios. Luego que me enteró de lo que ambos habian concertado,

me apostó en un sitio por donde me aseguró habian de pasar. Duró tanto el poste que comencé á creer que nuestro galan habia tomado otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los príncipes abandonaran estos antojos antes de haberlos satisfecho. En fin, cuando creia que me habian olvidado, se llegaron á mí dos hombres, que conocí ser los que esperaba, y los conduje á mi coche, en el cual subieron ambos. Yo iba cerca del cochero para guiarle, y le hice parar á cincuenta pasos de donde vivian las señoras. Dí la mano al príncipe, y á su compañero para ayudarles á bajar, y marchamos á la casa, cuya puerta nos abrieron inmediatamente que llamamos, y volvieron á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas en que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan escasa, que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrara. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe, el cual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibieron en la sala, en donde la claridad de un sin número de bugías recompensó la obscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se presentaron en gracioso trage de casa seductoramente descuidado, y con aire tan atractivo, que no se podian mirar sin embelesamiento. Nuestro príncipe, si no hubiera tenido que escoger, se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero dió la preferencia, como era razon, á las gracias de la jóven Catalina.

—Y bien, príncipe mio, le dijo el conde, ¿podiamos haber proporcionado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas?—Ambas me embelesan, respondió el príncipe; no pienso sacar libre de aquí mi corazon, pues si faltara la sobrina, no se escaparia de la tia.

Despues de este cumplimiento tan agradable para una tia, dijo mil cosas lisongeras á Catalina, á las que ésta respondió con mucha discrecion.

Como les hes permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion, mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades, y le suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias: y tomando un laud bien templado, tocó sonatas tiernas y cantó de un modo tan espresivo, que el príncipe se echó á sus piés enagenado de amor y de placer. Pero dejemos á un lado esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia sepultado el heredero de la monarquía, hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa cuando ya se acercaba el dia. Los señores agentes le condujeron prontamente á palacio y le dejaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa tan contentos de haber-

le unido con una aventurera, como si le hubiesen casado con una princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al duque de Lerma, porque todo lo queria saber, y al concluir mi narracion llegó el conde de Lémos, y nos dijo:—El príncipe de España está tan prendado de Catalina, y le ha gustado tanto, que piensa ir á verla con frecuencia, y no aficionarse á otra: quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Ha acudido á mí y me ha dicho:—Mi amado Lémos, es preciso me busques al momento esta cantidad. Sé que te incomodo, que apuro tu bolsillo, y por tanto mi corazon te está muy agradecido: y si en algun tiempo me hallo en estado de serte reconocido de otro modo que por el agradecimiento á todo lo que has hecho por mí, no te arrepentirás de haberme servido. Yo le respondí, separándome de él inmediatamente:—Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea.—No es difícil satisfacerle, dijo entonces el duque á su sobrino. Santillana va á traeros ese dinero, ó si quereis, él mismo comprará las joyas, porque es muy inteligente en pedrerías, y sobre todo en rubíes: ¿no es verdad, Gil Blas? añadió mirándome con un aire taimado.—¡Qué malicioso sois, señor, le respondí; veo que V. E. quiere hacer reir á costa mia al señor conde; y así sucedió. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello?—Ninguno, replicó el tio riéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque no redundó ni en honor ni en provecho suyo.

Hubiera salido bien librado si el ministro no hubiera dicho mas; pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada de caballeros, y se estendió particularmente en las circunstancias que yo mas sentia. Despues de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al conde de Lémos, quien me llevó á casa de un joyero en donde escogimos las joyas que fuimos á enseñar al príncipe de España, las cuales se me confiaron para que se las entregase á Catalina, y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del duque para irlas á pagar.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente me recibieron con agrado las señoras cuando les presenté los regalos de mi embajada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes para la tia, y unas arracadas de lo mismo para la sobrina. Enagenadas una y otra con estas demostraciones de amor y generosidad del príncipe, empezaron á charlar como dos cotorras, y á darme gracias porque les habia agenciado tan buen conocimiento, y con el esceso de su alegria dieron á entender lo que eran. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo habia facilitado una bribona al hijo de nuestro gran monarca. Para averiguar con certeza si yo habia sido autor de tan buena obra, me retiré con intento de tener una conferencia con Escipion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XII.

Quién era Catalina; perplejidad de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para tranquilizar su ánimo.

Al entrar en mi casa oí un gran estrépito, y preguntada la causa, me dijeron que Escipion tenia aquella noche á cenar á seis amigos suyos. Cantaban cuanto mas alto podian, y daban grandes carcajadas de risa. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete sábios.

El que daba el festin luego que supo mi llegada, dijo á sus convidados:—Señores, no es nada, es el amo que ha vuelto: no os inquieteis por eso, continuad divirtiéndoos. Voy á decirle dos palabras, y al instante vuelvo. Dicho esto se vino á mí:—¿Qué gritería es esa? le dije: ¿A qué clase de personages festejas allá bajo? ¿son poetas?—Perdóneme vd., me respondió: seria lástima dar á beber vuestro vino á semejantes sugetos; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que quiere lograr un empleo por vuestra mediacion y por su dinero, y á causa suya se hace la fiesta. A cada trago que bebe aumenta diez doblones á lo que ha de tocaros, y quiero hacerle beber hasta el amanecer.—En ese supuesto, le respondí, vuélvete á la mesa y no escasees el vino de mi cueva.

No juzgué oportuno hablarle entonces de Catalina, dejándolo para por la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte:—Amigo Escipion, tú sabes de qué modo vivimos los dos: yo te trato mas como á compañero que como á criado, y por consiguiente harás muy mal en engañarme como á amo. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás lo que piensas de las dos mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion, sospecho que son dos taimadas, tanto mas astutas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuanto mas sencillez aparentan. Si les hago justicia, no tiene el príncipe de España gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella.—Señor, me respondió Escipion, vd. se porta demasiado bien conmigo para que yo le falte á la sinceridad. Ayer tuve una conversacion á solas con la criada de estas dos ninfas, y me contó su historia, que me ha parecido divertida. Voy á haceros sucintamente relacion de ella, y no sentireis haberla oido.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragones. Habiendo quedado huérfana de edad de quince años, y tan pobre como bonita, dió oidos á un comendador anciano, quien la llevó á Toledo, donde murió á los seis meses, despues de haberle servido mas de padre que de esposo. Recogió ella su herencia, que consistia en algunas ropas, y en trescientos doblones en dinero contante, y se fué luego á vivir con la señora Mencía, que todavía se mantenia de buen ver, aunque ya iba cuesta abajo. Estas dos buenas amigas permanecieron juntas, y principiaron á tener una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Esto desagradó á las señoras, quienes por enfado ó por otra causa dejaron prontamente á Toledo, y vinieron á Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin tratarse con ninguna señora de la vecindad. Pero oiga vd. lo mejor: han alquilado dos casas pequeñas separadas solamente por un tabique, pudiéndose pasar de una á otra por una escalera de comunicacion que hay en los sótanos. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del comendador ocupa la otra con una dueña vieja, á quien hace pasar por su abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tia, como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina, se llama Catalina; y cuando de nieta, Sirena.

Al oir el nombre de Sirena interrumpí todo asustado á Escipion:—¿Qué me dices? me haces temblar. ¡Ay de mí! temo que esa maldita aragonesa sea la querida de Calderon.—Cabalito, respondió, la misma es. Yo creia dar á vd. un gran gusto participándole esta noticia.—Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No prevees tú las consecuencias?—No, á fe mia, replicó Escipion. ¿Qué mal puede venir de ahí? Don Rodrigo no ha de descubrir precisamente lo que pasa; y si vd. teme que se lo digan, prevéngaselo al primer ministro, contándole el caso sencillamente. Él conocerá la buena fe de vd.; y si despues quisiese Calderon ponerle á vd. mal con S. E., el duque verá que no trata de perjudicarle sino por espíritu de venganza.

Con estas palabras me desvaneció Escipion el miedo. Seguí su consejo, y dí parte al duque de Lerma de este fatal descubrimiento; y tambien aparenté contárselo con aire triste, para persuadirle de que sentia haber inocentemente dado al príncipe la dama de Don Rodrigo; pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, se burló de ello. Despues me dijo que siguiera en mi comision, y que sobre todo era gran gloria para Calderon amar á la misma dama que el príncipe de España, y recibir la misma acogida que él. Instruí en los mismos términos al conde de Lémos, quien me aseguró su proteccion si el primer secretario descubria la trama y queria ponerme á mal con el duque.

Con esta maniobra creí haber salvado la nave de mi fortuna del peligro de encallar, y me sosegué. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la destreza de encontrar pretestos para apartar de su casa á Don Rodrigo, y ocultarle las noches que ella tenia precision de dedicar á su ilustre rival.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

Sigue Gil Blas haciendo el papel de señor: tiene noticias de su familia; impresion que le hicieron: se descompadra con Fabricio.

Ya llevo dicho que por las mañanas tenia comunmente en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme varios asuntos; pero yo no queria que me los propusiesen verbalmente. Siguiendo el estilo de la corte, ó por mejor decir, para hacer mas de persona, decia á todo pretendiente:—Traígame vd. un memorial; y me habia acostumbrado tanto á esto, que un dia respondí así á mi casero cuando vino á recordarme que le debia un año de casa. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy puntuales en traerlos todos los meses. Escipion, que era un vivo retrato mio, hacia lo mismo con los que acudian á él para que se empeñase conmigo á su favor.

Yo tenia otra ridiculez que no pienso perdonarme; habia dado en la fatuidad de hablar de los grandes como si yo fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al duque de Alba, al duque de Osuna, ó al de Medinasidonia, decia con llaneza, *Alba*, *Osuna*, *Medinasidonia*. En una palabra, me habia puesto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña y pobre escudero, ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra suerte! La corte tiene la virtud del rio Leteo, que nos hace olvidar á nuestros parientes y amigos, si se hallan en infeliz estado.

Cuando mas olvidada tenia á mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo, que me dijo deseaba hablarme á solas un momento: le hice entrar en mi despacho, en donde, sin decirle se sentase por parecerme hombre ordinario, le pregunté, qué me queria.—Señor Gil Blas, me dijo, ¿pues qué no me conoce vd.? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que no caia en quién era.—Yo soy, me replicó, un paisano vuestro, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio el canónigo. Yo os reconozco muy bien, hemos jugado mil veces los dos á la gallina ciega.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—De los juegos de mi niñez, le respondí, solo conservo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues me los han borrado de la memoria.—He venido á Madrid, me dijo, á ajustar cuentas con el corresponsal de mi padre. He oido hablar de vd., y me han dicho que está en un gran puesto en la corte, y ya tan rico como un judío, de lo que doy á vd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta al pais llenar de gozo á su familia, dándole una nueva tan gustosa.

Aunque no fuera mas que por cumplimiento, no podia menos de preguntar cómo estaban mis padres y tio; pero lo hice con tal frialdad, que no dí motivo á mi buen especiero para admirar la fuerza de la sangre. Bien me lo dió á entender, pues se manifestó sorprendido de la indiferencia que yo mostraba hácia unas personas á quienes debia profesar sumo cariño; y como era mozo franco y grosero:—Yo creía, me dijo desaforidamente, que tuvieseis mas amor y aficion á vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿Ignorais cuál es su situacion? Pues sabed que vuestro padre y vuestra madre están todavia sirviendo, y que el buen canónigo Gil Perez, agobiado de vejez y de achaques, está ya para vivir poco. Es necesario tener buen corazon, prosiguió; y supuesto que os hallais en estado de socorrer á vuestros padres, os aconsejo como amigo, les envieis todos los años doscientos doblones. Este socorro les proporcionará sin menoscabo vuestro una vida cómoda y dichosa.

En lugar de enternecerme la pintura que hacia de mi familia, me incomodó la libertad que se tomaba de aconsejarme, sin que yo se lo rogase; quizá con mas maña me hubiera persuadido, pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Él lo conoció bien por el ceñudo silencio que guardé, y continuando su ecshortacion con menos caridad que malicia, me impacientó.—¡Oh! eso ya es demasiado, respondí lleno de cólera. Vaya vmd., señor de Moscada, no se meta en negocios agenos. Vaya y busque al corresponsal de su padre, y ajuste sus cuentas con él. ¿Quién es vd. para enseñarme mi obligacion? Sé mejor qué vd. lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi despacho al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

No dejé de reflecsionar en lo que acababa de decirme, y acusándome á mí mismo de ser un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traje á la memoria los afanes que les habia costado á mis padres mi niñez y mi educacion. Me representé lo que les debia, y á mis reflecsiones siguieron algunos impulsos de agradecimiento, que no obstante de nada sirvieron. Mi ingratitud sofocó bien pronto estos afectos, y á ellos sucedió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion de que estaba poseido mudaron del todo mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carácter. Perdí toda mi alegría, y andaba siempre distraido y pensativo, en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez; pero no pudo dejar de decirme un dia:—En verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto mas adquieres mas deseas. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? Ya no tienes conmigo aquellos desahogos del corazon, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad; antes por el contrario, me tratas con reserva, y ocultas lo íntimo de tu alma. Tambien observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocia.

—Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad: yo ninguna mutacion percibo en mí.—Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos: creeme, eres otro del que eras. Dílo, amigo, ingenuamente ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumpliminento; pero hoy ¡qué diferencia! tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria política, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no: de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Me sentí mas ecsasperado que conmovido de sus reprensiones, y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que su pérdida me causase afliccion en el estado en que me hallaba: ademas, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de carácter habia recientemente contraido estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos, cuya mayor parte venian de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos y todos nos creiamos unos personages muy respetables. ¡Oh fortuna! ve ahí cómo dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoico Epicteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO I.

Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero: de los pasos que se dieron á este fin.

UNA noche, despues de haber despedido á la concurrencia qu habia ido á cenar conmigo, viéndome solo con Escipion le pregunté qué habia hecho aquel dia.—Dar un golpe de maestro, me respondió: proporcionar á vd. un rico establecimiento; pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio.—¡Hija de un platero! esclamé con aire desdeñoso: ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito, y se está en la corte en cierta altura, me parece se deben tener ideas mas elevadas.—¡Ah, señor! repitió Escipion, no lo creais así. Pensad que el varon es quien ennoblece; y no seais mas delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe vd. bien que la heredera de quien hablo es un partido de cien mil ducados á lo menos? ¿No es este un buen trozo de platería? Cuando oí hablar de una suma tan grande me hice mas tratable. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina.—¿Cuándo quieres tú que la reciba?—Vamos despacio, señor, me respondió; un poco de paciencia. Es menester que trate yo antes del asunto con el padre, y que le haga venir en ello.—Bueno, respondí riendo á carcajadas, ¿todavía estás ahí? Ve por cierto un casamiento bien adelantado.—Mas de lo que vd. piensa, replicó; solo quiero una hora de conversacion con el platero, y respondo de su consentimiento; pero antes de ir mas lejos, capitulemos si vd. gusta. Suponiendo que yo haga recibir á vd. cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán á mí?—Veinte mil, le respondí.—Alabado sea Dios, dijo: yo limitaba vuestro agradecimiento á diez mil. Vd. es la mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana me emplearé en esta negociacion, y puede vd. contar con que se conseguirá, ó yo no soy sino un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dijo: He hablado con el señor Ga-

carácter. Perdí toda mi alegría, y andaba siempre distraido y pensativo, en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez; pero no pudo dejar de decirme un dia:—En verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto mas adquieres mas deseas. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? Ya no tienes conmigo aquellos desahogos del corazon, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad; antes por el contrario, me tratas con reserva, y ocultas lo íntimo de tu alma. Tambien observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocia.

—Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad: yo ninguna mutacion percibo en mí.—Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos: creeme, eres otro del que eras. Dílo, amigo, ingenuamente ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumpliminento; pero hoy ¡qué diferencia! tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria política, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no: de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Me sentí mas ecsasperado que conmovido de sus reprensiones, y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que su pérdida me causase afliccion en el estado en que me hallaba: ademas, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de carácter habia recientemente contraido estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos, cuya mayor parte venian de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos y todos nos creiamos unos personages muy respetables. ¡Oh fortuna! ve ahí cómo dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoico Epicteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO I.

Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero: de los pasos que se dieron á este fin.

UNA noche, despues de haber despedido á la concurrencia qu habia ido á cenar conmigo, viéndome solo con Escipion le pregunté qué habia hecho aquel dia.—Dar un golpe de maestro, me respondió: proporcionar á vd. un rico establecimiento; pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio.—¡Hija de un platero! esclamé con aire desdeñoso: ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito, y se está en la corte en cierta altura, me parece se deben tener ideas mas elevadas.—¡Ah, señor! repitió Escipion, no lo creais así. Pensad que el varon es quien ennoblece; y no seais mas delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe vd. bien que la heredera de quien hablo es un partido de cien mil ducados á lo menos? ¿No es este un buen trozo de platería? Cuando oí hablar de una suma tan grande me hice mas tratable. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina.—¿Cuándo quieres tú que la reciba?—Vamos despacio, señor, me respondió; un poco de paciencia. Es menester que trate yo antes del asunto con el padre, y que le haga venir en ello.—Bueno, respondí riendo á carcajadas, ¿todavía estás ahí? Ve por cierto un casamiento bien adelantado.—Mas de lo que vd. piensa, replicó; solo quiero una hora de conversacion con el platero, y respondo de su consentimiento; pero antes de ir mas lejos, capitulemos si vd. gusta. Suponiendo que yo haga recibir á vd. cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán á mí?—Veinte mil, le respondí.—Alabado sea Dios, dijo: yo limitaba vuestro agradecimiento á diez mil. Vd. es la mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana me emplearé en esta negociacion, y puede vd. contar con que se conseguirá, ó yo no soy sino un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dijo: He hablado con el señor Ga-

briel de Salero, que este era el nombre del padre de la niña, y es tanto lo que le he ponderado vuestro valimiento y mérito, que dió oidos á la propuesta que le hice de recibiros por yerno. Será vuestra su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver claramente que sois valido del ministro.—Si no consiste mas que en eso, dije entonces á Escipion, presto estaré casado. Pero tratando de la muchacha: ¿La has visto? ¿es hermosa?—No tanto como la dote, respondió. Hablando aquí para los dos, esta rica heredera no es muy bonita; pero por fortuna á vd. ningun cuidado le da esto.—A fe mia que no, hijo mio, le respondí. Nosotros los cortesanos, nos casamos solamente por casarnos, y buscamos la hermosura en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se halla en las nuestras, la miramos con tanta indiferencia, que es bien merecido el que por ello nos castiguen.

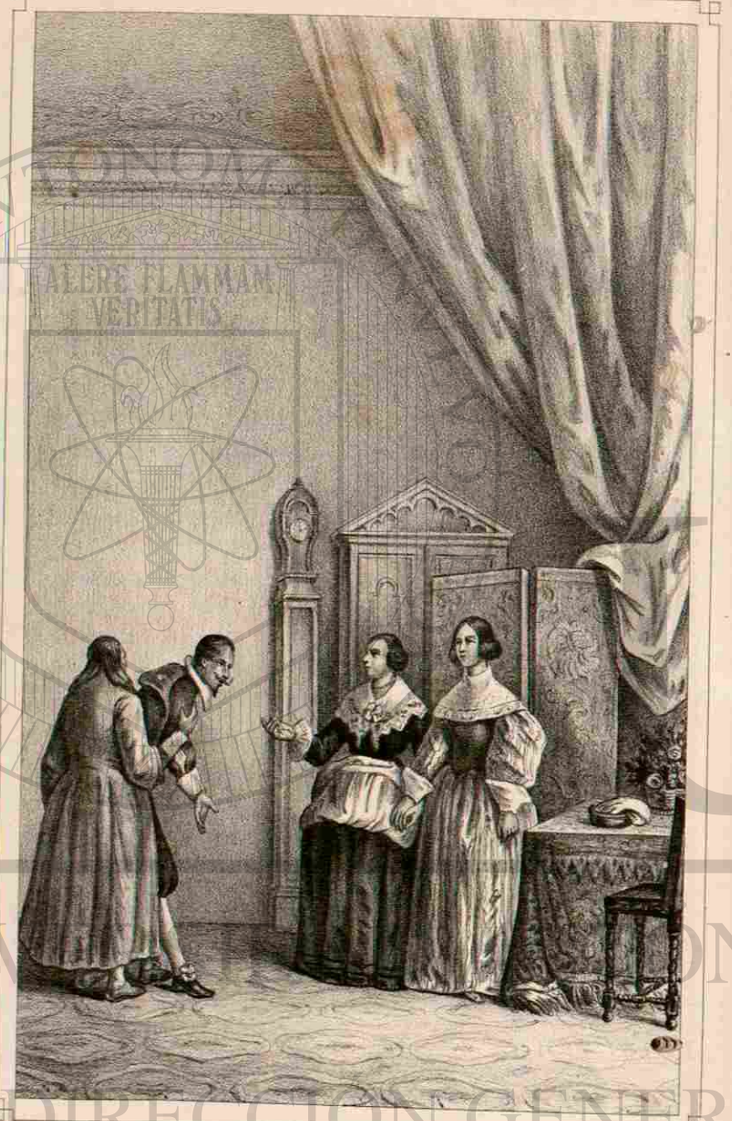
—Todavía no lo he dicho todo, repitió Escipion; el señor Gabriel convida á vd. á cenar esta noche, y hemos quedado en que no le ha de hablar vd. del casamiento proyectado. Debe convidar á muchos mercaderes amigos suyos á esta cena, á la cual ha de asistir vd. como un simple convidado; y mañana vendrá él á cenar con vd. del mismo modo: en esto conocerá vd. que este hombre quiere esperimentarle antes de pasar adelante. Convendrá que vd. se contenga un poco delante de él.—¡Oh! pardiez! interrumpí con aire de confianza, aunque ecsamine lo que quiera, no puedo menos de salir ganancioso en este ecsámen.

Todo se ejecutó puntualmente; hice me condujeran á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era de tan buena pasta que, como solemos decir, se pasaba de cortés. Me presentó la Señora Eugenia su muger, y la jóven Gabriela su hija: yo les hice mil cumplimientos sin contravenir á lo tratado, y les dije mil tonterías en muy bellos términos y frases de corte.

Gabriela, á pesar de cuanto me habia dicho de ella mi secretario, no me pareció fea, ya fuese porque estaba muy bien puesta, ó ya porque no la mirase sino al traves de la dote. ¡Qué buena casa tenia el Señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Este metal se ofrecia á la vista por todas partes en mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente la de la cena, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro, para hacer mas lucido el convite, habia convidado á cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas, que solo hablaron de comercio, y puede decirse que su conversacion mas bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente tuve á cenar en mi casa al platero; y como no podia deslumbrarle con mi vajilla, recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



á aquellos amigos mios que hacian mayor figura en la corte, y que yo sabia ser unos ambiciosos que no ponian límites á sus deseos. No hablaron de otra cosa mas que de las grandezas y de los empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo cual produjo su efecto. Aturdido el buen Gabriel de oir sus grandes ideas, se tenia, á pesar de su riqueza, por un mísero mortal en comparacion de aquellos señores. Por mi parte, afectando moderacion, dije me contentaria con una mediana fortuna, como de veinte mil ducados de renta, con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas esclamaron diciendo que haria mal; y que siendo tan querido como era del primer ministro, no debia contentarme con tan poco. El suegro no perdió ni una de estas palabras, y creí advertir al retirarse, que iba muy satisfecho.

Escipion no dejó de ir á verle el dia siguiente por la mañana, para preguntarle si yo le habia gustado.—He quedado muy prendado, le respondió, tanto que que me ha robado el corazon. Pero, Señor Escipion, añadió, suplico á vd. por nuestra antigua amistad, que me hable sinceramente. Todos, como vd. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame vd. cuál es el del Señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Cuál es su inclinacion viciosa? Suplico á vd. no me la oculte.—Vd. me ofende, Señor Gabriel, con semejante pregunta, replicó el medianero. Me interesso mas por vd. que por mi amo, y si tuviera algun vicio capaz de hacer á su hija desgraciada, ¿se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no: yo soy muy servidor de vd.; pero en satisfaccion, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para jóven es muy juicioso.—Otro tanto oro, respondió el platero; eso me agrada. Vaya vd., amigo mio; puede asegurarle que logrará la mano de mi hija, y que se la daria aun cuando no fuera querido del ministro.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion, fuí al momento á casa de Salero á darle gracias de la disposicion favorable en que estaba hácia mí. Á este tiempo ya habia declarado su voluntad á su muger y á su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron conocer que se sujetaban sin repugnancia á ella. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Lerma, le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agasajo, y le manifestó la satisfaccion que tenia en que hubiese elegido para yerno á un hombre á quien estimaba mucho, y á quien queria ascender. Despues siguió haciendo el elogio de mis buenas prendas, y dijo tanto bien de mí, que el buen Gabriel creyó haber encontrado en mi señoría el mejor partido de España para su hija. Estaba tan gozoso que las lágrimas se le asomaban. Al despedirnos me estrechó entre sus brazos y me dijo:—Hijo mio, es tanta la impaciencia que tengo de veros esposo de Gabriela, que dentro de ocho dias á mas tardar, lo sereis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

Por qué casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.

DEJEMOS en este estado mi casamiento, porque así lo ecsige el órden de mi historia, y quiere que cuente el servicio que hice á Don Alfonso, mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y ahora diré por qué causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el gobierno de la ciudad de Valencia, y habiéndolo sabido, pensé en Don Alfonso de Leiva. Consideré que este empleo le vendria perfectamente, y quizá menos por amistad que por ostentacion, determiné pedirlo para él, haciéndome cargo de que, si lo obtenia, me daria este paso un honor escesivo. Me dirigí, pues, al duque de Lerma y le dije que habia sido mayordomo de Don Cesar de Leiva y de su hijo, y que, teniendo grandes motivos para vivirles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese al uno ó al otro el gobierno de Valencia. El ministro me respondió:—Con mucho gusto, Gil Blas; yo me alegro de que seas reconocido y generoso. Por otra parte, me hablas de una familia á quien estimo. Los Leivas son buenos servidores del rey, y merecen bien este empleo. Puedes disponer de él á tu arbitrio, yo te lo doy por regalo de la boda.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fuí sin perder instante á casa de Calderon á hacer estender el despacho para Don Alfonso. Habia allí un crecido número de personas, que con respetuoso silencio aguardaban á que les diese audiencia Don Rodrigo. Atravesé por entre aquella gente, y me presenté á la puerta del gabinete, que me fué abierta, y en él encontré no sé á cuantos caballeros, comendadores y otros sugetos

distinguidos, á quienes Calderon oía por su órden. Era de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacer á estos una ligera inclinacion de cabeza; honraba á aquellos con una cortesía, y los conducia á la puerta de su gabinete, graduando, por decirlo así, el aprecio con que los distinguia por los diversos cumplimientos que empleaba. Por otra parte ví á alguno de aquellos sugetos, que, ofendidos del poco caso que de ellos hacia, maldecian en su corazon la necesidad que les obligaba á humillarse en su presencia. Otros ví que por el contrario se reian entre sí mismos de su aire fantástico y presumido. Por mas que hacia estas observaciones, no me hallaba en estado de aprovecharme de ellas, pues me portaba en iguales términos en mi casa, y ningun cuidado me daba el que se aprobasen ó se vituperasen mis modales orgullosos, con tal que me los respetasen.

Habiéndome atisbado casualmente Don Rodrigo, dejó precipitadamente á un hidalgo que le hablaba, y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron.—¡Ah! amado compañero mio, esclamó, ¿qué asunto es el que me proporciona el gusto de ver á vd. aquí? ¿En qué puedo servir á vd.? Díjele á lo que iba, y en seguida me aseguró en los términos mas políticos, que el dia siguiente á la misma hora se espediria el despacho que yo solicitaba. Su atencion no paró aquí, pues me acompañó hasta la puerta de la antesala, lo que jamas hacia sino con los grandes señores, y allí me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios? decia yo en el camino; ¿qué me anuncian? ¿Si meditará este hombre mi ruina; ó, previendo que declina su favor querrá grangear mi amistad, y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia á cuál de estas conjeturas atenerme. Cuando volví al dia siguiente, me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó en el recibimiento que hizo á otras personas que se presentaron á hablarle: porque á unas trató groseramente, á otras habló con frialdad, y á casi todas descontentó; pero quedaron suficientemente vengadas con un lance que ocurrió y que no debo pasar en silencio, el cual servirá de leccion á los covachuelistas y secretarios que le lean.

Habiéndose llegado á Calderon un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de cierto memorial que decia haber presentado al duque de Lerma. Don Rodrigo no solo miró al caballero, sino que le dijo ásperamente:—¿Cómo se llama vd., amigo?—En mi niñez me llamaban Frasquito, le respondió con serenidad el tal; despues me han llamado Don Francisco de Zúñiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa. Sorprendido de esto Calderon, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso disculparse, y dijo:—Señor, per-

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

done V. E. si, no conociéndole....—Yo no necesito de tus escusas, interrumpió con altivez Frasquito; las desprecio tanto como tus modales groseros. Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortesmente á toda clase de personas. Sé, si quieres, tan fantástico, que te mires como el sustituto de tu amo; pero no te olvides de que no eres mas que un criado suyo.

Este pasage mortificó infinito al soberbio Don Rodrigo, quien no obstante, nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Resolví mirar con quién hablaba en mis audiencias, y no ser insolente sino con los mudos. Como el despacho de Don Alfonso estaba ya espedido, lo recogí y se lo envié por un correo estraordinario á este señor con carta del duque de Lerma, en la que S. E. le avisaba que el rey le habia nombrado para el gobierno de Valencia. No le dí parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo de boca, y de causarle esta agradable sorpresa cuando viniese á la corte á prestar el juramento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.

VOLVAMOS á mi bella Gabriela, con quien dentro de ocho dias habia de celebrar mi matrimonio. Por ambas partes se hacian preparativos para esta ceremonia. Salero compró ricos trages para la novia, y yo le busqué una doncella, un lacayo y un escudero anciano, todo lo cual eligió Escipion, que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que habian de entregarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro, con tios, tias, primos y primas de mi novia. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita; mostréme muy obsequioso con el platero y su muger; fingíme apasionado de Gabriela, agasajé á toda la familia, cuyas conversaciones y espresiones majaderas y toscas escuché con paciencia; y así en premio de ella tuve la dicha de agradar á todos los parientes, que se alegraron de mi enlace con ellos.

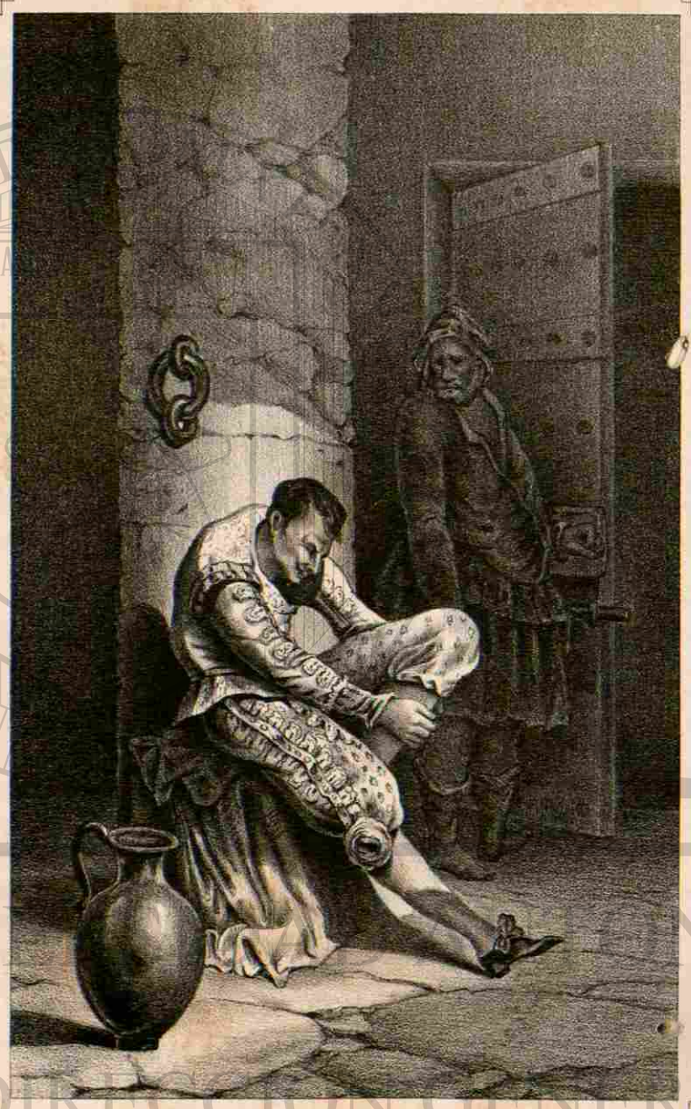
Acabada la comida pasaron los convidados á una gran sala, en donde habia dispuesta una música de voces é instrumentos que no se ejecutó mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Nos puso de tan buen humor lo bien que cantaron, que empezamos á bailar. Dios sabe con qué primor, pues me tuvieron por discípulo de Terpsícore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa de la marquesa de Chaves me habia dado un maestrillo de baile que iba á enseñar á los pages. Despues de habernos divertido bastante pensamos en retirarnos, y entonces prodigué las cortesías y cumplimientos.—A Dios, mi amado hijo, me dijo Salero abrazándome: mañana por la mañana iré á tu casa á llevar el dote en buena

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

moneda de oro,—Será vd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Luego, habiéndome despedido de la familia subí en mi coche que me esperaba á la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos, cuando quince ó veinte hombres, unos á pié y otros á caballo, armados todos de espadas y carabinas, rodearon mi coche, y lo detuvieron gritando:—*Favor al rey.* Hiciéronme bajar aceleradamente, y me metieron en una silla de posta á donde el principal de ellos subió conmigo, y dijo al cochero que tomase el camino de Segovia. Juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije que quizá se equivocaba.—No, no, respondió, estoy seguro de que no he errado el golpe. Vd. es el señor de Santillana; á vd. es á quien tengo órden de conducir á donde le llevo. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos por la orilla del rio Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudamos de caballos, y llegamos á la caida de la tarde á Segovia, en cuya torre me encerraron.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"



CAPÍTULO IV.

De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de cómo supo la causa de su prision.

LO primero fué meterme en un encierro sin mas cama que un jergon de paja, como si fuese un reo digno del último suplicio. Pasé la noche, no con el mayor desconsuelo, porque todavía no conocia todo mi mal, sino repasando en mi imaginacion qué seria lo que habria acarreado mi desgracia. No dudaba fuese obra de Calderon; sin embargo, por mas que lo sospechase, no comprendia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Lerma me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habrian preso sin noticia de S. E., y otras que este señor mismo me habria hecho arrestar por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Agitado con estas varias conjeturas, ví á favor de una luz que entraba por una reja, pequeña lo horroroso del sitio en donde me hallaba. Me afligí entonces en estremo, y mis ojos fueron dos raudales de lágrimas, que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Cuando estaba en la mayor afliccion entró en el encierro un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que tenia el rostro bañado en lágrimas, aunque carcelero se movió á compasion, y me dijo:—No se desanime vd., señor preso: las desgracias de la vida se han de sufrir con resignacion. Vd. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entre tanto coma vd. con gusto el pan del rey.

Diciendo esto, se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo emplee en maldecir mi estrella, sin pensar en comer nada de mi racion, que en el estado en que me hallaba, mas me parecia un efecto de la indignacion del rey, que un presente de su bondad, pues servia mas bien para prolongar la pena de los desgraciados que para mitigarla.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que me llevó la atencion. Abrieron la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugía en la mano, el que llegándose á mí, me dijo:—Señor Gil Blas, vea vd. á uno de sus amigos antiguos.—Yo soy aquel Don Andres de Tordesillas que vivia con vd. en Granada, y era gentil-hombre del Arzobispo cuando vd. gozaba del favor de aquel prelado. Vd. le pi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dió, si hace memoria, que me diese un empleo en México, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del capitan del castillo, y por una série de sucesos, que contaré á vd. luego, he venido á ser alcaide de la torre de Segovia. Vd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para suavizar el rigor de su prision. Tengo órden espresa de que no deje á vd. hablar con nadie, que le haga dormir sobre paja, y que no le dé mas alimento que pan y agua; pero ademas de que soy caritativo, y no habia de dejar de compadecerme de sus males, vd. me ha servido, y mi agradecimiento puede mas que las órdenes que he recibido. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con vd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levántese vd., y véngase conmigo.

Mi ánimo estaba tan turbado que no pude responder una sola palabra al señor alcaide, aunque sus espresiones merecian tanta gratitud. Le seguí,me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy estrecha á una pequeña pieza que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en candeleros de cobre, y dos cubiertos bastante limpios.—Inmediatamente, me dijo Tordesillas, van á traer de comer á vd.; ambos cenarémos aquí. Le he destinado para su habitacion este cuartito, en donde estará mejor que en el encierro, pues verá desde su ventana las floridas riberas del Eresma, y el valle delicioso que desde el pié de las montañas que separan las dos Castillas se estiende hasta Coca. No dudo que al principio no le hará ninguna impresion una vista tan agradable; pero cuando el tiempo haya hecho suceder una dulce melancolía á la amargura de su dolor, tendrá gusto en recrear la vista con unos objetos tan deleitables. Ademas de esto cuente vd. con que no le faltará ropa blanca, ni las demas cosas que necesita un hombre amigo del aseo. Sobre todo, tendrá vd. buena cama, estará bien mantenido, y le proporcionaré los libros que quiera; y en una palabra, todas las comodidades de que puede disfrutar un preso.

Con tan corteses ofertas me sentí algo aliviado, cobré ánimo, y dí mil gracias á mi carcelero. Le dije que su generoso proceder me restituia la vida, y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi gratitud.—¿Pues por qué no habria de volver vd. á verse en su primer estado? me respondió: ¿Cree vd. haber perdido para siempre la libertad? Se engaña si así lo piensa; y me atrevo á asegurarle que con algunos meses de prision habrá vd. pagado.—¿Qué dice vd., Señor Don Andres? esclamé. Parece que vd. sabe el motivo de mi desgracia.—Confieso, me dijo, que

no lo ignoro. El alguacil que ha conducido á vd. aquí me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que, informado el rey de que vd. y el conde de Lémos habian llevado de noche al príncipe de España á casa de una dama sospechosa, acababa, para castigaros de ello, de desterrar al conde, y enviaba á vd. á esta torre, para ser tratado en ella con todo el rigor que ha esperimentado desde que vino.—¿Pues, cómo, le dije, ha llegado á saber esto el rey? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente.—Y esto es, respondió, lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil, y lo que á la cuenta ni aun él mismo sabe.

En este punto de nuestra conversacion entraron muchos criados que traian la cena. Pusieron en la mesa pan, dos tazas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las cuales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite y azafran; en la otra una olla podrida, y en la tercera un pavipollo con salsa de tomate. Luego que vió Tordesillas que nos habian servido lo necesario, despachó á sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta, y nos sentamos el uno en frente del otro.—Empecemos, me dijo, por lo mas urgente: despues de dos dias de dieta, es preciso que vd. tenga buen apetito; y diciendo esto me hizo un buen plato. Creía servir á un hambriento, y efectivamente tenia motivo para pensar que yo me atracaria de sus manjares; sin embargo, engañé sus esperanzas, pues por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos: tan oprimido tenia el corazon á causa de mi estado actual. En vano mi alcaide, para alejar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian, me escitaba á beber, y celebraba lo esquisito de su vino, pues aun cuando me hubiera dado néctar, le hubiera bebido entonces sin gusto. Él lo conoció, y tomando otro rumbo se puso á contarme con estilo alegre la historia de su casamiento; pero con esto todavia consiguió menos el fin. Escuché su relacion tan distraido que, cuando la concluyó, no hubiera podido decir lo que acababa de contarme. Juzgó que era demasiada empresa querer entretener por aquella noche mis penas. Despues de concluida la cena se levantó de la mesa, y me dijo: —Señor de Santillana, voy á dejar á vd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El rey es naturalmente bueno, y cuando se le haya pasado el enfado, y considere la deplorable situacion en que cree á vd., le parecerá que está bastante castigado. Dicho esto, el señor alcaide bajó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa. Se llevaron hasta las luces, y yo me acosté á la escasa luz de un candil colgado en la pared.

CAPÍTULO V.

De lo que reflecsionó antes de dormirse, y del ruido que le despertó.

DOS horas por lo menos se me pasaron en reflecsionar sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Conque aquí me estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un príncipe tan jóven! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el rey, en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuese de mas edad. ¿Pero quién habrá dado semejante aviso al monarca, sin haber temido el resentimiento del príncipe y el del duque de Lerma? Sin duda éste querrá vengar al conde de Lémos su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender es cómo el rey ha podido descubrirlo.

Siempre volvia á pensar en esto. Sin embargo, lo que mas me afligia, mas me desesperaba, y lo que no podia desechar de mi imaginacion, era el saqueo que temia habrian padecido todos mis efectos. ¡Tesoro mio! esclamé, ¿dónde estás? Amadas riquezas mias, ¿qué ha sido de vosotras? ¿en qué manos habeis caido? ¡Ay de mí, os he perdido en menos tiempo del que os gané! Me representaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflecsiones á cual mas tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me sepultó en una tristeza que me fué provechosa, pues cogí el sueño que la noche antes no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron á ello la buena cama, la fatiga que habia padecido, y los vapores del vino y de la cena. Me quedé profundamente dormido, y segun las señales no hubiera amanecido así, á no haberme despertado de improviso un ruido bastante estraordinario para una cárcel. Oí tocar una guitarra, y á un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atencion; pero ya nada oí.

Creí que era un sueño; pero de allí á un instante volví á oir el mismo instrumento, y que cantaban los versos siguientes:

¡Ay de mí! un año felice
Parece un soplo ligero;
Pero sin dicha, un instante
Es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia se habia compuesto de intento para mí, aumentó mis pesares. La verdad de estas palabras, me decia yo, harto la esperimento. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado bien pronto, y que hace un siglo que estoy preso. Volví á sepultarme en una terrible melancolía y á desconsolarme como si tuviese gusto en ello. Mis lamentos dieron fin con la noche; y los primeros rayos del sol que alumbraron mi estancia calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré el campo, cuya vista me trajo á la memoria la bella descripcion que el señor alcaide me habia hecho de él; pero no encontré objetos con que acreditar la verdad de lo que me habia dicho. El Eresma, que yo creía á lo menos igual al Tajo, me pareció solo un arroyo. La ortiga y el cardo eran el único adorno de sus *riberas floridas*, y el supuesto *valle delicioso* no ofreció á mi vista sino tierras, la mayor parte incultas. Al parecer todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia representarme las cosas de otro modo de como las veía entonces.

Estaba á medio vestir cuando llegó Tordesillas acompañado de una criada anciana que me traía camisas y tohallas.—Señor Gil Blas, me dijo, aquí tiene vd. ropa blanca; use vd. de ella sin reparo, que yo cuidaré de que la tenga siempre de sobra. Y bien, añadió, ¿cómo ha pasado vd. la noche? ¿ha aplacado el sueño sus penas por algunos instantes?—Puede ser, respondí, que durmiera todavia si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra.—El caballero que ha turbado su reposo, respondió, es un reo de estado que está en un cuarto inmediato al de vd. Es un caballero de la órden de Calatrava, y de muy buena presencia, que se llama Don Gaston de Cogollos. Si ustedes quieren pueden tratarse y comer juntos, y así en sus conversaciones se consolarán mútuamente, y para ambos será esto de mucha satisfaccion. Manifesté á Don Andrés que agradecia infinito la licencia que me daba de unir mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender mi vivo deseo de conocer á aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo dia me proporcionó este gusto. Comí con Don Gaston, cuyo bello aspecto y gentileza me cautivaron. ¿Cuál seria su hermosura cuando deslumbró mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas bella de la corte? Imáginese un hombre que parecia una miniatura, uno

de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaba mas qne presentarse: añádase á esto que la naturaleza, que comunmente distribuye con desigualdad sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento, y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió á hacerlo temiendo incomodarme. Dos pesonas á quienes aflige una mala suerte se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teniamos de hablar cuando queriamos nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama: tocó una sonata tierna, y cantó despues unas coplas que esplicaban la desesperacion á que reducia á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dije sonriéndome:—Caballero, nunca necesitará vd. emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mugeres esquivas.—Vd. me favorece, respondió: los versos que vd. acaba de oir, los compuse para ablandar un corazon que yo creía de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor estremado. Es preciso cuente á vd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá vd. la de mis desgracias.

CAPÍTULO VI.

Historia de Don Gaston de Cogollos, y de Doña Elena de Galisteo.

Puesto hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la Vieja, y de quien soy único heredero. Apenas llegué á su casa, cuando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto, cuyas ventanas daban en frente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente con miradas tan vivas, que no podian equivocarse; ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavia correspondió menos á mis señas.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona, que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, que poseia á algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con Don Agustin de la Higuera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado, quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien emisarios á Felicia su criada para solicitar su mediacion. Hice igualmente hablar por señas á mis dedos; pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron duras é inaccesibles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaba mas qne presentarse: añádase á esto que la naturaleza, que comunmente distribuye con desigualdad sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento, y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió á hacerlo temiendo incomodarme. Dos pesonas á quienes aflige una mala suerte se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teniamos de hablar cuando queriamos nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama: tocó una sonata tierna, y cantó despues unas coplas que esplicaban la desesperacion á que reducia á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dije sonriéndome:—Caballero, nunca necesitará vd. emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mugeres esquivas.—Vd. me favorece, respondió: los versos que vd. acaba de oir, los compuse para ablandar un corazon que yo creía de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor estremado. Es preciso cuente á vd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá vd. la de mis desgracias.

CAPÍTULO VI.

Historia de Don Gaston de Cogollos, y de Doña Elena de Galisteo.

Puesto hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la Vieja, y de quien soy único heredero. Apenas llegué á su casa, cuando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto, cuyas ventanas daban en frente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente con miradas tan vivas, que no podian equivocarse; ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavia correspondió menos á mis señas.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona, que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, que poseia á algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con Don Agustin de la Higuera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado, quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien emisarios á Felicia su criada para solicitar su mediacion. Hice igualmente hablar por señas á mis dedos; pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron duras é inaccesibles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Viendo que rehusaban responder al lenguaje de mis ojos, recurrí á otros intérpretes: puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad, y llegué á saber que su mayor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con esta noticia busqué á Teodora, á quien obligué con dádivas á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció facilitarme en su casa una conversacion secreta con su amiga; promesa que cumplió al dia siguiente.

—Ya dejo de ser desgraciado, dije á Felicia, pues mis penas han escitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte?—Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad: me ha hablado por vd.; y si pudiera yo hacerle feliz, bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré seros de gran provecho. No quiero lisonjear á vd.: su empresa es muy dificil. Vd. ha puesto los ojos en una señorita cuyo corazon es de otro: ¡y qué señorita! Es tan disimulada y altiva que, si vd. con su constancia y obsequios consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su altanería le dé la satisfaccion de demostrárselo.—¡Ah! mi amada Felicia, prorrumpí con dolor, ¿para qué me espresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el alma. Engáñame, y no me desesperes. Dicho esto, y cogiéndole una mano, le puse en el dedo un diamante de trescientos doblones, diciéndole al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

Le persuadieron tanto mis palabras, y quedó tan contenta con mi generosidad, que no quiso dejarme sin consuelo; y allanando un poco las dificultades, me dijo:—Señor, lo que acabo de decir á vd. no debe quitarle toda esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á casa á ver con libertad á su prima, le habla cuando quiere, y esto es lo que favorece á vd. La costumbre que tienen de estar ambos juntos todos los dias entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que están ya casados. En una palabra, no parece que mi ama tiene una ciega pasion á Don Agustin. Por otra parte, hay mucha diferencia de sus prendas personales á las de vd., y esta particularidad no la observará inútilmente una señorita de tan delicado gusto como Doña Elena.—No se acobarde vd., continúe su galantéo, que yo no dejaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que vd. se esmera en agradarle; y por mas que disimule, descubriré su interior al traves de sus disimulos.

Despues de esta conversacion, Felicia y yo nos separamos muy satisfechos uno de otro. Yo me dispuse de nuevo á obsequiar en secreto á la hija de Don Jorge; dile una música, en la cual una bella voz cantó

los versos que vd. ha oido. Acabado el concierto, la criada, para sondear á su ama, le preguntó si se habia divertido.—La voz, dijo Doña Elena, me ha gustado.—Y las palabras que ha cantado ¿no son muy espresivas?—De eso es, dijo la señora, de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo solo al canto; ni se me da nada el saber quien me ha dado esta música.—Segun eso, esclamó la criada, el pobre Don Gaston de Cogollos está muy lejos de merecer la atencion de vd., y es muy loco en gastar el tiempo en mirar nuestras celosías.—Puede ser que no sea él, dijo el ama friamente, sino algun otro caballero que con este concierto ha querido declararme su pasion.—Perdone vd., respondió Felicia, está vd. muy engañada; es el mismo Don Gaston, porque esta mañana ha llegado á mí en la calle, y suplicado diga á vd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor; y que en fin, se tendrá por el hombre mas feliz si le permite acreditar su ternura con sus obsequios y atenciones. Estas espresiones, prosiguió, denotan bien que no me engaño.

La hija de Don Jorge mudó repentinamente de semblante, y mirando con aire severo á su criada, le dijo:—¿Cómo tienes atrevimiento para propasarte á contarme esa necia conversacion? No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias. Y si ese temerario tiene todavia la osadía de hablarte, te mando le digas se dirija á otra persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia á la ventana observando lo que hago en mi cuarto.

La segunda vez que ví á Felicia, me dió cuenta puntual de todas las circunstancias de esta conversacion, y para persuadirme de que mi pretencion no podia ir mejor, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pié de la letra. Por lo que á mí toca, que procedia sencillamente, y no creía se pudiese esplicar el testo en mi favor, desconfiaba de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta á su amiga, y me dijo:—Señor mio, escriba vd. prontamente á Doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus penas, y sobre todo laméntese de la prohibicion de asomarse á la ventana. Prométale vd. que obedecerá su precepto; pero asegúrele que le costará la vida: pinte vd. esto tan lindamente como ustedes los caballeros saben hacerlo, y lo demas queda á mi cuidado. Espero que las resultas harán á mi penetracion mas honor del que vd. le hace.

Yo hubiera sido el primer amante que, encontrando tan oportuna ocasion de escribir á su dama, la hubiera desaprovechado. Compuse una carta muy patética, y antes de cerrarla se la enseñé á Felicia, quien despues de haberla leido se sonrió y me dijo que, si las mugeres

sabian el arte de encaprichar á los hombres, en recompensa no ignoraban ellos el de embobar á las mugeres. La criada tomó el billete, asegurándome que si no producia buen efecto, no seria culpa de ella: me encargó mucho tuviese gran cuidado de no dejarme ver á la ventana por algunos dias, y se volvió al momento á casa de Don Jorge.

—Señora, dijo á Doña Elena cuando llegó, he encontrado á Don Gaston. Ha venido á hablarme, y me ha tenido una conversacion muy lisonjera; me ha preguntado temblando, y como un reo que va á oir su sentencia, si habia hablado á vd. de su parte. Yo, por no faltar á vuestras órdenes, no le he dejado proseguir, y le he hartado de injurias, y dejado aturdido de ver mi enojo.—Me alegro, respondió Doña Elena, que me hayas librado de ese importuno; pero para eso no habia necesidad de hablarle descortesmente: siempre es preciso que una doncella tenga agrado.—Señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se le aleja con palabras suaves, pues vemos que ni aun se consigue este fin con enojo y furor. Don Gaston, por ejemplo, no se ha desanimado. Despues de haberle llenado de improperios, como he dicho, fuí á casa de vuestra parienta, á donde me habeis enviado. Esta señora, por mi desgracia, me ha detenido mucho tiempo: digo mucho tiempo, porque á la vuelta he encontrado otra vez al mismo. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto, que mi lengua, pronta en todas ocasiones, no ha podido en ésta pronunciar una palabra.—Pero y entre tanto ¿qué ha hecho él?—Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi turbacion, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y desapareció al momento.

Dicho esto sacó del seno mi carta, y se la entregó en tono de chanza á su ama, quien la tomó como por diversion, la leyó con todo, y despues hizo la reservada.—En verdad, Felicia, dijo seriamente á su criada, que eres una loca en haber recibido este billete. ¿Qué podrá pensar de esto Don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das motivo con tu conducta para que desconfie de tu fidelidad, y á él para que sospeche que correspondo á su inclinacion. ¡Ay de mí! Puede ser que en este instante crea que leo y releo con gusto sus espresiones. Ve aquí á qué afrenta espones mi altivez.—De ninguna manera, señora, le respondió la criada, él no puede pensar de esta suerte, y caso que así fuese, pronto sabrá lo contrario. Le diré la primera vez que le vea, que he enseñado á vd. su carta; que vd. la ha mirado con la mayor indiferencia, y que, sin leerla, la ha hecho vd. pedazos con un frio desprecio.—Libremente puedes afirmarle, repuso Doña Elena, que yo no la he leido, porque me hallaria muy apurada si tuviera que decir solamente dos palabras. La hija

de Don Jorge no se contentó con hablar en estos términos, sino que aun rasgó mi billete, y prohibió á su criada hablarle jamas de mí.

Como ya habia prometido no galantearla desde mis ventanas, porque mi vista le desagradaba, las tuve cerradas muchos dias para que mi obediencia mereciese mas aprecio; pero en desquite de mis señas, que me estaban prohibidas, me dispuse á dar músicas á mi cruel Elena. Fuime una noche debajo de su balcon con los músicos, cuando un caballero con espada en mano turbó el concierto dando de golpes á los instrumentistas, quienes inmediatamente huyeron. El corage que animaba á este atrevido despertó el mio, y arrojándome á él para castigarle, principiamos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por las celosías, y ven dos hombres que riñen. Dan grandes gritos: obligan á Don Jorge y sus criados á que se levanten inmediatamente, y acuden con muchos vecinos á separar á los combatientes; pero ya llegaron tarde. Solo encontraron en el sitio á un caballero nadando en su sangre y casi sin vida, y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia, y se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y especialmente Doña Elena, que entonces descubrió el interior de su corazon. Su disimulo se rindió al sentimiento; y ya, ¿lo creerá vd? no era aquella señorita que tanto se preciaba de no hacer caso de mis obsequios, sino una tierna amante que se entregaba sin reserva á su dolor; y así el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo Don Agustin de la Higuera, á quien ellas creian autor de sus lágrimas, como en efecto él era quien habia interrumpido la música tan funestamente. Tan disimulado como su prima, habia conocido mi intencion, y nada habia dicho de ella; é imaginando que Elena me correspondia, habia hecho esta accion tan violenta para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegria que sobrevino. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó á salvo. Todavia no salia yo, cuando Doña Leonor, mi tia, fué á verse con Don Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en este enlace tanto mas gustoso cuanto que entonces miraba á Don Agustin como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo recelaba que su hija tendria repugnancia á casarse conmigo, á causa de que el primo la Higuera habia tenido la libertad de visitarla mucho tiempo para grangear su cariño; pero se mostró tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aquí podemos inferir que en España, como en todas partes, es afortunado con las mugeres el último que llega.

Luego que pude hablar á solas con Felicia, supe hasta qué estremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi pasada pendencia. De modo que, no dudando ya ser el Páris de mi Elena, bendecia yo mi herida, pues habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve permiso del Señor Don Jorge para hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué gustosa fué esta conversacion para mí! Tanto supliqué, y de tal manera insté á la señorita á que me dijese si su padre violentaba su inclinacion concediéndome su mano, que me confesó que no la debia solamente á su obediencia. A vista de esta halagüeña declaracion, solo pensé en agradar y en inventar galanteos mientras llegaba el dia de la boda, que habia de celebrarse con una magnífica cabalgata en que toda la nobleza de Coria y sus cercanías se preparaba para lucirlo.

Dí con este fin un gran banquete en una hermosa casa de recreo que tenia mi tia cerca de la ciudad del lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia dispuesto por mi órden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de cómicos de la legua para que representaran una comedia. Cuando estábamos á la mitad de la comedia, entraron á decirme que estaba en la antesala un hombre que queria hablarme de un negocio muy interesante para mí. Me levanté de la mesa para ir á ver quien era, y me encontré con un desconocido que me pareció ser un ayuda de cámara, el que me entregó un billete, que abrí y contenia estas palabras:—"Si "estimais el honor, como debe un caballero de vuestro órden, no dejeis "mañana por la mañana de ir á la llanura de Monroy, en donde encon- "trareis á un sugeto que quiere daros satisfaccion de la ofensa que os ha "hecho, y poneros, si puede, fuera de estado de casaros con Doña Ele- "na.—Don Agustin de la Higuera."

Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el pundonor tiene todavia mas. No pude leer el billete con ánimo tranquilo. Al solo nombre de Don Agustin se encendió en mis venas un fuego que casi me hizo olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de evadirme de la concurrencia para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante, me contuve temiendo turbar la funcion, y dije al que me habia traido la carta:—Amigo mio, podeis decir al caballero que os envia, que deseo demasiado renovar con él el combate, para no hallarme mañana antes que salga el sol en el sitio que me señala.

Despues de haber despachado al mensagero con la respuesta, volví á reunirme con mis convidados, y me senté á la mesa, disimulando de modo que ninguno sospechó lo que me pasaba, y lo restante del dia aparenté estar entretenido, como los otros, con la diversion de la fiesta, la cual se acabó á media noche. La concurrencia se separó, y todos se retiraron á la ciudad del mismo modo que habian venido, menos yo que me quedé con pretesto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otro motivo sino para acudir mas pronto al sitio de la cita. En lugar de acostarme, aguardé con impaciencia á que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo como para pasearme en el campo. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí á un hombre á caballo que venia á mí á rienda suelta: yo hice lo mismo para ahorrarle la mitad del camino, y así bien presto nos encontramos, y ví que era mi rival.—Caballero, me dijo con insolencia, vengo á pesar mio á pelear segunda vez con vd., pero la culpa es vuestra. Despues del lance de la música debió vd. renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que, si vd. persistia en el designio de obsequiarla, nuestros debates no habian cesado.—Vd. se ha ensoberbecido, le respondí, del logro de una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la oscuridad de la noche.—Vd. se olvida de que las victorias no son siempre de uno.—Siempre son mias, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á vd. que así de dia como de noche sé castigar á los atrevidos que estorban mis intentos.

A estas altaneras palabras solo respondí echando pié á tierra, lo cual hizo tambien Don Agustin. Atamos los caballos á un árbol, y principiamos á reñir con igual denuedo. Confieso ingénuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas con mas destreza que yo, no obstante mis dos años de escuela. Era consumado en la esgrima, y así no podia esponer yo mi vida á mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que al mas fuerte le venza el mas débil, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su destreza, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde conté lo que habia pasado á mi criado, cuya fidelidad conocia. Díjele despues:—Mi amado Ramiro, antes que la justicia sepa el caso, toma un buen caballo, y ve á informar á mi tia del suceso: pídele de mi parte dinero y joyas para mi viage, y ven á buscarme á Plasencia. En la primera hostería, como se entra en la ciudad, me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta presteza, que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Díjome que Doña Leonor se habia alegrado mas que no afligido de un combate que reparaba la afrenta que habia yo recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y pedrería que tenia, para que viajara cómodamente por paises estrangeros mientras ella componia mi asunto.

Para omitir las circunstancias superfluas, diré que atravesé por Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia á embarcarme en Denia. Pa-

sé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las cortes y presentarme en ellas con decencia.

Mientras que, lejos de mi Elena, pensaba yo en engañar mi amor y tristezas lo mas que me era posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones de su familia contra mí por la muerte de Higuera, deseaba al contrario cesasen por una pronta compostura, y acelerasen mi regreso. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia habria vencido siempre al tiempo, si solo hubiera tenido que luchar con éste; pero tenia todavia enemigos mas poderosos. Don Blas de Cambados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, pasó á Coria á recoger una rica herencia que le habia disputado en vano Don Miguel de Caprara, su primo, y se avecindó allí por haberle parecido aquel pais mas agradable que el suyo. Cambados era bien plantado, parecia afable y atento, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto hizo conocimiento con todas las gentes decentes de la ciudad, y supo los asuntos de unos y de otros.

No estuvo mucho tiempo sin saber que Don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia no inflamar á los hombres sino para su desgracia, cosa que escitó su curiosidad. Quiso ver á una señora tan temible, y habiendo buscado á este efecto la amistad de su padre, consiguió ganarla tan bien, que el viejo, mirándole ya como á yerno, le dió entrada en su casa, con permiso de hablar en su presensia á Doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse de ella; esto era inevitable: se declaró con Don Jorge, quien le dijo que accedia á su pretension, pero que no queria precisar á su hija, y que así la dejaba dueña de la eleccion. En seguida se valió Don Blas de todos los medios que pudo discurrir para agradarla; pero estaba tan prendada de mí, que no le dió oidos. Felicia sin embargo se habia interesado por aquel caballero, habiéndola obligado éste con regalos á contribuir á su amor, y así empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con reconvenciones; y con todo, en un año entero no hicieron mas que atormentar á Doña Elena, sin poder reducirla á olvidarme.

Viendo Cambados que Don Jorge y Felicia se empeñaban inútilmente por él, les propuso un arbitrio para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada.—Ved aquí, les dijo, lo que he pensado: fingirémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la que, despues de hablarle largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: "Poco tiempo hace que llegó á la corte de "Parma un caballero español, llamado Don Gaston de Cogollos. Dice ser "sobrino y único heredero de una viuda rica de Coria, llamada Doña "Leonor de Lajarilla, y pretende casarse con la hija de un señor podero-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"so; pero no quieren aceptar su propuesta hasta haberse informado de "la verdad, y tengo el encargo de preguntárselo á vd. Dígame, le su- "plico, si conoce á este Don Gaston, y en qué consisten los bienes de su "tia. La respuesta de vd. decidirá este enlace. Parma, &c.

Esta trampa le pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados: la criada, aun menos escrupulosa que el buen hombre, la aplaudió mucho. La ficcion les pareció tanto mejor, cuanto que conocian la altivez de Elena, la cual, como no llegara á sospechar el fraude, era una muger capaz de resolverse á abrazar el partido que le proponian. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarle por sí mismo mi inconstancia, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la supuesta carta. Efectuaron el pensamiento como lo habian formado. El padre alterado, y aparentando enojo y despecho, le dijo:—Hija mia Elena, nada mas te diré, sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita entre nuestra familia al homicida de Don Agustin, y hoy tengo otra razon mas poderosa para alejarte de Don Gaston. Avergüénzate de serle tan fiel. Es un voltario, un pérfido; y ve aquí una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esa carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. Asustada Elena tomó el fingido papel, lo leyó, meditó sobre todas sus espresiones, y se quedó absorta de la nueva de mi inconstancia. Un afecto de ternura le hizo despues verter algunas lágrimas; pero recobrando presto su orgullo, las enjugó, y dijo con entereza á su padre: —Señor, vd. que ha sido testigo de mi flaqueza, séalo tambien de la victoria que voy á conseguir sobre mí. Ya se acabó; Don Gaston es ya despreciable á mis ojos; en él solo veo el hombre mas indigno de este mundo. No hablemos mas de él. Vamos, nada me detiene ya; dispuesta estoy á dar la mano á Don Blas. Ojalá que mi casamiento preceda al de aquel pérfido que tan mal ha pagado mi amor. Don Jorge, enagenado de alegria al oir estas palabras, abrazó á su hija, alabó la esforzada resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz écsito de la estratagema, se dió priesa á cumplir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron á Doña Elena, la que se entregó precipitadamente á Cambados, sin querer escuchar al amor que le hablaba por mí en su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una amante. Impelida de su orgullo solo dió oidos á su vanidad; y el resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura superó al interes de su amor. Sin embargo, pasados algunos dias despues de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo acelerado: se le previno entonces que la carta del mercader podia haber sido fingida, y esta sospecha la inquietó;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero el enamorado Don Blas no daba lugar á que su muger alimentase ideas contrarias á su reposo, y no pensaba mas que en divertirla, lo que conseguia con repetidos placeres que tenia arte para inventar.

Ella parecia vivir muy gustosa con un esposo tan obsequioso, y reinaba entre ambos una perfecta union, cuando mi tia compuso mi asunto con los parientes de Don Agustin, de lo que recibí aviso en Italia inmediatamente. Estaba entonces en Regio, en la Calabria ulterior. Pasé á Sicilia, de allí á España, y llevado en alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor, que no me habia escrito el casamiento de la hija de Don Jorge, me lo notició á mi llegada, y viendo que me afligia, dijo: —Haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sentido de la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Creeme, destierra del corazon y de la memoria á una persona que ya no es digna de ocuparlos.

Como mi tia ignoraba que habian engañado á Doña Elena, tenia razon para hablarme así, y no podia darme un consejo mas discreto, por lo que me prometí seguirlo, ó á lo menos aparentar un aire indiferente, si no era capaz de vencer mi pasion. Sin embargo, no pude resistir al deseo de saber de qué modo se habia concertado este casamiento, y para enterarme resolví ver á la amiga de Felicia, es decir á la Señora Teodora, de quien ya os he hablado. Fuí á su casa en donde casualmente encontré á Felicia, la cual, estando muy agena de verme, se turbó y quiso retirarse por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve, y le dije:—¿Por qué huis de mí? ¿No está contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Os ha prohibido escuchar mis quejas? ¿Ó tratais solamente de evitar mi presencia por haceros un mérito con la ingrata de haberos negado á oirlas?

—Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo veros sin sentirme despedazada de mil remordimientos. A mi ama la han seducido; y yo he tenido la desgracia de ser cómplice en la seduccion. A vista de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á vd.?—¡Oh cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿qué me dices? Esplícate con mas claridad. Entonces la criada me contó punto por punto la estratagema de que se habia valido Cambados para robarme á Doña Elena; y advirtiendo que su narracion me atravesaba el alma, se esforzó á consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama: me prometió desengañarla y pintarle mi desesperacion; en una palabra, no omitir nada para suavizar el rigor de mi suerte: en fin me dió esperanzas que mitigaron algun tanto mis penas.

Dejando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme, al fin pudo conseguirlo, y resolvieron entre ellas que me introducirian secretamente en

casa de Don Blas la primera vez que éste saliese para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en la que se detenia por lo comun un dia ó dos. Este designio no tardó en ejecutarse: el marido se ausentó, de lo que advertido yó fuí introducido en el cuarto de su muger.

Quise principiar la conversacion con reconvenciones; pero ella me hizo callar diciendome:—Es inútil traer á la memoria lo pasado; aquí no se trata de enternecernos uno y otro, y os engañais si me creis dispuesta á halagar vuestro afecto. Yo os declaro que no he dado mi consentimiento para esta secreta entrevista, ni he cedido á las instancias que se me han hecho, sino para deciros de viva voz que en adelante no debeis pensar mas que en olvidarme. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte, si ésta se hubiese unido á la vuestra; pero ya que el cielo lo ha dispuesto de otra manera, quiero obedecer sus decretos.

—Pues qué, señora, le respondí, ¿no basta el haberos perdido? ¿No basta ver al dichoso Don Blas poseer pacificamente la única persona que soy capaz de amar, sino que tambien debo desterraros de mi pensamiento? ¡Quereis privarme de mi amor, y quitarme el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensais que sea posible que un hombre á quien robasteis el corazon vuelva á recobrarle? Conoceos mas bien que os conoceis, y dejaos de ecshortarme en vano á que os borre de mi memoria. —Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cesad vos tambien de esperar que yo corresponda á vuestra pasion con algun agradecimiento. Solo una palabra tengo que deciros: la esposa de Don Blas no será la amante de Don Gaston; caminad sobre este supuesto. Retiraos, añadió, y acabemos prontamente una conversacion de que me reprendo á mí misma, á pesar de la pureza de mis intenciones, y que miraria como un crímen si la prolongase.

Al oir estas palabras, que me privaban de toda esperanza, me arrojé á los piés de Doña Elena: hablé le con la mayor ternura, y emplee hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de escitar acaso algunos afectos de lástima, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que sacrificó á su deber. Despues de haber apurado infructuosamente las espresiones mas amorosas, los ruegos y las lágrimas, mi cariño se convirtió de repente en furor, y saqué la espada con intento de atravesarme con ella á presencia de la inecsorable Elena, que apenas advirtió mi accion, cuando se arrojó á mí para precaver sus consecuencias.— Deteneos, Cogollos, me dijo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Quitándoos así la vida, vais á deshonrarme, y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion de que estaba dominado, muy lejos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en burlar los esfuerzos

que hacian el ama y la criada para salvarme de mi funesta mano: sin duda hubiera conseguido demasiado pronto mi intento, si Don Blas, que estaba avisado de nuestra entrevista, y que en lugar de ir á su hacienda se habia escondido detras de un tapiz para oir nuestra conversacion, no hubiera acudido corriendo á unirse á ellas.—Señor Don Gaston, esclamó deteniéndome el brazo, recóbrese vd. y no se rinda cobardemente al furioso enagenamiento que le agita.

Yo interrumpí á Cambados diciéndole:—¿Es vd. quien me impide ejecutar mi resolucion cuando debiera atravesar mi pecho con un puñal? Mi amor, aunque desgraciado, os ofende. ¿No basta que me sorprendais de noche en el cuarto de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para escitar vuestra venganza? Traspasadme, para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar á Doña Elena sino cesando de vivir.—En vano, me respondió Don Blas, procura vd. interesar mi honor para que le dé la muerte. Bastante castigado queda vd. de su temeridad; y yo agradezco tanto á mi esposa sus sentimientos virtuosos, que le perdono la ocasion en que los ha manifestado. Creedme, Cogollos, añadió, no os desespereis como un débil amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estas y otras semejantes espresiones calmó poco á poco mi arrebato, y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de alejarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volví á Madrid, en donde no queriendo ya ocuparme sino en el cuidado de mi fortuna, comencé á presentarme en la corte, y á ganar en ella amigos; pero he tenido la desgracia de contraer una estrecha amistad con el marques de Villareal, gran señor portugues, el cual, por haberse sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los españoles, está hoy en el castillo de Alicante. Como el duque de Lerma ha sabido que yo era íntimo amigo de este señor, me ha hecho tambien prender y conducir aquí. Este ministro cree que puedo ser cómplice en el tal proyecto, ultrage que es mas sensible para un hombre noble y castellano.

Aquí cesó de hablar Don Gaston, y yo le consolé diciendo:—Caballero, el honor de vd. no puede recibir lesion alguna en esta desgracia, la cual en adelante sin duda será á vd. de provecho. Cuando el duque de Lerma se entere de su inocencia, no dejará de darle un empleo importante para restablecer la buena opinion de un caballero acusado injustamente de traicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

Escipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le dá muchas noticias.

TORDESILLAS, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversacion, diciéndome:—Señor Gil Blas, acabo de hablar con un mozo que se ha presentado á la puerta de esta prision, preguntando si estaba vd. preso; y no habiéndole querido dar respuesta, me dijo llorando:—Noble alcaide, no desprecie vd. mi humilde súplica; dígame si el Señor Santillana está aquí. Soy su principal criado, y si me permite verle, hará en ello una obra de caridad. En Segovia está vd. tenido por un hidalgo compasivo, y así espero no me niegue el favor de hablar un instante con mi querido amo, que es mas infeliz que culpado. En fin, continuó Don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver á vd., que le he prometido darle á la noche este gusto.

Aseguré á Tordesillas que el mayor placer que podia darme era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Escipion, porque no dudaba fuese él, y á la verdad no me engañaba. A la caída del dia se le dió entrada en la torre; y su gozo, que solamente podia igualarse con el mio, se mostró al verme con arrebatos estraordinarios. Yo, con el júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Fué tal la satisfaccion que tuvieron de verse el amo y el secretario, que se confundieron en uno con este abrazo.

En seguida de esto pregunté á Escipion, en qué estado habia dejado mi casa.—Ya no tiene vd. casa, me respondió, y para ahorrarle el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que ha pasado en ella. Vuestros muebles han sido saqueados, tanto por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los ministros como por los criados de vd., los cuales, mirándole ya como un hombre enteramente perdido, han tomado á cuenta de sus salarios cuanto han podido llevar. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos grandes talegos de doblones de á ocho que saqué del cofre, y puse en salvo. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, os los devolverá cuando salgais de la torre, en donde no creo esteis mucho tiempo á espensas de S. M., pues habeis sido preso sin conocimiento del duque de Lerma.

Pregunté á Escipion de dónde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia.—¡Ah! ciertamente, me respondió, de ello estoy muy bien informado, pues un amigo mio, confidente del duque de Uceda, me ha contado todas las particularidades de vuestra prision. Me ha dicho que, habiendo descubierto Calderon por medio de un criado que la Señora Sirena, usando de otro nombre, recibia de noche al príncipe de España, y que el conde de Lémos manejaba esta trama valiéndose del Señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su querida; para cuyo logro, dirigiéndose secretamente al duque de Uceda, se lo descubrió todo, y que alegre éste de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dejó de aprovecharla, informando al rey de lo que habia sabido, y haciéndole presente con eficacia los peligros á que el príncipe se habia espuesto. Indignado S. M. de esta noticia, mandó poner en la casa de las Recogidas á Sirena, desterró al conde de Lémos, y condenó á Gil Blas á una prision perpétua. Vea vd. aquí, prosiguió Escipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve vd. que su desgracia es obra del duque de Uceda, ó mas bien de Don Rodrigo Calderon.

Esta relacion me hizo creer que con el tiempo podrian componerse mis asuntos, y que el duque de Lerma, resentido del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerle volver á la corte, y me lisongeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consolé de la pérdida de mis efectos, y me puse tan alegre como si tuviera motivo para estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía discurria del modo siguiente: los allegados del primer ministro son Don Fernando de Borja, el Padre Gerónimo de Florencia, y sobre todo Fray Luis de Aliaga, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rey. Con el favor de estos poderosos amigos, S. E. destruirá á sus enemigos; ó por otra parte, el estado acaso mudará pronto de semblante; S. M. está muy achacoso, y así que muera, la primera cosa que hará el príncipe su hijo será llamar al conde de Lémos, quien me sacará inmediatamente de aquí, me presentará al monarca, el que, para compensar los trabajos que he padecido, me colmará de beneficios. Embelesado así con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos talegos de doblones que mi secretario habia depositado en casa del platero, contribuyeron tanto como la esperanza para consolarme prontamente.

El celo é integridad de Escipion me habia agradado mucho, y en prueba de ello le ofrecí la mitad del dinero que habia salvado del pillage, lo que rehusó.—Espero de vd., me dijo, otra señal de reconocimiento. Admirado tanto de sus palabras, como de que rehusára la oferta, le pregunté, qué podia hacer por él.—No nos separemos, me respondió; permita vd. que una mi fortuna con la suya: jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á vd.—Y yo, hijo mio, le dije, puedo asegurarte que no amas á un ingrato. Desde el punto en que te presentaste para servirme, gusté de tí; posible es que ambos háyamos nacido bajo los signos de Libra ó Géminis, que segun dicen son las dos constelaciones que unen á los hombres. Admito gustoso la compañía que me propones; y para dar principio á ella, voy á pedir al señor alcaide te encierre conmigo en esta torre.—Eso es lo que quiero, esclamó: vd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pretendiese esta gracia, pues aprecio mas vuestra compañía que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á adquirir noticias á la covachuela, y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda serle á vd. favorable; de modo que en mí tendrá vd. á un mismo tiempo un confidente, un correo y un espía.

Estas ventajas eran demasiado considerables para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo á un hombre tan útil con licencia del generoso alcaide, que no me quiso negar tan dulce consuelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTLO VIII.

Del primer viage que hizo Escipion á Madrid: cuál fué el motivo y écsito de él. Dále á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo.

AUNQUE comunmente decimos, que no tenemos mayores enemigos que nuestros criados, no hay duda en que cuando nos son fieles y afectos, son nuestros mejores amigos. La inclinacion que Escipion me habia manifestado me hacia mirarle como á mi misma persona. Así ya no hubo subordinacion ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. Habitaron en adelante comiendo y durmiendo juntos.

La conversacion de Escipion era muy divertida, y con razon se le podia haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era discreto, y me iba bien con sus consejos. Un dia le dije:—Amigo mio, me parece no seria malo que yo escribiese al duque de Lerma; esto no puede producir mal efecto. ¿Qué te parece á tí?—Ya estoy, respondió; pero los grandes se mudan tanto de un instante á otro, que no sé como recibirá vuestra carta. No obstante, soy de dictámen que no se pierde nada en que escribais, pero con maña. Aunque el ministro os estima, no fieis por eso en que se acordará de vos. Esta suerte de protectores fácilmente olvida á aquellos de quienes ya no oyen hablar.

—Aunque eso es muy cierto, le repliqué, yo hago mejor concepto de mi favorecedor. Conozco su bondad; estoy persuadido de que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. A la cuenta espera para sacarme de la prision que se aplaque la cólera del rey.—Sea enhorabuena, respondió; yo me alegraré que el jucio que vd. hace de S. E. sea verdadero. Implore vd. su patrocinio por medio de una carta muy espresiva, que yo se la llevaré y entregaré en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de elocuencia que á Escipion le pareció patético, y Tordesillas juzgó superior á las mismas homilías del arzobispo de Granada.

Yo me lisongeaba de que el duque de Lerma se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que no estaba, y con esta confianza hice partir mi correo, el cual apenas llegó á Madrid, cuando fué á casa del ministro. Encontró á uno de mis amigos ayuda de cámara, que le facilitó ocasion de hablar al duque, á quien dijo, presentándole el pliego que llevaba:—Señor, uno de los mas fieles criados de

V. E., el cual duerme sobre paja en un oscuro calabozo de la torre de Segovia, le suplica muy humildemente lea esa carta, que de lástima le ha facilitado poder escribir uno de los carceleros. El ministro la abrió y leyó; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazon mas duro, lejos de mostrarse compadecido, levantó la voz, y dijo al correo delante de algunas personas que podian oirlo:—Amigo, diga vmd. á Santillana que es mucha osadía el recurrir á mí despues de la accion perversa que ha cometido, y por la cual se le ha impuesto el castigo que merece. Es un hombre indigno que ya no debe contar con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del rey.

Escipion sin embargo de su desahogo, se quedó turbado de oir hablar de esta suerte al ministro; pero á pesar de su turbacion no dejó de interceder por mí.—Señor, replicó; aquel pobre preso morirá de dolor cuando sepa la respuesta de V. E. El duque no respondió á mi intercesor sino mirándole de sobre ojo, y volviéndole la espalda. Así me trataba este ministro para disimular mejor la parte que habia tenido en la amorosa intriga del príncipe de España; y esto es lo que deben esperar todos los agentes inferiores de quienes se valen los grandes señores en sus secretos y peligrosos manejos.

Cuando mi secretario volvió á Segovia, y me contó el resultado de su comision, me sepulté de nuevo en el abismo de tristezas en que caí el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del duque de Lerma. Decaí de ánimo, y por mas que me dijeron para consolarme, todo fué inútil; atormentáronme otra vez los pesares, de manera que insensiblemente me causaron una grave enfermedad.

El señor alcaide, que se interesaba en mi salud, creido de que para recobrarla era mejor llamar médicos, me trajo dos que tenian traza de ser unos celosos servidores de la diosa Libitina[1].—Señor Gil Blas, me dijo al presentármelos, vea vd. aquí dos Hipócrates que vienen á visitarle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia yo á estos doctores, que seguramente los habria recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella que agredecí á Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

—Caballero, me dijo uno de los médicos, es necesario ante todas cosas que vd. tenga confianza en nosotros.—La tengo muy grande, le respondí; pues estoy cierto de que con la asistencia de ustedes quedaré curado de todos mis males en pocos dias.—Sí, respondió, lo quedará vd. mediante Dios: y nosotros harémos á lo menos lo que esté de nuestra parte para ello.

1 Diosa de los funerales.

En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que á ojos vistas me iban llevando á la sepultura. Desconfiando ya Don Andres de mi curacion, hizo venir un religioso de San Francisco para que me ayudase á bien morir. El buen Padre, despues de haber hecho su deber, se retiró; y yo, viéndome en mi última hora, hice señas á Escipion para que se acercara á mi cama.—Amado amigo mio, le dije con una voz casi apagada, tal era la debilidad que las medicinas y sangrías me habian causado, de los dos talegos que hay en casa de Gabriel te dejo uno, y te suplico lleves el otro á Asturias á mis padres, quienes si todavia viven, estarán necesitados. Pero, ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza quizá les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el talego de doblones, suplicándoles me perdonen mi mala correspondencia; y si se han muerto, te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra, tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba, pues, esperimentar el trance de la muerte, y no obstante me engañé habiéndome desahuciado mis doctores, y dejado campo libre á la naturaleza, esta fué la que me sacó del peligro. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme al otro mundo, quiso desmentirlos, y me dejó: poco á poco me restablecí con la mayor felicidad, y un perfecto sosiego de espíritu fué el fruto de mi mal. Ya entonces no necesité de consuelo, antes bien miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la cercanía de la muerte; y vuelto en mí mismo bendecia mi desgracia, y daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular, é hice firme propósito de no volver mas á la corte, aun cuando el duque de Lerma quisiese llamarme á ella, con ánimo, si salia de la prision, de comprar una casa de campo, y vivir en ella como filósofo.

Escipion aprobó mi pensamiento, y me dijo que, para que tuviese efecto cuanto antes, pensaba volver á Madrid á solicitar mi soltura.—Me ha ocurrido una cosa, añadió; conozco á una persona que podrá servirnos, y es la criada favorita de la ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento: voy á que hable á su ama, y á poner todos los medios imaginables para sacar á vd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor trato, siempre es prision.—Dices bien, le respondí; ve, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esa diligencia. ¡Pluguiese al cielo que estuviéramos ya en nuestro retiro!

CAPITULO IX.

Escipion vuelve á Madrid; cómo y con qué condiciones alcanzó la libertad de Gil Blas; á dónde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y conversacion que tuvieron.

SALIÓ, pues, Escipion para Madrid, y yo ínterin volvia me dediqué á la lectura. Tordesillas me suministraba mas libros de los que yo queria, los que le prestaba un comendador viejo que no sabia leer, pero que, queriendo hacer ostentacion de hombre sabio, tenia una gran librería. Sobre todo me agradaban las buenas obras morales, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisonjeaban mi aversion á la corte, y la aficion que habia cobrado á la soledad.

Tres semanas estuve sin oir hablar de mi agente, el cual volvió en fin, y me dijo muy contento:—Ahora sí, Señor de Santillana, que traigo á vd. buenas nuevas. La señora ama ha tomado cartas por vd. Su criada, á mis ruegos, y mediante cien doblones que le he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla á que pida al príncipe solicite vuestra soltura; y éste que, como otras veces he dicho á vd., nada le niega, ha prometido hablar al rey su padre á fin de conseguirla. He venido á toda prisa á decíroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dejó y volvió á tomar el camino de la corte.

No fué largo su tercer viage. Al cabo de ocho dias estuvo de vuelta, y me dijo que el príncipe habia, aunque no sin trabajo, obtenido del rey mi libertad, lo cual en el mismo dia me confirmó el señor alcaide, quien vino á decirme abrazándome:—Mi amado Gil Blas, gracias al cielo vd. ya está libre, y tiene abiertas las puertas de esta prision; pero las dos condiciones con que se le concede á vd. esta libertad quizá le darán mucha pena, y siento verme en la obligacion de hacérselas saber. S. M. prohibe á vd. se presente en la corte y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de gran mortificacion el que se le prohiba á vd. ir á la corte.—Pues yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso de ella: solo esperaba del rey una gracia, y me ha hecho dos.

Viéndome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las cuales salimos el dia siguiente mi confidente y yo, despues de haberme despedido de Cogollos, y dado mil gracias á Tordesillas por todos los favores que me ha-

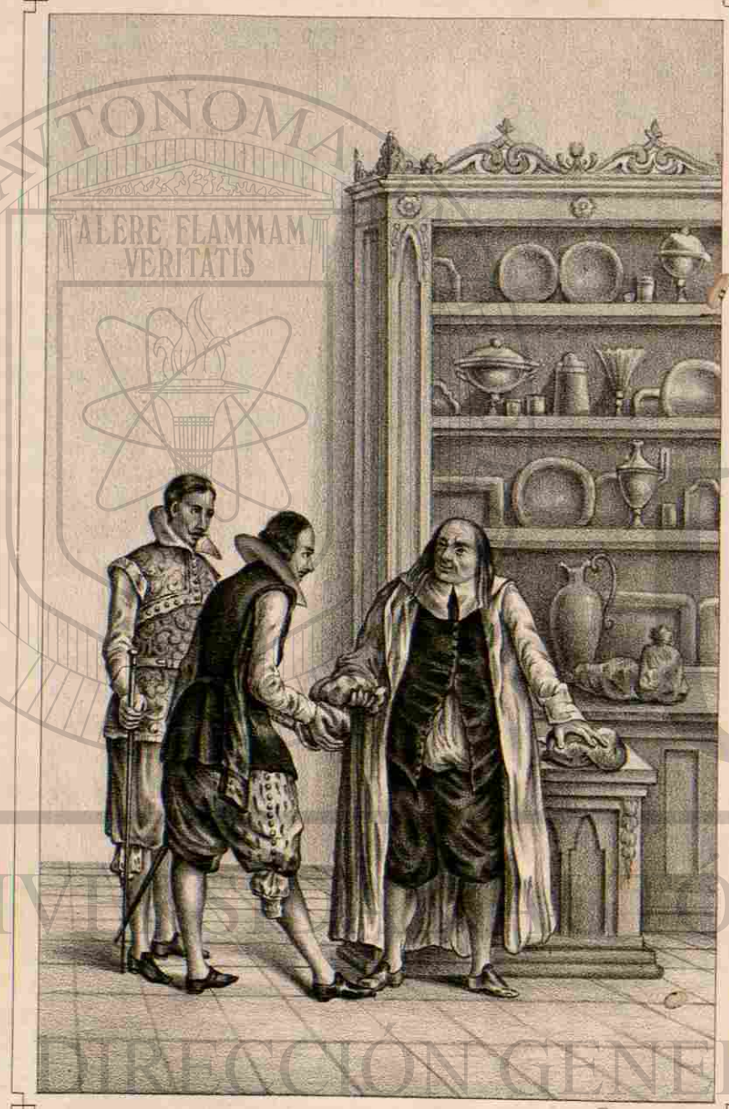
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bia hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recoger del Señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los cuales habia quinientos doblones de á ocho. En el camino me dijo mi compañero:—Si no tenemos bastante dinero para comprar una hacienda magnífica, á lo menos habrá para una mediana.—Yo me daria por feliz, le respondí; aun cuando no tuviese mas que una choza, en ella estaria contento con mi suerte. Aunque apenas he llegado á la mitad de mi carrera, estoy tan desengañado del mundo, que solo quiero vivir para mí. Ademas de esto, te digo que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea, que me embelesa y hace que los goce con anticipacion. Me parece que ya veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores, y el murmullo de los arroyos; que unas veces creo divertirme en la caza, y otras en la pesca. Imagínate, amigo mio, los diferentes recreos que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En órden á nuestro sustento, el mas simple será el mejor; un pedazo de pan podrá satisfacernos cuando nos atormente el hambre; y el apetito con que lo comamos nos le hará parecer muy sabroso. El deleite no consiste en la bondad de los alimentos esquisitos, sino en nosotros, y esto es tanta verdad, como que mis comidas mas delicadas no son aquellas en que veo reinar el arte y la abundancia; la frugalidad es una fuente de delicias maravillosa para conservar la salud.

—Con el permiso de vd., Señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su opinion sobre la supuesta frugalidad con que vd. quiere obsequiarme. ¿Por qué nos hemos de mantener como unos Diógenes? Aun cuando comamos bien, no caerémos enfermos por eso. Créame vd.: ya que tenemos, gracias á Dios, con que vivir cómodamente en nuestro retiro, no le hagamos la mansion del hambre y de la pobreza. Luego que tengamos una hacienda, será preciso abastecerla de buenos vinos, y de todas las demas provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dejan el trato humano para renunciar á las comodidades de la vida, sino mas bien para gozarlas con mas quietud. *Lo que cada uno tiene en su casa*, dice Hesiodo, *no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas*, añade, *tener uno en su casa las cosas necesarias, que desear tenerlas.*

—¡Qué diablos es eso, Señor Escipion, interrumpí; vd. ha manejado los poetas griegos! ¡Hola! ¿En dónde leyó vd. á Hesiodo?—En casa de un sábio, respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos componia un grueso volúmen, recopilando pasages hebreos, griegos y latinos que estractaba de los libros de su biblioteca, y traducia al castellano. Como yo era su amanuense, he retenido no sé cuantas sentencias, todas tan notables como la que acabo de de citar.—Siendo así, le repliqué, tienes la memoria bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto, ¿en qué reino de España te parece del caso que fijemos nuestra residencia filosófica? —Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; allí encontrarémos sitios muy amenos, en donde podrémos pasar una vida deleitosa.—Está bien, le dije, sea así; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ¡ojalá descubramos una morada que me proporcione todos los placeres con que se recrea mi imaginacion!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quién encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.

LUEGO que llegamos á Madrid fuimos á apearnos á una pequeña posada, en la cual se habia alojado Escipion en sus viages. Lo primero que hicimos fué ir á casa de Salero á recoger nuestros doblones. Recibiónos muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad. —Aseguro á vd., añadió, que he sentido mucho su desgracia, la cual me ha disgustado de la amistad de las gentes de la corte, cuyas fortunas están muy en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico mercarder.—Vd. ha obrado con juicio, le respondí: ademas de que este partido es mas sólido, un plebeyo que llega á ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues, mudando de conversacion, y volviendo á nuestro asunto, proseguí:—Señor Gabriel, háganos vd. el favor, si gusta, de entregarnos los dos mil doblones que....—Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero, el cual habiéndonos hecho pasar á su gabinete, nos mostró dos talegos en los cuales habia unos rótulos que decian: *Estos talegos de doblones son del Señor Gil Blas de Santillana.* Ved aquí, me dijo, el depósito tal como se me confió.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los talegos á la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebajados los cincuenta doblones que se habian gastado en conseguir mi libertad Ya no pensamos mas que en disponernos para ir á Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo á estas compras, encontré al baron de Steinbach, aquel oficial de la guardia alemana en cuya casa se habia criado Don Alfonso.

Saludé á este caballero aleman, quien, habiéndome tambien conocido, se vino á mí y me abrazó:—Me alegro en estremo, le dije, de ver á su señoría en tan buena salud, y al mismo tiempo de tener ocasion de saber de mis amados señores Don César y Don Alfonso de Leiva.—Puedo dar á vd. noticias suyas muy ciertas, me respondió, pues ambos están actualmente en Madrid y en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la corte á dar gracias al rey de un empleo que S. M. ha conferido á Don Alfonso, en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al estado; le ha nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que le haya pedido este cargo, ni solicitádolo por otra persona. No se ha hecho una gracia mas espontánea; lo cual prueba que nuestro monarca gusta de recompensar el valor.

Aunque yo sabia mejor que Steinbach el orígen de esto, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba; y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me condujo inmediatamente á su casa. Yo queria probar á Don Alfonso; y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al ajedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me conoció, dejó el juego, y se vino á mí arrebatado de gozo, y estrechándome entre sus brazos, me dijo en un tono que manifestaba una ingenua alegría:—Santillana, ¡con que al fin vuelvo á verte! estoy loco de contento. No ha estado en mi mano el que no háyamos permanecido siempre juntos; yo te rogué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mis ruegos. No obstante, no te lo imputo á delito, ántes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero desde entonces debieras haberme escrito, y ahorrarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado Don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta ligera reconvencion, continuó; díme qué haces en Madrid. Regularmente tendrás aquí algun empleo. Ten por cierto que me intereso ahora mas que nunca en tu bien.—Señor, le respondí, no hace todavia cuatro meses que ocupaba en la corte un puesto de bastante consideracion. Tenia la honra de ser secretario y confidente del duque de Lerma—¡Es posible! esclamó Don Alfonso con grande asombro. ¡Qué! ¿has merecido tú la confianza de este primer ministro?—Logré su favor, respondí, y lo perdí del modo que voy á decir. Entónces le conté toda esta historia, y concluí mi narrativa esponiéndole la determinacion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi prosperidad pasada, una pobre choza para pasar en ella una vida retirada.

El hijo de Don César, despues de haberme oido con mucha atencion, me dijo:—Mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero que no seas mas tiempo juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder, te quiero dar una hacienda que no podrá quitarte; y pues estás determinado á vivir en el campo, te doy una pequeña quinta que tenemos cerca de Liria, distante cuatro leguas de Valencia, que ya has visto tú. Este regalo podemos hacerlo sin incomodarnos, y me atrevo á asegurar que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina recibirá en ello gran contento.

Me arrojé á los piés de Don Alfonso, quien al momento me hizo levantar: le besé la mano; y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dije:—Señor, vuestras finezas me cautivan: el don que me haceis me es tanto mas agradable, cuanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho á vd.; y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi gobernador se quedó algo suspenso de lo que oía, y no pudo menos de preguntarme de qué favor le hablaba. Díjeselo con todas sus circunstancias, lo cual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediacion mia. No obstante, no teniendo ya duda de ello, me dijo:—Gil Blas, pues que te debo mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria, quiero agregar á ella dos mil ducados de renta al año.

—Alto ahí, Señor Don Alfonso, interrumpí, no despierte vd. mi codicia. Los bienes no sirven mas que para corromper mis costumbres, como harto lo tengo esperimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo por otra parte, esto me es suficiente; y lejos de desear mas, primero consentiré en perder todo lo que hay de supérfluo en lo que poseo. Las riquezas son una carga en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó cuando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegria que su hijo; y cuando supo el motivo del agradecimiento á que me estaba obligada su familia, se empeñó en que habia de aceptar yo la renta, lo cual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me condujeron á casa de un escribano, en donde otorgaron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un instrumento á favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregaron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, y que fuese cuando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volvieron á casa del ba-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron de Steinbach, y yo fuí volando á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario cuando le dije que teniamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo como acababa de adquirirla.—¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad? me dijo.—Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada á la orilla del Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

—Lo que me gusta mucho, esclamó Escipion, es que tendrémos allí caza, vino de Benicarló y escelente moscatel. Vamos, amo mio, démonos priesa á dejar el mundo, y llegar á nuestra ermita.—No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso hacer un viage á Asturias, porque mis padres no deben hallarse en buen estado. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaria. Escipion apoyó mucho mi determinacion, y aun me escitó á ejecutarla: no perdamos tiempo, me dijo, ya tengo carruage. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo.—Sí, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto antes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estarémos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando, quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos dos versos latinos.

Inveni portum: Spes et Fortuna, valete:
Sat me lusistis: ludite nunc alios [1]

1 Hallé ya el puerto: á Dios, esperanza y fortuna:
Bastante me burlasteis, burlaos ya de otros.

LIBRO DECIMO.

CAPÍTULO I.

Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el doctor Sangredo; y se encuentra casualmente con el Señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.

CUANDO me estaba disponiendo á salir de Madrid con Escipion para ir á Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Queriendo este papa establecer la Inquisicion en el reino de Nápoles, honró con el capelo á este ministro para empeñarle á hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocian perfectamente á este nuevo miembro del sacro colegio, les pareció como á mí, que la iglesia acababa de hacer una escelente adquisicion.

Escipion que hubiera querido mas volver á verme en un puesto brillante de la corte que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal.—Puede ser, me dijo, que su eminencia, viéndole á vd. fuera de la prision por órden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra vd., y podrá admitirle de nuevo á su servicio.—Señor Escipion, le respondí, vd. ha olvidado sin duda que solo conseguí la libertad bajo condicion de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te lo he dicho, y lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa Don Rodrigo Calderon, le renunciaria. Mi determinacion está tomada; quiero ir á Oviedo á buscar á mis padres, y retirarme con ellos á las cercanías de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ron de Steinbach, y yo fuí volando á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario cuando le dije que teniamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo como acababa de adquirirla.—¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad? me dijo.—Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada á la orilla del Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

—Lo que me gusta mucho, esclamó Escipion, es que tendrémos allí caza, vino de Benicarló y escelente moscatel. Vamos, amo mio, démonos priesa á dejar el mundo, y llegar á nuestra ermita.—No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso hacer un viage á Asturias, porque mis padres no deben hallarse en buen estado. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaria. Escipion apoyó mucho mi determinacion, y aun me escitó á ejecutarla: no perdamos tiempo, me dijo, ya tengo carruage. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo.—Sí, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto antes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estarémos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando, quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos dos versos latinos.

Inveni portum: Spes et Fortuna, valete:
Sat me lusistis: ludite nunc alios [1]

1 Hallé ya el puerto: á Dios, esperanza y fortuna:
Bastante me burlasteis, burlaos ya de otros.

LIBRO DECIMO.

CAPÍTULO I.

Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el doctor Sangredo; y se encuentra casualmente con el Señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.

CUANDO me estaba disponiendo á salir de Madrid con Escipion para ir á Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Queriendo este papa establecer la Inquisicion en el reino de Nápoles, honró con el capelo á este ministro para empeñarle á hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocian perfectamente á este nuevo miembro del sacro colegio, les pareció como á mí, que la iglesia acababa de hacer una escelente adquisicion.

Escipion que hubiera querido mas volver á verme en un puesto brillante de la corte que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal.—Puede ser, me dijo, que su eminencia, viéndole á vd. fuera de la prision por órden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra vd., y podrá admitirle de nuevo á su servicio.—Señor Escipion, le respondí, vd. ha olvidado sin duda que solo conseguí la libertad bajo condicion de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te lo he dicho, y lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa Don Rodrigo Calderon, le renunciaria. Mi determinacion está tomada; quiero ir á Oviedo á buscar á mis padres, y retirarme con ellos á las cercanías de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la ciudad de Valencia. En cuanto á tí, amigo mio, si estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que decirlo, que estoy pronto á darte la mitad del dinero que tengo, y te quedarás en Madrid en donde adelantarás tu fortuna hasta donde pudieres.

—¿Cómo así? replicó mi secretario algo resentido de estas espresiones, ¿es posible que vd. sospeche que sea yo capaz de tener repugnancia á seguirle á su retiro? Esa sospecha ofende mi celo y mi inclinacion. ¿Pues qué, Escipion, aquel fiel criado, que por tomar parte en sus penas, hubiera pasado con gusto el resto de sus dias con vd. en el alcázar de Segovia, tendria ahora repugnancia en acompañarle en una mansion donde espera gozar mil delicias? No, señor, no, ninguna gana tengo de u[illegible]suadir á vd. de su resolucion; pero quiero confesarle mi malicia: si le aconsejé que se presentase al duque de Lerma, fué únicamente para sondearle y ver si todavia le quedaban algunas reliquias de ambicion. Ea, pues, ya que se halla vd. tan desprendido de las grandezas, abandonemos prontamente la corte para ir á disfrutar de aquellos inocentes y deliciosos placeres de que nos formamos una idea tan risueña.

Con efecto, poco despues salimos de Madrid en una silla tirada de dos buenas mulas, guiadas por un mozo que tuve por conveniente agregar á mi comitiva. Dormimos el primer dia en Galapagar, al pié de Guadarrama, el segundo en Segovia, de donde salí sin detenerme, á visitar al generoso alcaide Tordesillas; pasé por Portillo, y llegué al dia siguiente á Valladolid. Al descubrir esta ciudad no pude menos de dar un profundo suspiro, que habiéndolo oido mi compañero, me preguntó la causa.—Hijo mio, le dije, es la de que ejercí mucho tiempo en Valladolid la medicina; y sobre este punto me están atormentando los remordimientos secretos de mi conciencia, pues me parece que todos aquellos que maté, salen de sus sepulcros para venir á despedazarme.—¡Qué imaginacion! dijo mi secretario; sin duda, Señor de Santillana, que es vd. un pobre hombre. ¿Por qué se arrepiente vd. de haber hecho su oficio? ¿Por ventura los doctores ancianos sienten los mismos remordimientos? No señor, llevan la suya adelante con el mayor sosiego del mundo, imputando á la naturaleza los accidentes funestos, y atribuyéndose á sí solamente los felices.

—En verdad, repuse, que el doctor Sangredo, cuyo método seguia yo fielmente, era de este carácter. Aunque viese morir cada dia veinte enfermos entre sus manos, vivia tan persuadido de la escelencia de la sangría del brazo, y de la bebida frecuente, á las cuales llamaba sus dos específicos para todo género de enfermedades, que si morian los pacientes, lo achacaba siempre á haber bebido poco, y á que no los habian sangrado bastante.—¡Vive diez! esclamó Escipion dando una carcajada, que me cita vd. un sugeto original.—Si tienes curiosidad de verle y oirle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer, como no haya muerto y esté en Valladolid, lo que dudo mucho, porque era ya viejo cuando le dejé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos, así que llegamos al meson á donde fuimos á apearnos, fué preguntar por el tal doctor. Supimos que aun no se habia muerto; pero que, no pudiendo ya visitar ni hacer mucho movimiento á causa de su gran vejez, habia abandonado el campo á otros tres ó cuatro doctores, que habian adquirido gran fama por otro nuevo método de curar, que no valia mas que el suyo. Resolvimos hacer pausa el dia siguiente, tanto para que descansasen las mulas, como por ver al doctor Sangredo. Á cosa de las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una silla poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hácia nosotros con paso muy firme para un setenton, y nos preguntó qué le queriamos.—¿Pues qué, señor doctor, le respondí, es posible que ya no me conozca vd., siendo así que tuve la fortuna de haber sido uno de sus discípulos? ¿No se acuerda vd. de un cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal y su sustituto?—¿Cómo así? me replicó, dándome un abrazo: ¿eres tú, Santillana? Cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué has hecho despues que nos separamos? Sin duda habrás ejercido siempre la medicina.—Teníale, le respondí, mucha inclinacion; pero razones poderosas me apartaron de ella.

Peor para tí, replicó Sangredo; con los principios que aprendiste de mí hubieras llegado á ser un médico hábil, con tal que el cielo te hubiera hecho la gracia de preservarte del peligroso amor á la química. ¡Ah, hijo mio! esclamó arrancando un doloroso suspiro, ¡qué novedades se han introducido en la medicina de algunos años á esta parte! Á este arte se le quita el honor y la dignidad: este arte, que en todos tiempos ha respetado la vida de los hombres, hoy se halla en poder de la temeridad, de la presuncion y de la impericia; porque los hechos hablan, y presto alzarán el grito hasta las piedras contra el desórden de los nuevos prácticos: *lapides clamabunt*. Se ven en esta ciudad algunos médicos, ó que se llaman tales, que se han uncido al carro de triunfo del antimonio: *currus triumphalis antimonii:* unos desertores de la escuela de Paracelso, adoradores del quermes, y curanderos de casualidad, que hacen consistir toda la ciencia médica en saber preparar algunas drogas químicas. ¿Qué mas te diré? En su método todo está desconocido: la sangría del pié, por ejemplo, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy es la única que se usa. Los purgantes, antiguamente suaves y benignos, se han convertido en emético y en quermes; ya todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

no es mas que un caos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, y traspasa los límites del órden y de la sabiduría que nuestros primitivos maestros señalaron.

Aunque estaba reventando por reir al oir una declamacion tan cómica, pude contenerme; y aun hice mas, declamé contra el quermes, sin saber lo que era, y dí al diablo sin mas reflecsion á los que lo habian inventado. Advirtiendo Escipion lo mucho que me divertia esta escena, quiso contribuir tambien por su parte á ella.—Yo, señor doctor, dijo á Sangredo, soy resobrino de un médico de la escuela antigua, y como tal pido á vd. licencia para declararme enemigo de los remedios químicos. Mi difunto tio, que santa gloria haya, era tan ciego partidario de Hipócrates que se batió muchas veces con los empíricos, que no hablaban con el debido respeto de este rey de la medicina. La razon no quiere fuerza; de buena gana seria yo el verdugo de esos ignorantes novadores, de quienes vd. se queja con tanta justicia como elocuencia. ¿Qué trastorno no causan en la sociedad civil esos miserables?

—Ese desórden, replicó el doctor, va todavía mas lejos de lo que vd. piensa: de nada me ha servido publicar un libro contra esos asesinos de la medicina; antes al contrario cada dia van en aumento. Los cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacer de médicos, se creen capaces de serlo cuando solo se trata de recetar quermes y eméticos, añadiendo sangrías del pié á su antojo. Llegan hasta el punto de mezclar el quermes en las pósimas y cocimientos cordiales, y cátate que ya se juzgan iguales á los grandes médicos. Este contagio ha cundido hasta dentro de los claustros. Hay entre los frailes ciertos legos, que son á un mismo tiempo boticarios y cirujanos. Estos monos médicos se aplican á la química, y hacen drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus padres reverendos. En fin, en Valladolid se cuentan mas de sesenta conventos de frailes y monjas: contemple vd. ahora el destrozo que hace en ellos el quermes junto con el emético, y la sangría del pié.—Señor Sangredo, dije yo entonces, es muy justa la indignacion de vd. contra esos envenenadores: yo me lamento de lo mismo, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifiestamente amenazada por un método tan diferente del de vd. Mucho temo que la química no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. ¡Quiera el cielo que este dia fatal no esté cerca de llegar!

Aquí llegaba nuestra conversacion cuando entró en el cuarto del doctor una criada vieja, que le traía en una bandeja un panecillo tierno, un vaso y dos garrafitas llenas, una de agua y otra de vino. Luego que comió un bocado, echó un trago en el cual ciertamente habia mezclado dos terceras partes de agua; pero esto no le libró de las reconvenciones que

me daba motivo para hacerle.—¡Hola! ¡hola! señor doctor, le dije; le he cogido á vd. en el garlito. ¡Vd. beber vino, cuando siempre se ha declarado contra esta bebida; y cuando en las tres cuartas partes de su vida no ha bebido sino agua! ¿De cuándo acá se ha contrariado vd. á sí mismo? No puede servirle de escusa su edad avanzada, pues en un lugar de sus escritos define la vejez diciendo, que es *una tisis natural que poco á poco nos va desecando y consumiendo;* y en fuerza de esta definicion lamenta vd. la ignorancia de aquellos que llaman al vino *la leche de los viejos.* ¿Qué dirá vd. ahora en su defensa?

—Digo, me respondió el viejo, que me reconvienes sin razon. Si yo bebiera vino puro tendrias motivo para mirarme como á un infiel observador de mi propia doctrina; pero ya has visto que el vino que he bebido estaba muy aguado.—Otra contradiccion, le repliqué yo, mi querido maestro; acuérdese vd. de que llevaba muy á mal que el canónigo Cedillo bebiese vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese vd. de buena fé que al cabo ha reconocido su error, y que el vino no es un licor tan funesto como vd. lo sentó en sus obras, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse nuestro doctor algo atarugado con esta réplica; no podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; pero como la vergüenza y la vanidad le impedian confesar que yo le hacia una justa reconvencion, no sabia qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues me despedí de él, ecshortándole á que se mantuviese siempre firme contra los nuevos médicos.—Ánimo, señor Sangredo, le dije; no se canse vd. de desacreditar el quermes, y persiga á sangre y fuego la sangría del pié. Si á pesar de su celo y amor á la ortodocsia médica, esa raza empírica logra arruinar la rigidez antigua, por lo menos tendrá vd. el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para sostenerla.

Al retirarnos mi secretario y yo á nuestro meson hablando del gracioso y original carácter del tal doctor, pasó cerca de nosotros por la calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, que caminaba con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y sin dificultad conocí que era el Señor Manuel Ordoñez, aquel buen administrador del hospital, de quien se hizo tan honorífica mencion en el capítulo XVII del libro primero de mi historia. Lleguéme á él con grandes muestras de respeto y le dije: saludo al venerable y discreto Señor Manuel Ordoñez, el hombre mas á propósito del mundo para conservar la hacienda de los pobres. Al oir estas palabras me miró con mucha atencion y me respondió que mi fisonomía no le era desconocida; pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro que no podia acordarse en dónde me habia visto.—Yo iba, le respondí, á casa de vd. en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez.—¡Ah! ya me acuerdo, repuso el administrador con una sonrisa maligna, por señas que los dos érais muy buenas alhajas é hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? Siempre que pienso en él me tienen con cuidado sus asuntillos.

—Me he tomado la libertad de detener á vd. en la calle, dije al Señor Manuel, precisamente para darle noticias suyas. Sepa vd. que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas.—¿A qué llamas obras misceláneas? me replicó.—Quiero decir, le contesté, que escribe en prosa y en verso: compone comedias y novelas: en suma, es un mozo de ingenio, y es bien recibido en las casas distinguidas.—¿Y cómo lo pasa con su panadero? me preguntó el administrador.—No tan bien, le respondí como con las personas de calidad; porque, aquí, para entre los dos, creo que está tan pobre como Job.—¡Oh! en eso no tengo la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán todavia menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algun dia le veréis en el hospital.

—Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado á él á otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido á la sombra de vd., que á la hora de esta estaria nadando en oro.—Á lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez; yo le queria bien, y poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazon se hallaban en esta ciudad; la pieza logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imaginóse ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público á las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne por correr tras la sombra: no pude detener á este loco á quien arrastraba el furor de escribir.—No conocia su felicidad, añadió: buena prueba es de esto el criado que recibí despues que él me dejó: mas juicioso que Fabricio y con menos talento que él, se aplicó únicamente á desempeñar bien los encargos que le hago, y á darme gusto. Por eso le he adelantado como merecia, y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es mas que suficiente para sustentar á un hombre de bien cargado de una numerosa familia.

CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: en qué estado halla á su familia. Muerte de su padre, y sus consecuencias.

DESDE Valladolid nos pusimos en seis dias en Oviedo, á donde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de léjos los bandoleros el dinero de los pasageros.* Á la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe; y solo dos habitantes de una cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y Beltran mi mozo de mulas, no parecia tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo; solo Escipion era un poco espadachin.

Ya era de noche cuando llegamos á la ciudad: nos apeamos en un meson poco distante de la casa de mi tio el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme á ellos; y para saberlo, no podia dirigirme á quien me informase mejor, que al mesonero y la mesonera, que sabia ser personas que no podrian ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, me conoció, y esclamó fuera de sí:—¡Por San Antonio de Padua, que este es el hijo del buen escudero Blas de Santillana!—Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y apenas se ha mudado: es aquel despabiladillo Gil Blas que tenia mas talento que cuerpo: paréceme que le estoy viendo cuando venia aquí con la botella por vino para cenar su tio.

—Señora, dije á la mesonera, no se puede negar que tiene vd. una memoria feliz; pero deme, vd. le ruego, noticias de mi familia: sin duda que mis padres no deben estar en una situacion agradable.—Demasiado cierto es, respondió la mesonera; por triste que sea el estado en que vd. pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas mas

ro que no podia acordarse en dónde me habia visto.—Yo iba, le respondí, á casa de vd. en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez.—¡Ah! ya me acuerdo, repuso el administrador con una sonrisa maligna, por señas que los dos érais muy buenas alhajas é hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? Siempre que pienso en él me tienen con cuidado sus asuntillos.

—Me he tomado la libertad de detener á vd. en la calle, dije al Señor Manuel, precisamente para darle noticias suyas. Sepa vd. que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas.—¿A qué llamas obras misceláneas? me replicó.—Quiero decir, le contesté, que escribe en prosa y en verso: compone comedias y novelas: en suma, es un mozo de ingenio, y es bien recibido en las casas distinguidas.—¿Y cómo lo pasa con su panadero? me preguntó el administrador.—No tan bien, le respondí como con las personas de calidad; porque, aquí, para entre los dos, creo que está tan pobre como Job.—¡Oh! en eso no tengo la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán todavia menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algun dia le veréis en el hospital.

—Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado á él á otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido á la sombra de vd., que á la hora de esta estaria nadando en oro.—Á lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez; yo le queria bien, y poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazon se hallaban en esta ciudad; la pieza logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imaginóse ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público á las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne por correr tras la sombra: no pude detener á este loco á quien arrastraba el furor de escribir.—No conocia su felicidad, añadió: buena prueba es de esto el criado que recibí despues que él me dejó: mas juicioso que Fabricio y con menos talento que él, se aplicó únicamente á desempeñar bien los encargos que le hago, y á darme gusto. Por eso le he adelantado como merecia, y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es mas que suficiente para sustentar á un hombre de bien cargado de una numerosa familia.

CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: en qué estado halla á su familia. Muerte de su padre, y sus consecuencias.

DESDE Valladolid nos pusimos en seis dias en Oviedo, á donde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de léjos los bandoleros el dinero de los pasageros.* Á la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe; y solo dos habitantes de una cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y Beltran mi mozo de mulas, no parecia tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo; solo Escipion era un poco espadachin.

Ya era de noche cuando llegamos á la ciudad: nos apeamos en un meson poco distante de la casa de mi tio el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme á ellos; y para saberlo, no podia dirigirme á quien me informase mejor, que al mesonero y la mesonera, que sabia ser personas que no podrian ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, me conoció, y esclamó fuera de sí:—¡Por San Antonio de Padua, que este es el hijo del buen escudero Blas de Santillana!—Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y apenas se ha mudado: es aquel despabiladillo Gil Blas que tenia mas talento que cuerpo: paréceme que le estoy viendo cuando venia aquí con la botella por vino para cenar su tio.

—Señora, dije á la mesonera, no se puede negar que tiene vd. una memoria feliz; pero deme, vd. le ruego, noticias de mi familia: sin duda que mis padres no deben estar en una situacion agradable.—Demasiado cierto es, respondió la mesonera; por triste que sea el estado en que vd. pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas mas

dignas de compasion que ellos. El buen señor Gil Perez está baldado de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco: su padre de vd. que de algun tiempo á esta parte vive con el canónigo, padece una opresion de pecho, ó por mejor decir, se halla actualmente entre la vida y la muerte; y su madre de vd., que tampoco goza la mejor salud, se ve precisada á servir de asistencia á los dos enfermos.

Así que oí esta relacion, que me hizo conocer que era hijo, dejé á Beltran en el meson en guarda de mi equipage, y acompañado de mi secretario Escipion, que no quiso apartarse de mi lado, pasé á casa de mi tio. Apenas me puse delante de mi madre, cuando cierta conmocion que sintió en su interior le hizo conocer quien yo era, aun antes de tener tiempo para ecsaminar las facciones de mi rostro.—Hijo mio, me dijo tristemente echándome los brazos al cuello, ven á ver morir á tu padre; á tiempo llegas, para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto, me llevó á un cuarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre escudero, estaba ya á los últimos. Sin embargo, aunque cercado de las sombras de la muerte, todavia conservaba algun conocimiento.—Amado esposo, le dijo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que te ha causado, y te ruega le eches tu bendicion. Al oir esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre, fijólos en mí, y observando, á pesar de la postracion en que se hallaba, que yo lloraba su pérdida, se enterneció de mi dolor. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la bañaba en lágrimas, sin poder proferir una palabra, ecshaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Mi madre, tenia demasiado consentida esta muerte para afligirse desmedidamente; quizá me afligí yo mas que ella; sin embargo de que mi padre en su vida me habia dado la menor demostracion de cariño. Ademas, de que bastaba ser hijo suyo para llorarle, me acusaba á mí mismo de no haberle socorrido; y acordándome de haber tenido esta insensibilidad, me consideraba como un monstruo de ingratitud, ó por mejor decir, como un parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra cama poco menos pobre, y en un estado lastimoso, me hizo esperimentar nuevos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me dije á mí mismo, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con parte de lo que te sobraba de los bienes que poseías antes de estar preso, les hubieras proporcionado las comodidades á que no podia alcanzar la renta de la prebenda, y de esta manera acaso hubieras alargado la vida á tu padre.

El desdichado Gil Perez estaba ya lelo; habia perdido la memoria y el juicio. De nada me sirvió estrecharle entre mis brazos y darle muestras de mi ternura, porque ninguna impresion le hicieron. Por mas que mi madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hacia mas que mirarme con un aire imbécil, sin responder nada. Aun cuando la sangre y el agradecimiento no me hubieran obligado á compadecerme de un tio á quien tanto debia, no hubiera podido menos de hacerlo, viéndole en una situacion tan digna de lástima.

Durante este tiempo, Escipion guardaba un profundo silencio, me acompañaba en mi pena, y mezclaba por amistad sus suspiros con los mios. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia tendria mi madre muchas cosas reservadas que decirme, y que podia detenerla la presencia de un hombre á quien no conocia, le llamé aparte, y le dije:—Vete, hijo mio, á descansar al meson, y déjame aquí con mi madre, que acaso te creeria de mas en una conversacion, que no recaerá sino sobre asuntos de familia. Retiróse Escipion por no incomodarnos, y efectivamente mi madre y yo estuvimos hablando toda la noche. Nos dimos recíprocamente fiel cuenta de todo lo que á uno y otro nos habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo estensa relacion de todas las desazones que habia tenido en las varias casas donde habia servido de dueña, confiándome en el asunto muchas cosas, que no me hubiera alegrado las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo nada reservado para él. Con todo el respeto que debo á la memoria de mi madre, diré que la buena señora era algo prolija en sus relaciones, y me hubiera ahorrado las tres cuartas partes de su historia si hubiese suprimido las circunstancias inútiles de ella.

Acabó por fin su relacion, y yo dí principio á la mia. Conté por encima todas mis aventuras; pero cuando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me estendí un poco sobre este pasage.—Confieso, señora, dije á mi madre, que recibí con despego al tal mozo, el cual por vengarse de ello no habrá dejado de hablaros muy mal de mí.—Así es, me respondió: díjonos que te habia encontrado tan engreido con el favor del primer ministro de la monarquía, que apenas te habias dignado conocerle; y que cuando te pinté nuestras miserias le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres, añadió ella, procuran siempre disculpar á sus hijos, no pudimos creer tuvieses tan mal corazon. Tu venida á Oviedo acredita la buena opinion que teniamos de tí, y el sentimiento de que te veo lleno, la acaba de confirmar.

—Me hace mucho favor, respondí, ese buen concepto que á vd. debo; pero lo cierto es que en la relacion del hijo de Moscada hay alguna verdad. Cuando me vino á ver estaba yo embriagado con mi fortuna, y la ambi-

cion que me dominaba no me permitia pensar en mis parientes. De consiguiente, hallándome en semejante disposicion, no es de admirar que recibiese mal á un hombre que, acercándose á mí de un modo grosero, me dijo brutalmente que, habiendo sabido que yo estaba mas rico que un judío, iba á consejarme que enviase á ustedes algun dinero, respecto á que se veían en grande necesidad, y aun me echó en cara, en términos nada comedidos, mi indiferencia hácia mi familia. Me incomodó su llaneza, y perdiendo la paciencia le eché á empujones de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, que debí reflecsionar no era culpa vuestra la falta de atencion del especiero, y que [illegible]consejo merecia seguirse, aunque habia sido grosero el modo de dármelo. Este fué lo que me ocurrió al pensamiento un momento despues que habia despedido á Moscada. La sangre hizo en mí su oficio, y acordándome de mis obligaciones hácia mis padres, me avergoncé de haberlas cumplido tan mal, y sentí remordimientos de los cuales no puedo sin embargo hacer mérito con vd., puesto que fueron sofocados inmediatamente por la avaricia y por la ambicion. Pero despues fuí encerrado por órden del rey en el alcázar de Segovia, en donde caí gravemente enfermo, y esta dichosa enfermedad es la que á vd. le restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y mi prision fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, y las que me han desprendido enteramente de la corte. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias con el fin únicamente de suplicar á vd. se venga conmigo á que disfrutemos juntos las dulzuras de una vida retirada. Si vd. admite mi oferta, la conduciré á una posesion que tengo en el reino de Valencia, en donde espero que pasaremos una vida muy cómoda. Bien podrá vd. conocer que mi ánimo era llevar tambien á mi padre; pero ya que el cielo ha dispuesto otra cosa, logre yo á lo menos la satisfaccion de tener en mi compañía á mi madre, y pueda reparar con todas las posibles atenciones el tiempo que pasé sin servirle de nada.

—Quedo muy agradecida á tus buenas intenciones, me dijo entonces mi madre; sin duda alguna me iria contigo, á no impedírmelo algunas dificultades. En primer lugar, no puedo desamparar á tu tio y mi hermano en el estado en que se halla: despues de eso estoy muy connaturalizada con este pais para que yo le deje; sin embargo, como esto merece ecsaminarse con madurez, quiero meditarlo despacio: por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre.—Ese cuidado, le respondí, se lo encargarémos á este mozo que vd. ha visto conmigo, que es mi secretario: tiene talento y celo, y podemos descuidar en él.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando entró Escipion, porque era ya dia claro. Preguntónos si podia servirnos de algo en el

apuro en que nos hallábamos. Respondíle que llegaba muy á tiempo para recibir una órden importante que pensaba darle. Luego que se impuso de lo que se trataba:—Basta, dijo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia, y ustedes podrán fiarse de mí.—Pero guardaos bien, añadió mi madre, de pensar en un funeral que tenga la menor apariencia de ostentacion: por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi esposo, á quien toda la ciudad ha conocido por un escudero de los mas pobres.—Señora, respondió Escipion; aunque hubiera sido mucho mas infeliz, no por eso rebajaré dos maravedis. Solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo: habiendo sido favorito del Duque de Lerma, á su padre debe enterrársele con grandeza.

Aprobé el designio de mi secretario, y aun le encargué que no economizase el dinero: un resto de vanidad que yo conservaba todavia, se despertó en esta ocasion. Me lisongeé de que, haciendo este dispendio por un padre que ninguna herencia me dejaba, admirarian todos mi porte generoso. Mi madre por su parte, á pesar de la gran modestia que aparentaba, no dejaba de alegrarse de que su marido fuese enterrado con pompa. Dimos, pues, amplias facultades á Escipion, que sin perder tiempo, marchó á dar las disposiciones necesarias para un suntuoso entierro.

Saliéronle muy bien: celebróse un funeral tan magnífico, que irritó contra mí á la ciudad y arrabales; á todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi ostentacion.—Este ministro, de la noche á la mañana, decia uno, tiene dinero para enterrar á su padre y no lo tuvo para mantenerle.—Mejor hubiera sido, decia otro, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras despues de muerto. En fin, ninguna lengua pecó de corta, cada una disparó su saeta. No se contentaron con esto: cuando salimos de la iglesia, así á mí como á Escipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y gritería de los muchachos, los cuales llevaron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia agolpado delante de la casa de mi tio, fué menester que mi madre se asomase á la ventana, y asegurase á todos que no tenia queja ninguna de mí. Otros hubo que fueron corriendo al meson donde estaba mi silla para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado, si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos ánimos furiosos, y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, que eran otros tantos efectos de lo que habia hablado de mí el mozo especiero en la ciudad, me inspiraron tal aversion hácia mis paisanos, que determiné salir cuanto antes de Oviedo, en donde á no haber sido esto, tal vez me hubiera detenido algun tiempo mas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Díjeselo á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de portarme con ella en adelante.—Madre, le dije: ya que vd. no puede abandonar á mi tio, no debo insistir en que se venga vd. conmigo; pero como segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus dias, deme vd. palabra de venir á vivir en mi compañía luego que él fallezca.

—Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me quedan de vida, y con total independencia.—Pues qué, señora, le repliqué: ¿no será vd. dueña absoluta en mi casa?—No lo sé, hijo mio, me respondió: tal vez te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, yo su suegra, y no podrémos vivir juntas.—Vd., le dije, prevee los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algun tiempo tuviese esta idea, esté vd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta á la voluntad de vd.—Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; antes bien no me atreveria yo á afirmar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger antes que al mio, por grande que fuese su sinrazon.

—Señora, habla vd. como un oráculo, dijo mi secretario metiéndose en la conversacion; yo pienso como vd., que las nueras dóciles son muy contadas. Así, pues, para que vd. y mi amo queden contentos, ya que quiere vd. decididamente permanecer en las Asturias y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones que yo me encargo de traer aquí todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año, y salí de Oviedo al dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á San Estévan. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria. Admirable leccion para aquellas personas de humilde nacimiento, que, habiendo enriquecido fuera de su pais, quieren volver á él para hacer de personas de importancia.

CAPITULO III.

Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega en fin á Liria: descripcion de su Quinta: cómo fué recibido en ella, y qué gentes encontró allí.

TOMAMOS el camino de Leon, despues el de Palencia, y siguiendo nuestro viage á cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte dias á Segorve, y al dia siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que solo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que, conforme nos íbamos acercando, mi secretario observaba con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que descubria alguna de grande apariencia, me decia enseñándomela con el dedo: —Me alegrara que fuera aquel nuestro retiro.

—No sé, amigo mio, le dije, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnífica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Si no quieres que tu imaginacion se ria despues de tí, represéntate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tívoli. Haz cuenta que Don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante á aquel.—Segun eso, replicó Escipion, solo debo esperar que tendrémos por albergue una cabaña.—Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta de ella; y si quieres juzgar por tí mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hácia el rio Guadalaviar, y mira sobre su orilla, junto aquella aldehuela de nueve á diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que esa es mi quinta.

—¡Diantre! esclamó entonces asombrado mi secretario: aquel edificio es una preciosidad. Ademas del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construido y rodea-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Díjeselo á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de portarme con ella en adelante.—Madre, le dije: ya que vd. no puede abandonar á mi tio, no debo insistir en que se venga vd. conmigo; pero como segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus dias, deme vd. palabra de venir á vivir en mi compañía luego que él fallezca.

—Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me quedan de vida, y con total independencia.—Pues qué, señora, le repliqué: ¿no será vd. dueña absoluta en mi casa?—No lo sé, hijo mio, me respondió: tal vez te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, yo su suegra, y no podrémos vivir juntas.—Vd., le dije, prevee los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algun tiempo tuviese esta idea, esté vd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta á la voluntad de vd.—Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; antes bien no me atreveria yo á afirmar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger antes que al mio, por grande que fuese su sinrazon.

—Señora, habla vd. como un oráculo, dijo mi secretario metiéndose en la conversacion; yo pienso como vd., que las nueras dóciles son muy contadas. Así, pues, para que vd. y mi amo queden contentos, ya que quiere vd. decididamente permanecer en las Asturias y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones que yo me encargo de traer aquí todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año, y salí de Oviedo al dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á San Estévan. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria. Admirable leccion para aquellas personas de humilde nacimiento, que, habiendo enriquecido fuera de su pais, quieren volver á él para hacer de personas de importancia.

CAPITULO III.

Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega en fin á Liria: descripcion de su Quinta: cómo fué recibido en ella, y qué gentes encontró allí.

TOMAMOS el camino de Leon, despues el de Palencia, y siguiendo nuestro viage á cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte dias á Segorve, y al dia siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que solo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que, conforme nos íbamos acercando, mi secretario observaba con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que descubria alguna de grande apariencia, me decia enseñándomela con el dedo: —Me alegrara que fuera aquel nuestro retiro.

—No sé, amigo mio, le dije, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnífica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Si no quieres que tu imaginacion se ria despues de tí, represéntate aquella casa campestre que Mecenas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tívoli. Haz cuenta que Don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante á aquel.—Segun eso, replicó Escipion, solo debo esperar que tendrémos por albergue una cabaña.—Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta de ella; y si quieres juzgar por tí mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hácia el rio Guadalaviar, y mira sobre su orilla, junto aquella aldehuela de nueve á diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que esa es mi quinta.

—¡Diantre! esclamó entonces asombrado mi secretario: aquel edificio es una preciosidad. Ademas del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construido y rodea-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do de cercanías mas deliciosas que los contornos de Sevilla, llamados por escelencia el paraiso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque está brindando con su sombra al que quiera pasearse aun en la mitad del dia.—¡Oh, qué amable soledad! ¡Ah mi querido amo! todas las trazas son de que permanecerémos en él largo tiempo.—Me alegro mucho, le respondí, de que te agrade tanto nuestro retiro, del cual aun no conoces todas las conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas nos fueron abiertas al punto que dijo Escipion era allí el Señor Gil Blas de Santillana, que iba á tomar posesion de su quinta. Al oir nombre tan respetable para aquellas gentes, dejaron entrar la silla en un espacioso patio, donde al punto me apeé; apoyándome gravemente de Escipion y haciendo de personage, pasé á una sala, en la que inmediatamente se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, como á su nuevo señor, habiéndolos Don César y don Alfonso escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pinche de la misma, otro de portero, y los demas de lacayos, con prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian corriesen de su cuenta todos los gastos de mi casa. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba maestro Joaquin. Díjome habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo tocante al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del Sr. Arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que escitasen mi apetito. —Voy á disponerme, añadió, para dar á V. S. una prueba de mi habilidad. Mientras llega la hora de comer, podrá V. S. dar un paseo y visitar su quinta para reconocer si se halla en estado de ser habitada por V. S.

Ya se puede considerar que yo no dejaria de hacer esta visita: y Escipion, aun mas curioso de hacerla que yo, me fué conduciendo de pieza en pieza: recorrimos toda la casa de arriba abajo, sin que ningun rincon se escapase á nuestra curiosidad, por lo menos así nos lo pareció; y por todas partes hallé motivo para admirar la gran bondad que Don César y su hijo tenian para conmigo. Entre otras cosas, llamaron mi atencion dos aposentos adornados con unos muebles, que, sin llegar á ser magníficos, eran de buen gusto. Estaba el uno colgado de tapicería de los Paises-Bajos, y en él una cama y sillas cubiertas de terciopelo, todo bien conservado, á pesar de haberse hecho en tiempo que los moros ocupaban el reino de Valencia. De igual gusto eran los muebles del otro aposento: cubria sus paredes una colgadura antigua de damasco geno-

vés de color de caña, con una cama y sillas de la misma tela, guarnecidas de franjas de seda azul. Todos estos efectos, que en un inventario hubieran sido poco apreciables, parecian allí ostentosos.

Despues de haber ecsaminado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, en que estaba ya puesta una mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan delicada que nos dió lástima de que el arzobispo de Valencia no tuviese ya al cocinero que la habia sazonado. Verdad es que teniamos buenas ganas, y esto contribuía á que no nos supiese mal. Á cada bocado que comiamos, los lacayos de nueva fecha nos presentaban unos grandes vasos que llenaban hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviéndose Escipion á dejar ver delante de ellos la satisfaccion interior que esperimentaba, me la daba á entender con miradas espresivas, y yo le manifestaba con las mias que estaba tan contento como él. Un plato de asado, compuesto de dos codornices gordas que acompañaban á un lebratillo de esquisito gusto, nos hizo dejar la olla podrida, y acabó de saciarnos. Luego que hubimos comido como dos hambrientos y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á dormir voluptuosamente la siesta en algun sitio fresco y agradable.

Si mi secretario se habia mostrado hasta entonces muy satisfecho de cuanto habia visto, aun lo quedó mas cuando vió el jardin, que le pareció comparable con el Parterre del Escorial. Bien es verdad que Don César, que de cuando en cuando venia á Liria, tenia gusto en hacerlo cultivar y hermosear. Todas las calles estaban bien cubiertas de arena, y enfiladas de naranjos: un gran estanque de mármol blanco, en cuyo centro un leon de bronce arrojaba copiosos chorros de agua, la hermosura de las flores y la diversidad de frutas, todos estos objetos embelesaron á Escipion; pero lo que mas le encantó fué una prolongada calle de árboles que bajaba en declive continuado hasta la habitacion del arrendatario, cubierta con el espeso follage de unos frondosos árboles. Haciendo el elogio de un sitio tan á propósito para preservarse del calor, nos detuvimos en él y nos sentamos al pié de un olmo, á donde el sueño acudió presto á apoderarse de dos hombres algo alegrillos que acababan de comer bien.

Dos horas despues despertamos despavoridos al ruido de muchos escopetazos disparados tan cerca de nosotros, que nos asustaron. Levantámonos precipitadamente; y para informarnos de lo que era, fuimos á la casa del arrendatario, y allí encontramos ocho ó diez aldeanos, todos vecinos del lugar, que disparaban y quitaban el orin de sus escopetas para celebrar mi venida que acababan de saber. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquella quinta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ejercer el empleo de mayordomo. Apénas me vieron, gritaron todos á un mismo tiempo: *¡Viva nuestro nuevo señor! ¡Sea bien venido á Liria!* Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me obsequiaron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fué posible, pero guardando siempre gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion y les dí ademas como unos veinte doblones, espresion que, segun creo, no fué la que menos les agradó. Retiréme despues con mi secretario, dejándoles la libertad de echar todavía mas pólvora al aire, y nos fuimos al bosque, en donde nos estuvimos paseando hasta la noche, sin que nos cansase la vista de los árboles; tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante, ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que, cuando volvimos del paseo, y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos muy admirados de ver poner en la mesa cuatro perdigones asados, un guisado de conejo á un lado, y un capon en pepitoria al otro, sirviendo despues de intermedio orejas de puerco, pollos en escabeche, y crema de chocolate. Bebimos abundantemente vino de Lucena y otros muchos escelentes. Cuando conocimos que ya no podiamos beber mas sin esponer nuestra salud, pensamos en irnos á acostar. Mis criados tomaron entonces luces y me condujeron al mejor cuarto, en donde me desnudaron con mucha oficiosidad; pero luego que me dieron mi bata de noche y mi gorro de dormir, los despedí diciéndoles en tono de amo:—Retiraos, que ya no os necesito para lo demas.

Habiéndolos despachado á todos, me quedé solo con Escipion para conversar un poco con él. Preguntéle qué juicio formaba del trato que se me daba por órden de los señores de Leiva.—Por vida mia, me respondió, que me parece no puede dárseos mejor, y solamente deseo que esto dure mucho.—Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me acomoda servirme de criados asalariados por otro, porque creeria no hallarme en mi casa. Á todo esto se añade, que yo no me he retirado aquí para vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria vivir siempre á costa del gobernador de Valencia, no se opuso á mi delicadeza en este punto, antes bien, conformándose con mi dictámen, aprobó la reforma que yo queria hacer. Decidido esto, se salió él de mi cuarto para retirarse al suyo.

CAPÍTULO IV.

Marcha Gil Blas á Valencia y visita á los señores de Leiva; de la conversacion que tuvo con ellos, y de la buena acogida que le hizo Doña Serafina.

CABÉ de desnudarme y me acosté; pero viendo que no podia quedarme dormido, me abandoné á mis reflecsiones. Se me representó la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinacion que yo les tenia, y sumamente agradecido á las nuevas señales que de ello me daban, resolví marchar el dia siguiente á visitarlos para satisfacer la impaciencia que tenia de manifestarles mi gratitud. Ya me complacia anticipadamente la idea de volver á ver pronto á Serafina; pero este placer no era del todo completo, porque no podia pensar sin pesadumbre en que al mismo tiempo tenia que soportar la presencia de la señora Lorenza Séfora, que pudiéndose acordar todavia del lance del bofeton, no se alegraria mucho de verme. Cansada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que empezó á dejarse ver el sol.

Me levanté con prontitud, y enteramente puesto el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Al acabar entró mi secretario en mi cuarto.—Escipion, le dije, aquí tienes á un hombre que se dispone para ir á Valencia. No puedo menos de ir inmediatamente á visitar á unos señores á quienes debo mi buena fortuna; y cada instante de tardanza en el cumplimiento de este deber, parece acusarme de ingratitud. Así, amigo mio, te dispenso de acompañarme; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias.—Id, Señor, respondió, y cumplid con Don Alfonso y su padre, que me parece agradecen el celo que se les manifiesta, y que están muy reconocidos á los servicios

que se les han hecho: son tan raras las personas distinguidas que tienen ese carácter, que no están por demas cualesquiera consideraciones que se les manifiesten. Dí órden á Beltran para que se dispusiese á partir, y mientras que él preparaba las mulas, tomé yo chocolate. En seguida monté en mi silla, dejando mandado á mis criados que mirasen á mi secretario como á mi misma persona, y que obedeciesen sus órdenes como las mias.

En menos de cuatro horas llegué á Valencia, y fuí en derechura á apearme á las caballerizas del gobernador. Dejando allí mi carruage, hice me condujesen al cuarto de este señor, en donde se hallaba [illegible] sazon con su padre Don César. Abrí sin ceremonia la puerta, y acercándome á los dos:—Los criados, les dije, no envian recado delante para presentarse á sus amos; aquí está un antiguo criado de vuestras señorías que viene á ofrecerles sus respetos. Diciendo esto quise arrodillarme en su presencia; pero ellos no lo permitieron y ambos me estrecharon entre sus brazos con todas las demostraciones de una verdadera amistad.—¿Y bien, mi querido Santillana, me dijo Don Alfonso, has ido ya á Liria á tomar posesion de tu hacienda?—Sí señor, le respondí, y suplico á V. S. se sirva permitirme que se la devuelva.—¿Pues por qué? me replicó: ¿Has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode?—Nada de eso, respondí: por lo que toca á la posesion me agrada infinito; pero lo que no me acomoda es, tener en ella cocineros de arzobispo, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo.

—Si hubieras aceptado, dijo Don César, la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos limitado á regalarte esa quinta alhajada como está; pero no habiéndola tú querido admitir, nos pareció que en recompensa debiamos hacer lo que hicimos.—Eso es demasiado, le respondí; basta que V. SS. me favorezcan solamente con la hacienda, que es suficiente para colmar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que cuesta á V. SS. mantener tanta gente, aseguro que una familia tan numerosa me incomoda, y me causa gran sujecion. En suma, señores, añadí, ó V. SS. recobren su finca, ó dígnense dejármela gozar á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta entereza, que padre é hijo, que de ningun modo querian violentarme, me permitieron al fin disponer de la quinta como mejor me pareciese.

Les repetia mil gracias por haberme concedido esta libertad, sin la cual yo no podia ser dichoso, cuando Don Alfonso me interrumpió diciendo:—Mi querido Gil Blas, quiero presentarte á una dama, que tendrá singular gusto de verte; y hablando de este modo, me tomó de la mano y me condujo al cuarto de Serafina, la cual así que me vió prorumpió en un grito de alegría.—Señora, le dijo el gobernador, creo que la llegada de nuestro amigo Santillana á Valencia, no os será menos gustosa que á mí.—De eso, respondió ella, el mismo Santillana debe estar muy persuadido. No ha sido capaz el tiempo de borrar de mi memoria el favor que me hizo, y añado al agradecimiento que me merece, el que debo á un hombre á quien vos sois deudor. Respondí á mi señora la gobernadora, que me consideraba mas que suficientemente pagado del peligro que yo habia corrido juntamente con los demas que me ayudaron á librarla, esponiendo mi vida por conservar la suya; y despues de muchos cumplimientos recíprocos, Don Alfonso me sacó fuera del cuarto de Serafina, y fuimos á reunirnos con Don César, á quien hallamos en una sala acompañado de muchos caballeros, que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con mucha cortesanía, y me hicieron tantos mas acatamientos, cuanto que supieron por Don César, que yo habia sido uno de los principales secretarios del duque de Lerma. Y aun quizá no ignoraria la mayor parte de ellos que Don Alfonso habia obtenido á influjo mio el gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega á saber. Como quiera que sea, desde que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo cardenal; unos hacian ó aparentaban hacer grandes elogios de él, y otros le ensalzaban, pero entre dientes, y como se suele decir, con la boca chica. Luego conocí que con esto querian incitarme á que hablase estensamente sobre su eminencia y que les divirtiese á costa suya. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba de él; pero contuve la lengua, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo muy discreto.

Concluida la comida, se retiraron los convidados á sus casas á dormir la siesta. Don César y su hijo, instados del mismo deseo, se encerraron en sus cuartos. Yo lleno de impaciencia por ver cuanto antes una ciudad que tanto habia oido alabar, salí del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré á la puerta un hombre que se acercó á mí, y me dijo:—¿Me dará licencia el Señor de Santillana para que le salude?—Preguntéle quien era, y me respondió:—Soy el ayuda de cámara del señor Don César, y era uno de sus lacayos cuando su merced estaba de mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de su merced, que siempre me hacia mil favores, y le informaba de todo lo que pasaba en casa. ¿No se acuerda su merced que un dia le dije que el cirujano de la aldea de Leiva entraba secretamente en el cuarto de la señora Lorenza Séfora?—De eso me acuerdo muy bien, le respondí: y ahora que se habla de esa dueña, ¿qué se ha hecho? —¡Ah! repuso él, luego que su merced se ausentó, la pobre muger cayó mala

de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, me pidió perdon de lo que me habia detenido, y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar, acordándome de aquella desdichada dueña; y compadeciéndome de su suerte me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debia atribuirse mas bien á su cáncer que al mérito mio de que se habia prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecia digno de ser notado en la ciudad. El Palacio Arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la lonja; pero lo que me llevó toda la atencion fué una gran casa que ví á lo lejos, en la cual entraba mucha gente. Acerquéme á ella para saber por qué acudia allí un concurso tan crecido de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los Representantes.* Leí tambien los carteles, en los cuales los cómicos ofrecian por la primera vez aquel dia la representacion de una tragedia nueva de D. Gabriel Triaquero.

CAPÍTULO V.

Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva: qué écsito tuvo la pieza. Carácter del pueblo de Valencia.

DETÚVEME algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como trage. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los aposentos que habian mandado tomar, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores, me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponia á tomar billete, cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre, y habiéndome mandado llamar, me llevaron á su palco en donde me senté detras de los dos, de modo que podia hablar cómodamente con ambos. Estaba el salon lleno de gente de alto á bajo, el patio muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares.—¡Grande entrada! dije á Don Alfonso. No hay que admirarse de eso, me respondió, porque la tragedia que se va á representar está compuesta por Don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda.* Cuando los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composicion suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento: hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa: todos los palcos se abonan; y el dia de la primera representacion se estropean las gentes á la puerta por entrar, siendo así que se dobla el precio, esceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se respeta demasiado, por temor de que se altere.—Sin duda, dije entonces al gobernador, que esa viva curiosidad del público, esa furiosa impaciencia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, me pidió perdon de lo que me habia detenido, y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar, acordándome de aquella desdichada dueña; y compadeciéndome de su suerte me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debia atribuirse mas bien á su cáncer que al mérito mio de que se habia prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecia digno de ser notado en la ciudad. El Palacio Arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la lonja; pero lo que me llevó toda la atencion fué una gran casa que ví á lo lejos, en la cual entraba mucha gente. Acerquéme á ella para saber por qué acudia allí un concurso tan crecido de hombres y mugeres, y presto salí de mi curiosidad, leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los Representantes.* Leí tambien los carteles, en los cuales los cómicos ofrecian por la primera vez aquel dia la representacion de una tragedia nueva de D. Gabriel Triaquero.

CAPÍTULO V.

Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva: qué écsito tuvo la pieza. Carácter del pueblo de Valencia.

DETÚVEME algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como trage. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los aposentos que habian mandado tomar, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores, me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponia á tomar billete, cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre, y habiéndome mandado llamar, me llevaron á su palco en donde me senté detras de los dos, de modo que podia hablar cómodamente con ambos. Estaba el salon lleno de gente de alto á bajo, el patio muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares.—¡Grande entrada! dije á Don Alfonso. No hay que admirarse de eso, me respondió, porque la tragedia que se va á representar está compuesta por Don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda.* Cuando los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composicion suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento: hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa: todos los palcos se abonan; y el dia de la primera representacion se estropean las gentes á la puerta por entrar, siendo así que se dobla el precio, esceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se respeta demasiado, por temor de que se altere.—Sin duda, dije entonces al gobernador, que esa viva curiosidad del público, esa furiosa impaciencia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiene por oir todas las composiciones nuevas de Don Gabriel, me dan una idea ventajosa del ingenio de ese poeta.

Al llegar aquí nuestra conversacion, se dejaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oirlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos; á cada verso se repetian, y al fin de cada jornada habia un palmoteo que parecia venirse al suelo el teatro. Concluida la representacion, me mostraron al autor, el cual iba modestamente por los aposentos á recoger los aplausos de que caballeros y damas le llenaban á competencia.

Nosotros volvimos al palacio del gobernador, adonde poco despues llegaron tres ó cuatro caballeros cruzados y dos autores antiguos muy apreciables en su clase, acompañados de un caballero de Madrid, sugeto de talento y de gusto. Todos habian estado en la comedia, y durante la cena no se habló sino de la nueva pieza.—¿Qué les parece á ustedes de la tragedia, preguntó un caballero de Santiago? ¿No es esto lo que se llama una obra perfecta? Pensamientos sublimes, espresiones tiernas, versificacion vigorosa, nada le falta; en una palabra, es un poema compuesto para los inteligentes.—No creo, respondió un caballero de Alcántara, que nadie pueda pensar de él de otra manera. Esta pieza tiene algunos trozos que parecen dictados por el mismo Apolo, y ciertos lances manejados con destreza: dígalo si no el señor, añadió, dirigiendo la palabra al caballero castellano, que me parece entendido, y apuesto á que es de mi opinion.—No apueste vd., caballero, le respondió el de Madrid con cierta risita falsa. Yo no soy de este pais: en Madrid no acostumbramos á decidir con tanta facilidad. Lejos de juzgar del mérito de una pieza que oimos por la primera vez, desconfiamos de sus bellezas cuando solamente la escuchamos en boca de los actores; y por mucha impresion que nos haga, suspendemos el juicio hasta haberla leido; porque en la realidad no siempre nos causa en el papel el mismo placer que nos ha causado en la escena.

—Por eso antes de calificar un poema, prosiguió, lo escaminamos escrupulosamente; y por grande que pueda ser la fama de un autor, no puede deslumbrarnos: cuando Lope de Vega mismo y Calderon, ofrecian composiciones nuevas, hallaban jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron á la cumbre de la gloria hasta despues de haber juzgado que eran dignos de ella.

—¡Oh! por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como ustedes: no esperamos para decidir á que se imprima una pieza. A la primera representacion conocemos todo su mérito: ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion, sino que nos basta saber que es produccion de Don Gabriel, para persuadirnos de que no tiene ningun defecto. Las obras de este poeta deben servir de época al nacimiento del buen gusto. Los Lopez y los Calderones no eran mas que unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El madrileño, que miraba á Lope y á Calderon como los Sófocles y Eurípides de los españoles, indignado con este discurso temerario, esclamó:—¡Qué sacrilegio dramático! Supuesto, señores, que ustedes me obligan á juzgar, como acostumbran, por la primera representacion, les diré, que no me ha gustado la tragedia de su Don Gabriel. Es un drama surcido de rasgos mas brillantes que sólidos. Las tres cuartas partes de los versos son malos, ó sin buena rima, los caracteres mal formados ó mal sostenidos, y los conceptos frecuentemente muy oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que, por una moderacion tan loable como rara, no habian dicho nada porque no se les sospechase de envidiosos, no pudieron menos de aprobar con los ojos la opinion de este caballero; lo que me hizo creer que su silencio era menos un efecto de la perfeccion de la obra que de su política. En cuanto á los caballeros cruzados, comenzaron de nuevo á elogiar á Don Gabriel, y aun le colocaron entre los dioses. Esta estravagante apoteósis y ciega idolatría impacientaron al castellano, que, alzando las manos al cielo, esclamó repentinamente entusiasmado:—¡Oh divino Lope de Vega, raro y sublime ingenio, que dejaste un inmenso espacio entre tí y todos los Gabrieles que quieran igualarte! y tú, melífluo Calderon, cuya suavidad elegante y purgada de epicismo es inimitable, no temais uno ni otro que vuestros altares sean derribados por este hijo novel de las musas. Muy afortunado será si la posteridad, cuya delicia formareis, así como formais la nuestra, hace mencion de él.

Este gracioso apóstrofe, que ninguno esperaba, hizo reir á toda la concurrencia, con lo cual se levantó de la mesa, y se retiró. Á mí me condujeron por órden de Don Alfonso al cuarto que me tenia dispuesto; encontré en él una buena cama, en la que habiéndose acostado mi señoría, se durmió, compadeciéndome tanto como el caballero castellano de la injusticia que los ignorantes hacian á Lope y á Calderon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI.

Gil Blas paseándose por las calles de Valencia encuentra á un religioso, á quien le parece conocer: qué hombre era este religioso.

COMO no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté y salí al siguiente para acabar de ecsaminarla. Divisé en la calle á un cartujo, que sin duda iba á negocios de su comunidad. Caminaba con los ojos bajos, y con un aspecto tan devoto que se llevaba la atencion de todos. Pasó muy cerca de mí, mírele atentamente, y me pareció ver en él á Don Rafael, aquel aventurero que ocupa tan honorífico lugar en varios capítulos de esta historia.

Me quedé tan asombrado y conmovido de este inesperado encuentro, que en vez de acercarme al monge, permanecí inmóvil por algunos momentos, lo que le dió tiempo para alejarse de mí.—¡Justo cielo! dije, ¿se habrán visto jamas dos rostros mas parecidos? ¿Qué deberé pensar? ¿Creeré que este es Rafael? ¿Pero puedo imaginar que no lo sea? Tuve demasiada curiosidad de saber la verdad para no pasar adelante.

Hice que me enseñasen el camino de la Cartuja, á donde fuí al momento con la esperanza de volver á ver al tal hombre cuando se restituyese al monasterio, y resuelto á detenerle para hablarle; pero no tuve necesidad de aguardarle para quedar enterado de todo. Al llegar á la puerta del monasterio, otra cara que yo conocia trocó mi duda en certidumbre, y reconocí en el lego portero á Ambrosio Lamela, mi antiguo criado.

Fué igual la sorpresa de ambos de encontrarnos allí.—¿Será acaso una ilusion? le dije al saludarle: ¿es realmente un amigo mio el que tengo á la vista? Al pronto no me conoció, ó acaso fingió no conocerme; pero considerando que era inútil la ficcion, y haciendo como quien de repen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te se acuerda de una cosa olvidada:—¡Ah Señor Gil Blas! esclamó, perdone su merced si no le conocí tan prontamente. Desde que vivo en este santo lugar, y me dedico á cumplir con los deberes que prescriben nuestras reglas, voy perdiendo insensiblemente la memoria de lo que he visto en el mundo.

—Tengo un verdadero gozo, le dije, de volverte á ver despues de diez años, con un trage tan respetable.—Y yo, respondió, me avergüenzo de presentarme con él á un hombre que ha sido testigo de mi mala vida: este hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! añadió dando un suspiro, para ser digno de llevarle, debiera haber vivido siempre en la inocencia.—Por ese modo de hablar, que me causa sumo placer, le repliqué, se ve claramente, mi caro hermano, que el dedo del Señor os ha tocado. Vuelvo á deciros que me lleno de gozo, y estoy impaciente por saber de qué modo milagroso entrásteis en el buen camino, vos y Don Rafael, porque estoy persuadido de que él es á quien acabo de encontrar en la ciudad en hábito de cartujo: me ha pesado de no haberle detenido en la calle para hablarle, y le espero aquí para reparar mi falta cuando se retire al monasterio.

—No se engañó su merced, me dijo Lamela, el mismo Don Rafael es á quien vd. ha visto; y en cuanto á la relacion que vd. me pide es la siguiente. Despues de habernos separado de vd. cerca de Segorve, el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de hacer allí alguna de las nuestras. Quiso la casualidad que entrásemos en la iglesia de cartujos á tiempo que los religiosos estaban rezando en el coro: detuvímonos á considerarlos, y conocimos por nuestra misma esperiencia que los malos no pueden menos de venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que rezaban, de aquel aire penitente y desasido de los placeres del siglo, y de la serenidad que se dejaba ver en sus semblantes, y que manifestaba tambien la quietud de sus conciencias.

Haciendo estas observaciones, caimos en una meditacion que nos fué saludable. Comparamos nuestras costumbres con las de estos buenos religiosos, y la diferencia que hallamos entre unas y otras nos llenó de turbacion y de inquietud.—Lamela, me dijo Don Rafael luego que salimos de la iglesia, ¿qué impresion ha causado en tí lo que acabamos de ver? Por lo que á mí toca, no puedo ocultártelo, no tengo el ánimo sosegado: me agitan unos movimientos que me son desconocidos; y por la primera vez de mi vida me acuso de mis iniquidades.—En igual disposicion me hallo yo, le respondí: las malas acciones que he cometido se levantan en este instante contra mí, y mi corazon, que jamas habia sentido remordimientos, está en la actualidad despedazado por ellos. ¡Ah querido Ambrosio! continuó mi compañero: somos dos ovejas descarriadas, que el Padre

celestial quiere por su piedad volver al aprisco. El es, amigo mio, él es quien nos llama; no seamos sordos á su voz; renunciemos á nuestras iniquidades, dejemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy á trabajar sériamente en el grande negocio de nuestra salvacion; debemos pasar el resto de nuestra vida en este monasterio, y consagrarla á la penitencia.

—Aprobé el pensamiento de Rafael, prosiguió el hermano Ambrosio, y tomamos la generosa resolucion de meternos cartujos. Para ponerla por obra, recurrimos al padre prior, que apenas supo nuestro designio, cuando, para probar nuestra vocacion, mandó se nos diesen celdas, y se nos tratase como á religiosos durante un año entero. Observamos las reglas con tanta esactitud y constancia, que fuimos recibidos de novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado y tan llenos de fervor, que sufrimos valerosamente los trabajos del noviciado, y en seguida se nos admitió á la profesion. Poco despues de ella, habiendo mostrado Don Rafael un talento á propósito para el manejo de negocios, le nombraron para aliviar á un padre anciano que era entonces procurador. Mas hubiera querido el hijo de Lucinda emplear todo el tiempo en la oracion; pero se vió obligado á sacrificar este gusto á la necesidad que se tenia de él. Adquirió un conocimiento tan completo de los intereses de la casa, que le juzgaron capaz de sustituir al anciano procurador, muerto tres años despues. Y así está ejerciendo en la actualidad este cargo, y puede decirse que lo desempeña con grande satisfaccion de los padres, que alaban mucho su conducta en la administracion de los bienes temporales. Pero lo que mas admira es que, á pesar del cuidado que se le confió de recaudar nuestras rentas, no parece ocupado sino en la vida eterna. Si los negocios le dejan un momento de reposo, se abisma en profundas meditaciones: en una palabra, es uno de los mejores individuos de este monasterio.

Interrumpí á Lamela cuando llegaba aquí, con un grande movimiento de gozo que manifesté al ver á Rafael, que á este punto se dejó ver de nosotros.—He aquí, esclamé, he aquí el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y al mismo tiempo corrí hácia él y le dí un abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la mas leve muestra de que mi vista le hubiese causado la menor alteracion:—Sea Dios loado, Señor de Santillana, me dijo con una voz llena de dulzura; Dios sea loado, por el placer que me causa el veros.—Verdaderamente, le dije, mi querido Rafael, yo tomo toda la parte posible en vuestra felicidad. Fray Ambrosio me ha contado la historia de vuestra conversion, y confieso que su relacion me ha encantado. ¡Qué ventura la vuestra, amados amigos mios, la de poder lisonjearos de ser de aquel corto número de escogidos que deben gozar de una bienaventuranza eterna!

—Dos miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian concebir semejante esperanza; pero el arrepentimiento de los pecados les hizo hallar gracia ante el Padre de las misericordias. ¿Y vd., Señor Gil Blas, añadió, no piensa tambien en merecer que el Señor le perdone las culpas que contra él ha cometido? ¿Qué asuntos le han traido á vd. á Valencia? ¿Ejerce por desgracia algun empleo peligroso?—No, á Dios gracias, le respondí: desde que salí de la corte hago una vida honrada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una hacienda que tengo distante pocas leguas de esta ciudad, y otras vengo á recrearme algunos dias con mi amigo el señor gobernador, á quien ustedes dos conocen muy bien.

Entonces les conté la historia de Don Alfonso de Leiva, que oyeron con atencion; y cuando les dije que yo habia llevado de parte de este señor á Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y dirigiendo la palabra á Rafael, le dijo:—Segun eso, padre Hilario, el buen mercader ya no debe quejarse de un robo que se le ha restituido con usura, y nosotros dos debemos tener la conciencia bien tranquila sobre este punto.—Con efecto, dijo el procurador, antes que el hermano Ambrosio y yo tomásemos el hábito, hicimos entregar secretamente á Samuel Simon mil y quinientos ducados por mano de un honrado eclesiástico, que quiso tomarse el trabajo de ir á Chelva á hacer esta restitucion secreta.—Tanto peor para Samuel, si fué capaz de embolsarse esta cantidad despues de haber sido reintegrado enteramente por el Señor de Santillana.—¿Pero esos mil y quinientos ducados repliqué yo se le entregaron fielmente?—Sin duda alguna, contestó Don Rafael: yo responderia de la integridad del eclesiástico como de la mia.—Y yo tambien le abonaria, dijo Lamela; especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por depósitos que se le habian confiado, y en los que fueron condenados en costas sus acusadores.

Nuestra conversacion duró todavia algun tiempo, y luego nos separamos, ellos ecshortándome á que tuviese siempre presente el santo temor de Dios, y yo recomendándome á sus buenas oraciones. Fuí al momento á verme con Don Alfonso, y le dije:—Nunca acertaria V. S. con quien acabo de tener una larga conversacion: no hago mas que separarme de dos venerables cartujos que V. S. conoce: el uno se llama el padre Hilario, y el otro el hermano Ambrosio.—Te equivocas, me respondió Don Alfonso, porque yo no conozco á ningun cartujo.—Perdone V. S., le repliqué, pues conoció en Chelva al hermano Ambrosio, comisario de la Inquisicion, y al padre Hilario, secretario.—¡Oh cielos! esclamó sorprendido el gobernador: ¡Será posible que Rafael y Lamela se hayan meti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do cartujos!—Es positivo, le respondí, y años ha que profesaron. El primero es procurador de la casa, y el segundo portero.

Quedó pensativo algunos momentos el hijo de Don César, y luego meneando la cabeza dijo:—Harto será que el señor comisario de la Inquisicion y su secretario no estén representando aquí una nueva comedia.—V. S., repuse yo, juzga de lo presente por el tiempo pasado; pero yo, que vengo de hablarles, juzgo mas benignamente. Es verdad que no se ve el fondo de los corazones; mas segun todas las apariencias, estos son dos bribones convertidos.—Bien puede ser, respondió Don Alfonso, porque hay muchos libertinos que, despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes, se encierran en los claustros para hacer una rigurosa penitencia: me alegraria mucho de que nuestros dos monges fueran de estos libertinos.

—¿Y por qué no lo serian? le dije: ellos han abrazado voluntariamente la vida monástica muchos años ha, y se portan en ella con la mayor edificacion.—Dí todo lo que quisieres, me contestó el gobernador; pero á mí nada me gusta que los caudales del monasterio estén en poder del padre Hilario, de quien no podria menos de desconfiar. Cuando me acuerdo de la donosa relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartujos. Quiero suponer, como tú, que haya tomado el hábito con muy buena intencion; pero el manejo del dinero puede despertar su codicia. A ningun borracho que ha dejado el vino se le debe fiar la llave de la bodega.

Pocos dias despues se verificó no ser infundada la desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador y el portero con el dinero del monasterio: noticia que, esparcida al punto por la ciudad, no dejó de dar que reir á los burlones, que celebran siempre las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y á mí, nos compadecimos de los cartujos, sin hacer alarde de que conociamos á los apóstatas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VII.

Gil Blas se restituye á su quinta de Liria; de la noticia agradable que Escipion le dió y de la reforma que hicieron en su familia.

OCHO dias fueron los que me detuve en Valencia, gozando del mundo, y viviendo como los condes y marqueses, entretenido en ver comedias, y concurrir á bailes, conciertos, banquetes y tertulias de damas, proporcionándome todas estas diversiones tanto el señor gobernador, como la señora gobernadora, á quienes hice la corte tan cumplidamente, que ambos sintieron mi regreso á Liria, y aun me obligaron antes de marchar á que les prometiera repartir el tiempo entre ellos y mi soledad. Convenimos en que permaneceria en la ciudad el invierno, y el verano en mi quinta. Con esta condicion me dejaron en libertad mis bienhechores para que me fuese á gozar de sus beneficios.

Escipion, que deseaba con ansia mi vuelta, se alegró infinito de ella, aumentándose su gozo con la relacion que le hice de mi viage.—¿Y tú, amigo mio, le pregunté, qué te has hecho aquí durante mi ausencia? ¿Te has divertido mucho?—Cuanto puede hacerlo, me respondió, un criado fiel que nada ama tanto como la presencia de su amo. He paseado por todos los puntos de nuestros pequeños estados; y sentándome unas veces junto á la fuente que está en el bosque, contemplaba con particular gusto la claridad de sus aguas tan puras y cristalinas como las de aquella sagrada fuente cuyo estruendo hacia resonar el espacioso bosque de Albunea; y recostado otras al pié de un árbol oía cantar á los ruiseñores y jilgueros. En fin, he cazado, he pescado; pero lo que me ha gustado aun mas que todos estos pasatiempos, ha sido la lectura de muchos libros tan útiles como entretenidos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario preguntándole, dónde

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia hallado aquellos libros.—Los he encontrado, me respondió, en una selecta librería que hay en casa, que me ha enseñado el maestro Joaquin.—¿Pero en qué parte está esa librería? le volví á preguntar: ¿No registramos toda la casa el dia que llegamos?—Así le pareció á vd., me respondió; pero sepa que solamente recorrimos tres distritos, olvidándosenos el cuarto; y allí es donde Don César cuando venia á Liria empleaba una parte de su tiempo en la lectura. Hay en esta librería muy buenos libros que se nos han dejado como un recurso seguro contra el tedio para cuando nuestros jardines, despojados de flores y nuestro bosque de hoja, no puedan preservarnos de él. Los señores de Leiva no han hecho las cosas á medias, sino que han cuidado tanto del alimento espiritual como del corporal.

Esta noticia me causó una verdadera alegria. Hice que me enseñasen el cuarto distrito, en el cual se me ofreció un espectáculo muy agradable. Halléme en una vivienda, que desde luego destiné para mi morada, como Don César la habia escogido para sí. La cama de dicho señor estaba allí todavia con todos los adornos, es á saber: una tapicería que representaba el rapto de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete que tenia estantes bajos al rededor llenos de libros, y sobre la estantería los retratos de todos nuestros reyes. Habia tambien en él, al lado de una ventana, que tenia vistas á una campiña deliciosa, un escritorio de ébano delante de un gran sofá de tafilete negro; pero lo que principalmente llamó mi atencion fué la librería. Componíase de obras de filósofos, poetas, historiadores, y gran número de libros de caballería. Conocí que Don César gustaba de estos, en vista de los muchos que de esta clase habia juntado. Confieso, no sin rubor, que yo no era menos aficionado á estas producciones, á pesar de las estravagancias de que están atestadas, ya porque no fuese entonces un lector delicado, ya porque lo maravilloso hace á los españoles muy indulgentes. Con todo eso diré en abono mio, que hallaba mas deleite en los libros de moral recreativa, y que Luciano, Horacio y Erasmo eran mis autores favoritos.

—Amigo mio, dije á Escipion luego que pasé la vista por mi librería, aquí sí que tenemos en que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar nuestra familia.—Ya le he ahorrado á vd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia he estudiado bien á sus criados, y me atrevo á decir que los conozco perfectamente. Comencemos por el maestro Joaquin: creo que es un bribon completo, y no pongo la menor duda en que le habrán despedido de casa del Arzobispo por algunos errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. No obstante, es necesario conservarle, por dos razones: la primera por-

que es buen cocinero; y la segunda, porque yo no le perderé de vista, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para podérmela pegar. Ya le he dicho que vd. estaba en ánimo de despedir las tres partes de sus criados, noticia que le turbó y apesadumbró mucho, tanto, que llegó á decirme que, teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á vd., se contentaria con la mitad del salario que goza al presente, solo por no salir de casa; lo que me hace sospechar que hay en la aldea alguna muchachuela de quien no quisiera alejarse. Por lo que toca al ayudante de cocina, prosiguió, es un borracho, y el portero un insolente que para nada le necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de éste le podré yo desempeñar muy bien, como se lo haré ver á vd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municiones. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el aragonés. Nos quedarémos con él, y echarémos á los demas que son unos malas cabezas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber tratado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el mozo de cocina y con el aragonés, y despedir con buen modo á todos los demas. Así se ejecutó en aquel mismo dia, regalándoles Escipion en nombre mio, ademas de su salario, algunos doblones que sacó del arca del dinero. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto órden en la quinta, arreglando las obligaciones que correspondian á cada criado, y comenzando desde entonces á mantenernos á nuestra costa. Yo me hubiera contentado con un trato frugal; pero mi secretario, que apetecia los buenos bocados y platos regalados, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del maestro Joaquin. La ejercitó tan bien, que nuestras comidas y cenas eran abundantes y delicadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.

DOS dias despues de mi vuelta de Valencia á Liria, el labrador Basilio mi arrendatario, vino al tiempo en que me estaba vistiendo, á pedirme el permiso para presentarme su hija Antonia, que deseaba, decia él, tener el honor de saludar á su nuevo amo. Habiéndole respondido que en eso me daria mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar con la hermosa Antonia. Creo deber dar este epíteto á una jóven de diez y seis á diez y ocho años, que ademas de unas facciones regulares, tenia unos colores muy hermosos, y los mejores ojos del mundo. Solo estaba vestida de sarga; pero su garboso talle, su aire magestuoso, y unas gracias que no siempre acompañan á la juventud, daban realce á la sencillez de su trage. Tenia la cabeza descubierta, el pelo recogido atras, y un ramillo de flores encima imitando la sencillez de las lacedemonias.

Cuando la ví entrar en mi cuarto me quedé tan suspenso de ver su hermosura como los paladines de Carlo Magno cuando vieron á la bella Angélica. En vez de recibir á Antonia con jovial desembarazo, y decirle algunas cosas lisonjeras, en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, quedé admirado, turbado, suspenso y sin poder pronunciar palabra. Escipion, que conoció mi turbacion, tomó la palabra por mí, é hizo la costa de las alabanzas que yo debia á aquella amable persona. Ella, á quien no deslumbró mi persona en bata y gorro, me saludó sin cortarse, y me hizo un cumplido, que aunque de los mas comunes, me acabó de encantar. Entre tanto que mi secretario, Basilio y su hija se hacian recíprocos cumplimientos, yo volví en mí, y como si quisiera compensar al estúpido silencio que habia guardado hasta entonces, pasé de un estremo á otro, estendiéndome en discursos obsequiosos, y hablando con tanta fogosidad que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en ejecucion cuanto le fuese dable para seducir á Antonia, se apresuró á salir con ella de mi cuarto, resuelto quizá á apartarla de mi vista para siempre.

Así que Escipion se halló á solas conmigo, me dijo sonriéndose:—

Otro remedio teneis contra el fastidio de la soledad. No sabia yo que vuestro arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví, aunque estuve dos veces en su casa. Debe cuidar de guardarla, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso; pero añadió, esto creo que no es necesario decírselo á vd., porque á la primera vista le deslumbró.—No te lo niego, respondí. ¡Ah! hijo mio, he creido ver una diosa en aquella criatura: me ha dejado de repente abrasado en amor. El rayo tarda mas en herir que la flecha con que ella ha atravesado mi corazon.

—Mucho gozo me causa vd., replicó mi secretario, en confesarme que al fin ha llegado á enamorarse. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba otra cosa. Ahora sí que gracias á Dios tiene vd. todo lo que ha menester. Bien sé, continuó, que nos costará algun trabajo burlar la vigilancia de Basilio; pero eso corre de mi cuenta, y he de hacer que antes de tres dias logre vd. tener una secreta conversacion con Antonia.—Señor Escipion, le respondí, quizá no podria vd. cumplir esa palabra; fuera de que no quiero hacer esperiencia de ello. Estoy muy distante de querer tentar la virtud de esa doncella, cuyo recato me parece merecer otras consideraciones. Y así, lejos de ecsigir de tu celo me ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu mediacion en facilitar mi casamiento con ella, con tal que su corazon no esté ya prendado de otro.—No esperaba yo ciertamente, me respondió, que vd. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los señores de aldea, si se hallasen en igual caso que vd. procederian con tanta honradez, ni se dirigirian á solicitar á Antonia por medios legítimos, sino despues de haber tentado otros inútilmente. Por lo demas, añadió, no crea vd. que desapruebo su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento, pues al contrario, confieso que la hija del arrendatario es merecedora del honor que vd. quiere hacerle, siempre que pueda entregar á vd. un corazon intacto y agradecido: eso es lo que hoy mismo sabré por la conversacion que pienso tener con su padre, y quizá con ella misma.

Mi confidente era un hombre puntualísimo en cumplir lo que prometia. Fué á verse secretamente con Basilio, y por la tarde vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando entre la impaciencia y el temor. Observé que volvia muy alegre, lo que me hizo pronosticar desde luego que me traía buenas nuevas.—Si he de creer á tu risueña cara, le dije, estoy en que vienes á anunciarme que presto veré satisfechos mis deseos.—Así es, me respondió, mi querido amo, todo le sale á vd. á medida de su deseo: he hablado á Basilio y á su hija del designio de vd. El padre está lleno de gozo de saber que vd. quiere ser su yerno; y puedo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asegurar que sois del gusto de Antonia.—¡Oh cielo! interrumpí todo enagenado de gozo: ¡con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable criatura!—No lo dude vd., me respondió, ella os ama ya, y en verdad que esta confesion no la he oido de su boca, sino que la he inferido de la alegria que ha manifestado al saber vuestro designio. Sin embargo, prosiguió, vd. tiene un rival.—¡Un rival! esclamé poniéndome pálido.—No os inquieteis por eso, me dijo, este rival no os robará el corazon de vuestra dama. Ese tal es el maestro Joaquin vuestro cocinero.—¡Ah ladron! dije entonces soltando una gran carcajada; ve ahí porque ha mostrado tal repugnancia á dejar mi servicio.—Cabalmente, añadió Escipion; dias pasados pidió en matrimonio á Antonia, que le fué negada cortesmente.—Salvo tu mejor parecer, creo que convendrá, le repliqué yo, deshacernos de ese pícaro antes que llegue á saber que quiero casarme con la hija de Basilio; un cocinero, como sabes, es un rival peligroso.—Tiene vd. razon, respondió mi confidente: se le debe echar de casa; mañana por la mañana le despediré ántes que se ponga á disponer la comida; y con eso vd. ya no tendrá nada que temer de sus salsas ni de su amor. Sin embargo, continuó Escipion: no deja de dolerme el perder tan buen cocinero; pero sacrifico mi golosina á la seguridad de vd.—No debes, le dije, sentir tanto su pérdida, porque no es irreparable; voy á hacer venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto, inmediatamente escribí á Don Alfonso diciéndole que necesitaba un cocinero, y al dia siguiente me envió uno que consoló á Escipion.

Aunque este celoso secretario me habia dicho haber advertido que Antonia allá en su interior se alegraba mucho de haber hecho la conquista de su señor, no me atrevia á fiarme de su relacion, temiendo se hubiese dejado engañar de falsas apariencias. Para cerciorarme de ello, resolví hablar yo mismo á la hermosa Antonia, y á este efecto me fuí á casa de Basilio, á quien confirmé cuanto le habia dicho mi embajador. Este buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme escuchado, me aseguró que me concedia su hija con una indecible satisfaccion; pero no piense V. S., añadió, que se la doy porque es señor de este lugar; aun cuando no fuera V. S. mas que mayordomo de Don César y de Don Alfonso, le preferiria á todos los demas amantes que se presentasen, porque siempre le he tenido grande inclinacion; y lo que mas siento es que mi Antonia no tenga una dote considerable que ofrecerle.—No le pido ninguna, le dije; su persona es el único bien á que aspiro.—Doy á V. S. mil gracias, esclamó; pero no es esa mi cuenta: yo no soy ningun descamisado para casar así á mi hija: Basilio de Buentrigo tiene, á Dios gracias, con que dotarla, y quiero ella dé á V. S. de cenar si V. S. le da de comer. En una palabra, las rentas de esta quinta no esceden de

quinientos ducados, y yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

—Pasaré por cuanto quisieres, mi amigo Basilio, le respondí, y nunca reñirémos por materia de intereses: supuesto que los dos estamos de acuerdo, solo se trata de obtener el consentimiento de tu hija.—V. S. tiene ya el mio, me dijo, y este ¿no basta?—No, le respondí; si el tuyo me es necesario, el de ella lo es tambien.—El suyo depende del mio, repuso él, y no se atreverá á resollar en mi presencia.—Antonia, le repliqué, sumisa á la autoridad paternal, sin duda estará pronta á obedecer ciegamente; mas no sé si en esta ocasion lo hará sin repugnancia, y por poca que tuviese, nunca me consolaria de haber sido causa de su desgracia: en fin, no me basta que me dés su mano, sino que es necesario que su corazon no lo sienta.—¡Qué diantre! Dijo Basilio, yo no entiendo todas esas filosofías; hable V. S. mismo con Antonia, y verá, si mucho no me engaño, que nada apetece mas que ser vuestra esposa. Dicho esto, llamó á su hija, y me dejó un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fuí desde luego al asunto:—Bella Antonia, le dije, decide de mi suerte; aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que quiero valerme de él para violentar tu gusto. Por dulce que me sea tu posesion, yo la renuncio si me dices que no la he de deber sino solamente á tu obediencia.—Eso es, señor, me respondió ella, lo que nunca os diré; vuestra solicitud es para mí tan grata que jamas podrá causarme pena, y en vez de oponerme al consentimiento de mi padre, apruebo su eleccion. No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros de este modo; pero si no me hubierais agradado, seria bastante franca para deciroslo: pues ¿por qué no podré declararos lo contrario con la misma libertad?

Al oir estas palabras que no pude escuchar sin quedar enagenado, hinqué una rodilla en tierra delante de Antonia, y en el esceso de mi alegría, tomándole una de sus hermosas manos se la besé con ademan tierno y apasionado.—Mi amada Antonia, le dije, tu franqueza me hechiza: continúa; no te violentes por nada, pues hablas á tu esposo: lea yo en tus ojos lo que pasa en tu corazon, para que pueda lisongearme de que no verás sin complacencia estrecharse tu suerte con la mia. Á esta sazon entró Basilio, y no pude proseguir. Deseoso éste de saber lo que su hija me habia respondido, y dispuesto á reñirla si me hubiese manifestado la menor aversion, volvió prontamente á reunirse conmigo. —Y bien, me dijo, ¿está V. S. contento con la respuesta de Antonia?—Lo estoy tanto, le respondí, que desde este momento voy á ocuparme en los preparativos de mi casamiento; y dicho esto, dejé á padre é hija para ir á celebrar consejo sobre el asunto con mi secretario.

CAPÍTULO IX.

Casamiento de Gil Blas y la bella Antonia. Aparato con que se hizo, qué personas asistieron á él, y fiestas con que se celebró.

AUNQUE no necesitaba del permiso de los señores de Leiva para casarme, juzgamos Escipion y yo que no podria escusarme, sin faltar á la gratitud, de participarles mi designio de unirme con la hija de Basilio, y aun de pedirles su consentimiento por política.

Marché al momento á Valencia, donde todos se quedaron tan sorprendidos de verme, como de saber el motivo de mi viage. Don César y Don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto varias veces, me dieron mil enhorabuenas de haberla elegido por esposa. Sobre todo, Don César me hizo un cumplimiento tan espresivo, que, á no estar yo persuadido de que aquel señor habia dejado del todo ciertos pasatiempos, sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria, no tanto por ver su quinta, como á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado que siempre tomaria mucho interes en mis satisfacciones, me dijo que habia oido hacer mil elogios de Antonia. —Pero, añadió con algo de malicia, y como para zaherirme sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de Séfora, aunque no me hubieran ponderado su hermosura, jamas hubiera dudado de tu buen gusto, porque sé lo delicado que es.

No se contentaron Don César y su hijo con aprobar mi matrimonio, sino que quisieron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta.—Vuelve, me dijeron, á tomar el camino de Liria, y no salgas de allí hasta que oigas hablar de nosotros; ni hagas preparativo alguno para la boda, que ese es cuidado nuestro.

Por condescender con la voluntad de aquellos señores, me volví á mi quinta. Comuniqué á Basilio y á su hija las intenciones de nuestros protectores, y estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible noticias suyas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero al noveno vimos llegar un coche de cuatro mulas, con costureras dentro, que traían hermosas telas de seda para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados en mulas. Uno de ellos me entregó una carta de parte de Don Alfonso, en que me decia este señor que el dia siguiente estaria en Liria con su padre y su esposa, y que al otro cele-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

braria la ceremonia del matrimonio el provisor de Valencia. Con efecto, al otro dia llegaron á mi quinta Don César, su hijo, Serafina y el provisor, todos cuatro en un coche de seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venian las criadas de Serafina, y seguido de la guardia del gobernador.

Luego que la gobernadora entró en la quinta, mostró vivos deseos de ver á Antonia, la cual así que supo la llegada de Serafina, acudió á saludarla y besarle la mano, lo que ejecutó con tanta gracia, que dejó admirada á la comitiva.—Y bien, Serafina, preguntó Don César á su nuera, ¿qué os parece Antonia? ¿Podia Santillana hacer una eleccion mejor?—No, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que su enlace será muy feliz. En fin, todos alabaron mi novia, y si les pareció bien con su vestido de sarga, quedaron aun mas encantados de ella cuando se presentó con trage ostentoso; pues segun la nobleza y desembarazo de su persona, parecia no haber usado otros en su vida.

Llegado el momento en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte, Don Alfonso me tomó de la mano para conducirme al altar, y Serafina hizo el mismo honor á la novia: en este órden nos dirigimos á la iglesia de la aldea, en donde nos estaba esperando el provisor para casarnos; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los habitantes de Liria y de los labradores ricos del contorno, á quienes habia convidado Basilio á la boda de Antonia, los cuales llevaban consigo á sus hijas adornadas de cintas y de flores, y con panderetas en la mano. Nos volvimos en seguida á la quinta, en donde por disposicion de Escipion, director del festin, habia prevenidas tres mesas, una para los señores, otra para su comitiva, y la tercera que era la mayor, para todos los demas convidados. Antonia se sentó en la primera, porque así lo quiso la gobernadora; yo hice los honores de la segunda, y Basilio asistió á la de los aldeanos. Escipion á ninguna se sentó; no hacia mas que ir y venir de una á otra, cuidando de que las mesas estuviesen bien servidas y todos contentos.

Los cocineros del gobernador eran los que habian dispuesto la comida, y ya se deja entender que nada faltaria en ella. Los esquisitos vinos de que el maestro Joaquin habia hecho provision para mí, se gastaron con profusion. Los convidados comenzaban á acalorarse, y reinaba una alegría general, cuando fué turbada de repente por un acontecimiento que me sobresaltó. Habiendo entrado mi secretario en la sala donde yo comia con los principales criados de Don Alfonso, y las criadas de Serafina, cayó de repente desmayado, perdiendo el conocimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Levantéme prontamente á socorrerle, y mientras estaba ocupado en hacerle volver en sí, una de las criadas se desmayó tambien. Todos nos persuadimos que estos dos desmayos encerraban algun misterio; y en efecto ocultaban uno que tardó poco en aclararse; porque recobrando de allí á poco Escipion el uso de los sentidos, me dijo en voz baja:—¡El dia mas alegre para vd. habia de ser para mí el mas infausto! Ninguno puede evitar su desgracia, añadió; acabo de encontrar á mi muger en una de las criadas de Serafina.

—¡Qué es lo que oigo! esclamé; no puede ser. ¿Cómo? ¿Serias acaso el marido de esa muger que acaba de desmayarse al mismo tiempo que tú?—Sí, señor, me respondió; soy su marido, y juro á vd. que no podia la fortuna jugarme una pieza mas ruin que presentarla á mis ojos. —Ignoro, amigo mio, repliqué, las razones que tienes para quejarte de tu esposa; pero, sea el que fuere el motivo que haya dado para ello, te ruego que te reprimas: si me amas, no turbes la fiesta haciendo público tu resentimiento.—Señor, repuso Escipion, quedareis satisfecho de mí; vais á ver si sé disimular perfectamente.

Hablando de este modo se acercó hácia su muger á quien sus compañeras tambien habian hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura, como si efectivamente hubiera estado lleno de gozo por volverla á ver:—¡Ah mi querida Beatriz, le dijo, con que al fin el cielo nos vuelve á juntar al cabo de diez años de separacion! ¡Oh dulce momento para mí!—Yo no sé, le respondió su muger, si esperimentas realmente algun placer en volverme á encontrar; pero á lo menos estoy bien persuadida de que no te dí ningun motivo justo para abandonarme. Porque me encontraste una noche con el Señor Don Fernando de Leiva que estaba enamorado de mi ama Julia, y á cuya pasion favorecia yo, se te figuró á tí que yo le daba oidos á costa de tu honor y del mio: al momento te trastornan la cabeza los celos, dejas á Toledo, y huyes de mí como de un monstruo, sin dignarte siquiera pedirme satisfaccion ni escuchar mis descargos; díme ahora, si gustas, ¿cuál de los dos tiene mas derecho para quejarse?—Tú sin duda, le replicó Escipion.—Ciertamente que sí, continuó ella; Don Fernando, luego que partiste de Toledo se casó con Julia, á la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte temprana nos la arrebató, me tomó á su servicio su hermana mi señora, y tanto ella como todas sus criadas te podrán informar de la pureza de mis costumbres.

No teniendo que replicar mi secretario á estas razones, pues no podia probar fuesen falsas, cedió gustoso á la fuerza de ellas, y dijo á su esposa:—Vuelvo á repetir que reconozco mi culpa, y te pido perdon de ella á vista de este respetable concurso. Entonces intercediendo por él,

rogué á Beatriz olvidase lo pasado, asegurándole que su marido no pensaria en adelante mas que en tratarla con el mayor cariño. Rindióse á mi súplica; todos los circunstantes celebraron la reunion de estos dos esposos, y para solemnizarla mejor, se les hizo sentar á la mesa juntos: se repitieron á porfia los brindis por la salud de entrambos, y mas parecia que el festin se habia dispuesto para celebrar aquella reconciliacion que para festejar mi boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los aldeanos mozos para formar bailes con las jóvenes aldeanas, que con el ruido de sus panderetas atrajeron bien pronto á los convidados de las otras mesas y les inspiraron el deseo de seguir su ejemplo. Todos se pusieron en movimiento: los dependientes del gobernador bailaron con las criadas de la gobernadora, y hasta los mismos señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina, y Don César otra con Antonia, la cual vino despues á buscarme para que bailase con ella, y en verdad que no lo hizo mal para una persona que no tenia mas que algunos principios de baile que habia aprendido en casa de una parienta suya avecindada en Albarracin. Yo, que como ya he dicho, me habia enseñado á bailar en casa de la marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarin. Beatriz y Escipion prefirieron al baile una conversacion entre los dos para darse recíproca cuenta de lo que les habia sucedido mientras habian estado separados; pero fué interrumpido su coloquio por Serafina, que informada de su encuentro los hizo llamar para manifestarles lo mucho que de ello se alegraba.—Hijos mios, les dijo, en este dia de regocijo se acrecienta mi satisfaccion viéndoos restituidos uno á otro.—Amigo Escipion, añadió, ahí te entrego á tu esposa, asegurándote que su conducta ha sido siempre irreprensible: vive aquí con ella en perfecta armonía. Y tú, Beatriz, dedícate al servicio de Antonia y no le seas menos afecta que tu marido lo es al señor de Santillana. Escipion, no pudiendo ya á vista de esto mirar á su muger sino como á otra Penélope, prometió tratarla con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse los aldeanos y aldeanas á sus casas, despues de haber estado bailando toda la tarde; pero continuó la fiesta en la quinta. Sirvióse una magnífica cena; y cuando se trató de irse todos á recoger, el provisor bendijo el lecho nupcial: Serafina desnudó á la novia, y los señores de Leiva me hicieron la misma honra. Lo mas gracioso fué que los dependientes de Don Alfonso y las criadas de la gobernadora quisieron para divertirse practicar la misma ceremonia; desnudaron á Beatriz y á Escipion, los cuales, para hacer mas cómica la escena, se dejaron desnudar y acostar guardando gran gravedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas y de la bella Antonia. Principio de la historia de Escipion.

El dia siguiente de mi boda, los señores de Leiva regresaron á Valencia, despues de haberme dado otras mil señales de amistad; de tal modo, que mi buen secretario y yo nos quedamos solos en la quinta con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en agradar á nuestras esposas, no fué inútil; pues en poco tiempo inspiré yo á la mia tanto amor como le profesaba, y Escipion hizo olvidar á la suya los disgustos que le habia causado. Beatriz, que era de carácter dócil y afable, se grangeó fácilmente el cariño de su nueva ama y ganó su confianza. En fin, todos cuatro nos avenimos perfectamente, y comenzamos á gozar de una suerte envidiable, pasando la vida en los mas dulces entretenimientos. Antonia era bastante seria; pero Beatriz y yo éramos muy alegres; y aun cuando no lo fuéramos nos bastaria estar con Escipion para no conocer la melancolía; porque era un hombre sin igual para la sociedad, una de aquellas personas festivas que solo con presentarse divierten á la concurrencia.

Un dia que despues de comer se nos antojó ir á dormir la siesta al sitio mas apacible del bosque, mi secretario estaba de tan buen humor, que nos quitó á todos el sueño con sus graciosas ocurrencias.—Calla esa boca, le dije, amigo mio, ó si quieres que no durmamos cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion.—Con mucho gusto, señor, me respondió. ¿Quiere vd. que le cuente la historia del rey Don Pelayo?—De mejor gana oiria la tuya, le repliqué; pero ese gusto nunca me lo has querido dar desde que vivimos juntos, ni espero que jamas me lo

des: ¿de qué proviene esto?—Si no he contado á vd. la historia de mi vida, ha consistido en que jamas me ha manifestado el menor deseo de saberla; por consiguiente, no tengo yo la culpa de que vd. ignore mis aventuras; y por poca curiosidad que tenga de oirlas, estoy pronto á satisfacérsela. Antonia, Beatriz y yo le cogimos la palabra, y nos dispusimos á escuchar su relacion, que no podia menos de causar en nosotros un buen efecto, ya divirtiéndonos, ó ya escitándonos al sueño.

—Yo, comenzó á decir Escipion, seria hijo de un grande de España de primera clase, ó cuando menos de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escoger padre, han de saber vds. que el mio, llamado Toribio Escipion, fué un honrado cuadrillero de la santa Hermandad. Como iba y venia por los caminos reales, por donde su profesion le obligaba á andar casi siempre, cierto dia encontró casualmente entre Cuenca y Toledo á una gitanilla que le pareció muy linda. Caminaba sola, á pié, y llevaba consigo todo su ajuar en una especie de mochila echada al hombro.—¿A dónde vas así, prenda mia? le dijo, suavizando cuanto pudo la voz, que era naturalmente bronca.—Caballero, contestó ella, voy á Toledo, donde de un modo ó de otro espero ganar de comer viviendo honradamente.—Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que para eso tendrás varios arbitrios.—Sí, gracias á Dios, respondió la gitanilla, tengo varias habilidades: sé hacer pomadas, y quintas esencias muy útiles para las damas; digo la buena ventura: sé dar vueltas al cedazo para hacer que se encuentren las cosas perdidas; y muestro cuanto se quiere ver en una redoma ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una jóven como esta era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le producia para mantenerse, sin embargo de saber desempeñarle con la mayor esactitud, le propuso si queria ser su esposa. Aceptó la niña la propuesta; se fueron ámbos inmediatamente á Toledo, en donde se casaron, y en mí ven ustedes el digno fruto de este noble matrimonio. Fijaron su residencia en un arrabal, en donde mi madre comenzó á vender pomadas y quintas esencias; pero viendo que este trato producia poco, comenzó á hacer de adivina. Entonces fué cuando se vieron llover en su casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de ambos secsos pusieron bien pronto en auge la fama de Coscolina, que así se llamaba la gitana. No pasaba dia sin que viniese alguno á ocuparla en su ministerio: ya llegaba un sobrino pobre, que queria saber cuándo su tio, de quien era único heredero, partiria para la otra vida; y ya llegaba una doncella que deseaba con ansia averiguar si un caballero mozo que le habia dado palabra de casamiento se la cumpliria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Persuádome de que ustedes darán por supuesto que los vaticinios de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes los hacia: si se cumplian, enhorabuena; pero si alguna vez venian á reconvenirla por haber sucedido lo contrario de lo que habia pronosticado, contestaba frescamente que debia echarse la culpa al diablo, que, á pesar de la fuerza de los conjuros que ella empleaba para obligarle á que le revelase lo futuro, tenia algunas veces la malicia de engañarla.

Cuando mi madre, por honor del oficio, creia deber hacer visible al diablo en sus operaciones, entonces era Toribio Escipion quien hacia el papel del diablo, y lo desempeñaba con perfeccion, porque la aspereza de su voz y la fealdad de su rostro cuadraban á maravilla con lo que representaba. Poca credulidad era menester para espantarse al aspecto de mi padre; pero un dia vino por desgracia cierto capitan majadero que quiso ver al diablo, y le atravesó de parte á parte con la espada. Informada la Inquisicion de la muerte del diablo, despachó sus ministros contra la Coscolina, á quien prendieron, embargando al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí, que á la sazon solo tenia siete años, me metieron en el hospicio de los niños huérfanos. Habia en esta casa unos caritativos eclesiásticos que, estando bien dotados para cuidar de la educacion de los pobres huérfanos, tenian el trabajo de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y por esta causa me distinguieron entre los demas, escogiéndome para hacer sus recados. Yo era el que llevaba sus cartas, hacia sus demas encargos y les ayudaba á misa. En pago de mis servicios trataron de enseñarme la lengua latina; pero lo ejecutaron con tanta aspereza, y me trataron con tal rigor, á pesar de los servicios que les hacia, que, no pudiendo ya resistir mas, un dia en que me enviaron á un recado, cogí las de Villadiego, y en vez de volver al hospicio, me escapé de Toledo por el arrabal del lado de Sevilla.

Aunque á la sazon apenas tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento de verme en libertad y dueño de mis acciones. No llevaba que comer ni dinero; pero nada me importaba, porque tampoco tenia leccion que estudiar ni temas que componer. Despues de haber andado dos horas, comenzaron mis piernecitas á negarme su servicio. Como nunca habian hecho tan larga caminata, fué preciso pararme á descansar. Sentéme al pié de un árbol que estaba á orillas del camino real, y para entretenerme saqué el Arte que llevaba en el bolsillo. Comencé á hojearle por diversion, pero acordándome de las palmetas y de los azotes que me habia costado, desgarré las hojas, diciendo lleno de cólera:—¡Ah maldito libro! ya no me harás llorar mas. Estando satisfaciendo mi venganza, y sembrando la tierra al rededor de mí de declinacio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y conjugaciones, pasó casualmente por allí un ermitaño de aspecto venerable, con barba blanca, y unos grandes anteojos. Acercóse á mí, miróme con mucha atencion, y yo tambien le estuve mirando con la misma.—Hijito mio, me dijo sonriéndose, me parece que los dos nos hemos mirado con cariño, y que no hariamos mal en vivir juntos en mi ermita, que solo dista doscientos pasos de aquí.—Buen provecho le haga á vd., le respondí con bastante sequedad, que yo ninguna gana tengo de ser ermitaño. Al oir esta respuesta, el buen viejo dió una grande carcajada de risa, y me dijo abrazándome:—Mi hábito, hijo mio, no debe asustarte; si es poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues me hace dueño de un deleitoso retiro, y de varios lugarcitos circunvecinos, cuyos habitantes me aman, ó por mejor decir, me idolatran. Vente conmigo, añadió, y te pondré un hábito como el mio. Si te fuese bien con él, participarás conmigo de las dulzuras de la vida que hago; y si no te acomodase ésta, no solo serás dueño de marcharte, sino que puedes contar con que al separarnos no dejaré de hacerte todo el bien que pueda.

Dejéme persuadir, y seguí al viejo ermitaño, que me hizo varias preguntas, á las que respondí con una ingenuidad que no siempre he tenido en adelante. Luego que llegamos á la ermita, me presentó algunas frutas que devoré en un instante, porque en todo el dia no habia comido mas que un zoquete de pan seco, con que me habia desayunado en el hospicio por la mañana. El solitario, viéndome menear tan bien las quijadas, me dijo:—Ánimo, hijo mio, no dejes de comer por miedo de que se acaben las frutas, pues gracias al cielo tengo muy buena provision de ellas. No te he traido aquí para matarte de hambre: lo que era mucha verdad, porque una hora despues de nuestra llegada encendió lumbre, puso á asar una pierna de carnero, y mientras yo daba vueltas al asador, él dispuso una mesita, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazon, le sacó del asador, cortó algunos pedazos de él, y nos sentamos á cenar; pero nuestra cena no fué como la de las ovejas, porque bebimos un esquisito vino, del cual tenia tambien el ermitaño un buen repuesto.—Y bien, amiguito, me dijo luego que nos levantamos de la mesa, ¿estás contento con mi trato? De este modo comerás mientras estuvieres conmigo. Por lo demas harás en este eremitorio lo que mejor te pareciere; solo ecsijo de tí que me acompañes cuando vaya á recoger la limosna á los lugares vecinos; me servirás para llevar del cabestro un borriquillo cargado de dos banastas, que los aldeanos caritativos llenan ordinariamente de huevos, pan, carne, y pescado: no te pido mas.—Haré, le respondí, todo lo que vd. quiera con tal que no me obligue á estudiar el latin. No pudo menos de reir-

se de mi sencillez el hermano Crisóstomo, que así se llamaba el anciano ermitaño, y me aseguró de nuevo que no pensaba nunca violentar mis inclinaciones.

Al dia siguiente salimos á nuestra demanda, llevando yo el borrico por el cabestro, y recogimos copiosas limosnas, porque no habia aldeano que no tuviese gusto en echar alguna cosa en nuestras banastas. Uno daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino; quien una gallina, y quien una perdiz. ¿Qué mas diré á ustedes? Llevamos á la ermita víveres para mas de una semana; buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellas gentes. Verdad es que este tambien les servia bastante dándoles buenos consejos cuando venian á consultarle, pacificando los matrimonios en que reinaba la discordia, proporcionando dotes para casarse las solteras, dándoles remedios para mil clases de males, y enseñando varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven ustedes, por lo que acabo de referir, que yo estaba bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre buena paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el cual duraba toda la noche. El hermano Crisóstomo, que me habia ofrecido un hábito de ermitaño, me hizo uno él mismo, deshaciendo otro viejo suyo, y me llamó el hermanito Escipion. Apenas me presenté en las aldeas vecinas con aquel nuevo trage, caí á todos tan en gracia, que el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se esmeraban en dar á cual mas al hermanito: tanto placer tenian en verme.

Á un muchacho de mi edad no podia desagradarle la vida ociosa y regalona que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño; así es que me aficioné tanto á ella, que la hubiera continuado siempre, si las Parcas no me hubieran hilado otros dias muy diferentes; pero el destino que debia llenar me arrastró á dejar bien pronto el regalo, y me hizo abandonar al hermano Crisóstomo de la manera que voy á referir.

Veía muchas veces trabajar al viejo en la almohada que le servia de becera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un dia que metia en ella algun dinero, lo que escitó en mí un movimiento de curiosidad que me propuse satisfacer al primer viage que el hermano Crisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez á la semana. Aguardé con impaciencia este dia, sin tener por entónces mas objeto que el de contentar mi curiosidad. En fin, el buen hombre partió, y yo descosí la almohada, en donde hallé entre la lana como unos cincuenta escudos en toda clase de monedas.

Verosímilmente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los aldeanos á quienes habia curado con sus remedios, y de las aldeanas que por la virtud de sus oraciones habian tenido hijos. Sea lo que fuere, apénas ví que aquel era un dinero que sin temor podia apropiarme, cuando se declaró mi complecsion gitana; dióme una tentacion de robarle, que no se podia atribuir sino á la fuerza de la sangre que corria por mis venas. Cedí sin resistencia á la tentacion; encerré el dinero en un saquillo de paño en que metiamos nuestros peines y nuestros gorros de dormir, y despues de haberme despojado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestido de huérfano, me alejé de la ermita, pareciéndome que llevaba en mi saquillo todas las riquezas de las Indias.

—Ustedes acaban de oir mi primer ensayo, continuó Escipion, y no dudo que esperarán una série de acciones del mismo jaez: no engañaré sus esperanzas, porque aun tengo que contarles otras hazañas parecidas á esta antes de llegar á mis acciones loables; pero al fin llegarémos allá, y ustedes verán por mi narracion, que de un gran pícaro se puede hacer un hombre de bien.

Á pesar de mis pocos años, no fuí tan simple, que tomase el camino de Toledo, porque me espondria á encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galvez, donde me entré en un meson, cuya huéspeda era una viuda como de cuarenta años, y tenia todas las cualidades que se requieren para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del hospicio de los huérfanos, me preguntó quién era y á donde iba. Respondíle, que habiendo muerto mis padres, me veia en la necesidad de buscar conveniencia.—Y díme, hijo, me volvió á preguntar, ¿sabes leer? Le aseguré que sí, y que tambien escribia lindamente. En verdad, yo sabia formar las letras, y juntarlas de manera que figuraba una cosa así como escrita, lo que me parecia sobrado para llevar la cuenta de un meson de aldea.—Pues yo te recibo, repuso la mesonera, para que me sirvas; no serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de lo que me deben y debo. No te daré salario, añadió, porque los muchos caballeros que vienen á parar á este meson, siempre dan algo á los criados, conque seguramente puedes contar con sacar muy buenos gages.

Acepté el partido, pero reservándome, como ustedes presumirán, la facultad de mudar de aires, siempre que la permanencia en Galvez no me acomodase. Apenas me ví apalabrado para servir en el meson, cuando sentí mi ánimo incomodado con una grande inquietud. No queria

que nadie supiese que yo tenia dinero, y no sabia donde esconderle de modo que ninguno pudiese dar con él. Como no conocia aún la casa, no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas á propósito para guardarlo. ¡Oh, y cuánto embarazo nos causan las riquezas! Determiné, en fin, ocultarle en un rincon del pajar, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré sosegarme cuanto me fué posible.

Eramos tres criados en el meson; un mozo rollizo que cuidaba de la cuadra, una moza gallega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pié como de á caballo, que paraban en él. Yo recibia de estos sugetos algun dinerillo cuando les iba á presentar la cuenta del gasto; daban tambien alguna cosa al mozo de la cuadra para que cuidase de sus caballerías; pero la gallega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que nosotros maravedises. Luego que juntaba yo algunos reales, los llevaba al pajar para aumentar mi caudal; y cuanto mas crecia éste, conocia yo que mi tierno corazon iba tomando mas apego á él. Besaba algunas veces mis monedas, y las estaba contemplando con un dulce embeleso, que solamente los avaros pueden comprender suficientemente.

El amor que tenia á mi tesoro, me obligaba á visitarle treinta veces al dia. Encontraba á menudo á la mesonera en la escalera del pajar, y como era una muger de suyo muy desconfiada, quiso un dia saber qué era lo que á cada instante me llevaba al pajar. Subió á él, y comenzó á escudriñarlo todo, recelando que yo tendria escondidas algunas cosas que le habria hurtado. Revolvió la paja que cubria mi bolson, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer, que yo le habia robado aquel dinero. Por decontado se apoderó del caudal, y tratándome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, mandó al mozo de la caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me sacudiese una buena zurra de azotes; y despues de haberme hecho desollar de esta manera, me echó á la calle, diciéndome que no queria aguantar pícaros en su casa. En vano aseguraba yo y clamaba que nada le habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos le daban á ella mas crédito que á mí; y de esta manera las monedas del hermano Crisóstomo pasaron de manos de un ladron á las de una ladrona.

Lloré la pérdida de mi dinero, como se llora la muerte de un hijo único; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo menos fueron causa para mover á compasion á algunas personas que me las veian verter, y entre otras al cura de Galvez, que casualmente pasó junto á mí. Mostróse lastimado del triste estado en que me veia, y me llevó consigo á su casa. En ella, á

fin de sonsacarme, usó del medio de manifestarse muy compadecido de mí.—¡Cuánta lástima, dijo, me causa este pobre muchacho! ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna esperiencia y falta de reflecsion, haya cometido una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. En seguida, dirigiéndome la palabra:—Hijo mio, añadió, ¿de qué lugar de España eres, y quiénes son tus padres? porque tienes traza de ser hijo de gente honrada; háblame en confianza, y cuenta con que no te desampararé.

El cura, con estas halagüeñas y caritativas palabras, me fué insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos, y lo hice con mucha ingenuidad, sin reservarle nada: despues de lo cual me dijo: —Amigo mio, aunque es cierto que no está bien en los ermitaños el atesorar, eso no disminuye tu culpa; en robar al hermano Crisóstomo siempre has quebrantado el mandamiento que prohibe hurtar; pero yo me encargo de obligar á la mesonera á que devuelva el dinero, y hacérselo entregar al hermano Crisóstomo; y así por esta parte puedes desde ahora aquietar tu conciencia.—Juro á ustedes que esto era lo que menos cuidado me daba; pero el cura, que tenia sus fines, no paró aquí: —Hijo mio, prosiguió, quiero empeñarme á favor tuyo, y buscarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un arriero, y te daré una carta para un sobrino mio, canónigo de aquella catedral, que no rehusará admitirte por mi recomendacion, en el número de sus criados, los cuales todos lo pasan en su casa como unos beneficiados que se regalan á costa de la prebenda; y puedo asegurarte con certidumbre que allí lo pasarás perfectamente.

Consolóme tanto esta seguridad, que luego olvidé el talego y los azotes que me habian dado, y ya no pensé mas que en el placer de vivir como un beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del cura un arriero con dos mulas. Subiéronme en la una, y montado mi conductor en la otra, tomamos el camino de Toledo. Mi compañero de viage gastaba buen humor, y le gustaba divertirse á costa del prójimo.—Querido Escipion, me dijo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor cura de Galvez: no podia darte mayor prueba de lo mucho que te quiere, que el acomodarte con su sobrino el canónigo, á quien tengo el honor de conocer, y es sin duda la perla de su cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y estenuado está predicando mortificacion y abstinencia: es gordo, colorado, siempre alegre y festivo: un hombre en fin que se divierte en todo lo que se presenta, y que gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa á pedir de boca.

Conociendo el socarron del arriero el placer con que le escuchaba,

ni lo admirado que me quedé cuando conducido por el maestro Diego á las cocinas, se me prcsentó á la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de esquisitos platos que se me ofrecieron á la vista. Entonces fué cuando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el olor de tantas delicadísimas viandas que jamas habia probado. Tuve la honra de cenar y dormir con los galopines de cocina, todos los cuales quedaron tan prendados de mí, que cuando á la mañana siguiente fuí á dar gracias al maestro Diego por el favor que me habia hecho en recogerme con tanta generosidad la noche anterior, me dijo:—Mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos á una voz me han asegurado se alegrarian de tenerte por camarada. Díme ahora con toda franqueza si gustarias ser su compañero. Yo le respondí que si lograra tal fortuna, me tendria por el hombre mas feliz del mundo. Siendo eso así, amigo mio, me dijo, desde este mismo punto te puedes contar por criado de la casa arzobispal; y diciendo esto me llevó al cuarto del mayordomo, el cual, observando mi despejo, me juzgó digno de ser admitido entre los marmitones.

Al instante que tomé posesion de tan decoroso empleo, el maestro Diego, que seguia la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus queriditas, me eligió para enviar á cierta dama de la vecindad, ya trozos de ternera, y ya aves y cacería. Era la buena señora una viuda de treinta años á lo mas, muy linda y vivaracha, y que tenia todas las trazas de no ser del todo fiel á su generoso cocinero. Este no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceite, la abastacia tambien de vino; y todo esto ya se entiende, á costa del Señor Arzobispo.

En el palacio de su ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas pegando un chasco de que todavia hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogieron la de *Los Benavides;* y como era menester un muchacho de mi edad que hiciese el papel del rey niño de Leon, echaron mano de mí. El mayordomo, que se preciaba de saber representar, tomó de su cuenta el ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no seria, yo el que me portase peor. Como la funcion la costeaba el Arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que fuese lucida. Armóse en un salon un soberbio teatro, adornado con el mejor gusto, en uno de cuyos lados se dispuso un lecho de céspedes, donde debia yo fingirme dormido cuando viniesen los moros á asaltarme para llevarme prisionero. Luego que todos los actores estuvieron ensayados, el Arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la comedia, cada actor se vistió del trage que le correspondia. Por lo que toca al mio, el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que, habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir. Trájome el sastre un ropage talar de rico terciopelo azul, todo guarnecido de galones y botones de oro, y con mangas largas adornadas con flecos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por su mano una corona de carton dorado, sembrada de muchas perlas finas, mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusiéronme una faja de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata, y cuyos remates eran dos graciosas borlas de hilo de oro. Á cada cosa de estas que me ponian, se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer: yo abrí la escena con una relacion, la cual concluia diciendo que, no pudiendo resistir á las dulzuras del sueño, iba á entregarme á él. Con efecto, me metí entre bastidores, y me recosté en el lecho de céspedes que me estaba preparado; pero en lugar de dormir, me puse solo á pensar de qué modo podria salir á la calle y escaparme con mis vestiduras reales. Una escalerilla oculta, por la cual se bajaba desde el teatro al salon, me pareció á propósito para la ejecucion de mi designio. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que nadie me observaba, me escurrí por dicha escalerilla al salon, á cuya puerta pude llegar diciendo: *á un lado, á un lado, que voy á mudar de trage.* Todos se pusieron en fila para dejarme pasar, de manera que en menos de dos minutos salí libremente del palacio á favor de la oscuridad, y me fuí á casa de mi amigo el valenton.

Quedóse parado de verme en aquel trage; contéle el caso, que le hizo reir hasta mas no poder. Abrazóme con tanto mas regocijo cuanto se lisongeaba de tener parte en los despojos del rey de Leon: me felicitó por haber dado un golpe tan diestro, y me dijo que si los progresos correspondian á los principios, haria yo con el tiempo gran ruido en el mundo por mi talento. Despues que nos alegramos y divertimos largamente los dos, celebrando mi grande hazaña, pregunté yo á mi jaqueton: —¿Y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos?—Eso no te dé cuidado, me respondió; conozco á un prendero muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le llevan á vender, sin andar con preguntas, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le traeré aquí.

En efecto, al dia siguiente muy de mañana se levantó, dejándome en la cama, y dos horas despues volvió con el prendero, el cual traia un lio

cubierto con tela amarilla.—Amigo, me dijo, aquí te presento al Señor Ibañes de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal ejemplo que le dan los de su oficio. Él te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarte ciegamente en lo que él te dijere.—En cuanto á eso, dijo el prendero, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo si tasara una cosa en menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañes de Segovia. Veamos, añadió, esa ropa que vd. quiere vender, y le diré en conciencia lo que vale.—Aquí está, dijo el valenton poniéndosela delante: no me negará vd. que nada hay mas magnífico: observe vd. la hermosura de este terciopelo de Génova, y lo esquisito de su guarnicion.—Verdaramente que me encanta, respondió el prendero despues de haber ecsaminado el vestido con la mayor atencion; es de lo que no he visto en mi vida.—¿Y qué juicio hace vd., le preguntó mi amigo, de las perlas que adornan esta corona?—Si fueran redondas, respondió Ibañez, no tendrian precio; pero tales cuales son me parecen bellísimas, y me gustan tanto como lo demas. No puedo menos de decir lo que siento: otro prendero estafador en mi lugar aparentaria despreciar la mercancía para adquirirla á bajo precio, y no se avergonzaria de ofrecer por ella veinte doblones; pero yo, que tengo conciencia, ofrezco cuarenta.

Aun cuando Ibañez hubiera ofrecido ciento, no hubiera sido un apreciador muy justificado, pues que solamente las perlas valian mas de docientos; pero el valenton, que se entendia con él, me dijo:—Mira la fortuna que has tenido en tropezar con un hombre tan timorato. El Señor Ibañez aprecia las cosas como si estuviera en el artículo de la muerte. —Así es, respondió el prendero, y por eso no hay que andar regateando conmigo ni por un solo maravedí; en cuyo supuesto este me parece ya negocio concluido: voy á dar el dinero.—Espere vd., le replicó el valenton; antes de eso es menester que mi amiguito se pruebe el vestido que le dije á vd. trajese para él, y mucho me engañaré si no le viene pintado. Desenvolvió entónces el lio el prendero, y me presentó una ropilla y unos calzones de buen paño musgo, con botones de plata, todo medio usado. Me levanté para probarme el vestido, y aunque me venia muy ancho y muy largo, les pareció á los dos compinches haberse hecho á propósito para mí. Ibañez lo tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fué preciso pasar por ello: de manera que sacó treinta doblones del bolsillo, los dejó sobre una mesa, hizo un envoltorio de mis vestiduras reales y de mi corona, y se lo llevó.

Luego que se marchó, me dijo el valenton:—Estoy muy satisfecho

de este prendero. Tenia razon para estarlo, porque puedo asegurar que le sacó por lo menos cien doblones de beneficio. Sin embargo, no se contentó con esto; tomó sin ceremonia la mitad del dinero que habia sobre la mesa, y me dejó lo restante, diciéndome:—Mi querido Escipion, te aconsejo que con esos quince doblones que te quedan, salgas al momento de esta ciudad, en donde puedes considerar las diligencias que se harán para buscarte de órden del Señor Arzobispo. Tendria yo el mayor sentimiento si, despues de la heróica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre, te espusieras neciamente á ser encerrado en una prision. Respondíle que ya estaba resuelto á alejarme cuanto antes de Sevilla; y con efecto, habiendo comprado un sombrero y algunas camisas, salí de la ciudad, y caminando por la espaciosa y amena campiña que entre viñas y olivares conduce á la antigua ciudad de Carmona, en tres dias llegué á Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familia, natural de Toledo, que viajaba únicamente por mi gusto: mi trage era bastante decente para hacerlo creer; y algunos doblones que de propósito saqué delante del posadero, le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis pocos años no me tuvo por algun muchacho travieso que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberles robado. Como quiera que fuese, él no se mostró muy deseoso de saber mas de lo que yo le decia, quizá por temor de que su curiosidad no me obligase á mudar de posada. Por seis reales diarios se daba buen trato en esta casa, donde comunmente habia gran concurrencia de gentes. Conté por la noche á la cena hasta doce personas de mesa, y lo mejor que habia era que todos comian sin hablar palabra, escepto uno que, hablando sin cesar á diestro y siniestro, recompensaba bien con su charlatanería el silencio de los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes para divertirnos, los que alguna vez nos hacian reir á carcajadas, menos en verdad por celebrar sus ocurrencias que por burlarnos de ellas.

Yo por mí hacia tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estrafalario, que me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de cuanto habia hablado, á no haberse metido él mismo en una conversacion que me importaba.—Señores, esclamó al fin de la cena: les reservo á ustedes para postre un gracioso chasco que los dias pasados dió un pícaro de muchacho en el palacio del Arzobispo de Sevilla. Contómelo cierto bachiller amigo mio, que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que el lance que iba á contar era el mio, y con efecto no me engañé. Refirió el tal sugeto el pasage con to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da esactitud, y aun me hizo saber lo que yo ignoraba, es decir, lo ocurrido en el salon despues de mi fuga, que fué lo que voy á referir á ustedes.

Apenas me escapé, cuando los moros, que segun el órden de la comedia que se representaba, debian apoderarse de mí, aparecieron en la escena con el designio de venir á sorprenderme en la cama de césped en que me creian dormido; pero cuando quisieron echarse sobre el rey de Leon, se quedaron sumamente atónitos de no encontrar ni rey ni roque. Paró la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman, otros me buscan; este grita, y aquel me da á todos los diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y confusion que habia detras del teatro, preguntó la causa. Á la voz del prelado, un page que hacia de gracioso en la comedia, salió y dijo:—No tema ya su ilustrísima que los moros hagan prisionero al rey de Leon, porque acaba de ponerse en salvo con sus vestiduras reales.—¡Bendito sea Dios! esclamó el Arzobispo: ha hecho muy bien en huir de los enemigos de nuestra religion, librándose de las cadenas que le preparaban. Sin duda se habrá vuelto á Leon, capital de su reino; y deseo que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas, mando sériamente que ninguno vaya en su seguimiento: sentiria mucho que su magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dijo esto, dió órden de que se leyese en alta voz mi papel, y se acabase la comedia.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XI.

Prosigue la historia de Escipion.

MIENTRAS me duró el dinero, el posadero usó de grandes atenciones conmigo; pero luego que advirtió que se me habia acabado, comenzó á tratarme con desagrado, buscando camorra á cada paso, y una mañana me dijo que le hiciese el gusto de salir de su casa. Dejéla desdeñosamente, y me entré á oir misa en la iglesia de los padres domínicos. Mientras la estaba oyendo, se acercó á mí un anciano pobre y me pidió limosna; saqué del bolsillo dos ó tres maravedises que le dí, diciendo: —Amigo mio, ruegue vd. á Dios que me proporcione pronto una buena conveniencia: si fuere oida su oracion no se arrepentirá de haberla hecho, y cuente con mi agradecimiento.

Á estas palabras me miró el pobre con mucha atencion, y con seriedad me dijo:—¿Qué clase de conveniencia desea vd.?—Quisiera, le respondí, acomodarme de lacayo en cualquiera casa en donde lo pasase bien.—Me preguntó si me urgia.—No puede urgir mas, le contesté, porque si no logro cuanto antes la dicha de colocarme, no hay medio, ó habré de morir de hambre, ó tendré que ser uno de vuestros compañeros.—Si llegara ese caso, repuso él, se le haria á vd. muy cuesta arriba no estando acostumbrado á nuestra vida; pero á poco que se hiciese á ella, preferiria nuestro estado al de servir, que es sin disputa inferior á la mendicidad. Sin embargo, ya que vd. quiere mas servir que pasar como yo una vida holgada é independiente, dentro de poco tendrá vd. amo. Aquí donde vd. me ve, puedo serle útil: hállese aquí mañana á esta misma hora.

Tuve buen cuidado de no faltar: volví al dia siguiente al mismo sitio, en donde no tardó mucho á presentarse el mendigo, que acercándose á mí, me dijo que tuviera la bondad de seguirle. Hícelo así, y me llevó á un sótano no distante de la misma iglesia, y en el cual tenia su albergue.

Entramos ambos en él, y habiéndonos sentado en un banco largo que por lo menos habria servido cien años, el pobre me habló de esta manera:—Una buena accion, como dice el refran, halla siempre su recompensa; ayer me dió vd. limosna, y esto me ha determinado á proporcionarle una buena colocacion, la que si Dios quiere se conseguirá muy presto. Conozco á un domínico anciano, llamado el padre Alejo, que es un santo religioso, y un escelente director espiritual: tengo el honor de ser su mandadero, y desempeño este empleo con tanta discrecion y fidelidad, que nunca se niega á emplear su valimiento en mi favor y en el de mis amigos. Yo le hablé de vd. y le dejé muy inclinado á servirle. Le presentaré á su reverencia cuando vd. quiera.

—No hay que perder momento, dije al viejo mendigo; vamos ahora mismo á ver ese buen religioso. Vino en ello el pobre, y al momento me condujo á la celda del padre Alejo, á quien encontramos escribiendo cartas espirituales. Suspendió su trabajo para habalrme, y me dijo que á ruegos del mendigo se interesaba por mí. Habiendo sabido, continuó, que el Señor Baltasar Velazquez necesita de un criado, le he escrito esta mañana en tu favor, y acaba de responderme que te recibirá ciegamente yendo con mi recomendacion: puedes ir hoy mismo á verle de mi parte porque es mi penitente y mi amigo. Sobre esto el religioso me estuvo ecshortando por espacio de tres cuartos de hora á que cumpliese bien con mis deberes, se estendió particularmente sobre la obligacion que yo tenia de servir con esmero al Señor Velazquez, y concluyó asegurándome que él cuidaria de mantenerme en mi acomodo, con tal que mi amo no tuviese queja de mí.

Despues de haber dado gracias por su favor al religioso, salí del convento con el pordiosero, quien me dijo que el Señor Baltasar Velazquez era un mercader de paños, anciano, rico, cándido y bondadoso; y no dudo, añadió, que lo pasará vd. perfectamente en su casa. Me informé del sitio donde vivia, y al momento pasé allá despues de haber prometido al mendigo mostrarme agradecido á sus buenos servicios tan pronto como estuviese bien arraigado en mi acomodo. Entré en una gran tienda, en donde dos mancebos decentemente puestos, que se paseaban de un lado á otro con modales afectados, esperaban compradores. Preguntéles si el amo estaba en casa, y les dije que tenia que hablarle de parte del padre Alejo. Al oir este nombre venerable, me hicieron entrar en la trastienda, donde estaba el mercader hojeando un gran libro de asiento que tenia sobre el escritorio; saludéle respetuosamente, y habiéndome acercado á él:—Señor, le dije, yo soy el mozo que el reverendo padre Alejo le ha propuesto para criado.—¡Ah! hijo mio, me respondió, seas muy bien venido; basta que te envie ese santo hombre: te recibo á mi

servicio con preferencia á tres ó cuatro criados por quienes me han hablado; es negocio concluido, y desde hoy te corre el salario.

No necesité estar mucho tiempo en casa del mercader para conocer que era tal cual me le habian pintado: y aun me pareció tan sencillo que no pude menos de pensar en lo mucho que me costaria dejar de jugarle alguna pieza. Hacia cuatro años que estaba viudo: y tenia dos hijos, uno varon que acababa de cumplir veinte y cinco años, y una hembra que entraba en los quince. Esta, educada por una dueña severa, y dirigida por el padre Alejo, caminaba por la senda de la virtud; pero Gaspar Velazquez, su hermano, aunque nada se habia omitido para hacerle hombre de bien, tenia todos los vicios de un mozo licencioso. Á veces pasaba dos ó tres dias fuera de casa, y si cuando volvia le daba el padre alguna reprension, Gaspar le mandaba callar levantando la voz mas que él.

—Escipion, me dijo un dia el viejo, tengo un hijo que me da mucho que sentir; está envuelto en todo género de desórdenes, lo que verdaderamente estraño, porque su educacion de ningun modo fué descuidada; le he tenido buenos maestros, y mi amigo el padre Alejo ha hecho cuanto ha podido para atraerle al camino de la virtud, sin haberlo podido conseguir: Gaspar se ha enfangado en el libertinage. Acaso me dirás que le he tratado con demasiada indulgencia en la pubertad, y que eso le habrá perdido; pero no es así: le he castigado siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque soy tan bonazo, tengo entereza en las ocasiones que la piden; y aun le hice encerrar en una casa de correccion, de donde salió peor que entró en ella. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos, á quienes no pueden corregir el buen ejemplo, las represiones, ni los castigos; solo Dios puede hacer este milagro.

Si no me causó lástima la afliccion de aquel desgraciado padre, á lo menos aparenté que la tenia.—¡Cuánto me compadezco, señor! le dije: un hombre tan honrado como vd., merecia tener mejor hijo—¿Qué le hemos de hacer, hijo mio? me respondió. Dios ha querido privarme de este consuelo. Entre los pesares que me da Gaspar, continuó, te diré en confianza uno que me causa mucho desasosiego; y es la inclinacion á robarme, que con demasiada frecuencia halla medios de satisfacer, á pesar de mi vigilancia. El criado antecesor tuyo estaba de inteligencia con él, y por eso le despedí; pero de tí espero que no te dejarás seducir de mi hijo, y que mirarás con celo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá encargado mucho el padre Alejo.—Así es, señor, le repliqué: durante una hora, su reverencia no hizo otra cosa que ecshortarme á no tener puesta la mira sino en el bien de su merced; pero puedo asegurar que para esto no necesitaba de su ecshortacion, porque

me siento dispuesto á servir á su merced fielmente, y por último le prometo un celo á toda prueba.

Para sentenciar un pleito es necesario oir á las dos partes. El mocito Velazquez, elegante hasta dejarlo de sobra, juzgando por mi fisonomía que yo no seria mas difícil de seducir que mi antecesor, me llamó á un parage retirado, y me habló en estos términos:—Escucha, amigo mio: estoy persuadido de que mi padre te habrá encargado que me espíes; pero te advierto que mires como lo haces, porque este oficio tiene sus quiebras. Si llego á conocer que andas averiguando mis acciones, te he de matar á palos; pero si quieres ayudarme á engañar á mi padre, puedes esperarlo todo de mi agradecimiento. ¿Quieres que te hable mas claro? Tendrás tu parte en las redadas que echemos juntos: escoge, y en este mismo momento declárate por el padre ó por el hijo, porque no admito neutralidad.

—Señor, le respondí, mucho me estrecha vd., y veo bien que no podré menos de declararme en su favor, aunque en la realidad me repugna ser traidor al Señor Velazquez.—Déjate de esos escrúpulos, replicó Gaspar: mi padre es un viejo avaro que quisiera traerme todavia con andadores; un miserable que me niega lo que necesito, rehusándose á contribuir á mis placeres, siendo estos de pura necesidad en la edad de veinte y cinco años: este es el verdadero aspecto bajo el cual debes mirar á mi padre.—Basta, señor, le dije; no es posible resistir á un motivo tan justo de queja; me ofrezco á ayudar á vd. en sus loables empresas; pero ocultemos ambos bien nuestra inteligencia para que no se vea en la calle vuestro fiel aliado. Creo que lo acertará vd. si aparenta aborrecerme; háblame con aspereza en presencia de los demas, sin escasear las malas palabras: tampoco hará daño tal cual bofeton, y algun puntapié en las asentaderas; antes bien, cuanta mas aversion me mostrare vd. tanta mayor confianza hará de mí el Señor Baltasar. Por mi parte fingiré huir de la conversacion de vd.: en la mesa le serviré mostrando que lo hago á mas no poder; y cuando hable de vd. con los mancebos de la tienda, no lleve á mal que diga de su persona cuanto malo me viniere á la boca.

—¡Vive diez! esclamó el mozo Velazquez al oir estas últimas palabras, que estoy admirado de tí, amigo mio; en la edad que tienes muestras un ingenio singular para todo lo que sea enredo: desde luego me prometo de él los mas felices resultados; y espero que con el ausilio de tu talento no he de dejar ni un solo doblon á mi padre.—Vd. me honra demasiado, le dije, confiando tanto en mi industria: haré cuanto pueda para no desmentir el concepto que ha formado de mí, y si no puedo conseguirlo, á lo menos no será culpa mia.

Tardé poco en hacer ver á Gaspar que yo era efectivamente el hombre que necesitaba; y he aquí cual fué el primer servicio que le hice. El arca del dinero de Baltasar estaba en la alcoba donde dormia este buen hombre, al lado de su cama, y le servia de reclinatorio. Siempre que yo la veia me alegraba la vista, y en mi interior le decia muchas veces:—Mi amada arca, ¿estarás siempre cerrada para mí? ¿No tendré nunca el placer de contemplar el tesoro que encierras? Como yo iba cuando me daba la gana á la alcoba, cuya entrada solo á Gaspar le estaba prohibida, entré un dia á tiempo que su padre, creyendo que nadie le veia, despues de haber abierto y vuelto á cerrar el arca, escondió la llave detras de un tapiz. Noté cuidadosamente el sitio, y dí parte de este descubrimiento al amo mozo, que me dijo abrazándome de alegría:—¡Ah! mi querido Escipion, ¿qué es lo que acabas de decirme? Nuestra fortuna es hecha, hijo mio: hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me devolverás la cera prontamente: poco trabajo me costará hallar un cerrajero servicial en Córdoba, que no es la ciudad de España en donde hay menos bribones.

—¿Pero á qué fin, dije á Gaspar, quiere vd. mandar hacer una llave falsa, cuando podemos servirnos de la verdadera?—Es cierto, me respondió; pero temo que mi padre por desconfianza ó por otro motivo la quiera esconder en otra parte; y lo mas seguro es tener una que sea nuestra. Creí fundado su recelo, y aprobando su pensamiento, me dispuse á estampar la llave en la cera, lo que ejecuté una mañana mientras que mi viejo amo hacia una visita al padre Alejo, con quien tenia frecuentemente largas conversaciones. No contento con esto, me serví de la llave para abrir el arca, que, estando llena de talegos grandes y pequeños, me puso en una perplejidad agradable, porque no sabia cual escoger, sintiéndome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Sin embargo, como el miedo de ser sorprendido no me permitia hacer un detenido ecsámen, eché mano á Dios y á la ventura de uno de los mayores. En seguida habiendo cerrado el arca y vuelto á poner la llave detras del tapiz, salí de la alcoba con mi presa, que fuí á esconder debajo de mi cama en una pieza pequeña donde yo dormia.

Despues de concluida esta operacion con tanta felicidad, me fuí á buscar al jóven Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina, para donde me habia dado cita, y le llené de gozo contándole lo que acababa de ejecutar. Quedó tan satisfecho de mí que me hizo mil caricias, y me ofreció generosamente la mitad del dinero que habia en el talego, que yo no quise aceptar.—Señor, le dije, este primer talego es para vd. solo; sírvase vd. de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita á la arca, en donde, gracias á Dios, hay dinero para entram-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bos. Efectivamente, tres dias despues, saqué de ella otro talego, que contenia como el primero, quinientos escudos, de los cuales no quise admitir mas que la cuarta parte, por mas instancias que me hizo Gaspar para obligarme á que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos.

Luego que el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se entregó á ellas totalmente; y aun tuvo la desgracia de encapricharse con una de aquellas famosas damas cortesanas que en poco tiempo devoran y se tragan los caudales mas pingües. Ocasionóle ésta tan escesivos gastos, y me puso en la necesidad de hacer tantas visitas al arca, que al fin el viejo Velazquez echó de ver que le robaban.—Escipion, me dijo una mañana, tengo que hacerte una confianza: alguno me roba, amigo mio: han abierto mi arca del dinero, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante; ¿pero á quién debo atribuir este robo? ó por mejor decir, ¿quién otro sino mi hijo puede haberle hecho? Gaspar habrá entrado furtivamente en mi alcoba, ó acaso tú mismo le habrás introducido en ella, porque estoy tentado á creerte su confederado, aunque parezcais mal avenidos los dos. Sin embargo, no quiero abrigar esta sospecha, habiendo salido el padre Alejo por responsable de tu fidelidad. Respondí que, gracias al cielo, no me tentaba la hacienda agena, y acompañé esta mentira con una esterioridad hipócrita que contribuyó á sincerarme.

Con efecto, el viejo no volvió á hablarme sobre el asunto; pero no dejó de envolverme en su desconfianza, y tomando precauciones contra nuestros atentados, mandó poner al arca una cerradura nueva, cuya llave traía desde entonces continuamente en la faltriquera. Habiéndose interrumpido por este medio toda comunicacion entre nosotros y los talegos, quedamos sin saber lo que nos pasaba, particularmente Gaspar, que no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa, temió hallarse precisado á no verla mas. En medio de esto discurrió un arbitrio ingenioso que le proporcionó mantener su correspondencia por algunos dias mas, y fué el de apropiarse por via de empréstito aquello que me habia tocado á mí de las sangrías que yo habia hecho al arca. Entreguéle hasta el último maravedí, lo que á mi parecer podia pasar por una restitucion anticipada que yo hacia al mercader anciano en la persona de su heredero.

Luego que el desordenado mozo acabó de consumir aquel recurso, considerando que ya no le quedaba ningun otro, cayó en una melancolía profunda y oscura, que poco á poco trastornó su razon. No mirando ya á su padre sino como á un hombre que causaba la desgracia de su vida, dió en una furiosa desesperacion, y sin escuchar la voz de la sangre, el miserable concibió el horroroso designio de envenenarle. Poco satisfecho con haberme confiado este ecsecrable proyecto, tuvo aliento para pro-

ponerme le sirviese de instrumento á su venganza. Horroricéme al oirle semejante propuesta, y le dije:—¡Es posible, señor, que esteis tan dejado de la mano de Dios, que háyais podido formar esa abominable resolucion! ¡Pues qué! ¿tendriais valor para quitar la vida al autor de la vuestra? ¿Habríase de ver en España, en el seno del cristianismo, cometerse un crímen, cuya sola idea horrorizaria á las mas bárbaras naciones? No, mi querido amo, añadí echándome á sus piés; no, vd. no hará una accion que escitaria contra sí toda la indignacion de la tierra, y que seria castigada con un infame suplicio.

Aleguéle todavía á Gaspar otras razones para disuadirle de un pensamiento tan culpable; y yo no sé dónde pude encontrar raciocinios tan honrados y discretos como empleé para combatir su desesperacion; lo cierto es que le hablé como pudiera un doctor de Salamanca, á pesar de ser tan jóven é hijo de la Coscolina. No obstante, por mas que hice para convencerle de que debia volver sobre sí y desechar animosamente las detestables ideas que se habian apoderado de su ánimo, fué inútil toda mi elocuencia. Bajó la cabeza, y guardando un taciturno silencio, me hizo comprender que no desistiria á pesar de cuanto pudiera decirle.

En vista de esto, tomando mi determinacion, dije al anciano que queria hablarle en secreto; y habiéndome encerrado con él:—Señor, le dije, permítame vd. que me arroje á sus piés é implore su misericordia. Dichas estas palabras, me postré delante de él lleno de agitacion, y con el rostro bañado en lágrimas. Atónito el mercader de aquella demostracion y de verme tan turbado, me preguntó, qué habia hecho.—Un delito de que me arrepiento, le respondí, y que lloraré toda mi vida: he tenido la flaqueza de dar oidos á su hijo de vd., y de ayudarle á que le robase. Al mismo tiempo le hice una confesion sincera de todo lo sucedido en este particular, despues de lo cual le dí cuenta de la conversacion que acababa de tener con Gaspar, cuyo designio le revelé sin omitir la menor circunstancia.

Por mas mal concepto que el anciano Velazquez tuviese de su hijo, apenas podia dar crédito á mis palabras. Sin embargo, no dudando de la verdad de mi narracion:—Escipion, me dijo levantándome del suelo, porque estaba todavía arrodillado, yo te perdono en gracia del importante aviso que acabas de darme. Gaspar, continuó alzando la voz, Gaspar quiere quitarme la vida. ¡Ah hijo ingrato! monstruo á quien hubiera valido mas ahogar al tiempo de nacer que dejarle vivir para ser un parricida! ¿Qué motivo tienes para atentar contra mis dias? ¡Todos los años te doy una cantidad suficiente para tus diversiones, y no estás contento! ¿Conque será necesario para contentarte permitir que disipes todos mis bienes? Habiendo hecho esta dolorosa apóstrofe, me encargó el secreto, y me dijo que le dejase solo para pensar lo que debia hacer en tan delicada coyuntura.

Yo estaba con la mayor inquietud por saber qué resolucion tomaria aquel desgraciado padre, cuando en el mismo dia llamó á Gaspar, y sin darle á entender lo que sabia, le habló de este modo:—Hijo mio, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que, si te quieres casar, se proporciona una señorita de quince años, que, sobre ser muy hermosa, llevará consigo un gran dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, mañana al romper la aurora partirémos los dos á Mérida; verémos la persona que te proponen, y si te gusta te casarás con ella. Cuando Gaspar oyó hablar de un gran dote, y creyendo tenerlo ya en su poder, respondió sin vacilar que estaba pronto á hacer el viage; y con efecto al dia siguiente al amanecer marcharon solos, y montados ambos en buenas mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Fesira, y se vieron en un sitio tan apetecido de los salteadores como temido de los pasageros, Baltasar echó pié á tierra, diciendo á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció el mozo, y preguntó para qué le hacia apear en aquel parage.—Voy á decírtelo, le respondió el anciano mirándole con unos ojos en que estaban pintados la cólera y el dolor.—No irémos á Mérida, y la boda de que te he hablado es una mera invencion mia solo para atraerte aquí. No ignoro, hijo ingrato y desnaturalizado, no ignoro el atentado que proyectas: sé que por disposicion tuya se tiene preparado un veneno para dármele; pero dime, insensato, ¿has podido lisongearte de quitarme de este modo impunemente la vida? ¡Qué error! Tu crímen se descubriria bien pronto y moririas á manos del verdugo. Hay, continuó, otro medio mas seguro para que satisfagas tu furor, sin esponerte á una muerte ignominiosa; aquí estamos los dos sin testigos, y en un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que tan sediento estás de mi sangre, sepulta en mi pecho tu puñal, y se atribuirá esta muerte á los salteadores. A estas palabras, descubriendo Baltasar el pecho, y señalando el sitio del corazon á su hijo:—Mira, Gaspar, añadió; dame aquí un golpe mortal para castigarme de haber engendrado á un malvado como tú.

El jóven Velazquez, herido como de un rayo con estas palabras, muy lejos de intentar sincerarse, cayó de repente sin sentido á los piés de su padre. El buen anciano viéndole en aquel estado, que le pareció un principio de arrepentimiento, no pudo menos de ceder á la pasion paternal, y acudió prontamente á socorrerle; pero Gaspar luego que volvió en sí, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado, hizo un esfuerzo para levantarse, volvió á montar en su mula, y se alejó sin decir una palabra. Dejóle ir Baltasar, y abandonándole á sus remordimientos, se restituyó á Córdoba, en donde seis meses despues supo que su hijo habia tomado el hábito en la cartuja de Sevilla para pasar allí el resto de su vida haciendo penitencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XII.

Fin de la historia de Escipion.

OCASIONES hay en que el mal ejemplo suele producir buenos efectos. La conducta que el jóven Velazquez habia tenido, me obligó á hacer serias reflecsiones sobre la mia. Comencé á combatir mi inclinacion á hurtar, y me propuse vivir como hombre honrado. El hábito que yo habia contraido de apoderarme de cuanto dinero podia haber á las manos, se habia radicado en mí con actos tan repetidos, que no era fácil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido de que para ser virtuoso no es menester mas que quererlo de veras. Emprendí, pues, esta grande obra, y el cielo bendijo mis esfuerzos: dejé de mirar con ojos codiciosos el arca del mercader anciano, y aun creo que aunque hubiera estado en mi mano sacar de ella algunos talegos, no los hubiera tocado: sin embargo confesaré que hubiera sido gran imprudencia poner á esta prueba mi integridad reciente, de lo cual se guardó muy bien Velazquez.

Concurria frecuentemente á su casa un caballero jóven de la órden de Alcántara, llamado Don Manrique de Medrano. Todos le estimábamos mucho porque era uno de nuestros parroquianos mas nobles, aunque no de los mas ricos. Prendóse tanto de mí este caballero, que siempre que me encontraba se detenia á hablar conmigo, mostrando gusto en ello.—Escipion, me dijo un dia, si yo tuviera un criado de tu buen humor, creeria poseer un tesoro, y si no estuvieras con un sugeto á quien estimo, nada omitiria para atraerte á mi servicio.—Señor, le respondí, eso le costaria muy poco á V. S., porque tengo inclinacion á las personas distinguidas: este es mi flaco: sus modales caballerosos me encantan.—Siendo eso así, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi amigo el Señor Baltasar que permita te pases de su servicio al mio, y creo que no me nega-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rá este favor. Concedióselo Velazquez inmediatamente, y con tanta mayor facilidad, cuanto que se persuadia que la pérdida de un criado bribon no era irreparable. Por mi parte me alegré de esta traslacion, no pareciéndome el criado de un mercader sino un desharrapado en comparacion del criado de un caballero de Alcántara.

Para hacer á ustedes un retrato fiel de mi nuevo amo, les diré que era un mozo arrogante, que encantaba á todos por sus apacibles costumbres y por su talento, y que ademas tenia mucho valor y probidad. Solo le faltaban bienes de fortuna; pero siendo el segundo de una casa mas ilustre que rica, se veia obligado á vivir á espensas de una tia anciana residente en Toledo, que, amándole como si fuera hijo suyo, cuidaba de suministrarle cuanto dinero habia menester para mantenerse. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas partes era bien recibido. Visitaba las principales señoras de la ciudad, y entre otras á la marquesa de Almenara, que era una viuda de setenta y dos años, cuyos modales, atractivos y agudeza de entendimiento atraian á su casa toda la nobleza de Córdoba. Damas y caballeros gustaban de su conversacion, y su casa se llamaba *la buena sociedad*.

Mi amo era uno de los que mas frecuentemente obsequiaban á esta señora. Una noche que acababa de separarse de ella, me pareció verle en un desasosiego que no era natural.—Señor, le dije, parece que V. S. está agitado: ¿podrá este fiel criado saber la causa? ¿Le ha acontecido á V. S. alguna cosa estraordinaria? Mi amo se sonrió á esta pregunta, y me confesó que con efecto le ocupaba la imaginacion una conversacion séria que acababa de tener con la marquesa de Almenara.—Me alegrara, le dije riéndome, que esa niña setentona, hubiese hecho á V. S. una declaracion de amor. Pues no lo tomes á chanza, me respondió: has de saber, amigo mio, que la marquesa me ama. Me ha dicho:—Me compadece tanto vuestra escasa fortuna, cuanto aprecio vuestra distinguida nobleza: os miro con particular inclinacion, y he determinado daros mi mano para proporcionaros un estado cómodo, no pudiendo decentemente enriqueceros de otro modo. Preveo que este enlace dará mucho que reir de mí al público; que seré el objeto de las murmuraciones, y que todos me tendrán por una vieja loca que quiere casarse. No me da cuidado; todo lo despreciaré por proporcionar á vd. una suerte venturosa; y lo único que temo, me ha añadido, es que mostreis repugnancia al cumplimiento de mi deseo.

—Esto es lo que me ha dicho la marquesa, prosiguió mi amo. Teniéndola, como la tengo, por la señora mas juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaria yo de oirla hablar en aquellos términos. Le he respondido que me maravillaba de que me hiciese el ho-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nor de proponerme su mano una señora que siempre habia persistido en la resolucion de subsistir viuda hasta la muerte. Á esto me ha replicado que poseyendo tan considerables bienes queria hacer participante de ellos en vida á un hombre honrado á quien estimaba.—Sin duda, le repliqué entónces, que V. S. está ya resuelto á saltar la valla.—¿Puedes dudarlo? me respondió mi amo. La marquesa es dueña de inmensos bienes, y tiene prendas eminentes: era preciso estar loco para malograr un establecimiento tan ventajoso para mí.

Alabéle mucho el pensamiento de aprovechar tan escelente ocasion de adelantar su fortuna, y aun le persuadí que acelerase los preparativos: tanto era el miedo que yo tenia de que se frustrase este enlace. Pero por fortuna la marquesa estaba mas deseosa que yo de que se realizara; y á este fin dió órdenes tan eficaces, que en pocos dias se dispuso todo lo necesario para celebrar la boda. Apenas se esparció por Córdoba la voz de que la marquesa vieja de Almenara se casaba con Don Manrique de Medrano, cuando comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotaron todas sus bufonadas y chocarrerías, no aflojó ésta un punto en su resolucion. Dejó hablar á los ociosos, y se fué muy sosegada á la iglesia con su Don Manrique. Celebróse la boda con tan gran fausto, que dieron nuevo motivo á la murmuracion. La novia, se decia, debiera, á lo menos por pudor, haber suprimido la pompa y el estrépito como impropios en la boda de viudas ancianas que se casan con mozos.

La marquesa, lejos de mostrarse avergonzada de ser á su edad esposa de un jóven como aquel, se entregaba sin reserva al gozo que en ello esperimentaba. Toda la nobleza cordobesa de uno y otro secso estuvo convidada á una espléndida cena, y á un baile no menos suntuoso que siguió despues; al fin del cual nuestros recien casados desaparecieron para ir á una habitacion donde, encerrándose con una criada mayor y conmigo, la marquesa dirigió á mi amo estas palabras:—Don Manrique, ved aquí vuestro cuarto, el mio está al otro estremo de la casa; de noche cada uno estará en el suyo, y por el dia vivirémos juntos como madre é hijo. Al principio se engañó mi amo, creyendo que la señora no le hablaba de aquella suerte sino para obligarle á que le hiciese una dulce violencia; é imaginándose que por buena correspondencia debia mostrarse apasionado, se acercó á ella, y se ofreció con vivas instancias á servirle de ayuda de cámara; pero ella muy lejos de permitir que la desnudase, le desvió con semblante sério, diciéndole:—Deteneos, Don Manrique; si me teneis por una de esas viejas verdes que vuelven á casarse por fragilidad, estais equivocado: no me he casado con vos sino para proporcionaros las ventajas que puedo por nuestro contrato matrimonial. Este es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

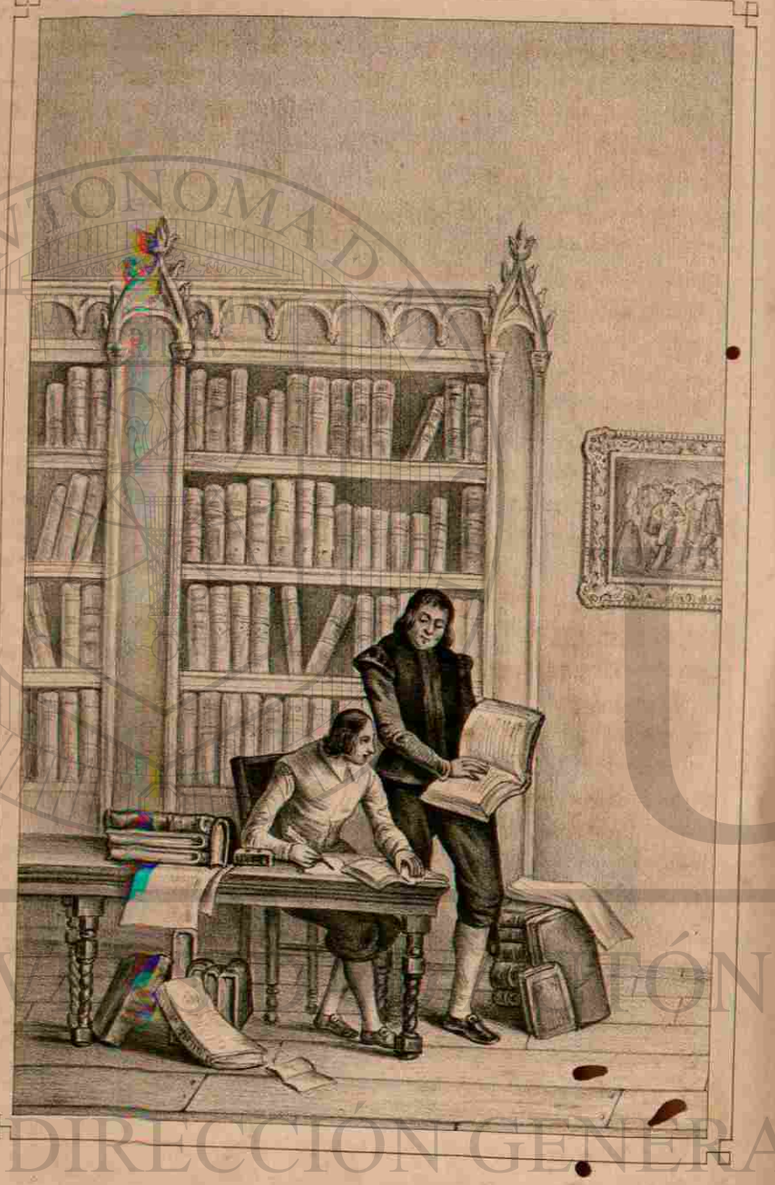
un don gratuito de mi corazon, y no ecsijo de vuestro reconocimiento sino demostraciones de amistad. Dicho esto nos dejó á mi amo y á mí en nuestro cuarto, retirándose ella al suyo con su criada, y prohibiendo absolutamente al caballero que la acompañase.

Despues que se retiró, permanecimos los dos un gran rato atónitos de lo que acababamos de oir.—Escipion, me dijo mi amo, ¿esperabas oir lo que me ha dicho la marquesa? ¿Qué juicio haces de una señora como ésta?—Juzgo, señor, le respondí, que es de lo que no hay.—¡Qué dicha tiene vd. en poseerla! Esto se llama un beneficio simple sin carga.—Yo, replicó Don Manrique, no acabo de admirar el carácter de una esposa tan apreciable, y pretendo compensar con todas las atenciones imaginables el sacrificio que ha hecho por mí. Continuamos hablando de la señora, y despues nos retiramos á dormir, yo en una cama que habia en un cuartito inmediato, y mi amo en otra regalada y magnífica que le habian puesto; y en la cual creo que allá en lo íntimo de su corazon no le pesó mucho dormir solo, quedando pagado de ello con un ligero susto.

El dia siguiente comenzaron de nuevo los regocijos, en los que la recien casada se mostró de tan buen humor, que dió nuevo pábulo á las chanzonetas de los zumbones. Ella era la primera que se reia de lo que decian, les escitaba á chancearse y aun les daba pié para que aumentasen la chacota. El caballero por su parte no se mostraba menos contento que su esposa; y al ver el aspecto cariñoso con que la miraba y le hablaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de la ancianidad. Aquella noche tuvieron los dos esposos otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que sin incomodarse uno á otro vivirian del mismo modo que lo habian hecho antes de su casamiento. Sin embargo, merece elogiarse la conducta de Don Manrique; hizo por consideracion á su muger lo que pocos maridos hubieran hecho en su lugar, que fué apartarse del trato que tenia con cierta señorita de la clase media, á quien amaba y de la que era correspondido, no queriendo, decia, mantener una amistad que pareceria insultar la delicada conducta que su esposa observaba con él.

Mientras estaba dando unas pruebas tan visibles de agradecimiento á esta señora anciana, ella se las pagaba con usura, aunque las ignorase. Hízole dueño del arca de su dinero, que valia mas que la de Velazquez. Como habia reformado su casa durante su viudez, la restituyó al mismo pié en que estaba en vida de su primer marido: aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de caballos y mulas; en una palabra, por sus generosas bondades el caballero mas pobre del órden de Alcántara llegó á ser el mas opulento de ella. Acaso me preguntarán ustedes, qué saqué de todo esto: mi ama me regaló cincuenta doblones y mi amo ciento, haciéndome ademas su secretario con el sueldo de cuatrocientos es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



cudos; y aun hizo de mí tanta confianza que me nombró su tesorero.

—¡Su tesorero! esclamé, interrumpiendo á Escipion cuando llegó á este paso, y riéndome á carcajadas.—Sí, señor, me replicó con semblante sereno y formal, sí, señor, su tesorero; y aun me atrevo á decir que desempeñé con honor aquel empleo. Es verdad que acaso habré quedado debiendo alguna cosilla á la caja; porque como me cobraba anticipadamente de mi salario, y dejé de repente el servicio del caballero, no es imposible que haya resultado en la cuenta algun alcance; de todos modos es la última reconvencion que se me podrá hacer, supuesto que desde entonces acá he sido un hombre lleno de rectitud y de probidad.

—Hallábame, pues, continuó el hijo de la Coscolina, de secretario y tesorero de Don Manrique, que vivia tan satisfecho de mí como yo lo estaba de él, cuando recibió una carta de Toledo, en que le noticiaban que su tia Doña Teodora Moscoso estaba á los últimos de su vida. Le fué tan dolorosa esta noticia, que al momento partió á dicha ciudad para asistir á aquella señora, que hacia muchos años desempeñaba con él los oficios de madre. Acompañéle en aquel viage con un ayuda de cámara y un lacayo solamente; y montados todos cuatro en los mejores caballos de la cuadra, llegamos en posta á Toledo, en donde encontramos á Doña Teodora en tal estado, que nos dió esperanzas de que no moriria de aquella enfermedad. Con efecto no desmintió el resultado nuestros pronósticos, aunque contrarios al de un médico viejo que la asistia.

Mientras que la salud de nuestra buena tia se iba restableciendo visiblemente, menos quizá por los remedios que le hacian tomar, que por la presencia de su querido sobrino, el señor tesorero empleaba su tiempo lo mas alegremente que podia con ciertos jóvenes, cuyo trato era muy á propósito para proporcionarle ocasiones de gastar su dinero. Llevábanme algunas veces á los garitos en donde me incitaban á jugar con ellos, y como yo no era tan diestro jugador como mi amo Don Abel, perdia muchas mas veces de las que ganaba: insensiblemente me iba aficionando al juego, y si me hubiera entregado del todo á esta pasion, sin duda me hubiera precisado á tomar de la caja algunas mesadas anticipadas; pero por fortuna el amor salvó la caja y mi virtud. Pasando yo un dia cerca de la iglesia de San Juan de los Reyes, ví asomada á una celosía, cuyas portezuelas estaban abiertas, á una linda niña, que mas parecia deidad que criatura. Si encontrara otra voz mas espresiva, usaria de ella para dar á entender á ustedes la fuerte impresion que sentí al verla. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella de Doña Julia, hija segunda del conde de Polan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Beatriz, interrumpió aquí Escipion riendo á carcajada tendida, y dirigiendo la palabra á mi muger:—Amable Antonia, le dijo, míreme vd. bien, y dígame por su vida si á su parecer tengo semblante de divinidad. —Por lo menos entonces, le dijo Escipion, le tenias á mis ojos; y ahora que tu fidelidad ya no me es sospechosa, me pareces mas hermosa que nunca. Mi secretario, despues de una respuesta tan amorosa, prosiguió así su historia:

—Este descubrimiento acabó de encenderme, no á la verdad en un ardor legítimo, porque me imaginé que fácilmente podria triunfar de su virtud combatiéndola con presentes capaces de desquiciarla; pero yo conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente le ofrecí mi bolsillo y mis obsequios por medio de ciertas mugercillas mercenarias, pues oyó con mucho enojo la propuesta. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último arbitrio, que fué ofrecerle mi mano, la que aceptó luego que supo que era yo secretario y tesorero de don Manrique. Parecióños á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casamos de secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del conde de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarle de noche en el jardin, en donde yo entraba por una puertecilla, cuya llave me entregó. Dificilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ambos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ambos acudiamos allí con la misma ansia, y siempre se nos hacia corto el tiempo que pasábamos juntos, aunque algunas veces no dejaba de ser bien largo.

Una noche, que fué para mí tan cruel como habian sido deliciosas las anteriores, al ir á entrar en el jardin, quedé sorprendido de hallar abierta la puertecilla. Sobresaltóme aquella novedad, y formé de ella un mal juicio: me puse pálido y trémulo, como si hubiese presentido lo que iba á sucederme; y acercándome en medio de la oscuridad hácia un cenador en donde habia solido hablar á mi esposa, oí la voz de un hombre; me detuve para percibir mejor, y al momento llegaron á mis oidos estas palabras:—*No me hagas penar mas, mi querida Beatriz, completa mi felicidad, y piensa que de ella depende tu fortuna.* En vez de tener la paciencia de escuchar todavia, creí no tener necesidad de oir mas: un furor celoso se apoderó de mi alma, y no respirando sino venganza, desenvainé la espada y entré precipitadamente en el cenador.—¡Ah! vil seductor, esclamé, cualquiera que tú seas, antes de quitarme el honor, será menester que me arranques la vida. Diciendo estas palabras cerré contra el caballero que estaba en conversacion con Beatriz, que se puso

al momento en defensa, y se batió como persona mas diestra en el manejo de la armas que yo, que no habia recibido sino algunas lecciones de esgrima en Córdoba. Sin embargo, á pesar de su destreza le tiré una estocada que no pudo parar, ó mas bien, tuvo un tropiezo; víle caer al suelo, y creyendo haberle herido mortalmente, me puse en salvo á carrera tendida, sin querer responder á Beatriz que me llamaba.

—Así fué puntualmente, interrumpió la muger de Escipion, dirigiéndonos la palabra; yo le llamaba para sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era Don Fernando de Leiva. Este Señor, que amaba tiernamente á mi ama Julia, estaba determinado á sacarla de casa, pareciéndole que no la podria conseguir sino por este medio, y yo misma le habia citado para el jardin, con el fin de concertar con él esta fuga, de la cual me aseguraba él que pendia mi fortuna; pero por mas que llamé á mi esposo se alejó de mí como de una esposa infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Escipion, era capaz de eso y mucho mas. Los que saben por esperiencia qué cosa son celos, y las estravagancias que hacen cometer aun á los mas sensatos, no se admirarán del trastorno que causaron en mi débil imaginacion. Al momento pasé de un estremo á otro: á los sentimientos de ternura que un instante antes me animaban hácia mi esposa, me sobrevinieron bien pronto impulsos de aborrecimiento, é hice juramento de abandonarla y de desecharla para siempre de mi memoria. Por otra parte, creia haber muerto á un caballero, y bajo este concepto, temeroso de caer en manos de la justicia, esperimentaba la turbacion penosa que persigue por todas partes como una furia á un hombre que acaba de cometer un crímen. En esta horrible situacion, no pensando mas que en ponerme en salvo, y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que el vestido que tenia puesto. Es verdad que llevaba en el bolsillo hasta unos sesenta doblones, lo que no dejaba de ser un recurso bastante bueno para un mozo que tenia hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

Caminé toda aquella noche, ó por mejor decir, fuí corriendo, porque la idea de los alguaciles, presente siempre á mi imaginacion, me daba nuevo vigor. Amanecí entre Rodillas y Maqueda, y cuando llegué á este último pueblo, sintiéndome algo cansado, entré en la iglesia que acababan de abrir, y despues de haber hecho una breve oracion, me senté en un banco para descansar. Púseme á meditar en el estado de mis negocios, que no me daban poco en que discurrir; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflecsiones, porque luego oí resonar en la iglesia tres ó cuatro chasquidos de látigo, que me hicieron creer pasaba por allí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algun alquilador; me levanté al momento para ir á ver si me engañaba; y cuando estuve en la puerta, ví uno montado en una mula, que llevaba de reata otras dos.—Parad, amigo mio, le grité: ¿á dónde van esas mulas?—Á Madrid, me respondió: en ellas han venido á este pueblo dos religiosos domínicos, y me voy allá de retorno.

La ocasion que se presentaba de hacer el viage de Madrid, me inspiró deseo de verificarle; ajustéme con el alquilador; monté en una de sus mulas, y nos encaminamos hácia Illescas, en donde debiamos hacer noche.

No bien habiamos salido de Maqueda, cuando el alquilador, persona de treinta y cinco á cuarenta años, empezó á entonar cánticos de la iglesia á toda voz: comenzó por los salmos que los canónigos cantan á maitines, en seguida cantó el *Credo*, como en las misas solemnes; y luego pasando á las vísperas, me las cantó todas sin perdonarme ni aun el *Magnificat*. Aunque el majadero me aturdia los oidos, yo no podia menos de reir; y aun le incitaba á continuar cuando se veia precisado á detenerse para cobrar aliento.—¡Ánimo, buen amigo! le decia, prosiga vd., que si el cielo le ha dado tan buenos pulmones, vd. no hace mal uso de ellos.—¡Oh! en cuanto á eso, no, me respondió, no me parezco gracias á Dios á la mayor parte de los alquiladores que no cantan sino canciones infames ó impías; ni tampoco canto nunca romances sobre nuestras guerras contra los moros, porque son unas cosas á lo menos frívolas, cuando no sean indecentes.—Teneis, le repliqué, una pureza de corazon que raras veces tienen los alquiladores; y siendo tan escrupuloso en punto de canciones, ¿habeis hecho tambien voto de castidad en las posadas donde hay criadas mozas?—Seguramente, me respondió; la continencia es tambien una cosa de que me precio en estos parages; en ellos solo me ocupa el cuidado de mis mulas. No quedé poco admirado de oir hablar de este modo á aquel fénix de los alquiladores; y teniéndole por un hombre de bien y de talento, entablé conversacion con él luego que acabó de cantar cuanto le dió la gana.

Llegamos á Illescas á la caida de la tarde. Luego que nos apeamos en el meson, dejé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena, lo que prometió hacer tan bien, que me acordaria, dijo él, toda mi vida de haberme alojado en su meson.—Pregunte su merced, añadió, pregunte á su alquilador quién soy yo. ¡Voto á tal! que desafiaria á todos los cocineros de Madrid y de Toledo á hacer una olla podrida como las que yo hago. Esta noche quiero agasajar á su merced con un guisado de gazapo compuesto de mi mano, y verá si tengo razon para ponderar mi habilidad. Dicho esto, mostrándome una cazuela en que habia, segun él decia, un conejo hecho ya trozos:—Mire vd., continuó, lo que pienso darle despues que le haya echado pimienta, sal, vino, un manojo de yerbas, y algunos otros ingredientes que empleo en mis salsas, con lo que espero regalar á su merced con un guisado que se pudiera presentar á un contador mayor.

El mesonero, despues de haber hecho de este modo su elogio, comenzó á disponer la cena. Mientras tanto, me entré en un cuarto, y echándome en una mala cama que habia allí, me quedé dormido de cansancio por no haber sosegado nada la noche antecedente. De allí á dos horas vino á despertarme el alquilador, diciendo:—Señor amo, la cena está pronta, venga vd. si gusta á sentarse á la mesa; la cual estaba puesta en una sala con solos dos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo, y nos trajeron el guisado; me tiré á él con ansia, y me supo muy bien, ya fuese porque la hambre me lo hizo apetitoso, ya por el sainete que le daban los ingredientes del cocinero. En seguida nos sirvieron un trozo de carnero asado; y observando que el alquilador solo tomaba de este segundo plato, le pregunté, ¿por qué no tomaba del otro?—Me respondió sonriéndose, que no le gustaban los guisos; cuya respuesta, ó por mejor decir, la risita con que la habia acompañado, me pareció misteriosa.—Vd. me oculta, le dije, la verdadera razon que le impide comer de este guisado: hágame el gusto de decírmela.—Ya que vd. tiene tanta curiosidad de saberla, replicó él, le diré que tengo repugnancia á llenarme el estómago de esa especie de guisotes desde que caminando de Toledo á Cuenca, me dieron una noche en un meson, por conejo de vivar un jigote de gato; lo que me ha hecho cobrar aversion á los cochifritos.

Apénas el alquilador me dijo estas palabras, perdí enteramente el apetito en medio del hambre que me devoraba. Se me encajó en la cabeza que acababa de comer conejo solo en el nombre, y ya no miré el guisado sino haciéndole gestos. El arriero, lejos de desvanecer mi aprension, me la aumentó diciéndome que los mesoneros y pasteleros en España hacian con frecuencia aquella especie de *quid pro quo;* lo que, como ustedes pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó del todo la gana, no ya de volver á probar el guisote, mas ni aun de tocar al asado, temiendo que el carnero no lo fuese mas realmente que el conejo. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al mesonero y al meson; volvíme á tender en la cama, y pasé la noche con mas quietud de la que pensaba. El dia siguiente muy temprano, despues de haber pagado al mesonero con tanta largueza como si me hubiera tratado perfectamente, salí de Illescas tan ocupado el pensamiento en el guisado, que me parecian gatos cuantos animales se me ofrecian á la vista.

Entramos temprano en Madrid, y despues de haber satisfecho al conductor, me hospedé en una posada de caballeros cerca de la puerta del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sol. Aunque mis ojos estaban acostumbrados al gran mundo, no dejaron de deslumbrarse con el concurso de señores que se ven comunmente en el centro de la corte. Pasmóme el enorme número de coches, y la gran multitud de gentiles hombres, pages y lacayos que los grandes llevaban de comitiva. Llegó á lo sumo mi admiracion, cuando, habiendo ido á ver el rey, miré al monarca rodeado de sus cortesanos. Quedé encantado á vista de tal espectáculo; y dije para mí:—Ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la corte de Madrid para formar concepto cabal de su magnificencia: celebro infinito el visitarla, y el corazon me dice que he de hacer algo en ella. Sin embargo, nada mas hice que contraer algunas amistades inútiles: fuí poco á poco gastando todo mi dinero, y me tuve por muy dichoso en haberme acomodado, á pesar de todo mi mérito, con un pedante de Salamanca, á quien conocí casualmente que habia ido á la corte, su patria, á negocios personales. Llegué á ser sus piés y sus manos, y cuando se restituyó á su universidad me llevó en su compañía.

Llamábase Don Ignacio de Ipiña este mi nuevo amo. Él mismo se tomaba el *don* por haber sido maestro de un duque, el cual por agradecimiento le habia señalado una renta vitalicia: gozaba otra por catedrático jubilado del colegio, y ademas de eso sacaba del público doscientos ó trescientos doblones anuales por los libros de moral dogmática que solia dar á la prensa. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Gastaba casi todo el dia en leer autores hebreos, griegos y latinos, y en escribir en medias cuartillas de papel todos los apotegmas ó pensamientos sublimes que encontraba en ellos; conforme iba llenando las cuartillas, me las hacia ensartar en un alambre en figura de guirnalda, y cada una formaba un tomo. ¡Qué de libros perversos hacíamos! Apenas se pasaba mes alguno sin que formásemos cuando menos dos volúmenes, y al momento iban á fatigar la prensa. Lo mas estraordinario era, que estas compilaciones se hacian pasar por cosas nuevas; y si los críticos trataban de hacer ver al autor que era un plagiario de las obras de los antiguos, les contestaba con orgulloso descaro:—*Furto laetamur in ipso.*

Tambien era gran comentador, y estaban tan llenos de erudicion sus comentos, que á cada paso hacia notas sobre cosas que no merecian un paro; así como en las medias cuartillas de papel escribia inoportunamente pasages de Hesiodo y de otros autores. Yo no dejé de aprovechar en casa de este sabio, y seria ingratitud negarlo; pues á lo menos, á fuerza de copiar sus obras, fuí aprendiendo á escribir decentemente; y considerándome él no ya como criado, sino como discípulo suyo, ilustró mi entendimiento sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casualidad llegaba á saber que algun otro criado habia hecho algo malo: —Escipion, me decia, guárdate bien, hijo, de hacer lo que ha hecho ese bribon: un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo. En una palabra, no perdia ocasion Don Ignacio de ecshortarme á la virtud; y sus palabras en mí hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví, no tuve la mas mínima tentacion de jugarle ninguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la mas leve travesura.

Ya dejo dicho que el doctor Ipiña era hijo de Madrid, donde tenia una parienta llamada Catalina, que era camarera del ama que habia criado al príncipe de Asturias. La tal sirvienta, que es la misma de quien me valí para sacar al Señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente Don Ignacio, se empeñó con su ama para que le consiguiese del duque de Lerma alguna pieza eclesiástica. El ministro le confirió el arcedianato de Granada, porque siendo aquel reino pais de conquista, todas las prebendas son del patronato real, y de nombramiento del rey. Luego que lo supimos, marchamos á Madrid, porque quiso el doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á Granada. Con esta ocasion las tuve frecuentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. No me gustó á mí menos la mozuela, y tanto que, no pude dejar de corresponder á ciertas señales de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion, nos enamoramos uno de otro. Perdóname, querida Beatriz, esta confesion que hago; el mirarte entonces como infiel á mí, fué lo que me hizo propasar á lo que no me era permitido.

Mientras tanto el doctor Don Ignacio iba disponiendo su viaje á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho con todas las demostraciones del hombre mas angustiado del mundo. Mi amo llamó á un médico, el cual, despues de haberme reconocido, me dijo de buena fe que mi enfermedad era mas séria de lo que parecia, y que verosimilmente no me levantaria tan presto de la cama. Impaciente el doctor por irse á su catedral, no tuvo por oportuno dilatar mas su viaje, y prefirió tomar otro criado para que le sirviera; contentándose con entregarme al cuidado de una asistenta, á la cual dejó cierta cantidad de dinero para mi entierro si moria, ó para recompensar mis servicios si salia de mi enfermedad.

Luego que supe que Don Ignacio habia salido para Granada, me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al médico que habia dado tan notoria prueba de su gran penetracion, y me deshice de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asistenta, que me robó mas de la mitad del dinero que debia entregarme. Mientras yo representaba este papel, Catalina desempeñaba otro muy diverso con su ama Doña Ana de Guevara, á la cual, persuadiéndola de que yo era un intrigante ducho, la puso en deseo de escogerme por uno de sus agentes. La señora ama, que tenia mucho apego á las riquezas, era dada á manejos que pudieran producirlas, y necesitando de personas á propósito para ello, me recibió entre sus criados. Tardé poco en dar pruebas de mi talento. Dióme algunos encargos delicados que pedian viveza y maña, los que puedo asegurar sin vanidad, desempeñé á su satisfaccion; por lo que quedó tan pagada de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que le redituaban mis manipulaciones y mi industria. Parecíale que solo con pagarme puntual y esactamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este esceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa, á no haberme detenido en ella el afecto á Catalina, la cual, enamorada cada dia mas y mas de mí, me propuso formalmente que nos casásemos.

—¡Poco á poco! le respondí, querida mia, esa ceremonia no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que se anticipó á tí, y con quien por mis pecados estoy ya casado.—A otro perro con ese hueso, replicó Catalina; ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesanamente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano aseguré mil veces, que le decia la pura verdad, pues no hubo forma de hacérsela creer; y pareciéndole que mi sincera confesion era una escusa, se dió por ofendida, y desde aquel mismo pnnto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero resfriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó reducido nuestro trato á los precisos términos que no se podian negar á la buena crianza y al bien parecer.

En este estado me hallaba cuando supe que el Señor Gil Blas de Santillana, secretario del primer ministro del reino de España, estaba á la sazon sin criado. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podia aspirar. El Señor de Santillana, me dijeron, es un caballero de mucho mérito, un mozo sumamente querido del duque de Lerma, y á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna: ademas de eso, es de un corazon generoso y lleno de bizarría; haciendo tú sus negocios, no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion; presentéme al Señor Gil Blas, á quien tomé desde luego inclinacion: agradóle mi fisonomía, recibióme en su casa, y no me detuve un punto en dejar por él la de la señora ama; y éste, si Dios quiere, será el último amo á quien sirva.

Así dió fin á su historia el buen Escipion, y volviéndose despues á mí, me habló en estos términos:—Señor de Santillana, hágame vd. el favor de atestiguar á estas señoras que siempre me ha tenido por un criado tan fiel como celoso. He menester de este testimonio, para persuadirles, que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, succediendo á ellas en su corazon y en sus operaciones, virtuosos y honrados pensamientos.

—Así es, señoras, les dije, eso puedo asegurároslo. Si en su niñez Escipion era un verdadero pícaro, se ha corregido despues tan completamente, que ha llegado á ser un dechado perfecto de criados. Lejos de tener de que quejarme, ni que reprender en su modo de portarse desde que está en mi casa, debo al contrario confesar que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al alcázar de Segovia, libertó mi casa del pillage y puso en seguridad parte de mis efectos, de que impunemente pudo haberse apropiado. No contento por haber mirado por la conservacion de mis bienes, quiso, llevado de puro afecto, encerrarse conmigo en mi prision, prefiriendo á los atractivos de la libertad el triste consuelo de acompañarme en mis trabajos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

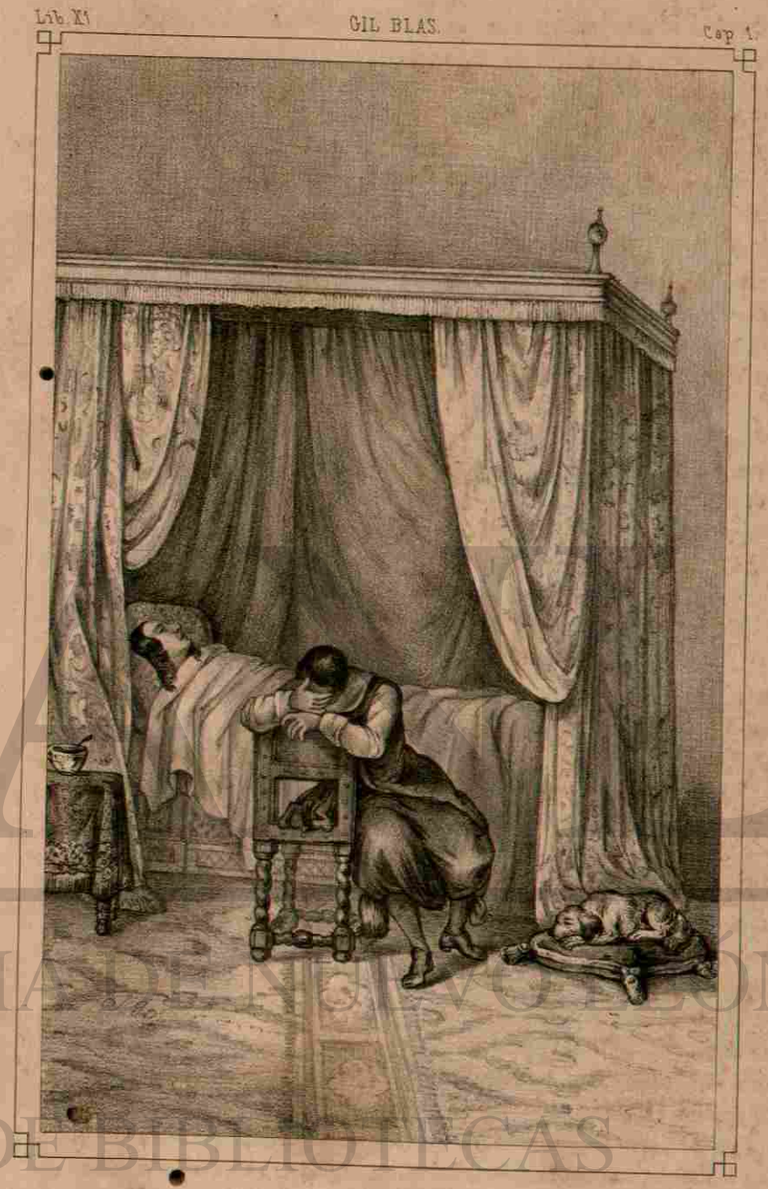
LIBRO UNDECIMO.

CAPÍTULO I.

De cómo Gil Blas tuvo la mayor alegría que habia esperimentado en su vida, y del funesto accidente que la turbó. Mutaciones sobrevenidas en la corte, que fueron causa de que Santillana volviese á ella.

Y A dejo dicho que Antonia y Beatriz se avenian muy bien las dos: la una acostumbrada á vivir como criada sumisa, y la otra acostumbrándose gustosa á ser ama. Escipion y yo éramos dos maridos muy condescendientes y muy amados de nuestras esposas para no tener bien pronto la satisfaccion de ser padres. Ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo: Beatriz fué la primera que parió y dió á luz una niña, y pocos dias despues Antonia nos llenó de alegría dándome un niño. Envié á mi secretario á Valencia á llevar esta noticia al gobernador, que vino inmediatamente á Liria, en compañía de Serafina y de la marquesa de Priego, á sacar de pila á los recien nacidos, teniendo el gusto de añadir esta prueba mas de afecto á todas las que yo habia recibido de él. Mi hijo, que tuvo por padrinos á este señor y á la marquesa, se llamó Alfonso; y la señora gobernadora, queriendo dispensarme el honor de que yo fuera su compadre por dos títulos, se prestó á ser madrina juntamente conmigo de la hija de Escipion, á la cual se le puso el nombre de Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente alegró á las personas de la quinta, sino que todos los vecinos de Liria le celebraron tambien con



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

festejos que manifestaron que todo el lugar tomaba parte en las satisfacciones de su señor. Pero ¡ah! y cuán breve fué nuestra alegría! ó, por mejor decir, de repente se convirtió toda en ayes, en llantos y en suspiros por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y que tendré eternamente en la memoria. Murió mi hijo, y á pocos dias le siguió su madre, sin embargo de haber tenido un parto feliz; una violenta calentura me arrebató mi querida esposa pasados los catorce meses de nuestro matrimonio. Figúrese el lector, si es posible, cuánta seria mi amargura: caí en un abatimiento de ánimo y en una estupidez inesplicable; tanto que parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir la pérdida que habia esperimentado. Pasé cinco ó seis dias en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar ningun alimento, y creo que sin la compañía de Escipion me hubiera dejado morir de hambre, ó hubiera perdido enteramente el juicio; pero este discreto secretario supo distraer mi afliccion tomando parte en ella. Hallaba el secreto de hacerme tomar algunos caldos presentándomelos con un semblante tan triste, que parecia me los ponia delante, no tanto por conservar mi vida, como por dar pábulo á mi padecer. El afectuoso criado escribió al mismo tiempo á Don Alfonso, noticiándole las desgracias que me habian sucedido, y la lastimosa situacion en que me encontraba. Este señor tierno y compasivo, este amigo generoso fué inmediatamente á Liria. Yo no puedo traer á la memoria sin enternecerme el momento en que se presentó á mi vista:—Mi amado Santillana, me dijo echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irias á llorar conmigo la de mi adorada Serafina, si la muerte me la hubiera arrebatado. Con efecto, vertió algunas lágrimas, y confundió sus suspiros con los mios. En medio de la pesadumbre que me tenia fuera de mí, no dejaron de escitar en mi corazon un vivo agradecimiento las afectuosas demostraciones de Don Alfonso.

Este gobernador tuvo una larga conversacion con Escipion sobre lo que convendria adoptar para vencer mi pesadumbre. Juzgaron que seria necesario por algun tiempo alejarme de Liria, en donde por todas partes se me representaba continuamente la imágen de Antonia. Convenidos en esto, me propuso el hijo de Don Cesar si queria ir con él á Valencia, y mi secretario apoyó tan eficazmente la propuesta, que la acepté. Dejé á Escipion y á su muger en la quinta, en la que no veia cosa que no aumentase mi melancolía, y marché con el gobernador. Luego que llegué á Valencia, Don César y su nuera no perdonaron diligencia alguna para divertir mi afliccion, echando mano de todas las distracciones oportunas para disiparla; pero, á pesar de todos sus esfuerzos, perma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

necí sumergido en una profunda melancolía de que no pudieron sacarme. Nada omitia tampoco por su parte Escipion de cuanto pensaba podia contribuir á restituirme mi antigua tranquilidad. Iba frecuentemente de Liria á Valencia á informarse por sí mismo de mi estado, y se volvia mas alegre ó mas triste, segun me veia mas ó menos dispuesto á consolarme.

Una mañana entró muy azorado en mi cuarto, y me dijo:—Señor, corre por la ciudad una noticia que llama la atencion de toda la monarquía.—Se dice que Felipe III ya no ecsiste, y que ocupa el trono el príncipe su hijo. Añádese que al cardenal duque de Lerma le han separado de su empleo con prohibicion de presentarse en la corte, y que Don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, es en la actualidad primer ministro. Sentíme conmovido de esta noticia sin saber por qué, y conociéndolo Escipion, me preguntó si no tomaba yo alguna parte en este grande acaecimiento.—¿Y qué parte quieres tú, hijo mio, que yo tome en él? le respondí: ya dejé la corte; todas las mutaciones que pueden sobrevenir en ella me deben ser indiferentes.

—Muy desprendido se halla vd. del mundo para la edad que tiene, replicó el hijo de la Coscolina; si yo me hallase en su lugar, no dejaria de tentarme mucho la curiosidad: iria á Madrid á presentarme al nuevo monarca, para ver si se acordaba de haberme visto: este gusto no me lo perdonaria.—Ya te entiendo, le dije, tú quisieras que yo volviera á la corte para tentar en ella de nuevo la fortuna, ó por mejor decir, para volver á ser allí avariento y ambicioso.—¿Por qué se habian de estragar todavia allí las costumbres de vd.? me replicó Escipion: tenga vd. mas confianza que la que tiene en su virtud: yo salgo por fiador de vd. Las sanas reflecsiones que le obligó á hacer su desgracia acerca de los peligros de la corte son muy del caso para precaverse de ellos. Vuélvase, pues, á embarcar animosamente en un mar cuyos escollos le son bien conocidos.—Calla, adulador, le interrumpí sonriéndome: ¿estás ya cansado de verme pasar una vida tranquila? yo creia que estimabas mas mi sosiego.

Aquí llegaba nuestra conversacion, cuando entraron en mi cuarto Don César y su hijo, quienes me confirmaron la noticia de la muerte del rey, y la desgracia del cardenal duque de Lerma, añadiendo que, habiendo éste pedido licencia para retirarse á Roma, en lugar de dársela, se le habia mandado fuese á vivir á su marquesado de Denia. Despues, como si estuvieran ambos de acuerdo con mi secretario, me aconsejaron fuese á Madrid, y me presentase al nuevo rey, puesto que ya me conocia, y le habia hecho unos servicios que los grandes recompensan con bastante gusto. Yo á lo menos, dijo Don Alfonso, no tengo la menor

duda de que se acordará de los tuyos, ni de que deje Felipe IV de pagar las deudas del príncipe de Asturias. Del mismo sentir soy yo, dijo Don César, y aun el corazon me está diciendo, que el viaje de Santillana á la corte le ha de abrir camino para grandes empleos.

—En verdad, señores mios, esclamé, que ustedes no han meditado bien lo que me aconsejan. Segun les parece, no tengo mas que ir á Madrid para lograr la llave dorada ó algun gobierno, y están muy equivocados. Yo al contrario, estoy muy persuadido de que el rey no reparará en mí aunque me presente á su vista; y si ustedes lo desean haré la prueba para desengañarlos. Cogiéronme luego la palabra los Señores de Leiva, y me instaron tanto, que no pude menos de prometerles que cuanto antes iria á Madrid. Luego que mi secretario me vió determinado á hacer este viage, esperimentó una alegria descompasada, imaginándose que lo mismo seria ponerme yo delante del nuevo monarca, que distinguirme entre la confusion. En este concepto, forjando en su mente las mas pomposas quimeras, me encumbraba á los primeros empleos del estado, y él se acrecentaba á favor de mi engrandecimiento.

Dispuse, pues, mi viage á la corte, no ya con ánimo de volver á incensar á la fortuna, sino únicamente por complacer á Don César y á su hijo, á quien se les habia metido en la cabeza que inmediatamente me atraeria el favor del soberano. A decir verdad, á mí tambien me picaba un poco el deseo de probar si el rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza ni aun pensamiento de lograr la mas leve ventaja en el nuevo reinado, tomé el camino de Madrid, acompañado de Escipion, dejando el cuidado de mi hacienda á Beatriz, que era muy buena muger de gobierno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II.

Marcha Gil Blas á Madrid, déjase ver en la corte, reconócele el rey, recomiéndale á su primer ministro, y efectos de esta recomendacion.

EN menos de ocho dias llegamos á Madrid, habiéndonos dejado Don Alfonso dos de sus mejores caballos para que hiciésemos el viaje con mayor diligencia. Apeámonos en la posada de caballeros, donde ya en otro tiempo me habia hospedado, propia de Vicente Forero, mi antiguo patron, que tuvo mucho gusto de volverme á ver.

Era este un hombre que se preciaba de saber todo lo que pasaba en la corte y en la villa, y le pregunté qué habia de nuevo.—Muchas novedades, me respondió: despues de la muerte de Felipe III, los amigos y los partidarios del cardenal duque de Lerma, se valieron de varios medios para mantener á su eminencia en el ministerio; pero sus esfuerzos han sido inútiles, porque el conde de Olivares pudo mas que todos ellos. Quieren decir que España nada ha perdido en el cámbio, porque el nuevo primer ministro tiene talento y conocimientos tan vastos que es capaz de gobernar el mundo entero. ¡Dios lo quiera! Lo que no admite duda es, continuó, que la nacion ha concebido la idea mas ventajosa de su capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del duque de Lerma llena ó no el puesto que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Forero en una conversacion tan de su genio, me hizo una puntual relacion de todas las mutaciones que se habian hecho en la corte desde que el conde de Olivares manejaba el timon de la monarquía.

Á los dos dias de mi llegada á Madrid fuí á palacio cuando ya el rey habia acabado de comer; me coloqué al paso por donde debia entrar á su gabinete, y no me miró. Volví el dia siguiente al mismo parage, y no fuí mas dichoso. El subsiguiente echó sobre mí una mirada al pasar;

pero no dió muestras de haber reparado en mí, y en vista de esto tomé mi resolucion.—Tú ves, dije á Escipion que me acompañaba, que el rey ya no me conoce, ó que, si me conoce, no quiere hacer caso de mí. Lo mas acertado será volver á tomar el camino de Valencia.—No váyamos tan aprisa, señor, me respondió mi secretario; vd. sabe mejor que yo, que para negociar en la corte es menester paciencia. No deje vd. de presentarse al rey; á fuerza de ofrecerse á su vista, le obligará vd. á considerar mas atentamente, y á recordar las facciones de su agente cerca de la bella Catalina.

Solo porque Escipion no tuviese que reconvenirme, tuve la condescendencia de continuar del mismo modo por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que, habiendo atraido la atencion del monarca, me mandó llamar. Entré en su gabinete, no sin gran turbacion de hallarme á solas con mi rey.—¿Quién eres? me dijo, tus facciones no me son desconocidas: ¿dónde te he visto?—Señor, le respondí temblando, yo tuve la honra de conducir una noche á V. M. con el conde de Lémos á casa....—¡Ah! ya me acuerdo, interrumpió el rey; tú eras secretario del duque de Lerma, y si no me engaño, tu nombre es Santillana. No me he olvidado de que en aquella ocasion me serviste con mucho celo, ni tampoco de que fueron mal recompensados tus afanes. ¿No estuviste preso por aquel lance?—Sí señor, le repliqué: cuatro meses lo estuve en el alcázar de Segovia; pero V. M. tuvo la bondad de mandarme poner en libertad.—Eso, respondió, no satisfizo la obligacion que contraje con Santillana; no basta haber hecho que se le pusiese en libertad; debo premiarle tambien lo mucho que padeció por servirme.

Al acabar el rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el conde de Olivares. Todo espanta á los favoritos. Quedó absorto de ver allí á un desconocido; y el rey aumentó su sorpresa diciéndole:—Conde, pongo á tu cuidado este jóven: te encargo que le des algun empleo y procures adelantarle. Aparentó el ministro recibir esta órden con agrado, mirándome de piés á cabeza, y mostrando inquietud por saber quién yo era.—Véte, amigo mio, añadió el monarca dirigiéndome la palabra y haciéndome seña de que me retirase: el conde no dejará de emplearte en provecho de mi servicio y de tus intereses.

Salí inmediatamente del gabinete, y me reuní al hijo de la Coscolina, que muy impaciente por saber lo que el rey me habia dicho, se hallaba en una agitacion imponderable; y al momento me preguntó si era necesario volver á Valencia ó permanecer en la corte.—Tú lo podrás juzgar, le respondí; y al mismo tiempo le llené de contento refiriéndole palabra por palabra la conversacion que acababa de tener con el monarca.—Querido amo, me dijo entonces Escipion en el esceso de su alegria, ¿se bur-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lará vd. otra vez de mis pronósticos? Confiese vd., que ni los señores de Leiva ni yo discurriamos mal cuando le instábamos tanto á que se presentase luego en Madrid. Ya le veo á vd. en un puesto eminente: será el Calderon del conde de Olivares.—Eso es lo que menos deseo, interrumpí; ese destino está cercado de demasiados precipicios para escitar mi anhelo. Yo quisiera un empleo que no me ofreciera ninguna ocasion de hacer injusticias ni un vergonzoso tráfico de los favores del rey: despues del uso que he hecho de mi pasado valimiento, no puedo menos de precaverme contra la avaricia y contra la ambicion.—Ánimo, señor, me replicó mi secretario, el ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar sin dejar de ser hombre de bien.

Instado mas por Escipion que por mi curiosidad, me fuí el dia siguiente á casa del conde de Olivares, antes de amanecer, noticioso de que todas las mañanas en verano y en invierno daba audiencia con luz artificial á cuantos querian hablarle. Me coloqué por modestia en un rincon de la sala, y desde allí estuve observando bien al conde luego que se dejó ver, porque habia fijado poco la atencion sobre él en el gabinete del rey. Era un hombre de estatura menos que mediana, y podia pasar por gordo en un pais donde los mas son flacos: tan cargado de espaldas que parecia corcobado, aunque no lo era en realidad: su cabeza que era de gran tamaño, caia sobre el pecho: tenia el cabello negro y lacio, la cara larga, el color aceitunado, la boca hundida, y la barbilla puntiaguda y muy levantada.

Este conjunto no formaba una persona muy bien parecida; con todo eso, como yo me le figuraba inclinado á mi favor, le miraba con indulgencia y me parecia bien: verdad es que recibia á todos con un aire tan afable y bondadoso, y tomaba tan cortesmente los memoriales que se le presentaban, que esto suplia la falta de su buena figura. Sin embargo, cuando me llegó la vez de acercarme para saludarle y que me conociera, me echó una mirada ceñuda y amenazadora, y volviéndome la espalda sin dignarse oirme, se entró en su gabinete. Entonces me pareció aquel señor aun mas feo de lo que naturalmente era. Salí de la sala atónito en estremo de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo qué inferir de él.

Reunido con Escipion que me esperaba á la puerta,—¿sabes, le dije, el recibimiento que he tenido?—No, señor, me respondió; pero no es difícil de adivinar: el ministro, pronto á conformarse con la voluntad del rey, sin duda habrá propuesto á vd. un empleo de importancia.—Te engañas, el repliqué. Referíle entonces el lance segun habia pasado, el que escuchó con atencion, y luego me dijo:—Preciso es que el conde no le conociera á vd. ó le tuviera por otro. Mi parecer es que vuelva vd. á verle, y

no dude que le recibirá con mejor semblante. Tomé el consejo de mi secretario; presentéme segunda vez al ministro, quien me recibió todavía peor que la primera; arqueó las cejas mirándome como si mi presencia le causase enojo: despues apartó de mí la vista, y se retiró sin hablar una palabra.

Llegóme al alma este proceder, y tuve tentaciones de regresar inmediatamente á Valencia; pero Escipion no cesó de oponerse á ello, no pudiendo resolverse á renunciar á las esperanzas que habia concebido. —¿No conoces, le dije, que el conde quiere alejarme de la corte? Habiendo visto él mismo la inclinacion que me manifestó el monarca, ¿no basta eso para atraerme la aversion de su favorito? Cedamos, hijo mio, cedamos con gusto al poder de un enemigo tan temible.—Señor, respondió Escipion montando en cólera contra el conde de Olivares, yo no abandonaria tan fácilmente el campo: iria á quejarme al rey del poco caso que ha hecho el ministro de su recomendacion.—¡Mal consejo! amigo mio, le dije; si yo diera un paso tan imprudente, poco tardaria en arrepentirme: ni aun sé si corro peligro en detenerme en esta capital.

Á estas palabras, mi secretario mudó de parecer, y considerando que efectivamente las habiamos con un hombre que podia volvernos á enviar á la torre de Segovia, participó de mi temor, y no resistió mas al deseo que yo tenia de dejar á Madrid, de donde resolví alejarme el dia siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner por obra el pensamiento de dejar la corte, y del importante servicio que le hizo José Navarro.

L volverme á la posada de caballeros encontré á José Navarro, repostero de Don Baltasar de Zúñiga y mi antiguo amigo. Le saludé acercándome á él, y le pregunté si me conocia, y si tendria aun la bondad de querer hablar á un desatento que habia pagado con ingratitud su amistad. ¿Luego vd. mismo confiesa, me respondió, que no procedió bien conmigo?—Sí, señor, le respondí, y tiene vd. sobrada razon para llenarme de reconvenciones, porque las merezco; si es que no he espiado mi crímen con los remordimientos que á él se han seguido.—Ya que vd. está tan arrepentido de su culpa, repuso Navarro dándome un abrazo, no debo acordarme mas de ella.—Yo tambien le estreché cuanto pude entre mis brazos, y ambos renovamos desde aquel punto nuestra antigua amistad. Habia sabido mi prision y el trastorno de mi suerte; pero ignoraba lo demas: le informé de todo contándole hasta la conversacion que habia tenido con el rey, sin ocultarle el mal recibimiento que me acababa de hacer el ministro, ni el designio, en que me hallaba de volverme á mi retiro.—No trate vd. de irse, me dijo: supuesto que el monarca le ha manifestado inclinacion, es necesario que vd. haga que le sirva de algo. Aquí para entre los dos, el conde de Olivares tiene sus estravagancias; es caprichoso, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que irrita, pues él solo tiene la clave de sus acciones estrambóticas. Por lo demas, sea cual fuere la causa de haberos recibido tan mal, permaneced aquí á pié firme, porque os aseguro que él no podrá impedir que os aprovecheis de la bondad del rey; y á mayor abundamiento yo le diré dos palabras al Señor Don Baltasar de Zúñiga mi amo, que es

tio del conde de Olivares, y le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro donde yo vivia, y sin decirme mas, nos separamos.

Tardé poco en volverle á ver: el dia siguiente fué á buscarme.—Señor de Santillana, me dijo, vd. tiene un protector: mi amo quiere favorecerle. En virtud del informe que le he dado de vd. me ha ofrecido recomendarle al conde de Olivares su sobrino, y no dudo que le incline á su favor. Mi amigo Navarro no queriéndome servir á medias, me presentó dos dias despues á Don Baltasar, quien me dijo con semblante apacible:—Señor de Santillana, su amigo José me ha hecho un elogio tan cumplido de vd., que me ha movido á protegerle. Hice una profunda reverencia al Sr. de Zúñiga, diciéndole que toda mi vida me confesaria sumamente reconocido al Señor Navarro por haberme grangeado la proteccion de un ministro á quien llamaban con justa razon *la antorcha del consejo*. Al oir Don Baltasar esta lisongera contestacion, me dió una palmadita en el hombro riéndose, y me dijo:—Puede vd. volver mañana á casa del conde de Olivares, y quedará mas contento de él.

Con efecto, al otro dia me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse; lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dije entre mí, el tio debe haber reducido á la razon al sobrino. Así, pues, desde entonces me prometí una acogida favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el conde despachó á los demas, me hizo entrar en su gabinete, y en tono muy familiar me dijo:—Perdona, amigo Santillana, el apuro en que te he puesto por divertirme. Me he complacido en inquietarte para probar tu discrecion y ver el partido que tomabas en vista de mi mal humor. Sin duda tú te persuadirias de que me eras desagradable; pero al contrario, hijo mio, te confesaré que aprecio mucho tu persona. Aunque el rey mi amo no me hubiera mandado cuidar de tu fortuna, lo haria yo por mi propia inclinacion. Ademas, Don Baltasar de Zúñiga, mi tio, á quien nada puedo negar, me ha encargado te mire como á persona por quien él se interesa: y no necesito mas para determinarme á ponerte á mi lado.

Esta primera entrada hizo tanta impresion en mi ánimo, que quedé casi enagenado. Me eché á los piés del ministro, y habiéndome dicho que me levantase, prosiguió de esta manera:—Despues de comer vuelve acá, y vé á verte con mi mayordomo, que él te dará las órdenes que yo le encargare. Dicho esto, se salió S. E. de su despacho para ir á oir misa, que es lo que acostumbraba hacer todos los dias despues de dar audiencia, y en seguida se marchaba á palacio para hallarse en el cuarto del rey al tiempo de levantarse S. M.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO IV.

Logra Gil Blas el afecto y confianza del conde de Olivares.

O me descuidé en volver despues de comer á casa del primer ministro. Pregunté por su mayordomo, que se llamaba Don Ramon Caporis, el cual, luego que oyó mi nombre, me saludó con particular respeto, y me dijo:—Caballero, sígame vd. si gusta, que voy á conducirle á la habitacion que se le ha destinado en esta casa. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la cual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban un ala de la casa, alhajadas regularmente. Esta es, me dijo, la habitacion que S. E. le señala. Vd. disfrutará aquí de una mesa de seis cubiertos de cuenta de S. E.: será servido por sus propios criados, y tendrá siempre á su disposicion un coche. Aun no lo he dicho todo: S. E. me ha encomendado eficazmente que tenga á vd. las mismas consideraciones que si fuera de la casa de Guzman.

—¿Qué diablos significa todo esto? me decia á mí mismo. ¿Cómo consideraré yo estas distinciones? ¿Quién sabe si envolverán alguna malicia, ó si todavia por divertirse el ministro hará que me traten tan honoríficamente? Mientras me hallaba en esta incertidumbre, fluctuando entre el temor y la esperanza, vino un page á decirme que el conde me llamaba. Fuí volando á ver á S. E., que estaba solo en su gabinete.—Y bien, Santillana, me dijo, ¿estás contento con tu habitacion y con las órdenes que he dado á Don Ramon?—Las bondades de V. E., le respondí, me parecen escesivas, y no las acepto sin zozobra.—¿Pues por qué? me replicó; ¿puede caber esceso en honrar á una persona que el rey me ha recomendado, y de quien quiere que yo cuide?

En tratarte honoríficamente no hago mas que mi deber: por mucho que haga por tí, no te admires, y cuenta con una fortuna brillante y sólida, si me eres tan afecto como lo fuiste al duque de Lerma.

—Pero ya que hemos nombrado á este señor, prosiguió, he oido decir que viviais los dos con mucha intimidad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué te empleaba aquel ministro: no me ocultes nada, dímelo todo con sinceridad. Acordéme entonces de la perplejidad en que me ví cuando me encontré con el duque de Lerma en semejante caso, y del medio que me valí para salir de ella; el cual practiqué aun mas afortunadamente: quiero decir, que en mi informe dí el mejor colorido que pude á los lances mas escabrosos, y toqué ligeramente aquellos que me hacian poco honor. Tambien procuré poner en buen lugar al duque de Lerma, aunque conocia que no disculpándole del todo hubiera dado mas gusto á mi oyente. Por lo que toca á Don Rodrigo Calderon nada le perdoné: le individualicé las hazañas que sabia relativas al tráfico que hacia de encomiendas, beneficios y gobiernos.

—En cuanto á Don Rodrigo Calderon, interrumpió el ministro, todo cuanto me dices es muy conforme á ciertos documentos que me han presentado contra él, y que contienen testimonios de acusacion aun mas importantes. Se va á sustanciar su causa inmediatamente; y si deseas su pérdida, creo que tus deseos quedarán satisfechos.—No deseo su muerte, le dije, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en la torre de Segovia, donde tuvo la culpa de que permaneciese largo tiempo.—¿Cómo? replicó S. E. ¿Don Rodrigo fué quien causó tu prision? He ahí lo que yo ignoraba. Don Baltasar, á quien Navarro contó tu historia, me dijo sí que el difunto rey te habia mandado prender, en castigo de haber conducido de noche al príncipe de España á un parage sospechoso; pero no sé nada mas, y no puedo adivinar qué papel hacia Calderon en esa farsa.—El papel de un amante que se venga de un ultrage recibido, le respondí. Entonces le conté todos los pormenores de la aventura, la cual le pareció tan divertida que, á pesar de su seriedad, no pudo menos de reir, ó mas bien llorar de placer. Catalina, tan pronto sobrina como nieta, le alegró en estremo: como asimismo la parte que habia tenido en el negocio el duque de Lerma.

Luego que acabé mi relacion, me despidió el conde, diciéndome que no dejaria de emplearme el dia siguiente. Fuíme en derechura á casa de Don Baltasar de Zúñiga á darle gracias por los buenos oficios que me habia hecho, y al mismo tiempo á participar á mi amigo José las favorables disposiciones que el ministro manifestaba hácia mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro; y primera cosa en que le ocupó el conde de Olivares.

APENAS ví á José, cuando le dije agitado, que tenia muchas cosas que noticiarle. Llevóme á un sitio retirado, donde habiéndole enterado de lo ocurrido, le pregunté qué le parecia lo que le acababa de decir. Paréceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna: todo se os presenta propicio. Agradais al primer ministro, y lo que no dejará de serviros de algo, yo me hallo bastante enterado para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda cuando entrásteis en el palacio del arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del prelado y de sus principales familiares, manifestándoos el carácter de cada uno; yo, á ejemplo suyo, quiero daros á conocer cuál es el del conde, el de la condesa su muger, y el de Doña María de Guzman su hija única.

El ministro tiene talento perspicaz, profundo, y á propósito para formar grandes proyectos. Se precia de hombre universal, porque tiene una somera idea de todas las ciencias, y se cree capaz de decidir en todo. Se imagina ser un jurisconsulto consumado, un gran capitan, y un político de los mas sagaces. Añada vd. á eso, que es tan encaprichado en su parecer, que quiere que prevalezca sobre el de los demas; y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por dictámen de otro; defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el consejo por cierta elocuencia natural, y escribiria tan elegantemente como habla, si no afectara, para dar dignidad á su estilo, el hacerle oscuro y muy estudiado: tiene pensamientos estravagantes, es caprichoso y fantástico. Este es el retrato de su entendimiento; vea vd. ahora el de su corazon. Es gene-

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

roso y buen amigo. Se le acusa de vengativo, pero, ¡cuán pocos son los que dejan de serlo viéndose con igual poder, y en tanta elevacion! Tambien le motejan de ingrato porque hizo desterrar al duque de Uceda y á Fray Luis de Aliaga, á quienes debia grandes favores; mas eso puede perdonársele, porque el deseo de ser primer ministro dispensa de ser agradecido.

—Doña Ines de Zúñiga y Velasco, condesa de Olivares, prosiguió José, es una señora en quien no advierto otra tacha que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion se consiguen. Doña María de Guzman, hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de toda España, es una señorita completa y el ídolo de su padre. Con arreglo á estas luces que os doy, podreis arreglar vuestra conducta. Haced mucho la corte á estas dos señoras; mostraos mas adicto al conde de Olivares que lo fuísteis al duque de Lerma antes de vuestro viage á Segovia, y llegareis á ser un señor insigne y poderoso.

Tambien os aconsejo que no dejeis de visitar de cuando en cuando á mi amo Don Baltasar: es verdad que no necesitareis de él para vuestros ascensos; mas con todo, siempre convendrá tenerle propicio. Al presente os estima y le mereceis buen concepto; procurad conservaros en su amistad, porque en la ocasion os podrá servir.—Pero como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el estado, ¿quién sabe si con el tiempo no se originarán entre los dos algunos celillos?—No hay que temer, me respondió, porque reina entre ambos una estrechísima union. Sin Don Baltasar nunca hubiera sido primer ministro el conde de Olivares; porque despues de la muerte de Felipe III todos los amigos y partidarios de la casa de Sandoval se dividieron unos á favor del cardenal, y otros al de su hijo; pero mi amo, el mas perspicaz de todos los cortesanos, y el conde, que no es menos sagaz que él, frustraron todas sus medidas, y las tomaron por su parte tan ajustadas para asegurarse en este puesto, que al fin dejaron burlados á todos sus competidores. Nombrado primer ministro el conde de Olivares, repartió el ministerio con su tio Don Baltasar, dando á este el encargo de los negocios esteriores, y reservando para sí el de los interiores, de suerte que, estrechando por este medio los vínculos de la amistad que deben naturalmente unir á las personas de una misma sangre, estos dos señores, independientes uno de otro, viven en una armonía que me parece inalterable.

Esta fué la conversacion que tuve con José, de la cual me prometí sacar buen partido. Despues pasé á dar las gracias al Señor Don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado, que aprovecharia gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar á favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais cuan presentes tengo en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos; tan á pechos habia tomado el favorecerme el Señor Don Baltasar en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche dejé mi posada de caballeros para ir á vivir en casa del primer ministro, donde cené con Escipion en mi aposento, en el cual fuimos servidos por criados de la misma casa, quienes, durante la cena, mientras nosotros afectábamos una gravedad severa, tal vez reirian entre sí del respeto que se les habia mandado nos guardasen.

Apenas levantaron la mesa, se retiraron, y mi secretario, dejando de reprimirse, me dijo mil locuras que su buen humor y sus lisongeras esperanzas le sugirieron. Por lo que á mí toca, aunque estaba embelesado con la brillante situacion en que comenzaba á verme, aun no sentia en mi interior ninguna disposicion á dejarme deslumbrar de ella; y así luego que me acosté me quedé dormido tranquilamente, sin entregar mi imaginacion á las ideas risueñas que podian ocuparla; en vez de que Escipion durmió poco, pues pasó la mitad de la noche atesorando para casar á su hija Serafina.

No bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, cuando vinieron á llamarme de parte del conde. Fuí inmediatamente á ver á S. E., el cual me dijo:—Ea, Santillana, véamos algo de lo que sabes hacer; tú me has dicho que el duque de Lerma te encargaba algunas memorias para que se las redactases: yo tengo una que destino para prueba de tu capacidad, y de cuyo objeto voy á enterarte. Se trata de componer una obra que disponga al público en favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que he encontrado los negocios en gran desórden, y es menester ahora manifestar á los ojos de la corte y del público, la triste situacion á que se halla reducida la monarquía. Conviene presentar sobre esto un cuadro que llame la atencion pública, y no deje echar de menos á mi predecesor; despues ponderarás las medidas que he adoptado para hacer que sea glorioso el gobierno del rey, florecientes sus estados, y sus vasallos completamente dichosos.

Dicho esto, me entregó un papel que contenia los justos motivos de los pueblos para estar descontentos con el gobierno anterior; y me acuerdo que constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar á todo buen español. Hízome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y allí me dejó solo para que trabajase con libertad. Comencé pues á componer mi memoria lo mejor que me fué posible: espuse primeramente el estado lastimoso en que se hallaba la monarquía; el erario ecshausto, las rentas de la corona estancadas en manos de asentistas, y la marina arruinada. Recapitulé despues los defectos cometidos por los que habian gobernado la nacion en el reinado anterior, y las funestas consecuencias que podian traer consigo. En fin, pinté la monarquía en el mayor peligro, y censuré tan acremente al ministerio anterior, que, segun mi memoria, la caida del duque de Lerma era una felicidad para la España. Á la verdad, aunque yo no tenia ningun motivo de queja de aquel señor, sin embargo, no me pesó hacerle esta buena obra. Finalmente, despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á la España, alentaba los ánimos, haciendo mañosamente concebir á los pueblos esperanzas lisonjeras para lo sucesivo. Hacia hablar al conde de Olivares como á un restaurador enviado por la Providencia para la salvacion de la patria: prometia montes de oro; y en una palabra, llené tan completamente los deseos del ministro, que quedó sorprendido de mi obra cuando acabó de leerla.—Santillana, me dijo, ¿tú sabes que has hecho una obra digna de un secretario de estado? Ya no me admiro de que el duque de Lerma se valiese de tu pluma. Tu estilo es lacónico y aun elegante; pero me parece demasiado sencillo: y al mismo tiempo, haciéndome notar los pasages que no eran de su gusto, los varió, juzgando yo por sus correcciones que le gustaban, como me habia dicho Navarro, las espresiones estudiadas y oscuras. Sin embargo, aunque le agradase tanto la nobleza, ó por mejor decir, la cultura en la diccion, no por eso dejó de conservar las dos terceras partes de mi memoria; y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, me envió por Don Ramon trescientos doblones al acabar yo de comer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VI.

En qué invirtió Gil Blas estos trescientos doblones, y comision que dió á Escipion. Resultado de la memoria de que acaba de hablarse.

ESTA generosidad del ministro dió nuevo motivo á Escipion para repetirme mil parabienes de haber vuelto á la corte.—Vd. ve, me dijo, que la fortuna tiene grandes designios para favorecerle. ¿Está vd. ahora arrepentido de haber dejado su soledad? ¡Viva el Sr. conde de Olivares! que es un amo muy diferente de su predecesor. Á pesar de ser vd. muy afecto al duque de Lerma, le dejó morir de hambre muchos meses sin regalarle ni un triste peso duro; mas el conde ya le ha dado una gratificacion que vd. no se hubiera atrevido á esperar sino despues de largos servicios. Me alegraria mucho, añadió, de que los señores de Leiva fuesen testigos de la prosperidad de vd., ó á lo menos de que la supiesen. —Tiempo es de noticiársela, le respondí, y de esto iba á hablarte; porque no dudo desearán con mucha impaciencia saber de mí; pero aguardaba para hacerlo á verme en un estado fijo, y decirles positivamente si me quedaria en la corte ó no. Ahora que estoy seguro de mi suerte, puedes ir á Valencia cuando quieras, á informar á aquellos señores de mi situacion actual, que miro como obra suya, siendo cierto que, á no habérmelo ellos persuadido, jamas me hubiera determinado á volver á Madrid.—¡Oh mi amado amo, esclamó el hijo de la Coscolina, qué alegría voy á darles cuando les cuente lo que ha sucedido á vd.! ¡Cuánto diera por hallarme ya á las puertas de Valencia! Pero pronto estaré allí. Los dos caballos de Don Alfonso están prevenidos; voy á ponerme en camino con un lacayo de S. E.; porque ademas de que me gusta llevar compañía por el camino, vd. sabe que la librea de un primer ministro deslumbra.

No pude menos de reirme de la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso yo, quizá aun mas vano que él, le permití hacer lo que le dió la gana.—Marcha, le dije, y vuelve prontamente, porque tengo que darte otro encargo. Quiero enviarte á Asturias á llevar dinero á mi madre. Por pura negligencia he dejado pasar el tiempo en que prometí enviarle cien doblones que tú mismo te obligaste á ponerle en mano propia. Las promesas de esta especie deben ser tan sagradas para un hijo, que me acuso de mi poca puntualidad en cumplirlas.—Señor, me respondió Escipion, en seis semanas quedarán desempeñados ambos encargos; habré visto á los señores de Leiva, dado una vuelta por vuestra quinta, y visitado segunda vez la ciudad de Oviedo, de la cual no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de sus habitantes. Entregué, pues, al hijo de la Coscolina cien doblones para la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese felizmente el largo viage que iba á emprender.

Poco despues de su partida, S. E. mandó imprimir nuestra memoria, que apenas se hizo pública cuando fué asunto de todas las conversaciones de Madrid. Al pueblo, amigo siempre de novedades, le gustó infinito. La disipacion de las rentas reales, que estaba pintada con los mas vivos colores, le indignaron contra el duque de Lerma; y si los golpes que se descargaban contra este ministro no fueron aplaudidos de todos, á lo menos merecieron la aprobacion de muchos. En cuanto á las pomposas promesas que hacia el conde de Olivares, y entre ellas la de cubrir por medio de una discreta economía las atenciones del estado sin gravar á los vasallos, deslumbraron á todos generalmente y les confirmaron en el gran concepto que ya tenian de sus talentos; de manera que por toda la poblacion resonaron sus alabanzas.

El ministro, satisfecho de haber conseguido con esta obra su objeto, que no habia sido otro que el de grangearse la estimacion pública, quiso merecerla verdaderamente por medio de una accion laudable que fuese útil al rey. Recurrió para ello á la invencion del emperador Galba, es decir, que hizo que los partidarios que se habian enriquecido, sabe Dios como, con el manejo de los caudales públicos, resarciesen al erario. Luego que el conde hizo vomitar á aquellas sanguijuelas la sangre que habian chupado, y la guardó en las arcas reales, trató de conservarla en ellas haciendo suprimir todas las pensiones, sin esceptuar la suya, como tambien las gratificaciones que se daban del caudal de S. M. Para lograr la ejecucion de este designio, que no podia verificarse sin mudar la faz del gobierno, me mandó componer otra memoria, cuya sustancia y método me indicó: en seguida me encargó que procurase elevar todo lo posible la ordinaria sencillez de mi estilo, para dar mas dignidad á

mis frases.—Ya estoy hecho cargo, señor, le dije: V. E. quiere sublimidad y brillantez, pues la tendrá. Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente habia trabajado, y allí puse manos á la obra despues de haber invocado al genio elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por esponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que habia en arcas reales, que no debian emplearse absolutamente sino en las necesidades de la monarquía, como que eran un fondo sagrado que se debia reservar para imponer respeto á los enemigos de la nacion. Despues hacia presente al monarca, que era á quien se dirigia la memoria, que, suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues sin tocar á su tesoro, quedaba en estado de conceder grandes recompensas: porque para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares, y empleos en sus ejércitos; para otros encomiendas sobre las cuales podria imponer muchas pensiones, títulos de Castilla, y magistraturas; y por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

Esta memoria, mucho mas larga que la anterior, me ocupó cerca de tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas.—Mucho me agrada lo que has hecho, me dijo, enseñándome los pasages mas pomposos, estas sí que son espresiones vaciadas en buen molde. ¡Ánimo! amigo mio, ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad. Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la memoria; puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la corte. El público la honró tambien con su aprobacion, presagió felicidades para lo venidero, y se lisongeó de que la monarquía recobraria su antiguo esplendor bajo el ministerio de un personage tan insigne. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que por la parte que yo tenia en él recogiese algun fruto; y así dispuso que se me diese una pension de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla; lo que me fué tanto mas apreciable, cuanto que este no era un bien mal adquirido, aunque lo habia ganado con mucha facilidad.

CAPÍTULO VII.

Por qué casualidad, en dónde y en qué estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio; y conversacion que tuvieron.

NINGUNA cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia de él, y aun tenia pagadas espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la poblacion. Le referian hasta las mas ligeras conversaciones que habian oido; y como les tenia encargado que le dijesen francamente la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio; porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué á ir por las tardes á los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del gobierno escuchaba con atencion, y si decian algo digno de que lo supiese S. E., no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamas le decia nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasion de uno de estos sitios pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorrí dos ó tres salas llenas de enfermos, y mirando á todas partes, ví entre aquellos desgraciados, á quienes no podia considerar sin lástima, uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para enterarme mejor, y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me detuve algunos instantes á mirarle; pero sin decirle nada. Él me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo rompiendo el silencio, le dije: —Ó mis ojos me engañan, ó este que miro es Fabricio.—El mismo soy, me respondió friamente, y no debes maravillarte. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias y toda clase de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

No pude menos de reirme al oir estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad con que las pronunció.—¡Pues qué! esclamé, ¿tu musa te ha traido á tan miserable estado? ¿Es posible que te haya jugado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mis frases.—Ya estoy hecho cargo, señor, le dije: V. E. quiere sublimidad y brillantez, pues la tendrá. Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente habia trabajado, y allí puse manos á la obra despues de haber invocado al genio elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por esponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que habia en arcas reales, que no debian emplearse absolutamente sino en las necesidades de la monarquía, como que eran un fondo sagrado que se debia reservar para imponer respeto á los enemigos de la nacion. Despues hacia presente al monarca, que era á quien se dirigia la memoria, que, suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues sin tocar á su tesoro, quedaba en estado de conceder grandes recompensas: porque para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares, y empleos en sus ejércitos; para otros encomiendas sobre las cuales podria imponer muchas pensiones, títulos de Castilla, y magistraturas; y por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

Esta memoria, mucho mas larga que la anterior, me ocupó cerca de tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas.—Mucho me agrada lo que has hecho, me dijo, enseñándome los pasages mas pomposos, estas sí que son espresiones vaciadas en buen molde. ¡Ánimo! amigo mio, ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad. Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la memoria; puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la corte. El público la honró tambien con su aprobacion, presagió felicidades para lo venidero, y se lisongeó de que la monarquía recobraria su antiguo esplendor bajo el ministerio de un personage tan insigne. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que por la parte que yo tenia en él recogiese algun fruto; y así dispuso que se me diese una pension de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla; lo que me fué tanto mas apreciable, cuanto que este no era un bien mal adquirido, aunque lo habia ganado con mucha facilidad.

CAPÍTULO VII.

Por qué casualidad, en dónde y en qué estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio; y conversacion que tuvieron.

NINGUNA cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia de él, y aun tenia pagadas espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la poblacion. Le referian hasta las mas ligeras conversaciones que habian oido; y como les tenia encargado que le dijesen francamente la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio; porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué á ir por las tardes á los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del gobierno escuchaba con atencion, y si decian algo digno de que lo supiese S. E., no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamas le decia nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasion de uno de estos sitios pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorrí dos ó tres salas llenas de enfermos, y mirando á todas partes, ví entre aquellos desgraciados, á quienes no podia considerar sin lástima, uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para enterarme mejor, y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me detuve algunos instantes á mirarle; pero sin decirle nada. Él me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo rompiendo el silencio, le dije: —Ó mis ojos me engañan, ó este que miro es Fabricio.—El mismo soy, me respondió friamente, y no debes maravillarte. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias y toda clase de obras de ingenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

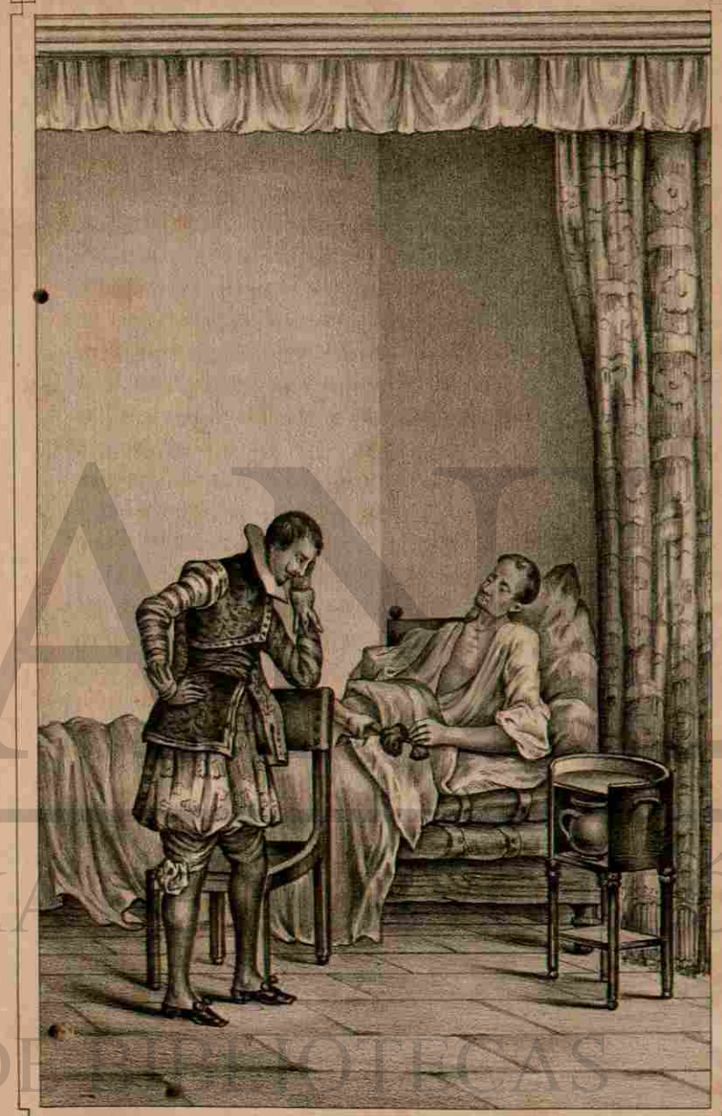
No pude menos de reirme al oir estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad con que las pronunció.—¡Pues qué! esclamé, ¿tu musa te ha traido á tan miserable estado? ¿Es posible que te haya jugado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una pieza tan villana?—Tú mismo lo estás viendo, repuso él; á estas casas suelen venir á parar todos los que presumen de ingenios. Tú, hijo mio, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la corte, y me parece que tus asuntos han mudado mucho de aspecto: y aun me acuerdo de haber oido decir que de órden del rey te habian metido en un castillo.—Así fué puntualmente, repuse yo: la fortuna en que me viste cuando nos separamos fué muy pasagera, pues pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Sin embargo, amigo mio, hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo.—Eso no es posible, dijo Nuñez: tu aspecto es juicioso y modesto; no noto en tí aquella vanidad y aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades.—Las desgracias, le repliqué, han purificado mi virtud. En la escuela de la adversidad aprendí á gozar de las riquezas sin dejarme dominar por ellas.

—Acaba, pues, y díme, interrumpió Fabricio, incorporándose en la cama con júbilo, qué empleo es el que tienes, y en qué te ocupas al presente. ¿Eres por ventura mayordomo de algun gran señor arruinado, ó de alguna viuda rica?—Todavía estoy mucho mejor, le respondí; pero ahora dispénsame, te ruego, de esplicarme mas; que en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bástete saber que estoy en situacion de poder servirte, ó mas bien de ponerte en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia, con tal que me des palabra de no componer mas obras de ingenio en verso ni en prosa. ¿Serás capaz de hacer tan gran sacrificio?—Ya le he hecho al cielo, me dijo, en la enfermedad mortal de que me ves convaleciente. Un religioso domínico me ha movido á abjurar de la poesía como de una ocupacion que, si no es criminal, desvia por lo menos de la prudencia.

—Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, mi querido Nuñez; pero guárdate bien de la recaida.—Esa es la que no temo, me replicó; porque tengo hecho firmísimo propósito de abandonar á las musas: por señas de que cuando entraste en esta sala estaba haciendo una composicion en verso en que me despedia de ellas para siempre.—Señor Fabricio, le dije entonces meneando la cabeza, no sé si el padre domínico y yo podremos fiarnos de tu abjuracion; porque te veo ciegamente enamorado de aquellas doctas doncellas.—No, no, me respondió con viveza: tengo ya rotos todos los lazos que me estrechaban con ellas. Todavia he hecho mas; pues he cobrado aversion al público: no merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos; y yo me avergonzaria mucho de componer alguna obra que lograse su aprobacion. Y no creas, continuó, que el resentimiento me dicta este lenguaje: dígotelo con serenidad; tanto caso hago de los aplausos del público como de sus despre-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cios. Es dificil saber quién gana ó quién pierde con él: es tan caprichoso, que hoy piensa de una manera y mañana de otra. Muy locos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representen causen mucho ruido por la novedad, si veinte años despues vuelven á parecer en el teatro, son por la mayor parte mal recibidas. La misma fortuna corren por lo comun las novelas y los demas libros de pura diversion cuando salen á luz; pues si á los principios logran la aprobacion de todos, poco á poco la van perdiendo, hasta que al fin llegan á caer en desprecio. Los que viven ahora acusan de mal gusto á los que les han precedido, y el mismo defecto les imputarán á ellos los que vengan despues. De donde concluyo, que los autores que son aplaudidos en este siglo, serán silbados en el siguiente. Así que, todo el honor y toda la estimacion que nos grangea el buen écsito de una obra impresa, no es en suma otra cosa que una pura quimera, una ilusion de nuestra fantasía, y un fuego de paja, cuyo humo desvanece el viento en un instante.

Á pesar de que conocí desde luego ser efecto de melancolía y de mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me dí por entendido, y solo le dije:—Verdaderamente quedo gozoso de verte divorciado de las obras de ingenio, y curado radicalmente de la manía de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto antes te haré dar un empleo con que puedas mantenerte decorosamente sin fatigar tu imaginacion.—Mejor para mí, respondió muy alegre: el ingenio comienza á olerme mal, y ya le considero como el don mas funesto que el cielo puede conceder al hombre.—Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que conserves siempre esas ideas; y te vuelvo á repetir que, si persistes en abandonar la poesía, muy presto te haré con un empleo tan honroso como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio, te ruego que admitas esta corta prueba de mi amistad; y diciendo esto le puse en la mano un bolsillo en que habria como unos sesenta doblones.

—¡Oh, generoso amigo! esclamó enagenado de gozo y de gratitud el hijo del barbero Nuñez. ¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traido á este hospital! Hoy mismo quiero salir de él con tu socorro. Efectivamente así lo ejecutó haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me fuese á ver luego que se sintiese perfectamente recuperado. Quedóse muy sorprendido cuando le dije que vivia en casa del conde de Olivares.—¡Oh bienaventurado Gil Blas, me dijo, que tienes la fortuna de agradar á los ministros! Me complazco en tu felicidad, pues haces tan buen uso de ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

Gil Blas se grangea cada dia mas el afecto del ministro: vuelve Escipion á Madrid, y relacion que hace á Santillana de su viage.

EL conde de Olivares, á quien en adelante llamaré el *conde-duque*, porque con este título se dignó honrarle el rey por este tiempo, tenia una flaqueza que descubrí en él, no sin fruto para mí, y era la de querer que le tuvieran cariño. Luego que conocia que alguno le servia con buen afecto, le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba, obedecia sus órdenes con demostraciones de celo que le encantaban. Estudiaba su gusto en todas las cosas para conformarme á él y anticiparme á sus deseos en cuanto me fuera posible.

Por este modo de proceder, con el que casi nunca se deja de conseguir lo que se intenta, llegué insensiblemente á ser el favorito de mi amo, quien por su parte, conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, me ganó la voluntad con las demostraciones de cariño que me hizo. Me grangée tanto su amistad, que llegué á participar de su confianza igualmente que el Señor Carnero, su primer secretario.

Este se habia valido de los mismos medios que yo para agradar á S. E., y lo habia logrado tan bien, que le revelaba los arcanos del gabinete; y así los dos éramos confidentes del primer ministro y los depositarios de sus secretos; pero con esta diferencia, que á Carnero solo le hablaba de los negocios de estado, y á mí de los que tocaban á sus intereses personales; lo que formaba, por decirlo así, dos departamentos separados, con lo cual uno y otro estábamos igualmente gustosos viviendo juntos sin celos y sin amistad. Yo tenia motivo para estar contento con mi destino, porque proporcionándome continuamente la ocasion de estar con el

conde-duque, me ponia en estado de penetrar en el fondo de su alma, que dejó de ocultarme, en medio de ser naturalmente reservado, cuando llegó á convencerse de la sinceridad de mi afecto hácia él.

—Santillana, me dijo un dia, tú has visto al duque de Lerma gozar de una autoridad que menos parecia la de un ministro favorito que el poder de un monarca absoluto: sin embargo, yo soy mas feliz que lo era él en el mayor auge de su fortuna. El tenia dos enemigos formidables en el duque de Uceda su propio hijo, y en el confesor de Felipe III; en vez de que yo á nadie veo cerca del rey con bastante favor para perjudicarme, ni aun de quien yo sospeche que me tenga mala voluntad. Es verdad, continuó, que desde mi elevacion al ministerio puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con vireinatos ó embajadas me he ido deshaciendo de todos los señores cuyo mérito personal hubiera podido hacerme decaer algo de la gracia del soberano, que yo quiero gozar entera y esclusivamente; de manera que en la actualidad me puedo lisongear de que nigun grande me hace sombra. Ya ves, Gil Blas, añadió, que te descubro mi corazon: como tengo motivo para creer que me eres enteramente afecto, he echado mano de tí para que seas mi confidente. Tienes entendimiento, te contemplo juicioso, prudente y discreto; en una palabra, te considero á propósito para el desempeño de mil comisiones que piden un sugeto muy inteligente y que tome parte en mis intereses.

No pude desechar del todo las ideas lisongeras que estas palabras escitaron en mi imaginacion; subiéronseme repentinamente á la cabeza algunos humos de ambicion y de avaricia, que despertaron en mí ciertos afectos de que creia haber triunfado. Aseguré al ministro que haria cuanto estuviese de mi parte para corresponder á sus deseos, y me preparé para ejecutar sin escrúpulo todas las órdenes que tuviera por conveniente darme.

Entre tanto que yo me disponia de este modo á erigir nuevos altares á la fortuna, volvió Escipion de su viage.—No tengo, me dijo, muy larga relacion que haceros: causé una grande alegría á los señores de Leiva cuando les dije la buena acogida que vd. halló en el rey luego que le conoció, y de qué modo se conduce con vd. el conde de Olivares.

Interrumpí á Escipion diciéndole:—Mas alegría les hubieras causado, amigo mio, si hubieras podido contarles el predicamento en que me hallo en el dia para con el ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida he hecho en el corazon de

S. E.—Sea Dios bendito, mi querido amo, respondió; ya presiento que tendrémos escelentes destinos que desempeñar.

—Mudemos de conversacion, le dije, y hablemos de Oviedo. Cuando saliste de Asturias, ¿en qué estado dejaste á mi madre?—¡Ah señor! me respondió tomando de repente un aspecto afligido: las noticias que tengo que daros sobre este punto no son sino tristes.—¡Oh cielos! esclamé: sin duda mi madre ha muerto.—Seis meses ha, dijo mi secretario, que la buena señora pagó el tributo á la naturaleza, y lo mismo el Señor Gil Perez, su tio de vd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, aunque en mi infancia no habia recibido de ella aquellas caricias que tanto necesitan los hijos para ser agradecidos en lo sucesivo. Tambien derramé algunas lágrimas por el buen canónigo, acordándome del cuidado que habia tenido de mi educacion. A la verdad no duró mucho mi pesadumbre; que muy presto quedó reducida á una tierna memoria que siempre he conservado de mis parientes.

CAPÍTULO IX.

Cómo y con quien casó el conde-duque á su hija única, y los sinsabores que produjo este matrimonio.

POCO despues del regreso del hijo de la Coscolina ví al conde-duque por espacio de unos ocho dias muy parado y pensativo. Me persuadí de que estaba meditando alguna grande empresa de política; pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan suspenso era un asunto doméstico.

—Gil Blas, me dijo una tarde, sin duda habrás reparado que hace dias que ando pensativo. Así es, hijo mio; no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del cual pende el sosiego de mi alma, y voy á confiártelo.

—Mi hija Doña María, continuó, se halla ya en edad de tomar estado, y son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El conde de Niebla, primogénito del duque de Medinasidonia, cabeza de la casa de Guzman, y Don Luis de Haro, hijo y heredero del marques del Carpio y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen mas dignos de merecer la preferencia. Sobre todo, el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la corte está persuadida de que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en esplicarte los motivos que tengo para desechar á ambos, te diré que he puesto los ojos en Don Ramiro Nuñez de Guzman, marques de Toral, cabeza de la casa de los Guzmanes de Abrados. A este señor y á los hijos que nacieren de mi hija quiero dejar todos mis bienes, vincularlos al título de conde de Olivares, y anejar á él la grandeza; de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren de la rama de Abrados y de la de Olivares, pasarán por primogénitos de la casa de Guzman.—Dime, Santillana, añadió, apruebas este proyecto?—Señor, le respondí, es propio de la capacidad y talento que le ha formado: lo único que recelo es que el duque de Medinasidonia podrá quejarse de él.—Quéjese cuanto quiera, respondió, nada me importa: no tengo inclinacion á su rama, que ha usurpado á la de Abrados el derecho de primogenitura y los títulos anejos á ella; menos impresion me harán sus quejas que el sentimiento que tendrá mi hermana la marquesa del Carpio al ver que su hijo pierde el enlace con mi hija. Pero sobre todo, yo quiero hacer mi gusto, y Don Ramiro será preferido á todos sus rivales: así lo tengo determinado.

Habiendo el conde-duque tomado esta resolucion, no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Presentó un memorial al rey y á la reina, suplicando á sus magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María, esponiéndoles las calidades de los señores que la pretendian, y remitiéndose enteramente á la eleccion de sus magestades: bien que, hablando del marques de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente:—*Juzgo á Don Ramiro Nuñez digno de Doña María. Sin embargo, elige por tí mismo: el partido que mas te convenga será el que á mí mas me agrade.*—El Rey.

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una órden del soberano, se dió prisa á casar á su hija con el marques de Toral, resolucion de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con Doña María. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. Á los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡Qué pérdida para un padre idólatra, por decirlo así, de su hija, y mas viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de primogenitura á la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente, que se encerró por algunos dias sin que le viese nadie sino yo, que, conformándome á su escesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad: yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió á abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propia pena, no pudo menos de advertir la mia. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras.—Gil Blas, me dijo un dia que le parecí abismado en una profunda tristeza, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible á mis angustias.—¡Ah señor, le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el hombre mas ingrato, y mi corazon el mas duro, si no las sintiera tan vivamente. ¡Pues qué! ¿podria V. E. llorar la muerte de una hija de tanto mérito, y á quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las suyas? No, señor: me tiene V. E. demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.

CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérele éste que se representa una tragedia suya en el teatro del Príncipe: desgraciado écsito que tuvo, y efecto favorable que le produjo esta desgracia.

COMENZABA el ministro á consolarse, y por consiguiente tambien yo á recobrar mi buen humor, cuando salí una tarde á pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, á quien no habia visto despues de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche, y fuimos juntos á pasear en el prado de San Gerónimo.

—Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser así nunca lograria el gusto de....—Déjate de reconvenciones, Santillana, interrumpió con precipitacion: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido con la condicion de hacer versos: he aceptado este último por ser mas conforme á mi genio. Un amigo mio me ha colocado en casa de Don Beltran Gomez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este Don Beltran queria mantener á sus espensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificacion, me ha preferido á cinco ó seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.

—Me alegro infinito de eso, querido Fabricio, le dije, porque ese Don Beltran verosímilmente será muy rico.—¡Cómo rico! me replicó Fabricio: dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero como quiera que sea, he aquí en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos á muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo á una en verso, á otra en prosa, y

Presentó un memorial al rey y á la reina, suplicando á sus magestades se dignasen disponer de la mano de su hija Doña María, esponiéndoles las calidades de los señores que la pretendian, y remitiéndose enteramente á la eleccion de sus magestades: bien que, hablando del marques de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente:—*Juzgo á Don Ramiro Nuñez digno de Doña María. Sin embargo, elige por tí mismo: el partido que mas te convenga será el que á mí mas me agrade.*—El Rey.

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una órden del soberano, se dió prisa á casar á su hija con el marques de Toral, resolucion de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con Doña María. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. Á los diez meses dió á luz Doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡Qué pérdida para un padre idólatra, por decirlo así, de su hija, y mas viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de primogenitura á la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente, que se encerró por algunos dias sin que le viese nadie sino yo, que, conformándome á su escesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad: yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió á abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propia pena, no pudo menos de advertir la mia. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras.—Gil Blas, me dijo un dia que le parecí abismado en una profunda tristeza, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible á mis angustias.—¡Ah señor, le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el hombre mas ingrato, y mi corazon el mas duro, si no las sintiera tan vivamente. ¡Pues qué! ¿podria V. E. llorar la muerte de una hija de tanto mérito, y á quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las suyas? No, señor: me tiene V. E. demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.

CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérele éste que se representa una tragedia suya en el teatro del Príncipe: desgraciado écsito que tuvo, y efecto favorable que le produjo esta desgracia.

COMENZABA el ministro á consolarse, y por consiguiente tambien yo á recobrar mi buen humor, cuando salí una tarde á pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, á quien no habia visto despues de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche, y fuimos juntos á pasear en el prado de San Gerónimo.

—Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser así nunca lograria el gusto de....—Déjate de reconvenciones, Santillana, interrumpió con precipitacion: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido con la condicion de hacer versos: he aceptado este último por ser mas conforme á mi genio. Un amigo mio me ha colocado en casa de Don Beltran Gomez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este Don Beltran queria mantener á sus espensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificacion, me ha preferido á cinco ó seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.

—Me alegro infinito de eso, querido Fabricio, le dije, porque ese Don Beltran verosímilmente será muy rico.—¡Cómo rico! me replicó Fabricio: dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero como quiera que sea, he aquí en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos á muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo á una en verso, á otra en prosa, y

algunas veces yo mismo soy el portador de los billetes para hacer ver mis muchos talentos.

—Pero tú no me enteras, le dije, de lo que mas deseo saber: ¿te pagan bien tus epigramas epistolares?—Con mucha liberalidad, me respondió: no todos los ricos son espléndidos, pues algunos conozco que son muy tacaños; pero Don Beltran se porta conmigo generosamente. Ademas de los doscientos doblones de sueldo que me tiene señalados, me da de tiempo en tiempo algunas pequeñas gratificaciones; lo cual me pone en estado de hacer el papel de señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de la melancolía.—En suma, le repliqué yo, ¿es tu tesorero hombre de tanto gusto que conozca las bellezas de una obra y note sus defectos?—Oh, tanto como eso no, me respondió Nuñez: aunque tiene una verbosidad que deslumbra, no es inteligente. Sin embargo, se cree otro *Tarpa*[1]: decide resueltamente, y sostiene su opinion con tanta altanería y tenacidad, que las mas de las veces, cuando disputa, todos se ven obligados á ceder, para evitar una granizada de espresiones descorteses que acostumbra descargar sobre los que le contradicen.

De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamas á lo que dice, por mas razon que muchas veces me asista para ello, porque ademas de los epítetos poco gustosos que oiria de su boca, es seguro que me echaria á la calle. Apruebo, pues, continuó, todo lo que él alaba, y repruebo todo cuanto le disgusta. Por esta condescendencia, que en la realidad poco ó nada me cuesta, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y voluntad de mi patrono. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me sugirió él mismo. Compúsela á vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me ha dado.

Preguntéle el título de la tragedia; y me respondió:—Intitúlase *el Conde de Saldaña*, la cual se representará en el corral del Príncipe dentro de tres dias.—Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu ingenio me hace esperar.—Yo tambien lo espero, me dijo él: verdad es que no hay esperanzas mas falibles que estas, por estar tan inciertos los autores del écsito que tendrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la primera representacion. Yo no asistí á ella por haberme dado el ministro cierto encargo que me lo estorbó; y lo mas que pude hacer fué enviar á Escipion, para que á lo menos me informase del écsito de una pieza en que me interesaba. Despues de haberle estado esperando con impaciencia, le ví entrar con un semblante que me dió

1 Espurio Mecio Tarpa fué un crítico romano del tiempo de Augusto, nombrado en compañía de otros cuatro para ecsaminar las obras dramáticas y demas composiciones poéticas.

mala espina, y no me dejó presagiar cosa buena.—Y bien, le pregunté, ¿cómo ha recibido el público á *el Conde de Saldaña*?—Malísimamente, me respondió: en mi vida he visto comedia tratada con mayor ignominia; me he salido, indignado de la insolencia del patio.—No estoy yo menos indignado, le interrumpí, contra la manía que Nuñez tiene de componer piezas dramáticas. ¿No debe haber perdido el juicio para preferir los ignominiosos silbidos del populacho al decoroso estado en que pude colocarle? Así me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Asturias por la inclinacion que le tenia, afligiéndome de la desgracia de su drama, mientras él estaba tan satisfecho de su obra.

Efectivamente, dos dias despues le ví entrar en mi cuarto que no cabia en sí de gozo.—Santillana, esclamó alborozado luego que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala tragedia ha causado mi fortuna.—Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña:* todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha para toda la vida.

Quedé aturdido al oir hablar de este modo al poeta Nuñez.—¿Cómo así, Fabricio? le pregunté pasmado: ¿es posible que el alto desprecio con que fué tratada tu tragedia sea puntualmente el motivo de tu desmesurada alegría?—Así es, ni mas ni menos, me respondió. Ya te dije la mucha parte que Don Beltran tuvo en su composicion; por lo mismo la calificó de una obra á todas luces escelente. Picado en estremo de que el público hubiera sido de un sentir tan contrario al suyo, me dijo esta mañana:—Nuñez,

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni:

Si tu tragedia pareció tan mal á las gentes, á mi me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consueles del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde ahora te señalo dos mil escudos de renta anual y vitalicia sobre todos mis bienes. Vamos desde aquí á casa de mi escribano á otorgar la escritura. Con efecto, partimos inmediatamente. El tesorero firmó la escritura de donacion, y me ha pagado el primer año anticipado.

Dí mil parabienes á Fabricio por el desgraciado écsito de su *Conde de Saldaña*, que habia redundado en provecho del autor.—Tienes razon, prosiguió él, en cumplimentarme por una cosa tan estraña. ¡Dichoso yo una y mil veces de haber sido silbado! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aplausos, ¿qué fruto hubiera sacado de ellos? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirian; pero los silbidos en un instante me han puesto en estado de pasar cómodamente el resto de mis dias.

CAPITULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Escipion, el cual se embarca para Nueva-España.

O miró mi secretario sin alguna envidia la impensada fortuna del poeta Nuñez, de manera que en toda una semana no cesó de hablarme de ella.—Admirado estoy, me decia, de los caprichos de la fortuna, la cual muchas veces parece que se deleita en colmar de bienes á un detestable autor, mientras abandona á los mejores en manos de la miseria. ¡Cuánto celebraria yo que un dia se le antojase hacerme rico de la noche á la mañana!—Eso, le dije, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque si no me engaño mucho, la casa de un primer ministro se puede muy bien llamar *el templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y opulentos los que logran su favor.—Decís, señor, mucha verdad, me respondió; pero es menester tener paciencia para esperarle.—Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues: ¿quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando alguna buena comision? Con efecto, pocos dias despues se me presentó ocasion de emplearle útilmente en servicio del conde-duque, y no la dejé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con Don Ramon Caporis, mayordomo del primer ministro, y era el asunto sobre las rentas de S. E.—Mi señor, decia él, goza de varias encomiendas en todas las órdenes militares, que le reditúan cada año cuarenta mil escudos, sin mas obligacion que la de llevar la Cruz de Alcántara. Fuera de eso, los tres empleos de gentil-hombre de cámara, caballerizo mayor, y gran canciller de Indias, le producen doscientos mil escudos. Pero todo esto es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe vd. cómo? Cuando los buques del rey salen de Sevilla ó de Lisboa para aquellos paises, hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce su condado de Olivares, sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio cuatro veces mayor del que valen en España. Con el dinero que gana en esta venta, compra especería, colores y otras drogas que en el Nuevo Mundo están casi de balde, y en Europa se venden á subido precio. Este es un tráfico que le vale muchos millones sin el menor perjuicio del erario. Y no estrañará vd., continuó, que las personas empleadas en hacer este comercio vuelvan todas cargadas de riquezas, porque S. E. lleva á bien que haciendo su negocio hagan tambien ellas el suyo.

El hijo de la Coscolina, que escuchaba nuestra conversacion, no pudo oir hablar así á Don Ramon sin interrumpirle:—Pardiez, Señor Caporis, esclamó, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á México.—Presto satisfaria yo tu curiosidad, le dijo el mayordomo, si el Señor de Santillana no se opusiera á tus deseos. Aunque soy algo delicado en la eleccion de los sugetos que envio á las Indias para hacer este tráfico, porque al fin yo soy el que los nombro, desde luego te sentaria ciegamente en mi registro, con tal que lo consintiese tu amo.—Mucha satisfaccion tendria, dije á Don Ramon, en que vd. me diese esta prueba de amistad. Escipion es un mozo á quien estimo, y ademas de eso es muy capaz y tan puntual en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto: respondo por él, como pudiera responder por mí mismo.

Siendo así, replicó Caporis, desde luego puede marchar á Sevilla, de donde dentro de un mes se harán á la vela los navíos que han de pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E., que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Escipion con el nuevo empleo, dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le dí para que comprase en Andalucía vino y aceite, y pudiese así traficar por su cuenta en las Indias. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna en el viage, no pudo separarse de mí sin lágrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XII.

Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva: motivo de su viage: grave afliccion de Gil Blas, y alegria que le siguió.

APENAS se habia ausentado Escipion, cuando un page del ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenia estas palabras:—*Si el Señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al meson de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mayores amigos.*

¿Quién podrá ser este amigo? decia yo entre mí mismo, ¿y por qué razon me ocultará su nombre? Tal vez quiere sazonarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa. Salí al instante de casa, me encaminé á la calle de Toledo, llegué al sitio señalado, y quedé no poco suspenso de encontrar á Don Alfonso de Leiva.—¡Qué es lo que veo! esclamé: ¡V. S. aquí, señor!—Sí, mi querido Gil Blas, me respondió teniéndome estrechamente abrazado. El mismo Don Alfonso en persona es el que tienes á la vista.—¿Pero qué negocio le ha traido á V. S. á Madrid? le dije.—Te voy á sorprender, me respondió, y á afligirte enterándote de la causa de mi viage. Sábete que me han quitado el gobierno de Valencia, y que el primer ministro ha mandado me presente en la corte á dar cuenta de mi conducta. Permanecí un cuarto de hora en un profundo silencio: despues volviendo á tomar la palabra:—¿De qué se le acusa á V. S.? le dije:—Nada sé, respondió; pero atribuyo mi desgracia á la visita que hice tres semanas ha al cardenal duque de Lerma, que hace un mes se halla confinado en su palacio de Denia.

—¡Oh! en verdad, interrumpí yo, que V. S. tiene razon en atribuir su desgracia á esa indiscreta visita: no hay que buscar otra culpa; y V. S. me permitirá le diga que se olvidó de consultar su acostumbrada pru-

dencia cuando fué á ver á un ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, me dijo él, y he tomado voluntariamente mi determinacion. Me retiraré con mi familia á la quinta de Leiva, donde pasaré en un profundo sosiego el resto de mis dias. Lo único que ahora me aflige, añadió, es el verme obligado á presentarme á un ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poco agrado, cosa intolerable para quien nació con alguna honra. Á pesar de que esto es una necesidad, he querido hablarte antes de someterme á ella.—Señor, le dije, no se presente V. S. al ministro, sin que yo sepa antes de lo que se le acusa, pues el mal no es irreparable. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que ecsigen de mí la gratitud y el afecto. Diciendo esto, le dejé en el meson, asegurándole que dentro de poco nos volveriamos á ver.

Como yo no intervenia ya en ningun negocio de estado desde las dos memorias de que he hecho tan elocuente mencion, fuí á buscar á Carnero para preguntarle si era verdad que á Don Alfonso de Leiva se le habia quitado el gobierno de la ciudad de Valencia. Respondióme que sí; pero que ignoraba la causa de ello. Con esto resolví sin vacilar acudir al mismo ministro para saber de su propia boca los motivos que podia tener para estar quejoso del hijo de Don César.

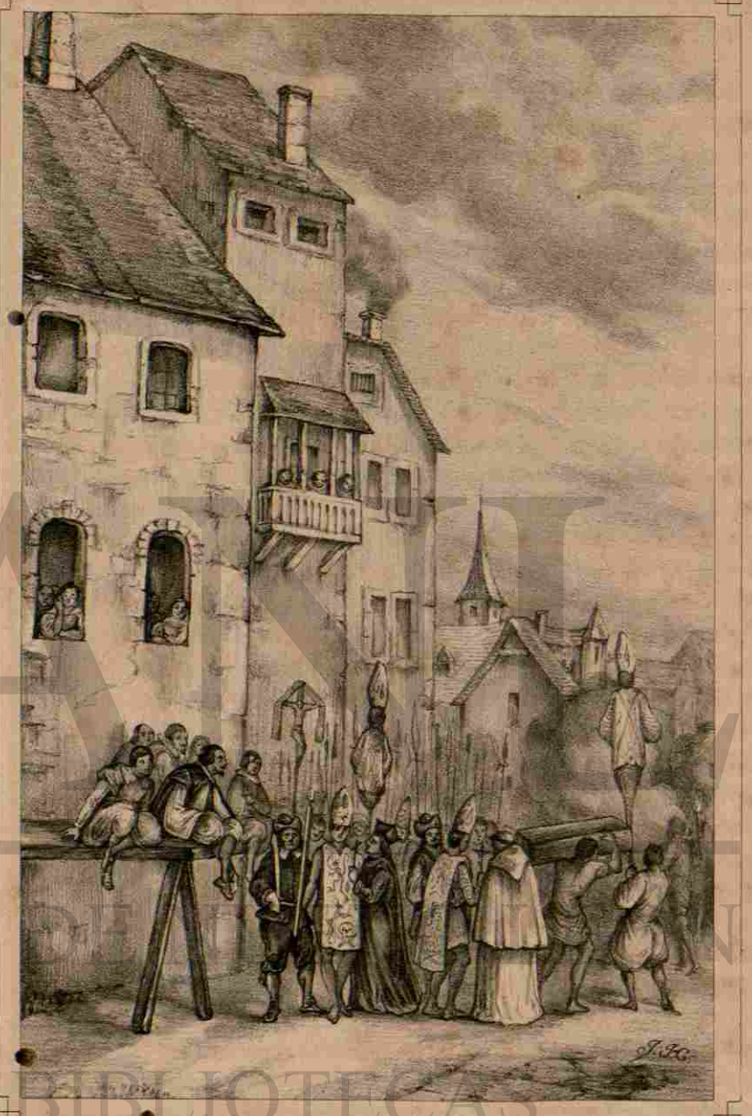
Estaba yo tan penetrado de dolor por este fatal acontecimiento, que no tuve necesidad de aparentar tristeza para parecer afligido á los ojos del conde.—¿Qué tienes, Santillana? me preguntó luego que me vió: descubro en tu semblante señales de pesadumbre, y aun veo que las lágrimas están prontas á correr de tus ojos. ¿Te ha ofendido alguno? habla, y pronto quedarás vengado.—Señor, le respondí llorando, aun cuando quisiera disimular mi pena no podria, porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es gobernador de Valencia Don Alfonso de Leiva, y no podian darme noticia que me fuera mas sensible.—¿Qué me dices, Gil Blas? repuso el ministro admirado: ¿pues qué tienes tú con Don Alfonso ni con su gobierno? Entonces le hice una puntual relacion de todas las obligaciones que debia á los señores de Leiva, y despues le conté cómo y cuándo habia yo obtenido del duque de Lerma para el hijo de Don César el gobierno de que se trataba. Despues que S. E. me oyó con una atencion llena de bondad hácia mí, me dijo: —Enjuga tus lágrimas, amigo mio. Ademas de que yo ignoraba lo que me acaba de contar, te confesaré que miraba á Don Alfonso como hechura del cardenal de Lerma. Ponte en mi lugar; la visita que hizo á este purpurado ¿no te le hubiera hecho sospechoso? Quiero no obstante creer que, habiéndosele conferido su empleo por aquel ministro, puede haber dado este paso por un mero impulso de agradecimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siento haber separado de su empleo á un hombre que te le debia á tí; pero si deshice lo que habias hecho tú, puedo repararlo, y aun quiero hacer por tí mas de lo que hizo el duque de Lerma. Don Alfonso de Leiva tu amigo no era mas que gobernador de la ciudad de Valencia; pero yo le hago virey del reino de Aragon. Te doy licencia para que le comuniques esta noticia, y puedes decirle que venga á prestar juramento.

Cuando oí estas palabras, pasé del estremo de la afliccion á un esceso de alegría que me enagenó en términos que lo conoció S. E. en el modo de manifestarle mi agradecimiento; mas no le desagradó el desconcierto de mis palabras, y como le habia enterado de que Don Alfonso estaba en Madrid, me dijo que podia yo presentársele en aquel mismo dia. Fuí volando al meson de San Gabriel, en donde colmé de gozo al hijo de Don César, anunciándole su nuevo empleo. No podia creer lo que yo le decia, porque tenia dificultad en persuadirse de que, por mas amistad que me tuviera el primer ministro, fuera capaz de dar vireinatos por mi influjo. Condújele á casa del conde-duque, que le recibió muy afablemente, y le dijo que se habia comportado tan bien en su gobierno de la ciudad de Valencia, que contemplándole el rey apto para desempeñar un empleo mas elevado, le habia nombrado para el vireinato de Aragon.—Por otra parte, añadió, esta dignidad no es superior á la categoría de vuestro nacimiento, y la nobleza aragonesa no podria quejarse de la eleccion de la corte. S. E. no me tomó en boca, y el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, lo que puso á cubierto á Don Alfonso y al ministro de las habladurías del público sobre el nombramiento de un virey que era hechura mia.

Luego que el hijo de Don César estuvo seguro de su promocion, despachó un propio á Valencia para noticiarla á su padre y á Serafina, que al momento pasaron á Madrid; y su primera diligencia fué visitarme y colmarme de demostraciones de vivo agradecimiento. ¡Qué espectáculo tan tierno y glorioso fué para mí ver á las tres personas que mas amaba en el mundo, abrazarme á competencia! Tan agradecidos á mi amor como al esplendor que el vireinato iba á añadir á su casa, no hallaban palabras con que manifestar su reconocimiento. Me hablaban como si trataran con un igual suyo, pareciendo haber olvidado que habian sido mis amos: todo les parecia poco para darme pruebas de amistad. Para suprimir circunstancias inútiles, Don Alfonso, despues de haber recibido el real despacho, dado gracias al rey y al ministro, y prestado el juramento acostumbrado, marchó de Madrid con su familia para ir á establecer su residencia en Zaragoza. Hizo allí su entrada pública con la mayor magnificencia; y los aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les habia dado un virey que les era muy acepto.



CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en Palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andres de Tordesillas: á donde fueron todos tres: fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo: qué servicio hizo Santillana á Tordesillas.

POCO estaba yo de contento por haber trasformado tan felizmente en virey á un gobernador depuesto. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasion de emplear mi valimiento á favor de un amigo; lo que creo conveniente contar, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel mismo Gil Blas que en el ministerio anterior vendia las mercedes de la corte.

Hallándome un dia en la antecámara del rey hablando con algunos señores, que no se desdeñaban de admitirme á su conversacion, sabiendo que me queria el primer ministro, ví entre la multitud á Don Gaston de Cogollos, aquel reo de estado á quien habia dejado en el alcázar de Segovia, que estaba con el alcaide del mismo alcázar Don Andres de Tordesillas. Separéme gustoso de las personas con quienes estaba, para ir á dar un abrazo á estos dos amigos mios. Si ellos se admiraron mucho de verme allí, yo me admiré mas de encontrarme con ellos. Despues de recíprocos abrazos, me dijo Don Gaston:—Señor de Santillana, tenemos muchas cosas que decirnos, y no estamos en parage á propósito para ello; permítame vd. que le conduzca á un sitio en donde el Señor de Tordesillas y yo tendrémos el gusto de hablar largamente con vd. Vine en ello; abrímonos paso por entre el gentío, y salimos de Palacio. Hallamos el coche de Don Gaston, que le estaba esperando en la calle, metímonos en él los tres, y fuimos á apearnos en la plaza ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yor, en donde se hacen las corridas de toros[1], que allí vivia Cogollos en una soberbia casa.

—Señor Gil Blas, me dijo Don Andres luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia, paréceme que cuando vd. salió de Segovia habia cobrado horror á la corte, y que iba resuelto á alejarse de ella para siempre.—Ese era en efecto mi designio, le respondí, y mientras vivió el difunto rey no mudé de parecer; pero luego que supe que ocupaba el trono el príncipe su hijo, quise ver si el nuevo monarca me conocia: conocióme, y tuve la dicha de que me recibiese benignamente; él mismo me recomendó al primer ministro, quien me cobró amistad, y con el cual estoy en mucho mas auge del que nunca estuve con el duque de Lerma. Esto es, Señor Don Andres, todo lo que tenia que decirle; ahora dígame vd. si se mantiene todavia de alcaide del alcázar de Segovia.—No por cierto, me respondió; el conde-duque puso á otro en mi lugar, creyéndome probablemente parcial de su predecesor.—Yo, dijo entonces Don Gaston, obtuve mi libertad por una razon contraria. Apenas supo el primer ministro que yo estaba en la prision de Segovia por órden del duque de Lerma, cuando me mandó poner en libertad; ahora se trata, Señor Gil Blas, de contaros lo que me sucedió desde que salí del alcázar.

Lo primero que hice, continuó, despues de haber dado mil gracias á Don Andres por las atenciones que le habia debido durante mi arresto, fué venirme á Madrid. Presentéme al conde-duque de Olivares, el cual me dijo:—No tema vd. que la desgracia que le ha sucedido perjudique en lo mas mínimo á su reputacion. Vd. se halla plenamente justificado, y estoy tanto mas seguro de su inocencia, cuanto que el marques de Villareal, de quien se le sospechaba á vd. cómplice, no era culpable. Á pesar de ser portugues y aun pariente del duque de Braganza, es menos parcial del duque que del rey mi señor. Por consiguiente no debió imputársele á vd. como delito su conecsion con el marques; y para reparar la injusticia que se hizo á vd. acusándole de traicion, el rey le hace teniente capitan de su guardia española. Acepté este empleo, suplicando á S. E. me permitiese antes de entrar á desempeñarle, pasar á Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla. Concedióme el ministro un mes de

(1) Antes de haber en Madrid plaza construida determinadamente para las corridas de toros, se ejecutaban estas en diferentes puntos, segun eran mas ó ménos suntuosas, ó plausibles los motivos de las fiestas en cuya celebridad se hacian. Las en que, ademas de lidiar con los toros, donde salian á acreditar su destreza y valentía los caballeros, se corrian tambien parejas, se jugaba de cañas y de sortijas, que eran bastante frecuentes, se ejecutaban en la plaza mayor ó del mercado, situada en el mismo parage donde hoy está, aunque de figura mas irregular.

licencia para el viage, el que emprendí acompañado de un solo lacayo.

Habiamos pasado ya de Colmenar, y entrado en un camino hondo entre dos colinas, cuando vimos á un caballero que se estaba defendiendo valerosamente de tres hombres que le acometian á un tiempo. No me detuve un punto en ir á socorrerle: fuí volando hácia él, y me puse á su lado. Observé cuando me batia, que nuestros enemigos estaban enmascarados, y que reñiamos con animosos combatientes. Sin embargo, á pesar de su vigor y destreza quedamos vencedores: atravesé á uno de los tres, que cayó del caballo, y los otros dos huyeron al momento. Verdad es que la victoria no fué menos funesta para nosotros que para el desgraciado á quien yo habia muerto; porque, despues de la accion, tanto mi compañero como yo, nos hallamos peligrosamente heridos. Pero figúrese vd. cuál seria mi sorpresa cuando conocí que el caballero á quien habia socorrido era Cambados, marido de Doña Elena. No quedó él menos admirado al ver que era yo su defensor.—¡Ah Don Gaston! esclamó; pues qué, ¡sois vos quien venis á socorrerme! Cuando abrazásteis mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorábais que defendiais á un hombre que os habia robado vuestra dama.—Es cierto que lo ignoraba, le respondí; pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿os parece que hubiera titubeado en hacer lo que hice? ¿Me tendreis en tan mal concepto, que creais tengo una alma vil?—No, no, respondió: tengo mejor opinion de vos, y si muero de las heridas que acabo de recibir, deseo que las vuestras no os impidan aprovecharos de mi muerte.—Cambados, le dije, aunque no he olvidado todavia á Doña Elena, sabed que no apetezco poseerla á costa de vuestra vida; y aun me alegro mucho de haber contribuido á salvaros de los golpes de tres asesinos, pues que en ello hice una accion que agradecerá vuestra esposa.

Miéntras estábamos hablando de este modo, mi lacayo se apeó, y acercándose al caballero que estaba tendido en el suelo le quitó la mascarilla, y nos hizo ver unas facciones que luego conoció Cambados.—Es Caprara, esclamó, aquel pérfido primo, que, en despecho de haber perdido una rica herencia que injustamente me habia disputado, hace mucho tiempo que pensaba asesinarme, y habia por último elegido este dia para realizar sus deseos; pero el cielo ha permitido que él mismo haya sido la víctima de su atentado.

Entre tanto nuestra sangre corria en abundancia, y por instantes nos íbamos debilitando. Sin embargo, heridos como estábamos, tuvimos ánimo para llegar hasta el lugar de Villarejo, que no distaba mas que dos tiros de fusil del campo de batalla. Llegados al primer meson, llamamos cirujanos, y vino uno que nos dijeron ser muy hábil. Ecsaminó nuestras heridas, y halló que eran muy peligrosas; hizo la primera cura,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y á la mañana siguiente despues de haber levantado el vendaje, declaró mortales las de Don Blas, pero no las mias; y sus pronósticos no salieron falsos.

Viéndose Cambados desahuciado, solo pensó en prepararse á morir. Envió un propio á su muger para informarla de todo lo sucedido, y del triste estado en que se hallaba. Tardó poco Doña Elena en presentarse en Villarejo, á donde llegó con el espíritu fuertemente agitado por dos causas diferentes; por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado: dos afectos que la tenian en una terrible conmocion.—Señora, le dijo Don Blas luego que la vió, aun venis á tiempo para recibir mi última despedida; voy á morir, y miro mi muerte como un castigo del cielo por la falsedad con que os robé á Don Gaston. Muy lejos de quejarme de él, yo mismo os ecshorto á que le restituyais un corazon que le usurpé. Doña Elena no le respondió sino con lágrimas, y á la verdad esta era la mejor respuesta que le podia dar; porque no estaba tan desprendida de mí que hubiese olvidado el artificio de que se habia valido Don Blas para determinarla á serme infiel.

Aconteció lo que el cirujano habia pronosticado, que en menos de tres dias murió Cambados de sus heridas, en vez de que las mias anunciaban una pronta curacion. La viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen á Coria el cadáver de su esposo, para hacerle los honores que ella debia á sus cenizas, salió de Villarejo para volverse allí despues de haberse informado como por mera urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguíla luego que pude, tomando el camino de Coria, donde acabé de restablecerme. Entonces mi tia Doña Leonor y Don Jorge de Galisteo determinaron casarnos á la viuda y á mí antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse secretamente el matrimonio, en atencion á la reciente muerte de Don Blas; y de allí á pocos dias volví á Madrid con Doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia temí que el ministro hubiese dado á otro la tenencia de guardias que se me habia conferido; pero no habia dispuesto de ella, y tuvo la bondad de admitir la disculpa que le dí de mi tardanza.

—Soy, pues, prosiguió Cogollos, primer teniente de la guardia española y estoy muy contento con mi empleo. He grangeado amigos de trato agradable con quienes vivo gustoso.—Me alegrara poder decir otro tanto, interrumpió aquí Don Andres, pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme á adquirir otro sólido.—Perdone vd. Señor Don Andrés, dije yo entonces sonriéndome; en mí tiene vd. un amigo que puede servirle de algo. Vuelvo, pues, á decir que el conde-duque me estima aun quizá mas de lo que me estimaba el duque de Lerma, ¿y se atreve vd. á decirme en mi cara que no conoce á nadie que le pueda proporcionar un empleo sólido?—Pues ¿no le hice en otro tiempo un servicio semejante? Acuérdese vd. de que por el valimiento del Arzobispo de Granada logré que se le nombrase á vd. para ir á México á desempeñar un empleo en que hubiera hecho su fortuna, si el amor no le hubiera detenido en la ciudad de Alicante: pues me hallo en mejor estado de poder servir á vd. actualmente, que estoy al lado del primer ministro.—Supuesto eso, me pongo en manos de vd., repuso Tordesillas; pero, añadió sonriéndose tambien, suplico á vd. que no me haga el favor de enviarme á Nueva-España, porque no me querria ir allá aunque me hicieran presidente de la audiencia de México.

Al llegar aquí, nuestra conversacion fué interrumpida por Doña Elena, que entró en la sala, y cuya persona, llena de atractivos, correspondia á la encantadora idea que me habia formado de ella.—Señora, le dijo Cogollos, este caballero es el Señor de Santillana, de quien os he hablado varias veces, y cuya amable compañía calmó frecuentemente en la prision mis pesares.—Sí, señora, dije á Doña Elena; mi conversacion le agradaba, porque siempre era vd. el asunto de ella. La hija de Don Jorge respondió modestamente á mi cumplimiento; despues de lo cual me despedí de ambos esposos, asegurándoles lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese por último coronado sus prolongados amores. Despues, dirigiendo la palabra á Tordesillas, le rogué que me informase de su habitacion, y habiéndolo hecho, le dije:—Don Andres, de vd. no me despido: espero que antes de ocho dias verá vd. que yo reuno el poder á la buena voluntad.

No quedé por embustero: al dia siguiente el conde-duque me proporcionó la ocasion de servir á este alcaide.—Santillana, me dijo S. E., está vacante la plaza de gobernador de la cárcel real de Valladolid; vale mas de trescientos doblones al año, y me dan ganas de dártela.—No la quiero, señor, le respondí, aunque valga diez mil ducados de renta: renuncio á todos los empleos que no pueda desempeñar sin alejarme de V. E.—Pero éste, replicó el ministro, puedes desempeñarle muy bien sin necesidad de salir de Madrid, sino para ir de cuando en cuando á Valladolid á visitar la cárcel.—Diga V. E. cuanto guste, repuse yo, no acepto ese empleo sino con la condicion de que se me permita renunciarlo á favor de un digno hidalgo llamado Don Andres de Tordesillas, alcaide que fué del alcázar de Segovia. Me alegraria hacerle este presente, en reconocimiento de los buenos procederes de que usó conmigo durante mi prision.

Sonrióse el ministro de oirme hablar así, y me dijo:—Por lo que veo Gil Blas, quieres hacer un gobernador de la cárcel real del modo que hiciste un virey. Pues bien, sea así, amigo mio, desde luego te concedo la plaza vacante para Tordesillas; pero díme francamente qué gratificacion debe producirte, porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu valimiento de balde.—Señor, le respondí, ¿no deben pagarse las deudas? Don Andres me proporcionó sin interes todas las comodidades que pudo, ¿no será justo que yo le corresponda?—Muy desprendido os habeis hecho, Señor de Santillana, me replicó S. E.; me parece que lo erais mucho menos en el último ministerio.—Es verdad, le repuse, porque el mal ejemplo estragó mis costumbres: como entonces todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el dia todo se dá, he vuelto á recobrar mi integridad.

Logré, pues, que se proveyese en Don Andrés de Tordesillas el gobierno de la cárcel real de Valladolid, y le hice marchar luego á dicha ciudad, tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado para con él las obligaciones que le debia.

CAPITULO XIV.

Va Santillana á casa del poeta Nuñez: qué personas encontró en ella; y qué conversacion tuvieron allí.

UN dia despues de comer se me antojó ir á ver al poeta asturiano, movido solo de la curiosidad de saber qué vivienda tenia. Me encaminé á casa del Señor Don Beltran Gomez del Ribero, y pregunté en ella por Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive ahora en aquella casa, añadió mostrándome una que estaba cerca, y ocupa un cuarto que cae á espaldas de ella. Fuíme allá, y despues de haber atravesado un patio pequeño, entré en una sala enteramente desalhajada, en donde hallé á mi amigo Fabricio sentado todavia á la mesa, con cinco ó seis amigos suyos á quienes habia convidado aquel dia.

Estaban al fin de la comida, y por consiguiente metidos en disputa; pero luego que me vieron, sucedió un profundo silencio á su ruidosa conversacion. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, esclamando:—Caballeros, aquí está el Señor de Santillana, que tiene la bondad de honrarme con una de sus visitas: ayúdenme ustedes á tributar respetuosos obsequios al valido del primer ministro. Al oir esto todos los convidados se levantaron tambien para saludarme; y en consideracion al título que se me habia dado, me hicieron cumplimientos muy reverentes. Aunque yo no tenia necesidad de beber ni de comer, no me pude escusar de sentarme á la mesa con ellos, y aun de corresponder á un brindis que me dirigieron.

Pareciéndome que mi presencia les impedia continuar hablando con libertad:—Señores, les dije, creo haber interrumpido su conversacion; suplico á ustedes la continúen, ó si no, me retiro.—Estos señores, dijo entonces Fabricio, estaban hablando de la Ifigenia de Eurípides. El bachiller Melchor de Villegas, erudito de primer órden, preguntaba al Señor Don Jacinto de Romarate, ¿qué era lo que mas le interesaba en aquella tragedia?—Así es, dijo Don Jacinto, y yo le he respondido que el peligro en que se veia Ifigenia.—Y yo, dijo el bachiller, yo le he replicado, lo que estoy pronto á demostrar, que no es el peligro lo que forma el verdadero interes de la pieza.—Pues ¿cuál es? esclamó el anciano licenciado Gabriel de Leon.—El viento, respondió el bachiller.

Todos dieron una carcajada al oir una respuesta que yo no creí for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal, imaginándome que Melchor no la habia dado sino por alegrar la conversacion. Pero no tenia yo noticia de aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y así dijo con grande seriedad:—Rian ustedes cuanto les diere gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer mas impresion en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas, es el viento. Y si no, figúrense ustedes un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á la Grecia, en donde habian dejado todo lo que mas amaban en este mundo, sus dioses lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida, y los tiene como clavados en aquel puerto, tanto, que mientras no se mude no les es posible ir á sitiar la ciudad de Priamo. Pues este viento es el que forma el interes de la tragedia. Yo me declaro á favor de los griegos, porque apruebo su designio, y solo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.

Cuando Villegas acabó de hablar, se renovaron las carcajadas á su costa. Fingió Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion, solo por dar materia de burla á los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller, mirándolos á todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo á llenarse recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron depues de haber comido y bebido á discrecion.

Luego que se marcharon, pregunté á Fabricio por qué no vivia en casa del tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos.—¿Desavenencia? me respondió, dios me libre de ello: nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en ésta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos, que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme.—Me alegro infinito, querido Nuñez, le repliqué, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el écsito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega, no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á tí tu *Conde de Saldaña*.

LIBRO DUODECIMO.

CAPÍTULO I.

Envía el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y écsito de su viage.

HACIA ya cerca de un mes que S. E. me repetia todos los dias:—Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y tu destreza; pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó en fin, y S. E. me habló en estos términos:—Se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su habilidad: se asegura que baila y canta divinamente, que arrebata á los espectadores cuando representa; y se añade tambien que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir á representar en la corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile, y no le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oir á una muger de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte á Toledo, para que juzgues por tí mismo si esa actriz es tan peregrina; yo me atendré desde luego á la impresion que cause en tí, y me fio enteramente en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision; y desde luego emprendí mi viage, acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto; precaucion que agradó á S. E. Tomé, pues, el camino de Toledo, en donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. No bien me habia apeado, cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal, imaginándome que Melchor no la habia dado sino por alegrar la conversacion. Pero no tenia yo noticia de aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y así dijo con grande seriedad:—Rian ustedes cuanto les diere gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer mas impresion en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas, es el viento. Y si no, figúrense ustedes un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á la Grecia, en donde habian dejado todo lo que mas amaban en este mundo, sus dioses lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida, y los tiene como clavados en aquel puerto, tanto, que mientras no se mude no les es posible ir á sitiar la ciudad de Priamo. Pues este viento es el que forma el interes de la tragedia. Yo me declaro á favor de los griegos, porque apruebo su designio, y solo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.

Cuando Villegas acabó de hablar, se renovaron las carcajadas á su costa. Fingió Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion, solo por dar materia de burla á los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller, mirándolos á todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo á llenarse recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron depues de haber comido y bebido á discrecion.

Luego que se marcharon, pregunté á Fabricio por qué no vivia en casa del tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos.—¿Desavenencia? me respondió, dios me libre de ello: nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en ésta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos, que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme.—Me alegro infinito, querido Nuñez, le repliqué, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el écsito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega, no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á tí tu *Conde de Saldaña*.

LIBRO DUODECIMO.

CAPÍTULO I.

Envía el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y écsito de su viage.

HACIA ya cerca de un mes que S. E. me repetia todos los dias:—Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y tu destreza; pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó en fin, y S. E. me habló en estos términos:—Se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su habilidad: se asegura que baila y canta divinamente, que arrebata á los espectadores cuando representa; y se añade tambien que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir á representar en la corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile, y no le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oir á una muger de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte á Toledo, para que juzgues por tí mismo si esa actriz es tan peregrina; yo me atendré desde luego á la impresion que cause en tí, y me fio enteramente en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision; y desde luego emprendí mi viage, acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto; precaucion que agradó á S. E. Tomé, pues, el camino de Toledo, en donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. No bien me habia apeado, cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ballero de las cercanías, me dijo:—Naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fe que se celebra mañana en Toledo. Yo, que nada sabia del auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi designio, y cortarle la gana de preguntarme mas sobre el fin que llevaba á aquella ciudad.—Verá V. S. prosiguió él, una de las mas escelentes procesiones que jamas se han visto; pues hay, segun se dice, mas de cien penitenciados, entre los cuales pasan de diez los que han de ser quemados.

Con efecto, el dia siguiente antes de salir el sol oí tocar todas las campanas de la ciudad, en señal de que iba á darse principio al auto de fe. Con la curiosidad de ver esta ceremonia me vestí aceleradamente, y me encaminé hácia la Inquisicion. Habia allí cerca, y de trecho en trecho por donde habia de pasar la procesion, tablados altos, en uno de los cuales me coloqué por mi dinero. Iban primero los padres domínicos, precedidos del estandarte de la fe, ó pendon del santo tribunal. Tras de dichos religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de San Andres de tela roja, llamada *sambenito*, y todos con corazas en la cabeza, con llamas pintadas las de los condenados á la hoguera, y sin ellas las de los otros de menor pena.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorozados sin llamas al reverendo padre Hilario y á su compañero el hermano Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude equivocarme.—¡Qué es lo que estoy viendo! dije entre mí mismo, el cielo cansado de los escesos de estos dos malvados, los ha entregado á la justicia de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte, me sentí aterrorizado, se apoderó de mí un temblor universal, y mi ánimo se turbó en términos que temí caer desmayado. Las relaciones que yo habia tenido con aquellos bribones, la aventura de Chelva, y en fin todo lo que habiamos hecho juntos, acudió en aquel momento á representarse á mi imaginacion; y creí que no podia dar suficientes gracias á Dios de haberme preservado del sambenito y de la coroza.

Acabada la ceremonia, me restituí al meson temblando por el terrible espectáculo que acababa de ver; pero las tristes ideas de que tenia lleno el ánimo se disiparon insensiblemente, y solo pensé en desempeñar con acierto la comision que me habia encargado mi amo. Esperé con impaciencia la hora de la comedia para ir á ella, pareciéndome que este era el primer paso que debia dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara, con quien entablé luego conversacion, y le dije si daba licencia á

un forastero para hacerle una pregunta.—Caballero, me respondió muy atentamente, vd. me honrará en ello.—He oido ponderar, proseguí, á los cómicos de Toledo, ¿me habrán engañado?—No, me respondió el caballero, la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles escelentes. Entre otros oirá vd. á la bella Lucrecia, actriz de catorce años, que le pasmará.—No será menester que yo se la muestre á vd. cuando se deje ver en la escena, porque la distinguirá fácilmente.—Volvíle á preguntar si representaria aquella tarde: me respondió que sí, y aun que tenia un papel de mucho lucimiento en la pieza que se iba á representar.

Principió la comedia, y aparecieron en la escena dos actrices que nada habian omitido de cuanto pudiera contribuir á hacerlas encantadoras; pero á pesar del brillo de sus diamantes, ni una ni otra me parecieron ser la que yo esperaba. En fin, dejóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y su aprocsimacion á la escena fué anunciada con un palmoteo general.—¡Ah! esta es, dije para mí; ¡qué aire tan noble! ¡qué talle! ¡qué hermosos ojos! ¡qué salada criatura! Con efecto me llenó completamente, ó por mejor decir, su persona me dejó absorto. Desde los primeros versos que recitó conocí que tenia naturalidad, fuego, maestría superior á su edad, y reuní voluntariamente mis aplausos á los universales que le tributó el concurso en todo el tiempo que duró la representacion.—Y bien, me dijo entonces el caballero, ya ve vd. la justicia que hace el público á Lucrecia.—No me admiro, le respondí.—Pues menos se admiraria vd., me replicó, si la oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven tapándose los oidos para no quedar encantados. No es menos temible cuando baila; sus pasos son tan peligrosos como su voz; hechizan los ojos y cautivan el corazon.—Segun eso, esclamé yo entonces, será preciso confesar que esta niña es un portento. ¿Y quién es el mortal venturoso que tiene la dicha de arruinarse por una criatura tan preciosa? No tiene ningun amante que se sepa, me dijo, y aun la murmuracion no le atribuye ninguna amistad secreta: no obstante, añadió, acaso pudiera tenerla, porque Lucrecia está bajo la vigilancia de su tia Estela, que sin disputa es la mas astuta de todas las cómicas.

Al oir el nombre de Estela, pregunté con precipitacion al tal caballero si aquella Estela era actriz de la compañía de Toledo.—Y de las mejores, me replicó: hoy no ha representado, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. ¡Qué espresion dá á sus papeles! Tal vez les añade algo de su invencion; pero este es un hermoso defecto que le hace gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me hizo de su persona, no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada, y de quien he hablado tanto en mi historia.

Para cerciorarme, me fuí derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la Señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes, la ví sentada al brasero en conversacion con algunos señores, que quizá no la obsequiaban sino porque era tia de Lucrecia. Llegué á saludar á Laura, y fuese por capricho, ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, fingió no conocerme, y recibió mi saludo con tanta sequedad, que me dejó un poco parado. En lugar de reconvenirle con risa su frio recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me retiré incomodado, resuelto en aquel primer impulso de cólera á volverme á Madrid el dia siguiente. Para vengarme de Laura, decia yo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del rey: para esto, no tengo mas que hacer al ministro el retrato que se me antoje de Lucrecia; y me bastará decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le pasará á S. E. la gana de hacerla ir á la corte.

Esta era la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, cuando me estaba disponiendo á marchar, entró un lacayuelo en mi cuarto, y me dijo:—Aquí traigo un billete, que tengo que entregar al Señor de Santillana.—Yo soy, hijo mio, le dije, tomándole la carta que abrí, y que contenia estas palabras:—*Olvida el modo con que ayer te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guie.* Seguí luego al lacayuelo, que me llevó á una casa muy decente, no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura en su tocador.

Se levantó para abrazarme, diciendo:—Señor Gil Blas, conozco que vd. tuvo motivo para salir ayer poco contento del recibimiento que le hice cuando fué á saludarme en el vestuario: un antiguo amigo tenia derecho para esperar de mí una acogida mas afable: no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazon de malísimo humor, por haber oido ciertos dichos malignos que algunos de los señores cómicos tenian sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa mas que la mia. La precipitada y desabrida retirada de vd. me hizo volver al momento de mi distraccion, y en el mismo punto dí órden á mi lacayo para que siguiese á vd. y averiguase su posada, con ánimo de reparar hoy mi falta.—Ya queda, le dije, enteramente reparada, mi querida Laura; no hablemos mas de eso: ahora enterémonos mutuamente de lo que nos ha sucedido desde el malaventurado dia en que el temor de un justo castigo me obligó á salir tan aceleradamente de Granada. Te dejé, si te

acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que necesitaste de toda tu maestría para apaciguar á tu amante portugues?—Nada de eso, respondió Laura; ¿pues no sabes que en semejantes lances los hombres son tan débiles que ellos mismos ahorran á veces á las mugeres hasta el trabajo de justificarse?

—Sostuve, continuó ella, al marques de Marialba, que eras hermano mio. Perdone vd., Señor de Santillana, que le hable con la familiaridad que en otro tiempo, porque no puedo desprenderme de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y entereza.—¿No conoce vd., le dije al señor portugues, que todo eso es obra de los zelos y de la indignacion? Narcisa, mi compañera y rival, colérica de ver que yo poseo pacíficamente un corazon que ella ha perdido, forjó todo ese embuste. Cohechó al sotadespabilador del teatro, quien para apoyar su resentimiento, tuvo el descaro de decir que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. Nada hay mas falso: la viuda de Don Antonio Coello ha tenido siempre pensamientos demasiado nobles para quererse someter á ser criada de una cómica. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de esta imputacion, y de la conspiracion de mis acusadores, es la precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dejaria sin duda bien confundida la calumnia; pero Narcisa ciertamente habrá empleado algun nuevo artificio para hacerle desaparecer.

—Aunque estas razones, prosiguió Laura, no bastasen para hacer mi completa apología, el marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el cándido señor prosiguió amándome hasta el dia en que dejó á Granada para volverse á Portugal. En verdad su partida fué muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el consuelo de verme perder el amante que yo le habia quitado. Permanecí todavía despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido en la compañía disensiones, como frecuentemente sucede entre nosotros, todos los cómicos se separaron: unos marcharon á Sevilla, otros á Córdoba, y yo me vine á Toledo, donde estoy hace diez años con mi sobrina Lucrecia, á quien ayer oiste representar, puesto que estuvistes en la comedia.

No pude dejar de reirme al llegar aquí. Laura me preguntó de qué me reia.—¿Pues qué, no lo adivinas? le respondí: tú no tienes hermano ni hermana; por consiguiente no puedes ser tia de Lucrecia. Ademas de eso, cuando cotejo el tiempo que ha que nos separamos, con la edad que representa Lucrecia, me parece que puede ser algo mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

—Ya le entiendo á vd., Señor Gil Blas, replicó algo sonrojada la viuda de Don Antonio Coello: como vd. tiene tan presentes los tiempos,

no hay medio de engañarle.—Ahora bien, amigo mio, Lucrecia es hija mia y del marques de Marialba, y el fruto de nuestro trato, porque no quiero ocultarte mas esta verdad.—Vaya, reina mia, repliqué yo, que es grande el esfuerzo que haces en revelarme este secreto, despues que me confiaste tus aventuras con el administrador del hospital de Zamora. —Como quiera que sea, yo te aseguro que Lucrecia es una niña de tanto mérito, que el público jamas podrá agradecerte como debe, el regalo que le hiciste en ella. ¡Ojalá fueran como éste todos los regalos que le hacen tus compañeras y amigas!

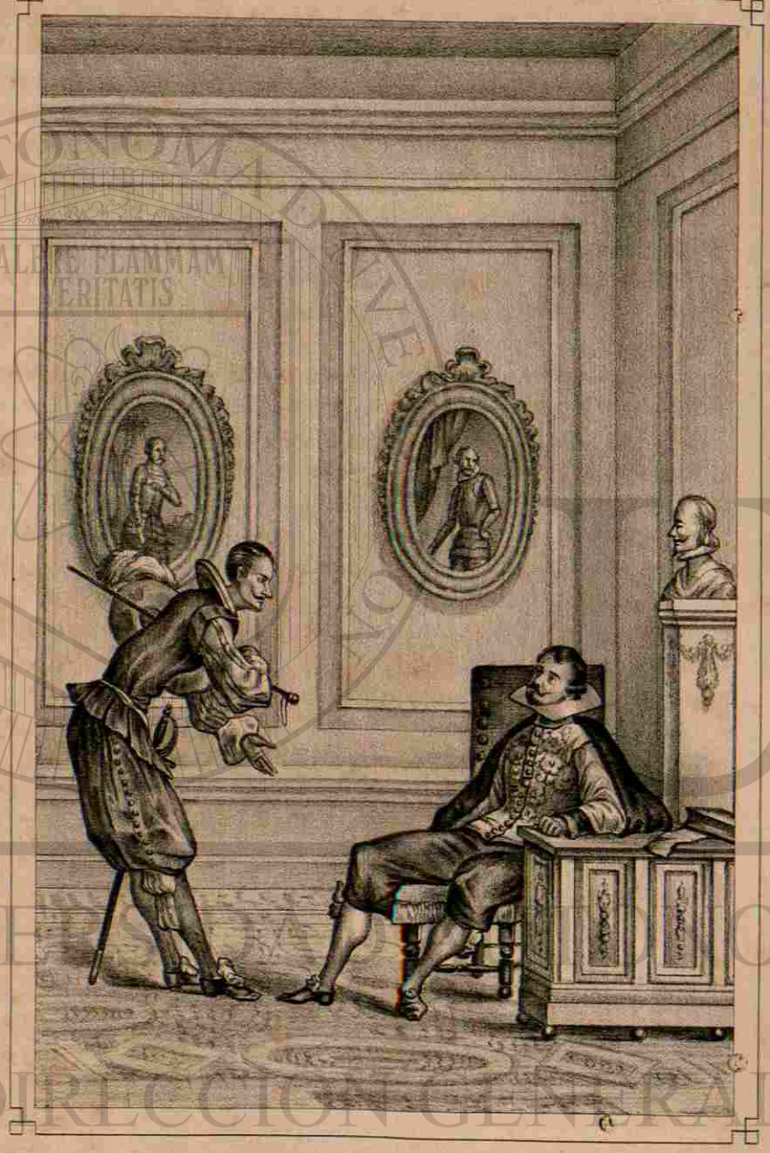
Quién sabe si algun lector ladino al llegar aquí, se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada cuando era secretario del marques de Marialba, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al marques la paternidad de Lucrecia: le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Dí en seguida á Laura cuenta de mis aventuras, hasta el estado actual de mis asuntos. Oyóme con una atencion que mostraba bien no serle indiferente lo que le decia.—Amigo Santillana, me dijo luego que acabé, veo que representas un papel brillante en el teatro del mundo, y no alcanzo á manifestarte lo mucho que me complazco en ello. Cuando yo lleve á Madrid á Lucrecia para colocarla en la compañía del Príncipe, me atrevo á lisongearme de que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector.—No lo dudes, le respondí: cuenta conmigo, que haré admitir á tu hija en la compañía del Príncipe cuando quieras; esto puedo prometértelo sin hacer alarde de mi poder.—Desde luego te cogeria la palabra, replicó Laura, y mañana mismo marcharia á Madrid, si no estuviera escriturada en esta compañía.—Esa escritura la anula una real órden, le respondí: yo me encargo de ella, y la recibirás antes de ocho dias. Tendré gran placer en robarles á los Toledanos tu Lucrecia: una actriz tan linda ha nacido para los cortesanos, y nos pertenece de derecho.

Á este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Creí ver á la diosa Hebé[1]; tanta era su gracia y su lindeza: acababa de levantarse, y luciendo su hermosura natural sin los ausilios del arte, presentaba á mi vista un objeto encantador.—Ven, sobrina mia, le dijo su madre, ven á agradecer á este señor la buena voluntad que nos tiene. Es uno de mis amigos antiguos, que tiene gran valimiento en la corte, y está empeñado en colocarnos á ambas en la compañía del Príncipe. De esto mostró alegria la niña, que me hizo una profunda cortesía, y me dijo con una sonrisa embelesadora:—Doy á vd. muy humildes gracias por su benévola inten-

1 Hebé era la diosa de la juventud y de las gracias, y en el cielo se ocupaba en servir el néctar en copas de oro á los dioses, como se ha dicho en la nota del libro primero. capítulo quinto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



cion; pero al quererme separar de un público que me estima, ¿está vd. seguro de que no desagradaré al de Madrid? Tal vez perderé en el cambio; porque muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores muy aplaudidos en una ciudad y silbados en otra, lo cual me sobresalta: tema vd. esponerme al desprecio de la corte, y esponerse á sí mismo á sufrir sus reconvenciones.—Hermosa Lucrecia, le respondí, eso es lo que ni uno ni otro debemos temer; antes bien lo único que temo es, que vd. encienda una guerra civil entre los grandes, enamorándolos á todos.—El sobresalto de mi sobrina, me dijo Laura, me parece mejor fundado que el de vd.; pero bien considerado, ambos los tengo por vanos. Si Lucrecia no puede llamar la atencion pública por sus atractivos, en recompensa no es tan mala actriz que deba ser despreciada.

Siguió todavía algun tiempo la conversacion, y pude advertir por la parte que tomó Lucrecia en ella, que era una jóven de estraordinario talento. En seguida me despedí de las dos, asegurándoles que inmediatamente recibirian órden de la corte para ir á Madrid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO II.

Dá Santillana cuenta de su comision al ministro, quien le encarga el cuidado de hacer que venga Lucrecia á Madrid: de la llegada de esta actriz, y de su primera representacion en la corte.

CUANDO volví á Madrid, hallé al conde-duque muy impaciente por saber el resultado de mi viage.—Gil Blas, me dijo, ¿has visto á nuestra comedianta? ¿Merece que se le haga venir á la corte?—Señor, le respondí, la fama, que pondera comunmente mas de lo justo á las mugeres hermosas, se queda muy escasa respecto de la jóven Lucrecia, que es una persona admirable, tanto por su hermosura, como por sus habilidades.

—¡Es posible! esclamó el ministro con una satisfaccion interior que leí en sus ojos, y que me hizo pensar que me habia enviado á Toledo por su interes personal: ¿es posible que Lucrecia sea tan amable como me dices?—Cuando V. E. la vea, le respondí, confesará que no se puede hacer su elogio sin disminuir sus hechizos.—Santillana, replicó S. E., hazme una puntual relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomando entonces la palabra para satisfacer á mi amo, le conté hasta la historia de Laura inclusive. Díjele que esta actriz habia tenido á Lucrecia del marques de Marialba, señor portugues, que, habiéndose detenido en Granada viajando, se habia enamorado de ella. Finalmente, despues de haber hecho á S. E. una menuda relacion de lo que habia pasado entre aquellas comediantas, y yo, me dijo:—Me alegro infinito de que Lucrecia sea hija de un sugeto distinguido; eso me interesa todavía mas en su favor, y es necesario traerla á la corte. Pero continúa, añadió, del modo que has comenzado, y no me tomes en boca, sino que en todo ha de sonar únicamente Gil Blas de Santillana.

Fuí á verme con Carnero, á quien dije que S. E. queria que él despachase una órden, por la cual el rey admitia en su compañía cómica á Estela y á Lucrecia, actrices de la de Toledo.—Muy bien, señor de Santillana, respondió Carnero con una sonrisa maligna, al momento será vd. servido, porque segun todas las señas, vd. se interesa por esas dos damas. Al mismo tiempo estendió de propio puño, y me entregó la órden, que sin pérdida de tiempo envié á Estela por el mismo lacayo que me habia acompañado á Toledo. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija: fueron á hospedarse en una fonda inmediata al corral del Príncipe, y su primer cuidado fué enviármelo á decir por medio de un billete. Pasé al punto á la fonda, en donde, despues de mil ofertas por mi parte, y de agradecimientos por la suya, las dejé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas, deseándosela dichosa y brillante.

Se hicieron anunciar al público como dos actrices nuevas que la compañía del Príncipe acababa de admitir por órden de la corte, y representaron por primera vez una comedia que solian representar en Toledo con aplauso.

¿En qué parte del mundo deja de gustar la novedad en punto á espectáculos? Hubo aquel dia en el corral de comedias un concurso estraordinario de espectadores. No necesito decir que no falté á esta representacion. Estuve algo agitado antes que la comedia principiase, porque, por mas confianza que yo tuviera en la habilidad de la madre y de la hija, temia de su écsito: tanto me interesaba por ellas. Pero apenas abrieron la boca, se desvaneció mi temor con los aplausos que recibieron. Todos celebraban á Estela como una actriz consumada en la parte graciosa, y á Lucrecia como un prodigio para los papeles amorosos. Esta última arrebató los corazones: unos admiraron la hermosura de sus ojos; á otros encantó la suavidad de su voz; y sorprendidos todos de sus gracias y de su juventud florida, salieron hechizados de su persona.

El conde-duque, que se interesaba mas de lo que yo creia en el estreno de esta actriz, asistió aquella tarde á la comedia, y le ví salir hácia el fin de la funcion muy prendado, á lo que me pareció, de nuestras dos cómicas. Con la curiosidad de saber si habia quedado satisfecho de ellas, le seguí á su casa, y metiéndome en su gabinete, en donde acababa de entrar:—Y bien, señor escelentísimo, le dije, ¿le ha gustado á V. E. la Marialbita?—Mi escelencia, me respondió sonriéndose, seria descontentadiza si se negara á unir su voto con el del público. Sí, hijo mio, estoy encantado de tu Lucrecia, y no dudo que el rey la vea con placer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III.

Logra Lucrecia mucha celebridad en la corte: representa delante del rey, que se enamora de ella; y resultas de estos amores.

LA primera salida al teatro de las dos actrices nuevas llamó la atencion en la corte. Hablóse de ellas el dia siguiente en el cuarto del rey. Algunos señores alabaron tanto á Lucrecia, y la pintaron tan hermosa, que el retrato escitó la curiosidad del monarca, el cual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que calló y aparentó no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se vió á solas con el conde-duque, le preguntó, quién era cierta actriz que tanto le habian ponderado. El ministro le respondió que era una jóven cómica de Toledo que habia representado el dia anterior por primera vez con mucha aceptacion. Esta actriz, añadió, se llama Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana, y me habló tan bien de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el rey cuando oyó mi nombre, recordando quizá en aquel momento, de que por mí habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el rey dijo al ministro:—Conde, mañana quiero ver representar á esa Lucrecia: ten cuidado de hacérselo saber.

Contóme el conde-duque esta conversacion que habia tenido con el rey, y me mandó ir á la casa de las dos comediantas para prevenirlas de la intencion de S. M. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera,—vengo, le dije, á daros una gran noticia. Mañana, tendreis entre vuestros espectadores al soberano de la monarquía: así me ha mandado el ministro que os lo prevenga. No dudo que tú y tu hija emplearéis todos vuestros esfuerzos para corresponder al honor que el monarca quiere haceros. A ese fin os aconsejo elijais una comedia en que haya baile y música, para que Lucrecia pueda lucir todas sus habilidades.—Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos lo

posible para que S. M. quede contento.—No podrá menos de quedarlo, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia en trage casero, con el cual parecia cien veces mas agradable y linda, que adornada con las mas soberbias galas del teatro. Quedará tanto mas contento S. M. de tu amable sobrina, cuanto que ninguna cosa le divierte mas que el baile y el oir cantar; y ¿quién sabe si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia?—No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion; porque apesar de ser un monarca tan poderoso, pudiera hallar obstáculos en el cumplimiento de sus deseos. Aunque Lucrecia se ha criado entre bastidores y entre las licencias del teatro, tiene virtud; y bien que no le desagraden los aplausos en la escena, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada, que por actriz sobresaliente.

—Tia mia, dijo entonces la Marialbita tomando parte en la conversacion, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré en el caso de desdeñar los suspiros del rey; porque la delicadeza de su gusto le librará del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido hasta poner los ojos en mí.—Pero, amable Lucrecia, le dije, si aconteciera que el rey quisiese ofrecerte su corazon, ¿serias tan cruel que le dejases suspirar á tus piés como á otro cualquier amante? —¿Y por qué no? respondió prontamente; sin duda que lo haria así: pues, prescindiendo de la virtud, conozco que mi vanidad se lisonjearia mas en resistir á su pasion, que en rendirme á ella. No me admiró poco oir hablar de esta manera á una discípula de Laura. Despedíme de las dos alabando á la última por haber dado á la otra tan buena educacion.

Impaciente el rey por ver á Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia intermediada de música cantante y de baile[1], en la cual sobresalió en todas cosas nuestra jóven actriz.

Desde el principio hasta el fin no aparté los ojos del monarca, á ver si podia descubrir por los suyos lo que pasaba en su interior; pero burló toda mi penetracion con un aire de magestuosa gravedad que mostró constantemente hasta el fin; y así hasta el dia siguiente no supe lo que tenia tantas ganas de saber.—Santillana, me dijo el ministro, vengo del cuarto del rey: me ha hablado de Lucrecia con tan encarecidas espresiones, que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo

1 De las minuciosas indagaciones que se han hecho sobre la narrativa de esta historia, se deduce que la comedia que se representó en este dia fué *El Desden con el desden;* que acababa de componer en su florida edad D. Agustin Moreto, y se repetia con aplauso y á porfía en todas las ciudades, como sucede hoy mismo, y sucederá hasta el fin del mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

le tenia dicho que tú eras quien la hiciste venir de Toledo, ha mostrado deseo de hablar privadamente contigo sobre este particular. Ve al momento á presentarte á la puerta de su cuarto, donde ya hay órden de que te dejen entrar: corre y vuelve al instante á enterarme de esa conversacion.

Marché al punto al cuarto del rey, á quien encontré solo: paseábase á paso largo esperándome, y parecia estar pensativo. Hízome muchas preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia me obligó á contarle; y cuando la acabé, me preguntó, si aquella jóven habia tenido alguna distraccion. Habiéndole asegurado resueltamente que no, sin embargo de conocer lo arriesgadas que suelen ser semejantes aserciones, el monarca dió muestras de gran placer.—Siendo eso así, repuso, te elijo por agente mio para con Lucrecia, y quiero que sepa por tu conducto qué corazon ha conquistado. Ve á decírselo de mi parte, añadió, entregándome un cofrecito lleno de joyas de valor de mas de cincuenta mil ducados, y dile que le ruego acepte este presente como prenda de otras pruebas mas sólidas de mi afecto.

Ántes de desempeñar esta comision, pasé á ver al conde-duque, á quien dí cuenta fiel de lo que el rey me habia dicho. Pensaba yo que aquel ministro, en lugar de celebrar la noticia, la sentiria; porque como ya dije, sospechaba yo que tenia sus designios amorosos hácia Lucrecia, y que sabria con sentimiento que su señor era su rival; pero me engañaba, porque, lejos de desazonarle la noticia, se alegró tanto de oirla que, no pudiendo disimular su gozo, dejó escapar algunas espresiones que yo recogí.—*¡Ah rey mio!* esclamó, *ahora sí que te tengo seguro; desde este punto van á intimidarte los negocios.* Esta apóstrofe me hizo ver con claridad todo el manejo del conde-duque, y conocí que este señor, temiendo que el monarca quisiera ocuparse en asuntos serios, procuraba distraerle con las diversiones mas análogas á su carácter.—Santillana, me dijo luego, no pierdas tiempo; ve cuanto antes, amigo mio, á obedecer la importante órden que se te ha dado, y de que muchos cortesanos se gloriarian se les hubiese confiado. Piensa, continuó, que no tienes aquí al conde de Lémos que te quite la mejor parte del honor del servicio hecho; tuyo será por entero, y ademas todo el fruto.

De este modo me doró S. E. la píldora, que tragué lo mejor que pude, mas no sin percibir su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á mirar las cosas bajo un punto de vista religioso; y el empleo de Mercurio en gefe no me parecia tan honorífico como me decian. No obstante, aunque no era tan vicioso que pudiera ejercitarlo sin remordimiento, tampoco era tanta mi virtud que tuviese valor para rehusarlo. Obedecí, pues, al rey con tanto mayor gusto, cuanto que

veía al mismo tiempo que mi obediencia agradaria al ministro, á quien anhelaba complacer.

Parecióme conveniente avistarme primero con Laura y hablarle del particular á solas. Espúsele mi comision en los términos mas moderados, concluyendo mi arenga con ponerle en la mano el cofrecillo. A vista de las joyas, no pudiendo ocultar su alegría, la manifestó abiertamente.—Señor Gil Blas, esclamó, á presencia del mejor y mas antiguo de mis amigos no debo reprimirme. Haria mal en ostentar contigo una fingida severidad de costumbres, y andar en retrecherías. Sí, por cierto, prosiguió ella, confieso que me faltan voces para esplicar el regocijo que me ha causado una conquista tan preciosa, cuyas ventajas conozco; pero hablando entre los dos, temo que Lucrecia las mire con otros ojos: porque aunque criada en el teatro, es tan timorata, y de tanto pundonor, que ya ha desechado las ofertas de dos señores amables y opulentos. Dirásme quizá, prosiguió ella, que dos señores no son dos reyes: convengo en ello, y tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo menos de decirte que el écsito es muy dudoso, y te aseguro que yo no haré violencia á mi hija. Si ésta, lejos de considerarse favorecida con el afecto momentáneo del rey, lo mira como mancha de su recato, espero que este gran monarca no se dé por ofendido de su repulsa. Vuelve mañana, añadió, y te diré si has de llevarle una respuesta favorable, ó sus joyas.

A pesar de esto, yo no dudaba que Laura ecshortaria mas bien á Lucrecia á desviarse de su deber que á mantenerse en él; y contaba positivamente con esta ecshortacion. Sin embargo, supe con sorpresa al dia siguiente que Laura habia tenido tanta dificultad en encaminar su hija hácia el mal, como otras madres la tienen en conducir las suyas hácia el bien: y lo que mas hay que admirar todavia es, que Lucrecia, despues de haber tenido algunas conversaciones secretas con el monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente renunció al mundo y se encerró en un convento de la villa de Madrid, donde luego enfermó y murió á impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte inconsolable de la pérdida de su hija, de cuya muerte se consideraba autora, se metió en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus floridos años. Afligió mucho al rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como por su genio, naturalmente inclinado á divertirse, hacian poca mansion en él las pesadumbres, se fué consolando poco á poco. El conde-duque aparentó la mayor indiferencia é insensibilidad en este suceso, bien que no dejó de desazonarle, como fácilmente lo creerá el advertido lector.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el ministro á Santillana.

E fué tan sensible la desgracia de Lucrecia, y esperimenté tantos remordimientos de haber contribuido á ella, que, considerándome como un infame, á pesar de la elevacion del amante á quien habia servido, resolví abandonar para siempre el caduceo, y manifestando al ministro la repugnancia que me causaba el llevarle, le supliqué me emplease en cualquiera otra cosa.—Santillana, me dijo, me agrada sobremanera tu delicadeza, y pues eres un mozo tan honrado, quiero darte una ocupacion mas conforme á tu prudencia; óyela y escucha con atencion la confianza que voy á hacerte.

—Algunos años antes de mi privanza, continuó, ví por casualidad á una dama que me pareció tan airosa y tan linda, que hice la siguiesen. Supe que era una genovesa llamada Doña Margarita Espínola, que vivia en Madrid á espensas de su hermosura; me dijeron tambien que Don Francisco de Valcarcel, alcalde de corte, sugeto anciano, rico y casado, gastaba mucho con ella. Esta circunstancia, que al parecer debiera haberme inspirado desprecio hácia ella, encendió en mí el deseo mas vehemente de entrar á la parte en sus favores con Valcarcel. Para satisfacer este capricho, me valí de una medianera de amor, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una conversacion secreta con la genovesa, á la que siguieron otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo, éramos igualmente bien admitidos, gracias á nuestras dádivas; y quizá tendria algun otro galan tan favorecido como nosotros dos.

Como quiera que sea, Margarita en aquella confusion de cortejantes llegó insensiblemente á ser madre, y dió á luz un niño, con cuya paternidad quiso honrar á cada uno de sus amantes en particular; pero como ninguno podia preciarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos lo renunciaron, de suerte que la genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos; lo que duró diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre, dejando á su hijo sin bienes, y lo peor de todo, sin educacion.

Tal es, continuó S. E., la confianza que tenia que hacerte: ahora voy á enterarte del gran proyecto que tengo formado. Quiero sacar de su infeliz suerte á este jóven sin ventura, y, haciéndole pasar de un estremo á otro, elevarle á los honores y reconocerle por hijo mio.

Al oir un proyecto tan estravagante, no me fué posible callar.—¡Cómo, señor! esclamé, ¿es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan estraña? Perdóneme V. E. esta espresion hija de mi celo.—Tú la hallarás justa, replicó con precipitacion, cuando te haya dicho las razones que me han determinado á tomarla. No quiero sean herederos mios mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener sucesion con la condesa de Olivares; pero cada uno se conoce á sí mismo; bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la química para volver á ser padre. Así pues, ya que la fortuna, supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho, del cual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo: así lo he resuelto.

Viendo yo encaprichado al ministro en semejante adopcion, dejé de oponerme á su idea, sabiendo era capaz de cualquier gran desacierto antes que desistir de su parecer.—Ahora solo se trata, prosiguió él, de dar una educacion correspondiente á Don Enrique Felipe de Guzman; porque bajo este nombre quiero que sea conocido hasta que se halle en estado de poseer las dignidades que le esperan. En tí, mi querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descuido enteramente en tu capacidad, y en tu adhesion hácia mí, sobre el cuidado de establecer su casa, de proporcionarle toda clase de maestros, y en una palabra, de hacerle un caballero completo. Quise negarme á admitir semejante empleo, representando al conde-duque que no podia en conciencia encargarme de un ministerio que jamas habia ejercido, y que pedia mas ilustracion y mérito del que yo tenia; pero luego me interrumpió y me tapó la boca diciéndome con entereza que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros puestos de la monarquía. Me resigné, pues, á desempeñar este destino por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi escasa renta con una pension de mil escudos que hizo se me concediese, ó mas bien me dió él sobre una encomienda de la órden de Montesa.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa bajo el nombre de D. Enrique Felipe de Guzman: establece Santillana la casa de este señor, y le proporciona toda clase de maestros.

CON efecto, tardó poco el conde-duque en reconocer por hijo suyo al de Doña Margarita Espínola. Hízose esta adopcion por medio de escritura pública y solemne, con noticia y aprobacion del rey. Á Don Enrique Felipe de Guzman (este fué el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) se le declaró por único heredero del condado de Olivares y del ducado de San Lucar. El ministro, para que nadie lo ignorase, dió parte de ello por medio de Carnero á los embajadores y á los grandes de España, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion para desahogar su mordacidad.

Pregunté al conde-duque donde estaba el personage que S. E. queria fiar á mi cuidado.—En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo: alquilé una habitacion que hice adornar magníficamente; busqué pages, un portero, criados menores, y con el ausilio de Caporis en breve proveí los empleos principales de la casa. Recibida toda esta gente dí parte á S. E., quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Guzmanes. Presentóse á mis ojos un mozo de buen aspecto.—Don Enrique, le dijo S. E., señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado poder y autoridad absoluta sobre tí.—Sí, Santillana, añadió dirigiéndose á mí, á tu cuidado le entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. Á estas palabras añadió el ministro otras para ecshortar al jóven á someterse á mi voluntad; despues de lo cual llevé á Don Enrique conmigo á su casa.

Luego que estuvimos en ella, hice venir ante él á todos los criados, esplicando á cada uno el oficio que tenia. El manifestó no causarle no-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vedad la mutacion de estado, antes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabia leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaria de un maestro de baile; pero habia á la sazon tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me hallé perplejo en la eleccion, no sabiendo á quien dar la preferencia.

Hallábame así indeciso, cuando ví entrar en el portal de casa un sugeto ricamente vestido, quien me dijeron queria hablarme. Salí á recibirle creyendo que era, cuando menos, un caballero de Santiago ó de Alcántara, y despues de hacerme mil cortesías que acreditaban su profesion:—Señor de Santillana, me dijo, como he sabido que es V. S. quien elige los maestros del Señor Don Enrique, vengo á ofrecerle mis servicios. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligero, y gracias á Dios tengo bastante reputacion: no acostumbro andar á caza de discípulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes. Comunmente espero á que me busquen; pero enseñando como enseño al señor duque de Medinasidonia, al Señor Don Luis de Haro, y á algunos otros caballeros de la casa de Guzman, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció ser de mi obligacion anticiparme.—Por lo que vd. me dice, repuse yo, veo ser el sugeto que nos hacia falta. ¿Cuánto lleva vd. al mes?—Cuatro doblones de oro, me respondió, que es el precio corriente, y no doy mas de dos lecciones por semana.—¡Cuatro doblones! le repliqué: eso es demasiado:—¿Cómo demasiado? repuso con aire de admiracion, y tal vez V. S. no reparará en dar un doblon por mes á un maestro de filosofía.

No me fué posible contener la risa á vista de una contestacion tan ridícula, y pregunté al Señor Ligero si en conciencia creia que un hombre de su profesion era preferible á un maestro de filosofía.—Y cómo que lo creo, me respondió: nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores mios. Y si no, dígame V. S., ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? Estátuas de mármol, osos mal domesticados; pero nuestras lecciones los devastan poco á poco, y les hacen tomar insensiblemente formas regulares: en una palabra, nosotros les enseñamos actitudes de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel maestro de baile, y le recibí para que enseñase á Don Enrique por los cuatro doblones al mes, que era el precio corriente entre los grandes maestros de aquel arte.

CAPÍTULO VI.

Vuelve Escipion de Nueva-España: acomódale Gil Blas en casa de Don Enrique. Estudios de este señorito: honores que se le confieren; y con qué señora le casa el conde-duque. Como á Gil Blas se le hizo noble con repugnancia suya.

AUN no habia recibido la mitad de la familia de Don Enrique, cuando Escipion volvió de México. Preguntéle si estaba contento de su espedicion.—Debo estarlo, me respondió, pues que con los tres mil ducados que tenia en dinero contante, he traido dos veces mas en géneros de buen despacho en este pais.—Hijo mio, le dije, yo te doy mil enhorabuenas, y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, haciendo el año que viene otro viage á las Indias; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no esponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion, no tienes mas que hablar, que yo podré dártelo. —Pardiez, me respondió el hijo de la Coscolina, que en eso no hay que dudar; mas quiero ocupar un buen destino al lado de vd. que esponerme de nuevo á los peligros de una larga navegacion. Esplíquese vd., mi amo: ¿qué ocupacion piensa dar á su criado.

Para enterarle mas bien de todo, le conté la historia del señorito que el conde-duque acababa de introducir en la casa de Guzman. Despues de haberle informado de este curioso pormenor, y héchole saber que este ministro me habia nombrado ayo de Don Enrique, le dije que queria hacerle ayuda de cámara de este hijo adoptivo. Escipion que no deseaba otra cosa, aceptó con gusto este acomodo, y le desempeñó tan bien, que en menos de tres ó cuatro dias se atrajo la confianza y el afecto de su nuevo amo.

Se me habia figurado que los pedagogos que habia elegido para enseñar al hijo de la genovesa perderian su tiempo, pareciéndome que en su edad seria indisciplinable; sin embargo engañó mis recelos. Comprendia y retenia fácilmente cuanto le enseñaban; de lo que estaban muy contentos sus maestros. Pasé inmediatamente á dar esta noticia al conde-duque, que la recibió con estraordinario gozo.—Santillana, me dijo enagenado, no sabes la alegría que me causas con asegurarme que Don Enrique tiene feliz memoria y penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y acaba de persuadirme que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va esplicando. Guardéme bien de decir á S. E. lo que pensaba sobre el particular, y respetando su flaqueza, le dejé gozar del placer falso ó verdadero de creerse padre de Don Enrique.

Aunque todos los Guzmanes aborrecian de muerte al tal señorito de nuevo cuño, disimulaban por política, y aun algunos de ellos fingian solicitar su amistad. Visitábanle los embajadores y los grandes que habia en Madrid, tratándole con el mismo respeto y atencion que si fuera hijo legítimo del conde-duque. Lisonjeado estremadamente este ministro con el incienso que se ofrecia á su ídolo, se dió priesa á colmarle de dignidades. La primera gracia que pidió al rey para Don Enrique fue la cruz de Alcántara con una encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de gentil-hombre, y deseando entroncarle con una de las familias mas esclarecidas de España, puso los ojos en Doña Juana de Velasco, hija del duque de Castilla, y fué tanto su poder, que lo logró, á pesar del mismo duque padre de la novia y de sus parientes.

Algunos dias antes de hacerse la boda, me envió á llamar S. E., y luego que me vió me puso en la mano un pergamino, diciéndome:—Aquí tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para tí: ya eres noble.—Señor, le respondí sorprendido de lo que acababa de oir, V. E. sabe que soy hijo de una dueña y de un escudero; paréceme que agregarme á la nobleza, seria en cierta manera profanarla; y entre todas las gracias que el réy me puede hacer, ninguna merezco ni deseo menos.—Tu humilde nacimiento, replicó el ministro, es un obstáculo muy fácil de allanar: te has ocupado en los negocios del estado bajo el ministerio del duque de Lerma y del mio; ademas, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al monarca servicios que merecen ser premiados? En una palabra, Santillana, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que ejerces cerca de mi hijo, ecsige que seas noble; y por eso he solicitado tu ejecutoria.—Ríndome, señor, le repliqué,

puesto que así lo quiere V. E.; y diciendo esto salí con mi ejecutoria metiéndomela en el bolsillo.

Con que ahora soy caballero, me dije á mí mismo cuando estuve en la calle: héteme que ya soy noble sin tener que agradecérselo á mis parientes: ya podré cuando me acomode, hacer que me llamen *Don Gil Blas;* y si á algun conocido mio se le antoja reirse de mí llamándome de este modo, le haré ver mi ejecutoria; pero leámosla, continué sacándola del bolsillo, y veamos de qué manera se borra en ella el villanismo. Leí pues el real título, que decia en sustancia: que el rey en reconocimiento del celo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su servicio y por el bien del estado, habia tenido á bien recompensarme con la merced de noble, &c. Y me atrevo á decir, en alabanza mia, que no me inspiró el menor argullo; antes bien, no perdiendo jamas de vista la humildad de mi nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba. Por lo mismo me propuse encerrar la ejecutoria en un cajon, en lugar de hacer ostentacion de poseerla.

CAPITULO VII.

Gil Blas vuelve á encontrar casualmente á Fabricio: última conversacion que ambos tuvieron; y consejo importante que Nuñez dió á Santillana.

EL poeta asturiano, como se habrá notado, se olvidaba fácilmente de mí. Por mi parte, mis ocupaciones no me permitian ir á visitarle, y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia* de Eurípides, cuando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la puerta del Sol, que salia de una imprenta. Me acerqué á él diciéndole:—¡Hola, hola! Señor Nuñez, vd. viene de casa de un impresor; eso me huele á que quieres regalar al público con alguna nueva composicion tuya.

—Sin duda debe esperarla, me respondió; actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos.—No dudo de su mérito, le repliqué; pero me parece que la mayor parte de esos papeluchos son unas bagatelas que hacen poco honor á sus autores.—Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Con todo, he caido en la tentacion, y te confieso que es un hijo de la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga al lobo á salir de su madriguera.

—¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor de *el Conde de Saldaña!* ¡Un hombre que tiene dos mil escudos de renta, ha de hablar de esa manera!—Vamos poco á poco, amigo, me interrumpió Nuñez; ya no soy aquel poeta afortunado que gozaba de una renta bien pagada. Desordenáronse de repente los negocios del tesorero Don Beltran, disipó el dinero del rey, embargáronle todos los bienes, y se llevó el diablo mi pension.—Malo es eso, le dije; ¿pero no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado?—Maldita, me respondió: el Señor Gomez del Ribero está tan miserable como su poeta; cayó en el agua, sin que pueda jamas salir á la orilla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Segun eso, hijo mio, repuse yo, te veo en términos de que me será preciso solicitar algun empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pension.—No quiero que te tomes ese trabajo, me dijo; aunque me ofrecieras en las secretarías del ministro un empleo de tres mil ducados de sueldo, le rehusaria. Las ocupaciones de las oficinas no convienen á los que se han criado entre las musas. Á estos solamente les convienen distracciones literarias. En fin, ¿qué quieres que te diga? Yo nací para vivir y morir poeta, y quiero seguir mi suerte. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de que vivimos en una total independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, sin esceptuar á los compositores de almanaques, que no tenga una buena casa á donde ir á comer. Yo tengo dos donde soy bien recibido, y en ellas dos cubiertos asegurados, uno en la mesa de un director general de la real hacienda, á quien dediqué una novela, y otro en la de un caballero rico de Madrid, que tiene el flujo de querer que siempre le acompañen eruditos á la mesa: por fortuna no es muy delicado para elegir, y así fácilmente halla cuantos quiere en la poblacion.

—En ese caso, dije al poeta asturiano, ya no te tengo lástima, puesto que estás contento con tu suerte. Como quiera que sea, te aseguro de nuevo que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, á pesar de tu descuido en cultivar su amistad: si necesitas mi bolsillo, acude francamente á mí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive de un ausílio que nunca te faltará, y á mí me niegue el gusto de serte útil.

—En esas generosas espresiones, esclamó Nuñez, te reconozco, Santillana, y te doy mil gracias por la gran disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi gratitud á esa fineza, quiero darte un consejo saludable. Mientras que todavia dura el poder del conde-duque, y te mantienes en su gracia, aprovecha el tiempo, dáte prisa á enriquecerte, porque ese ministro, á lo que me han asegurado, vacila en su asiento.—Preguntéle si aquello lo sabia de buen original, y me respondió:—Lo sé por un caballero de Calatrava viejo, que tiene buen olfato, á quien todos escuchan como un oráculo, y le oí decir ayer: El conde-duque tiene muchos enemigos y todos conspiran á derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del rey; pero el monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oidos á las quejas que le llegan de él. Agradecí á Nuñez la prevencion; pero hice poco caso de ella, y me volví á casa, persuadido de que la privanza de mi amo era indesquiciable, á la manera de aquellas viejas encinas que, arraigadas profundamente en la tierra, se burlan de los mas violentos huracanes.

CAPÍTULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio. Hace el rey un viage á Zaragoza.

LO que el poeta asturiano me habia dicho, no carecia de fundamento. Se formaba dentro de Palacio cierta conspiracion para derribar al conde-duque, á cuyo frente se decia estaba la misma reina. Sin embargo, nada se traslucia en el público, de las medidas que tomaban los confederados para hacer caer al ministro, y se pasó mas de un año sin que yo notase que su privanza disminuyera.

Pero el levantamiento de Cataluña, sostenido por la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuracion del pneblo, y á sus quejas contra el gobierno. Estas fueron causa de que se tuviera un consejo á presencia del rey, al que quiso S. M. concurriese el marques de la Grana, embajador de la corte de Viena. Tratóse en él si era mas conveniente que el monarca se mantuviese en Castilla, ó que pasase á Aragon á dejarse ver de sus tropas. El conde-duque, que no tenia gana de que el rey saliera para el ejército, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que S. M. desamparase el centro de sus estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del consejo, á escepcion del marques de la Grana, que llevado de su celo por la casa de Austria, y con la franqueza genial de su nacion, se opuso abiertamente al parecer del primer ministro, y defendió lo contrario, con razones tan poderosas, que convencido el rey de su solidez, abrazó esta opinion, aunque opuesta al sentir de todos los votos del consejo, y señaló el dia de su salida para el ejército.

Esta fué la primera vez de su vida que el monarca dejó de seguir el dictámen de su privado; novedad que le llenó de amargura, considerándola como una terrible afrenta. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete á tascar en plena libertad el freno, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su cuarto, me contó trémulo, agitado y como fuera de sí lo que habia pasado en el consejo. En seguida, como si no pudiera volver de su sorpresa:—Sí, Santillana, continuó, el rey, que hace mas

de veinte años que no habla sino por mi boca, ni ve por otros ojos que por los mios, ha preferido el dictámen del marques de la Grana al mio. Pero ¿de qué modo? Colmando de elogios á este embajador, y alabando sobre todo su celo por la casa de Austria, como si este aleman tuviera mas que yo. Por aquí fácilmente se conoce, prosiguió el ministro, que hay un partido formado contra mí, y que la reina está á su cabeza.—¿Y eso le inquieta á V. E.? le repliqué yo: doce años ha que la reina está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios; y otros tantos que V. E. acostumbró al rey á no consultar con su esposa ninguno de ellos. Respecto del marques de la Grana, pudo muy bien el rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña.—No das en ello, interrumpió el conde; dí mas bien que mis enemigos esperan que, hallándose el rey entre sus tropas, estará siempre rodeado de los grandes que le habrán de seguir, y entre ellos habrá mas de uno poco satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque sabré disponer que durante el viage se haga el rey inaccesible á todos los grandes. Así lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia que se señaló para la salida del rey, despues de haber nombrado éste á la reina por gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero habiendo querido pasar por Aranjuez, le pareció tan delicioso aquel sitio, que se detuvo cerca de tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones, que permaneció largo tiempo en aquella ciudad. De allí se trasfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército: ya se preparaba para ir allí; pero el conde-duque se lo disuadió, haciéndole creer que se ponia á peligro de caer en manos de los franceses, que ocupaban las llanuras de Monzon; de suerte que el rey, atemorizado de un peligro que no podia temer, resolvió mantenerse encerrado en su palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el ministro de aquel pánico terror, y bajo pretesto de velar en su seguridad, era, por decirlo así, como un centinela de vista; de manera que los grandes, despues de haber hecho escesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el monarca, ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó cuanto antes á Madrid, y concluyó así la campaña, dejando al marques de los Velez, general del ejército, el cuidado de sostener el honor de las armas españolas.

CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del conde-duque.

POCOS dias despues del regreso del rey, se esparció por Madrid una mala nueva. Súpose que los portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna ésta para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian tomado las armas y aclamado al duque de Braganza por rey de Portugal, resueltos absolutamente á mantenerle en el trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura mas favorable para librarse de una dominacion que aborrecian.

Lo mas singular fué que, cuando la corte y todos sus habitantes se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el conde-duque quiso divertir al rey á espensas del duque de Braganza; pero S. M., léjos de prestarse á sus insípidos gracejos, tomó un semblante sério que enteramente le inmutó, haciéndole prever su inminente desgracia. Acabó el ministro de dar por cierta su caida, cuando supo poco despues que la reina se habia manifestado sin reserva contra él, diciendo públicamente que su mala administracion habia dado lugar á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los grandes, especialmente aquellos que habian seguido al rey en el viage á Zaragoza, advirtieron la tempestad que se iba levantando contra el conde-duque, se unieron á la reina. Pero lo que dió el último golpe decisivo fué, que la duquesa viuda de Mántua, gobernadora que habia sido de Portugal, regresó de Lisboa á Madrid, é hizo ver al rey, que de la rebelion de los portugueses, solo tenia la culpa la conducta de su primer ministro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hicieron tanta impresion en el ánimo del monarca las palabras de aquella princesa, que desde el mismo punto cesó el encaprichamiento hácia su privado, y se desprendió de todo el afecto que le habia tenido. No bien llegó á noticia del ministro que el rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, cuando le escribió pidiéndole licencia para dejar su empleo y retirarse de la corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputarle todas las desgracias que durante su ministerio habian sucedido á la monarquía. Pareciale que esta súplica haria grande efecto en el corazon del rey, suponiendo que aun se conservaria en él inclinacion suficiente para no consentir jamas en semejante retiro; pero la única respuesta de S. M. fué, que le concedia el permiso que solicitaba, y que así podia irse á donde mejor le pareciere.

Estas pocas palabras, escritas de propio puño del rey, fueron como un rayo para S. E., que no lo esperaba de ninguna manera. Sin embargo, por mas atónito que estuviese, aparentó un aire de entereza, y me preguntó qué haria yo en su lugar. Respondíle que fácilmente tomaria mi determinacion, abandonando para siempre la corte, y retirándome á alguno de mis estados, á pasar tranquilamente el resto de mis dias.—Piensas juiciosamente, repuso mi amo, y estoy resuelto á ir á terminar mi carrera en Loeches, despues que haya hablado una sola vez con el monarca, para representarle que he practicado cuanto era posible en lo humano para sostener la pesada carga que tenia sobre mis hombros, sin haber tenido mas culpa en los siniestros acontecimientos de que me acusan, que la que tiene un diestro piloto que, á pesar de cuanto puede hacer, mira su bajel arrebatado por los vientos y por las olas. Lisongeábase el ministro de que aun podia aquietarse el rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia; ántes bien se le envió á pedir la llave de que se servia para entrar en el cuarto de S. M. siempre que queria.

Conoció entonces que ya no le quedaba esperanza, y se resolvió buenamente á retirarse. Ecsaminó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el dia siguiente. Temiendo que al salir de palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un coche viejo con su confesor y conmigo, tomó sin riesgo el camino de Loeches, pueblo corto de que era señor, donde la condesa su muger habia fundado un convento de religiosas domínicas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X.

Cuidados que por el pronto inquietaron al conde-duque: síguese á ellos un dichoso sosiego: método de vida que entabló en su retiro.

LA condesa de Olivares dejó ir á su marido á Loeches, y permaneció algunos dias mas en la corte, con el objeto de tentar si por medio de súplicas y lágrimas podria hacer que volvieran á llamarle. Pero á pesar de haberse echado á los piés de SS. MM., el rey no hizo aprecio de sus esposiciones, aunque preparadas con arte; y la reina, que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del ministro desgraciado: abatióse hasta el punto de implorar la proteccion de las damas de la reina; pero el fruto que recogió de sus bajezas fué conocer que escitaban el desprecio mas bien que la compasion. Desconsolada de haber dado tantos pasos degradantes, se fué á reunir con su esposo para lamentarse con él de la pérdida de un empleo, que, bajo un reinado como el de aquel monarca, puede decirse que era el primero de la monarquía.

La relacion que hizo la condesa del estado en que habia dejado las cosas en Madrid, aumentó estraordinariamente la afliccion del conde-duque.—Vuestros enemigos, le dijo llorando, el duque de Medinaceli y los otros grandes que os aborrecen, no cesan de alabar al rey por la resolucion de haberos separado del ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, como si el fin de todas las que esperimenta el estado dependiese del de vuestra administracion.—Señora, le respondió mi amo, imitad mi ejemplo: llevad con resignacion vuestros pesares,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque es preciso ceder á la borrasca que no se puede disipar. Creía yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusion ordinaria en los ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad del soberano. El duque de Lerma ¿no se engañó, igualmente que yo, aunque estaba persuadido de que la púrpura con que se hallaba revestido, era un seguro garante de la perpetua duracion de su autoridad?

De este modo ecshortaba el conde-duque á su esposa á armarse de paciencia, miéntras él mismo se hallaba en una agitacion que se renovaba diariamente con las cartas que recibia de Don Enrique, el cual, habiendo permanecido en la corte para observar cuanto allí pasaba, cuidaba de informarle de todo puntualmente. El portador de estas cartas era Escipion, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la cual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana. Las cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y lo peor era que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas que, no contentos los grandes con celebrar públicamente la caida del conde-duque, hacian cuanto podian, para que todas sus hechuras fuesen removidas de los empleos que ocupaban, y reemplazadas por sus enemigos. Avisaba en otras que iba adquiriendo favor Don Luis de Haro, quien segun todas las señales, seria nombrado primer ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que mas le llegó al alma, fué la mutacion que se hizo en el vireinato de Nápoles, que la corte únicamente por desairarle quitó al duque de Medina de las Torres á quien él apreciaba, para dárselo al almirante de Castilla, á quien siempre habia aborrecido.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos y desasosiego para el conde-duque; pero su confesor, que era un religioso domínico tan ejemplar como elocuente, halló modo de consolarle: á fuerza de representarle con energía que ya no debia pensar mas que en su salvacion, logró, con el ausilio de la divina gracia, la dicha de desprender su ánimo de la corte. S. E. no quiso ya saber nada de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La condesa, desengañada tambien, y aprovechándose de la oportunidad que le ofrecia aquel retiro, halló en el convento de religiosas que habia fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado por la Divina Providencia. Hubo entre aquellas religiosas algunas de singular virtud, cuyos tiernos coloquios convirtieron insensiblemente en dulcedumbre los sinsabores de su vida.

Al paso que mi amo apartaba de su pensamiento los negocios del mundo, se quedaba mas tranquilo. Entabló un nuevo método de vida, y

una distribucion de horas de la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la iglesia de las monjas oyendo misas, iba en seguida á comer, y despues se divertia por espacio de dos horas á varios juegos conmigo y otros criados de su mayor confianza: luego se retiraba por lo regular á su despacho, donde se estaba hasta puesto el sol. Entonces salia á dar un paseo por el jardin, ó tomaba el coche, y daba una vuelta por las cercanías del lugar, acompañado siempre de su confesor ó de mí.

Un dia que íbamos solos, y que yo admiraba la serenidad que brillaba en su semblante, me tomé la licencia de decirle:—Señor, permítame V. E. que le manifieste mi regocijo: al ver el aire de satisfaccion que V. E. muestra, juzgo que principia á familiarizarse con la soledad.—Ya estoy del todo familiarizado, me respondió, y aunque hace mucho tiempo que estoy habituado á ocuparme en los negocios, te protesto, hijo mio, que cada dia cobro mas aficion á la vida gustosa y pacífica que aquí disfruto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

CAPÍTULO XI.

El conde-duque se pone repentinamente triste y pensativo: motivo estraordinario de su tristeza, y resultado fatal que tuvo.

U Escelencia, para variar sus ocupaciones, se entretenia tambien algunas veces en cultivar su jardin. Un dia que yo le estaba viendo trabajar, me dijo en tono festivo:—Aquí tienes, Santillana, á un ministro desterrado de la corte, convertido en jardinero en Loeches.—Señor, le respondí en el mismo tono, me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano, enseñando á leer y escribir á los niños de Corinto despues de haber dictado leyes en Sicilia. Sonrióse un poco mi amo de mi respuesta, y mostró que no le desagradaba la comparacion.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al conde tan superior á su desgracia, rebosando de gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, cuando advertimos en él una repentina mudanza que iba creciendo visiblemente, y nos causó grandísimo dolor. Vímosle taciturno, pensativo y sepultado en una profunda melancolía. Dejó todo pasatiempo, y ninguna impresion le hacia cuanto discurriamos para divertirle. Así que acababa de comer se encerraba en su cuarto, donde permanecia solo hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podria nacer de acordarse de la grandeza pasada, y en esta inteligencia le dejábamos á solas con el padre domínico; pero su elocuencia tampoco pudo vencer la melancolía del duque, la cual, en vez de disminuirse, cada dia se iba aumentando.

Ocurrióme que la tristeza del ministro podia proceder de algun motivo ó disgusto reservado que no queria manifestar, lo cual me hizo formar el designio de arrancarle su secreto: para conseguirlo, aguardé el momento de hablarle sin testigos, y habiéndolo hallado:—Señor, le dije

con aire mezclado de respeto y de cariño, ¿será permitido á Gil Blas atreverse á hacer una pregunta á su amo?—Pregunta lo que gustes, me respondió, que yo te lo permito.—¿Qué se ha hecho, repliqué, aquella alegría que se notaba en el semblante de V. E.? ¿Habrá perdido ya V. E. aquel ascendiente que tenia sobre la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor escite nuevas inquietudes en V. E.? ¿Querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras de que su virtud le habia libertado?—No, gracias al cielo, respondió el ministro, ya no me atormenta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la corte; y olvidé para siempre todos los obsequios que allí se me tributaron.—Pues señor, le repliqué, ¿si V. E. ha podido desechar de sí todas esas memorias, por qué se deja dominar de una melancolía que á todos nos aflige? ¿Qué tiene V. E.? mi querido amo, prorumpí arrojándome á sus piés: ¿V. E. tiene algun secreto pesar que le devora? ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á Santillana, cuya reserva, celo y fidelidad tiene tan conocidos? ¿Qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza?—La posees todavia, me dijo S. E.; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo como tú: sabe, pues, el motivo de mi pena: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confesion. Sí continuó, me domina una negra melancolía que poco á poco me va acortando los dias de la vida. Casi á cada instante estoy viendo un espectro que se pone delante de mí bajo una forma espantosa. Trabajo en vano por persuadirme á mí mismo de que es una mera ilusion, una fantasma que nada tiene de realidad: sus continuas apariciones me turban y trastornan. Y si tengo la cabeza bastante fuerte para vivir persuadido de que viendo á este espectro nada veo, soy tambien bastante débil para afligirme con esta vision. Mira lo que me has obligado á que te confiese, añadió: juzga ahora si me sobraba razon para ocultar á todos el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con tanto dolor como admiracion una cosa tan estraordinaria, y que suponia que su máquina se iba desorganizando.—Señor, dije al ministro, ¿quién sabe si eso procede del escaso alimento que toma V. E.? porque su sobriedad es escesiva.—Eso mismo pensé yo al principio, me respondió, y para esperimentar si debia atribuirlo á la dieta, cómo, hace algunos dias, mas de lo ordinario; pero todo es inútil, porque la fantasma no desaparece.—Ella desaparecerá, le repliqué para consolarle, y si V. E. quisiera distraerse un poco volviendo á entretenerse en el juego con sus fieles criados, me persuado de que no tardaria en verse libre de esos negros vapores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pocos dias despues de esta conversacion cayó S. E. enfermo, y conociendo él mismo que el mal se haria de cuidado, envió á buscar á Madrid dos escribanos para disponer su testamento; é hizo venir tambien tres célebres médicos, que tenian la fama de curar algunas veces sus enfermos. Luego que se divulgó por el palacio la llegada de estos últimos, no se oyeron en él mas que lamentos y gemidos, mirando todos como muy cercana la muerte del amo: tan imbuidos estaban contra tales profesores. Habian estos llevado consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus órdenes; y dejando primero á los escribanos hacer su oficio, entraron en seguida ellos á desempeñar el suyo. Como seguian los principios del doctor Sangredo, recetaron desde la primera consulta sangrías sobre sangrías; de manera que al cabo de seis dias redujeron á los últimos al conde-duque, y al séptimo le libraron de su vision.

La muerte del ministro ocasionó en todo el palacio de Loeches un agudo y sincero dolor. Sus criados le lloraron amargamente, y lejos de consolarse de su pérdida con la memoria que hizo de todos en su testamento, no habia siquiera uno que no hubiera renunciado gustoso el legado que le tocaba por restituirle á la vida. Yo, que era el mas querido de S. E., y que me habia aficionado á él por pura inclinacion hácia su persona, sentí aun mas que los otros su fallecimiento: dudo que Antonia me haya costado mas lágrimas que el conde-duque.

CAPITULO XII.

Lo que pasó en el Palacio de Loeches despues de la muerte del conde-duque, y partido que tomó Santillana.

Con arreglo á la voluntad del ministro, fué sepultado su cadáver en el convento de las religiosas, sin pompa ni ostentacion, acompañado de nuestros lamentos. Despues de los funerales, la condesa de Olivares nos hizo leer el testamento, del cual toda la familia tuvo motivo para quedar contenta. Á cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor de dos mil escudos: la mia fué la mayor de todas; S. E. me dejó diez mil doblones en prueba del singular afecto que me habia profesado. No se olvidó de los hospitales, y fundó aniversarios en muchos conventos.

La condesa de Olivares envió á Madrid á todos los criados, para que cada uno cobrase su manda de su mayordomo Don Ramon Caporis que tenia órden de entregársela; pero yo no pude ir con ellos, porque una fuerte calentura, efecto de mi afliccion, me detuvo en el palacio siete ú ocho dias. No me abandonó en todo ese tiempo el padre domínico; porque este buen religioso me habia tomado inclinacion, é interesándose en mi salud me preguntó, luego que me vió restablecido, qué pensaba hacer de mí.—No sé todavía, mi reverendo padre, lo que haré, le respondí; porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos momentos estoy tentado á encerrarme en una celda para hacer penitencia.—¡Momentos preciosos! esclamó el religioso, Señor Santillana, ¡y qué bien haria vd. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo que, sin dejar de ser seglar, se retire para siempre á algun convento, en donde por medio de algunas donaciones piadosas de sus bienes, pueda espiar los estravíos de una vida mundana, á ejemplo de muchas personas que han terminado así su carrera.

En la disposicion en que me hallaba, no me incomodó el consejo del religioso; y respondí á su reverencia que me tomaria tiempo para reflecsionarlo. Pero habiendo consultado sobre el particular á Escipion, á quien ví un momento despues que al padre, se opuso á este pensamiento, que le pareció un delirio.—Es posible, Señor de Santillana, me dijo, que vd. se incline á semejante retiro? ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro mas agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, con mayor razon le agradará ahora que se halla en edad mas adecuada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la naturaleza.

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinion.—Amigo mio, le dije, mas puedes tú que el padre domínico. Veo con efecto que me será mejor volver á mi quinta, y á ello me decido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarme del todo. Fuímonos Escipion y yo á Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podia mirar esta villa con buen semblante, y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Escipion para disponer lo necesario á nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenia mis pensiones; concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El dia antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se habia despedido de don Enrique.—Sí, señor, me respondió, y ambos nos hemos separado esta mañana amistosamente: no obstante, él me ha asegurado que sentia le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él: no basta que el criado agrade al amo; es menester tambien que el amo agrade al criado; de otra manera se avienen mal: fuera de que, añadió, Don Enrique no hace sino un triste papel en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno le llama mas que *el hijo de la genovesa*. Vea vd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Salimos por último de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas conducidas por un calesero; seguian tres machos cargados de ropa y dinero guiados por dos mozos de mulas; tras de estos venian dos robustos lacayos escogidos por Escipion, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban por su parte sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que me robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardeaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas; y los paisanos se asomaban á las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que les parecia, cuando menos, el de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.

CAPÍTULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su quinta: tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita.

QUINCE dias tardé hasta Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fué dificil, porque al cabo de veinte y cinco años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta, vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina: despues de esto el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos con tantas demostraciones de alegría que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atencion en mi ahijada, y dije:—¡Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla.—¿Cómo así? querido padrino, esclamó mi ahijada sonrosándose un poco al oir mis últimas palabras, ¿no bien me ha visto vd. cuando ya piensa en separarme de sí?—No, hija mia, le respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.

—Uno que tiene esa circunstancia, dijo entonces Beatriz, pretende á la niña. Cierto hidalgo de un lugar inmediato vió á Serafina un dia en misa en la iglesia del lugar, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intencion, y pidió mi consentimiento. Poco adelantaria vd., le respondí, aunque yo se le concediera: Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vd. es escribirles para informarles de su solicitud honrosa para mi hija. Con efecto, señores, prosiguió ella, esto iba á escribir á ustedes; mas ya que se hallan aquí, harán lo que mejor les parezca.

para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la naturaleza.

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinion.—Amigo mio, le dije, mas puedes tú que el padre domínico. Veo con efecto que me será mejor volver á mi quinta, y á ello me decido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarme del todo. Fuímonos Escipion y yo á Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podia mirar esta villa con buen semblante, y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Escipion para disponer lo necesario á nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenia mis pensiones; concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El dia antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se habia despedido de don Enrique.—Sí, señor, me respondió, y ambos nos hemos separado esta mañana amistosamente: no obstante, él me ha asegurado que sentia le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él: no basta que el criado agrade al amo; es menester tambien que el amo agrade al criado; de otra manera se avienen mal: fuera de que, añadió, Don Enrique no hace sino un triste papel en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno le llama mas que *el hijo de la genovesa*. Vea vd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Salimos por último de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas conducidas por un calesero; seguian tres machos cargados de ropa y dinero guiados por dos mozos de mulas; tras de estos venian dos robustos lacayos escogidos por Escipion, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban por su parte sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que me robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardeaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas; y los paisanos se asomaban á las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que les parecia, cuando menos, el de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.

CAPÍTULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su quinta: tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita.

QUINCE dias tardé hasta Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fué dificil, porque al cabo de veinte y cinco años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta, vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina: despues de esto el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos con tantas demostraciones de alegría que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atencion en mi ahijada, y dije:—¡Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla.—¿Cómo así? querido padrino, esclamó mi ahijada sonrosándose un poco al oir mis últimas palabras, ¿no bien me ha visto vd. cuando ya piensa en separarme de sí?—No, hija mia, le respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.

—Uno que tiene esa circunstancia, dijo entonces Beatriz, pretende á la niña. Cierto hidalgo de un lugar inmediato vió á Serafina un dia en misa en la iglesia del lugar, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intencion, y pidió mi consentimiento. Poco adelantaria vd., le respondí, aunque yo se le concediera: Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vd. es escribirles para informarles de su solicitud honrosa para mi hija. Con efecto, señores, prosiguió ella, esto iba á escribir á ustedes; mas ya que se hallan aquí, harán lo que mejor les parezca.

—Pero en suma, dijo Escipion, ¿qué carácter tiene ese hidalgo? ¿Se parece acaso á la mayor parte de los de su clase? ¿Está envanecido con su nobleza y es insolente con los plebeyos?—¡Oh! lo que es eso no, respondió Beatriz. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años.—Nos haces, dije á Beatriz, un buen retrato de ese caballero: ¿cómo se llama?—Don Juan de Antella, respondió la muger de Escipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí, en compañía de una señorita jóven hermana suya.—Oí en otro tiempo, repuse yo, hablar de la familia de ese hidalgo, que es una de las mas nobles del reino de Valencia.—Aprecio menos, esclamó Escipion, la hidalguía que las buenas prendas; y ese Don Juan nos convendrá si es hombre de bien.—A lo menos esa fama tiene, dijo Serafina tomando parte en la conversacion; y los vecinos de Liria que le conocen, le ponderan mucho. Cuando oí estas breves palabras á mi ahijada, me sonreí mirando á su padre, el cual conoció por ellas como yo, que aquel galan no desagradaba á su hija.

Tardó poco el caballero en saber nuestra llegada, y dos dias despues vino á presentarse en nuestra quinta. Se nos acercó con buenos modales; y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díjonos que, como vecino venia á darnos la bienvenida. Recibímosle con la mayor atencion y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasándose todo en recíprocos cumplimientos; y Don Juan, sin hablarnos una palabra de su amor á Serafina, se retiró, rogándonos solamente que le permitiéramos repetir sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de serle muy gustosa. Despues que se fué, nos preguntó Beatriz, qué tal nos parecia aquel hidalgo: le respondimos que nos habia prendado y que nos parecia que la fortuna no podia ofrecer mejor colocacion á Serafina.

Al dia siguiente, despues de comer salí con el hijo de la Coscolina para ir á pagar la visita que debiamos á Don Juan. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un aldeano, que despues de haber caminado tres cuartos de legua nos dijo:—Aquella es la quinta de Don Juan de Antella. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y estuvimos largo rato sin verla, hasta que llegando al pié de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos arboles, cuya frondosidad y espesura la ocultaban á la vista. Tenia un aspecto antiguo y deteriorado, que acreditaba menos la opulencia que la nobleza de su dueño. Sin embargo, cuando ya estuvimos dentro, advertimos que el aseo y buen gusto de los muebles, recompensaba la caduca vejez del edificio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Don Juan nos recibió en una sala decentemente adornada, en donde nos presentó una señora que nombró delante de nosotros su hermana Dorotea, y que podia tener de diez y nueve á veinte años. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, cuidadosa de parecernos bien; y presentándose á mi vista con todos sus atractivos, hizo la misma impresion que Antonia, es decir que me quedé turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Escipion lo pudo advertir. Nuestra conversacion versó como la del dia anterior, sobre el contento mútuo que tendriamos de vernos algunas veces, y de vivir con la armonía de buenos vecinos. Don Juan no tomó todavia en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que le pudiese dar ocasion á declarar su amor, persuadidos de que en ese punto lo mejor era dejarle venir. Durante la conversacion echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de simular mirarla, lo menos que me era posible; y cada vez que mis miradas se encontraban con las suyas eran estas otras tantas flechas con que me atravesaba el corazon. Confesaré con todo, por hacer recta justicia al objeto amado, que no era una hermosura completa: aunque tenia la tez muy blanca, y los lábios mas encarnados que la rosa, su nariz era un poco larga, y sus ojos pequeños; pero sin embargo, el conjunto me embelesaba.

En suma, no salí de casa de Antella con el sosiego con que habia entrado, y al volverme á Liria con la imaginacion puesta en Dorotea, no veia ni hablaba sino de ella.—Qué es esto, mi amo? me dijo Escipion mirándome como suspenso: mucho le ocupa á vd. la hermana de Don Juan: ¿le habrá inspirado á vd. amor?—Sí, amigo, le respondí, y estoy corrido de ello. ¡Oh cielos! yo que desde la muerte de Antonia he mirado mil hermosuras con indiferencia, ¿será posible que encuentre á la edad en que me hallo una que me inflame sin que yo lo pueda resistir? —Señor, me replicó el hijo de la Coscolina, parecíame á mí que debia vd. celebrar esta aventura en vez de quejarse de ella: vd. se halla todavía en una edad en que nada tiene de ridículo abrasarse en una amorosa llama, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que le haya quitado la esperanza de agradar. Créame vd., la primera vez que vea á Don Juan, pídale sin temor su hermana, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que, aun cuando quisiese absolutamente casarla con algun hidalgo, vd. lo es, pues tiene su ejecutoria que basta para su posteridad. Despues que el tiempo haya echado á tal ejecutoria el espeso velo que cubre el orígen de todas las familias, quiero decir, despues de cuatro ó cinco generaciones, la descendencia de los Santillanas será de las mas ilustres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO ULTIMO.

De las dos bodas que se celebraron en la quinta de Liria, con lo cual se da fin á la historia de Gil Blas de Santillana.

ANIMÓME tanto Escipion á declararme amante de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me es poniaá un desaire. Con todo eso no me determiné á ello sin cierto recelo. Aunque mi rostro disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia, sin miedo de no ser creído, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiera agradar á una muger jóven y hermosa. Sin embargo, resolví arriesgarme, y hacer la peticion la primera vez que viera á su hermano, el cual, por su parte, no teniendo seguridad de conseguir á mi ahijada, no estaba sin zozobra.

Volvió á mi quinta al dia siguiente por la mañana á tiempo que acababa de vestirme.—Señor de Santillana, me dijo, hoy vengo á Liria á tratar con vd. de un asunto muy serio. Hícele entrar en mi despacho, y desde luego empezó á hablar sobre el particular.—Creo, me dijo, que no ignora vd. el negocio que me trae. Yo amo á Serafina: vd. lo puede todo con su padre: suplícole favorezca mi pretension, disponiendo que consiga el objeto de mi amor: deba yo á vd. la felicidad de mi vida. —Señor Don Juan, le respondí, ya que vd. ha ido derechamente al asunto, no estrañe que yo imite su ejemplo, y que, despues de haberle prometido mis buenos oficios para con el padre de mi ahijada, implore los de vd. para con su hermana.

Á estas últimas palabras Don Juan dejó escapar un tierno suspiro del cual inferí un agüero favorable.—¡Es posible, señor, esclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya conquistado vuestro corazon!—Me ha encantado, le dije, y me tendré por el hombre mas dichoso del mundo si mi pretension agradase á uno y á otro.—De eso debe vd. estar seguro, me replicó, pues aunque somos nobles, no desdeñamos el enlace de vd.—Me alegro, repuse yo, que no tenga vd. dificultad en admitir por cuñado á un plebeyo: esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio; pero sepa vd. que, aun cuando su

vanidad le indujese á no permitir que su hermana diera la mano á ninguno que no fuera noble, todavía tenia yo con que contentar su presuncion. Veinte y ocho años me he empleado en las oficinas del ministerio; y el rey, para recompensar los servicios que hice al estado, me gratificó con una ejecutoria de nobleza que voy á enseñar á vd. Diciendo esto, saqué la ejecutoria de un cajon, entreguésela al hidalgo, que la leyó de cruz á fecha atentamente con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dijo al devolvérmela: Dorotea es de vd.—Y vd., esclamé yo, cuente con Serafina.

Quedaron, pues, determinados de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, y solo restaba saber si las novias consentirian gustosas: porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados, pretendiamos conseguirlas contra su voluntad. Volvióse este hidalgo á su quinta de Antella á participar mi pretension á su hermana, y yo llamé á Escipion, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversacion que habia tenido con Don Juan. Beatriz fué de dictámen que se le admitiese por esposo sin vacilar, y Serafina dió á entender con su silencio que era del mismo parecer que su madre. No fué de otro su padre; pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar, correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya quinta tenia urgente necesidad de reparos. Tapé la boca á Escipion, diciéndole que eso me tocaba á mí, y que yo le daba cuatro mil doblones de dote á mi ahijada.

Fuí á ver á Don Juan aquella misma tarde.—Vuestro asunto, le dije, va á pedir de boca; deseo que el mio no se halle en peor estado.—Va que no puede ir mejor mejor, me respondió; no he necesitado emplear la autoridad para obtener el consentimiento de Dorotea. La persona de vd. le contenta, y sus modales le agradan. Vd. recelaba no ser de su gusto, y ella teme con mas razon que, no teniendo que ofrecerle sino su corazon y su mano....—¡Qué mas puedo desear! esclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada mas pido. Soy bastante rico para casarme con ella sin dote, y con solo poseerla, quedarán colmados todos mis deseos.

Don Juan y yo, completamente satisfechos de haber conducido dichosamente las cosas á este estado, resolvimos escusar todas las ceremonias superfluas para acelerar cuanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio se despidió de nosotros, prometiendo volver al dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á esta señorita, me obligó á emplear por lo menos tres horas largas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me

pude reducir á estar contento con mi figura. Para un mozalbete que se dispone á ir á ver su querida, esto es un recreo; mas para un hombre que comienza á envejecer, es una ocupacion. Con todo, fuí mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan, y ella me miró con semblante tan favorable, que todavia me presumí valer alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion: quedé hechizado de su carácter y de su juicio, y me persuadí de que con buen tratamiento y mucha condescendencia podria llegar á ser un esposo querido. Lleno de tan dulce esperanza envié á buscar dos escribanos á Valencia, que formalizaron la escritura matrimonial. Despues acudimos al cura de Paterna, que vino á Liria y nos casó á mí y á Don Juan con nuestras novias.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger virtuosa, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion; y como yo procuraba adelantarme á llenar sus deseos, tardó poco en enamorarse de mí como si yo estuviera en mi juventud. Por otra parte, en Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas contrajeron la mas estrecha y sincera amistad. Por mi parte advertí en mi cuñado tan buenas prendas, que le cobré un verdadero cariño, que no me pagó con ingratitud. En fin, la union que reinaba entre nosotros era tal, que cuando teniamos que separarnos por la noche para volvernos á reunir el dia siguiente, esta separacion no se verificaba sin sentimiento; lo que dió motivo á que ambas familias nos resolviésemos á no formar mas que una sola, que tan pronto vivia en la quinta de Liria como en la de Antella, á la cual para este efecto se le hicieron grandes reparos con los doblones de S. E.

Tres años hace ya, amigo lector, que paso una vida deliciosa al lado de personas tan queridas. Para colmo de mi dicha el cielo se ha dignado concederme dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, y cuya educacion va á ser el entretenimiento de mi ancianidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE
DEL
TOMO SEGUNDO.

Pág.

LIBRO SEPTIMO.

Cap. I.—De los amores de Gil Blas y la Señora Lorenza Séfora..... 1
Cap. II.—De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores..... 7
Cap. III.—Llega Gil Blas á ser el privado del Arzobispo de Granada, y el conducto de sus gracias..... 12
Cap. IV.—Dále un accidente de apoplegía al Arzobispo. Del lance crítico en que se halla Gil Blas, y del modo con que salió de él..... 16
Cap. V.—Partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el licenciado García, y cómo le manifestó éste su agradecimiento..... 19
Cap. VI.—Va Gil Blas á ver representar á los cómicos de Granada: de la admiracion que le causó el ver á una actriz, y de lo que le pasó con ella..... 22
Cap. VII.—Historia de Laura..... 27
Cap. VIII.—Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario..... 37
Cap. IX.—Del hombre estraordinario con quien Gil Blas cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos..... 40
Cap. X.—De la comision que el marques de Marialba dió á Gil Blas, y cómo la desempeñó este fiel secretario..... 43
Cap. XI.—De la noticia que supo Gil Blas, y que fué un golpe mortal para él..... 46
Cap. XII.—Gil Blas se aloja en una posada de caballeros, en donde adquiere conocimiento con el capitan Chinchilla: qué clase de hombre era este oficial, y qué negocio le habia llevado en Madrid..... 49
Cap. XIII.—Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A dónde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron..... 55
Cap. XIV.—Fabricio coloca á Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia..... 62
Cap. XV.—De los empleos que el conde Galiano dió en su casa á Gil Blas..... 65
Cap. XVI.—Del accidente que aconteció al mono del conde Galiano, y de la pena que causó á este señor. Cómo Gil Blas cayó enfermo; y cuáles fueron las resultas de su enfermedad. 69

LIBRO OCTAVO.

Cap. I.—Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de Don Valerio de Luna..... 74
Cap. II.—Presentan á Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él..... 79
Cap. III.—Sabe Gil Blas que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á guardar..... 83
Cap. IV.—Gil Blas consigue el favor del duque de Lerma, que le confia un secreto de importancia..... 86
Cap. V.—En el que se verá á Gil Blas lleno de gozo, de honra y de miseria..... 88
Cap. IV.—Qué modo tuvo Gil Blas de dar á conocer su pobreza al duque de Lerma, y como se portó con él este ministro..... 91
Cap. VII.—De lo bien que empleó sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que medió, y del provecho que sacó de él.. 95
Cap. VIII.—Historia de Don Rogerio de Rada. 97
Cap. IX.—Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna, y de como tomó el aire de persona de importancia..... 103
Cap. X.—Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la corte: del encargo que le dió el conde de Lémos, y de la intriga en que este señor y él se metieron..... 108
Cap. XI.—De la visita secreta y de los regalos que el gran príncipe hizo á Catalina..... 114
Cap. XII.—Quien era Catalina; perplegidad de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para tranquilizar su ánimo..... 117
Cap. XIII.—Sigue Gil Blas haciendo el papel de señor: tiene noticias de su familia; impresion que le hicieron: se descompadra con Fabricio. 120

LIBRO NOVENO.

Cap. I.—Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero: de los pasos que se dieron á este fin..... 123
Cap. II.—Por qué casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo..... 126
Cap. III.—De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó..... 129
Cap. IV.—De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de como supo la causa de su prision..... 131
Cap. V.—De lo que reflecsionó antes de dormirse, y del ruido que le despertó..... 134

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pág.

Cap. VI.—Historia de Don Gaston de Cogollos y de Doña Elena de Galisteo..... 137
Cap. VII.—Escipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le da muchas noticias..... 149
Cap. VIII.—Del primer viage que hizo Escipion á Madrid: cuál fué el motivo y écsito de él. Dále á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo..... 152
Cap. IX.—Escipion vuelve á Madrid: cómo y con qué condiciones alcanzó la libertad de Gil Blas: á donde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y conversacion que tuvieron..... 155
Cap. X.—De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quien encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro..... 157

LIBRO DECIMO.

Cap. I.—Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el Doctor Sangredo, y se encuentra casualmente con el Señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital..... 161
Cap. II.—Prosigue Gil Blas su viage y llega felizmente á Oviedo, en qué estado se halla su familia. Muerte de su padre y sus consecuencias..... 167
Cap. III.—Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega en fin á Liria: descripcion de su quinta, como fué recibido en ella, y qué gentes encontró allí..... 173
Cap. IV.—Marcha Gil Blas á Valencia y visita á los señores de Leiva; de la conversacion que tuvo con ellos, y de la buena acogida que le hizo Doña Serafina..... 177
Cap. V.—Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva: qué écsito tuvo la pieza. Carácter del pueblo de Valencia..... 181
Cap. VI.—Gil Blas paseándose por las calles de Valencia encuentra á un religioso, á quien le parece conocer: qué hombre era este religioso. 184
Cap. VII.—Gil Blas se restituye á su quinta de Liria; de la noticia agradable que Escipion le dió y de la reforma que hicieron en su familia..... 189
Cap. VIII.—Amores de Gil Blas y de la bella Antonia..... 192
Cap. IX.—Casamiento de Gil Blas y la bella Antonia. Aparato con que se hizo, qué personas asistieron á él y fiestas con que se celebró. 196
Cap. X.—Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas y de la bella Antonia. Principio de la historia de Escipion..... 200
Cap. XI.—Prosigue la historia de Escipion..... 217
Cap. XII.—Fin de historia de Escipion..... 225

LIBRO UNDECIMO

Cap. I.—De cómo Gil Blas tuvo la mayor alegria que habia esperimentado en la vida, y del funesto accidente que le turbó. Mutaciones sobrevenidas en la corte, que fueron causa de que Santillana volviese á ella..... 238
Cap. II.—Marcha Gil Blas á Madrid, déjase ver en la corte, reconocele el rey, recomiéndale á su primer ministro y efectos de esta recomendacion..... 242
Cap. III.—Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner por obra el pensamiento de dejar la corte, y del importante servicio que le hizo José Navarro..... 246
Cap. IV.—Logra Gil Blas el afecto y confianza del conde de Olivares..... 248
Cap. V.—Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro, y primera cosa en que le ocupó el conde de Olivares..... 250
Cap. VI.—En qué invirtió Gil Blas estos trescientos doblones, y comision que dió á Escipion. Resultado de la memoria de que acaba de hablarse..... 254
Cap. VII.—Por qué casualidad, en donde y en qué estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio; y conversacion que tuvieron. 257
Cap. VIII.—Gil Blas se granges cada dia mas el afecto del ministro. Vuelve Escipion á Madrid, y relacion que hace á Santillana de su viage..... 260
Cap. IX.—Como y con quién casa el conde-duque á su hija única, y los sinsabores que produjo este matrimonio..... 263
Cap. X.—Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérele éste que se representa una tragedia suya en el teatro del Príncipe: desgraciado écsito que tuvo, y efecto favorable que le produjo esta desgracia..... 265
Cap. XI.—Consigue Santillana un empleo para Escipion, el cual se embarca para Nueva-España..... 268
Cap. XII.—Llega á Madrid Don Alfonso de Leiva, motivo de su viage: grave aflicion de Gil Blas y alegria que le siguió..... 270
Cap. XIII.—Encuentra Gil Blas en palacio á Don Gaston de Cogollos y á Don Andrés de Tordesillas: á donde fueron todos tres: fin de la historia de Don Gaston y Doña Elena de Galisteo: qué servicio hizo Santillana á Tordesillas..... 273
Cap. XIV.—Va Santillana á casa del poeta Nuñez: qué personas encontró en ella y qué conversacion tuvieron allí..... 279

LIBRO DUODECIMO.

Cap. I.—Envia el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y écsito de su viage..... 281
Cap. II.—Da Santillana cuenta de su comision al ministro, quien le encarga el cuidado de hacer que venga Lucrecia á Madrid: de la llegada de ésta actriz, y de su primera representacion en la corte..... 288
Cap. III.—Logra Lucrecia mucha celebridad en la corte: representa delante del rey que se enamora de ella; y resultas de estos amores.... 290
Cap. IV.—Nuevo empleo que confirió el ministro á Santillana..... 294
Cap. V.—Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa bajo el nombre de Don Felipe de Guzman. Establece Santillana la casa de este señor, y le proporciona toda clase de maestros..... 296
Cap. VI.—Vuelve Escipion de Nueva-España; acomodóle Gil Blas en casa de Don Enrique. Estudios de este señorito: honores que se le confieren, y con qué señora le casa el conde-duque. Como á Gil Blas se le hizo noble con repugnancia suya..... 298
Cap. VII.—Gil Blas vuelve á encontrar á Fabricio: última conversacion que ambos tuvieron; y consejo importante que Nuñez dió á Santillana..... 301
Cap. VIII.—Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio: hace el rey un viage á Zaragoza..... 303
Cap. IX.—De la rebelion de Portugal, y caida del conde-duque..... 305
Cap. X.—Cuidados que por el pronto inquietaron al conde-duque: siguese á ellos un dichoso sosiego: método de vida que entabló en su retiro..... 307
Cap. XI.—El conde-duque se pone repentinamente triste y pensativo: motivo estraordinario de su tristeza, y resultado fatal que tuvo. 310
Cap. XII.—Lo que pasó en el palacio de Loeches despues de la muerte del conde-duque, y partido que tomó Santillana..... 312
Cap. XIII.—Vuelve Gil Blas á su quinta: tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita..... 315
Cap. ULTIMO.—De las dos bodas que se celebraron en la quinta de Liria, con lo cual se da fin á la historia de Gil Blas de Santillana. 318

COLOCACION DE LAS ESTAMPAS DEL TOMO SEGUNDO.

Pág.

LIBRO SEPTIMO.

La bella Antonia. *Entre las carátulas.*
Gil Blas y Doña Lorenza Séfora..... 5
Gil Blas y el arzobispo de Granada..... 9
El arzobispo despide á Gil Blas..... 18
Gil Blas encuentra á Laura..... 24
Historia de Laura..... 27
Laura y Dorotea..... 33
Gil Blas encuentra á un hombre estraordinario. 40
Gil Blas y Melchor Zapata..... 46
Gil Blas y el capitan Chinchilla..... 49
Gil Blas en casa de Fabricio Nuñez..... 56
Gil Blas y Fabricio..... 59
Gil Blas es presentado al conde Galiano..... 63
Gil Blas mayordomo del conde Galiano..... 67
Accidente acontecido al mono del conde Galiano..... 69

LIBRO OCTAVO

Historia de Don Valerio de Luna..... 77
Gil Blas delante del Señor Don Rodrigo Calderon..... 81
El duque de Lerma en el cuarto del rey..... 85
Gil Blas y el duque de Lerma..... 94
Retrato de Escipion..... 96
Historia de Don Rogerio de Rada..... 98
Gil Blas introducido en casa de Doña Mencia. 111
El Príncipe en casa de Catalina..... 116
Gil Blas y su paisano Moscada..... 120

LIBRO NOVENO.

Gil Blas en casa de Salero..... 125
Rodrigo Calderon y el conde de Pedrosa..... 128
Gil Blas en la torre de Segovia..... 131
Doña Elena de Galisteo y su padre..... 145
Don Gaston de Cogollos quiere matarse..... 148
Gil Blas enfermo..... 154

Pág.

Gil Blas lleva su dinero de casa de Don Salero..... 157

LIBRO UNDECIMO.

Gil Blas visita al Doctor Sangredo..... 164
Gil Blas encuentra al señor Ordoñez..... 165
Gil Blas en su quinta..... 174
Gil Blas encuentra á Lamela..... 185
Gil Blas reconociendo á Rafael..... 182
Gil Blas se enamora de la bella Antonia..... 196
Desmayo de Escipion y de su muger..... 198
Escipion con un ermitaño..... 203
Escipion y el Valenton..... 211
Escipion vendiendo su ropa..... 214
Escipion y el mendigo..... 217
Don Baltazar Velazquez y su hijo..... 224
Don Manrique y la marquesa de Almenaza.... 227
Escipion interrumpido por su muger..... 229
Escipion en casa del Doctor Ipiña..... 235

LIBRO UNDECIMO.

Muerte de la bella Antonia..... 238
Gil Blas delante del rey..... 243
Retrato del conde de Olivares..... 251
Gil Blas encuentra á Fabricio en un hospital.. 238
Gil Blas recibe á los señores de Leiva..... 272

LIBRO DUODECIMO.

Gil Blas reconoce á Rafael y Lamela en los sentenciados que van á la muerte..... 282
Gil Blas ve á Lucrecia..... 286
Gil Blas recibe á un profesor para el hijo del conde-duque..... 297
Desgracia del conde-duque..... 306
Gil Blas llega á la quinta de Don Juan Antella. 316
Gil Blas con sus hijos..... 320

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS